Novela de ciencia-ficción ambientada en la prehistoria

LA MUJER Y EL TALISMÁN

JUAN C. GONZÁLEZ



La mujer y el talismán

Juan C. González

Índice

CAPÍTULO 1: EL REFUGIO DE LOS CAZADORES

CAPÍTULO 2: LOS NUEVOS HABITANTES

CAPÍTULO 3: EL NUEVO CLAN

CAPÍTULO 4: EL RAPTO

CAPÍTULO 5: LA ADORADORA DEL FUEGO

CAPÍTULO 6: DE REGRESO AL REFUGIO

CAPÍTULO 7: EL VIAJE DEL INICIADO

CAPÍTULO 8: ENCUENTRO CON EL CLAN DEL RENO

CAPÍTULO 9: RESCATE SOBRE LOS HIELOS

CAPÍTULO 10: DESOBEDIENCIA

CAPÍTULO 11: DECISIONES DIFÍCILES

CAPÍTULO 12: SEGUNDA EXPEDICIÓN AL VALLE DE LOS YATRIS

CAPÍTULO 13: EL SUEÑO DE AMISHA

CAPÍTULO 14: LAS BESTIAS EN LAS COLINAS

CAPÍTULO 15: EN BUSCA DEL TALISMÁN

CAPÍTULO 16: SOBRE LAS COLINAS DEL VALLE YATRI

CAPÍTULO 17: EL CLAN DEL RENO

CAPÍTULO 18: PRISIONEROS

CAPÍTULO 19: EL PODER DEL GRAN ESPÍRITU

CAPÍTULO 20: MUERTE Y RESURRECCIÓN

CAPÍTULO 21: LA CAVERNA

CAPÍTULO 22: LAS TABLAS DE LA ESCRITURA

CAPÍTULO 23: LA SEÑAL

CAPÍTULO 24: LUZ Y TINIEBLAS EN EL CLAN DEL RENO

CAPÍTULO 25: LA INICIACIÓN EN EL GRAN ESPÍRITU

CAPÍTULO 26: EL ATAQUE

CAPÍTULO 27: ENTRADA TRIUNFAL

CAPÍTULO 28: LA RECONSTRUCCIÓN

CAPÍTULO 29: LA HORMIGA

CAPÍTULO 30: EXPEDICIÓN AL VALLE DE LOS YATRIS

CAPÍTULO 31: CONTRA LAS HORMIGAS

CAPÍTULO 32: EL HOMBRE QUE CAYÓ DEL CIELO

CAPÍTULO 33: RETORNO A TORAGEBAN

CAPÍTULO 34: EL RAPTO DE OGHARY

CAPÍTULO 35: ENFRENTAMIENTO EN LAS COLINAS DE BASALTO

CAPÍTULO 36: EL ASEDIO DE TORAGEBAN

CAPÍTULO 37: LAS NUEVAS REGLAS DE GOBIERNO

CAPÍTULO 38: UNA APARICIÓN INESPERADA

CAPÍTULO 39: AL RESCATE

CAPÍTULO 40: EL TALISMÁN

Personajes

CAPÍTULO 1: EL REFUGIO DE LOS CAZADORES

Se dio cuenta que esta vez los cazadores se habían alejado por la orilla del río; de otra forma aún se escucharía el ladrido de los perros al remontar el farallón. Aquella ruta no prometía nada bueno para su clan.

Ghawr dio un bostezo y trató de voltearse sobre el hombro izquierdo. Entonces apareció Amisha por la boca de la caverna y la luz matinal iluminó su figura casi hasta el pie de su lecho de moribundo. Como otras veces, se quedó parada junto a él, observándolo con sus grandes ojos color de miel; pero sin decir palabra. Siempre había sido así, desde el día que la encontró en las colinas. Ya habían pasado diez y ocho lunas desde su llegada y todavía parecía tan tímida que daba lástima.

Traía en sus manos un cuenco y se lo ofreció con un gesto. Ghawr movió la cabeza ligeramente y enseguida la mujer le acercó la vasija a los labios. Después de beber le tomó la mano y disfrutó con el calor de su piel. Ella permaneció tranquila, pero volteó la cabeza hacia la luz de la antorcha y Ghawr vio por primera vez el reflejo de los rayos al atravesar entre sus cabellos.

— ¿Por dónde se fueron? —dijo entonces, y soltó la mano de la mujer.

Ella pareció comprender:

—Hacia el oeste —respondió, y se apartó unos pasos.

Luego lo ayudó a salir y fueron hasta la orilla del río. Ghawr se sentó allí sobre una piedra y comenzó a observar hacia el firmamento. Seguramente habría tormenta antes del anochecer y aún el agua superaba un codo la tercera marca. Si no regresaban los cazadores antes de la lluvia les sería difícil llegar hasta el campamento aquel mismo día.

Algunas mujeres ajetreaban en los alrededores recogiendo raíces para usarlas como condimento. Otras, mucho más osadas, se habían aventurado por el lindero del bosque hasta perderse de vista entre la espesura. Recolectaban la leña tan necesaria para combatir las noches heladas en el interior de la caverna.

Desde que abandonaron el poblado más al oeste la escasez había comenzado a causar estragos y ahora las riñas eran frecuentes, y todo por un bocado de comida. Añoraban los días en que la tribu merodeaba por la estepa pletórica de caza, cuando apenas una salida

proporcionaba carne y pieles para vestido a la mitad de la gente. Era como si ahora el mundo se estrechase mientras los estómagos crecían.

No podía explicárselo, pero de un tiempo acá venía apareciendo gente de todas partes. Algunos, llegaban del este, otros, del oeste, y siempre continuaban apareciendo pueblos desconocidos para los upallis, a los que la tribu no podía hacerles frente.

Desde que fue herido por el oso, Ghawr había tenido tiempo suficiente para pensar, llegando a la conclusión que desplazarse continuamente no era la mejor manera. Tal vez si el concejo de la tribu tomase la decisión de concertar alianzas con algunos de aquellos pueblos, entonces podrían tener la fuerza suficiente para resistir próximas oleadas de los inmigrantes; o de lo contrario, ellos mismos se verían obligados a deambular permanentemente. Ahora lo hacían hacia el sureste, en dirección a las enormes montañas donde, según cuentan los relatos de sus antepasados, se halla la morada de los espíritus malignos; pero él estaba decidido a hacer de aquel hermoso país junto al río su lugar de vida permanente.

Amisha se había sentado junto a la orilla; pero cuando vio al viejo Rhaan dar unos pasos en dirección a ellos de un salto se volvió a poner en pie.

—No tengas miedo —dijo Ghawr; pero Amisha continuó alejándose.

El hombre se acercó renqueando de una pierna y puso su bastón sobre el hombro de Ghawr.

—Veo que estás mejor —dijo a sus espaldas—. Al menos puedes salir al sol con mayor frecuencia.

—Es necesario que conversemos hoy —respondió Ghawr volteando un poco la cabeza y agregó—. Los cazadores han vuelto a salir hacia el oeste. No deberíamos provocar otro encuentro con esa gente de allá.

—Es la mejor zona de caza..., —dijo el viejo— ¡Es por eso que lo hacen! En el último encuentro fueron ellos los que salieron perdiendo.

— ¡Sí! Una infeliz mujer cayó muerta. No debería ser así.

—Pero han ocupado nuestro territorio. Como chamán de la tribu, debo velar porque la gente mantenga su espíritu belicoso. De otra manera ¿cómo podríamos sobrevivir?

—Quiero que me ayudes a convencer a todos los jefes de lo útil que sería concertar un pacto con esa gente —dijo Ghawr—. En vez de matarnos a garrotazos podríamos cooperar en hacer de este país un sitio mucho mejor ¿no lo crees?

El viejo se había sentado pensativo sobre una roca a dos pasos, entonces al escuchar la proposición se restregó la barba, atrapó un piojo, y lo reventó entre las uñas.

— ¿Piensas que estarían de acuerdo? —dijo torciendo los labios con una mueca.

— ¿Por qué no? Los problemas que ellos tienen son los mismos que

los nuestros; y además, pienso que eso de estar correteando detrás de los animales es una tontería.

— ¿Cómo así? —dijo el viejo Rhaan. Esta vez chispeando asombro a través de las alargadas ranuras de sus párpados y agregó—: a esa tontería es a la que llamamos caza.

—No se han dado cuenta ustedes que la gente que va llegando por estos lugares, en lugar de perder todo su tiempo en la cacería, se dedican a sembrar los campos. Me he enterado de fuentes muy confiables, que si se limpia un pedazo de terreno y se colocan las semillas de algunas plantas de manera bien ordenada, en unas pocas lunas se podría conseguir grano suficiente para alimentar al clan.

—Yo estoy viejo. Ya no me quedan fuerzas para convencer a nadie de lo bueno y de lo malo ¡por mi, que cada cual haga lo que le venga en ganas! pero tú podrías convencerlos de cualquier cosa.

Ghawr lanzó una carcajada.

— ¿Yo…, convencerlos? Tú no estás demasiado viejo para eso, lo que sucede es que estás desalentado, y el desaliento no es bueno para un brujo. ¡Te lo advierto Rhaan! ¡Mira toda esa gente que espera por nosotros! Por una sabia decisión. Si enflaquece nuestro espíritu ¿qué será de nuestra descendencia?

—Vamos Ghawr, tú puedes hacerlo —dijo el viejo—. Sólo necesitas que se componga ese brazo y ya está.

—Lo haremos ambos. ¡Ven Amisha, ayúdame a levantar! ¡Y tu viejo! entra a la cueva, que aún tenemos mucho que hablar.

***

El sol comenzaba a descender tras los montículos del otro lado del río y pronto nubes como tizones se establecieron en las alturas. Un rayo rompió el silencio y comenzó la lluvia. El viento frío penetró por la boca de la cueva y a pesar de que las mujeres se habían pasado el día acumulando ramas junto a la entrada, no pudieron impedir el tiritar y el castañetear de dientes. Entonces comenzaron a prender el fuego.

En su época de mayor esplendor el clan había llegado a tener cien miembros. Eso fue cuando habitaban en el poblado del suroeste; pero después de la invasión y escape su número se fue reduciendo hasta llegar a cuarenta. Muchos niños morían al nacer y de los que sobrevivían las primeras ocho lunas, la mitad moría antes de las cuatro estaciones.

Los upallis no olvidaban el tiempo en que tuvieron que partir hacia el este abandonándolo todo. La mayoría estaba ansiosa por regresar a la vida sedentaria, a la que habían comenzado a tomarle gusto y Ghawr lo sabía, y por eso buscaba un buen lugar para establecerse, de lo contrario estarían condenados a desaparecer. Era como un oscuro

presentimiento que no los abandonaba un instante.

Ahora, arrinconados en lo más profundo de la caverna, comenzaban a preocuparse por los cazadores que no regresaban. En pocos minutos el nivel de las aguas en el Gran Río acabaría con sus últimas esperanzas.

Así fue. Se hizo profunda la noche. Una noche fría, ventiscosa y sin luna.

Al amanecer apartaron las ramas y corrieron junto al río. Continuaba embravecido; pero el cielo estaba radiante y apenas una ligera brisa removía las hojas de los árboles en el bosque. Ghawr se sintió diferente. La herida en el costado y el brazo roto estaban mucho mejor. Como su cuerpo se fortalecía, así también su espíritu. Respiró profundo y tomó a Amisha por la cintura y la estrechó contra su pecho. Se sentía poderoso, alegre, con la mente despejada y el corazón capaz de desafiar al mundo.

—No podrán cruzar el río hasta el atardecer —dijo el chamán apareciendo de súbito a sus espaldas. Fueron interrumpidos y el viejo se sentó como en la mañana anterior, en la misma piedra—. ¿Qué fue eso que me dijiste de Amisha? —continuó más sosegado—. No acabo de comprender.

—Es una larga historia. Ella vino desde el sur, más allá de las montañas, y sabe muchas cosas que aún no me ha podido explicar.

— ¿Cómo qué? —preguntó Rhaan.

—Dice que hay aldeas muy grandes, con miles de personas. Eso me da ánimo para desear que nuestra tribu permanezca aquí. Construiremos otro poblado junto al río y haremos de este lugar nuestro refugio y el refugio de nuestros hijos y de toda su descendencia. ¿Qué te parece?

—Demasiado grande tu deseo, Ghawr. Es demasiado para nuestro clan, a no ser que toda la tribu quiera participar.

—Eso lo veremos mañana. Al salir el sol saldré a reunirme con los otros.

— ¿Y si no aceptan? —preguntó el viejo chamán—. ¿Qué harás entonces?

Ghawr quedó pensativo por un instante.

—Será necesario que acepten —dijo entonces—. De lo contrario lo haremos con nuestras propias fuerzas o buscaremos alianza con otra gente, como te dije. Ha llegado el tiempo de que cambiemos.

—También ha llegado el tiempo de que mi posición de chamán sea tomada por alguien joven, y de los iniciados que han sobrevivido hasta aquí, tú Ghawr, eres el mejor. Serás el chamán y jefe de los cazadores. Tendrás el consentimiento de todos —afirmó Rhaan.

Su ánimo parecía despreocupado y sereno; tal vez porque veía la oportunidad de deshacerse de las preocupaciones y responsabilidades,

o tal vez por cierto temor que aparecía en su rostro cada vez que miraba hacia el otro lado del río.

— ¿También el consentimiento de Tima y su hermano? —preguntó Ghawr.

—Ellos no son la mayoría —saltó el viejo de repente—. Tú eres el mejor. El espíritu de nuestros antepasados clama unánime porque tú seas quien nos guíe por el resto de nuestras vidas. Tú, el guerrero sabio y fuerte. El vencedor del oso de la caverna. El enviado de la luz...

— ¡Vamos ya, deja eso! —interrumpió Ghawr al ver que las mujeres que se encontraban más cerca entretenidas en sus labores levantaban la cabeza y dirigían sus miradas a ellos a medida que la voz del chamán subía de tono.

Un grito del otro lado del río los hizo poner en pie.

Dos hombres alzaban los brazos y se acercaban a la carrera. Un poco más atrás los seguía otro grupo.

No hacía mucho que habían aparecido saliendo desde el lindero del bosque; pero en el refugio nadie se había dado cuenta de su acercamiento.

—Ya vuelven los cazadores —dijo Rhaan.

—Y parece que con algo nuevo —agregó Ghawr.

Efectivamente. Los tres primeros llegaron junto a la corriente y sin parecer percatarse de lo embravecida de las aguas se lanzaron de un salto.

— ¿Qué hacen? —gritó una anciana de las primeras en acercarse a ellos.

En realidad todos habían dejado sus labores y corrían desesperados hacia la orilla.

Un grupo mucho mayor acababa de aparecer por el lindero del bosque.

Los upallis corrían con Tima y su hermano al frente; pero estos halaban a dos mujeres atadas de la cintura, una cada uno. Al llegar a la corriente hicieron lo mismo; se lanzaron al agua y comenzaron a batallar con furia mientras eran arrastrados al centro de la corriente.

Los del refugio corrieron también la mayoría, tratando de no perderlos de vista entre las embravecidas aguas.

Muy pronto desaparecieron todos y se hizo el silencio por un instante; pero sólo para ser interrumpido por los guerreros del otro pueblo que se detenían junto al río. Lanzaban amenazas e improperios en lengua desconocida; pero no se atrevieron a hacer lo mismo que los upallis y permanecieron escandalizando hasta llegar al agotamiento. Mientras tanto, las mujeres comenzaban a regresar al campamento en compañía de Tima, su hermano Akton, y otros tres guerreros. El resto de los hombres había desaparecido en el río; pero las dos mujeres, de

puro milagro, habían sobrevivido junto a sus raptores.

Ghawr había contemplado la escena con serenidad, tal vez deliberando en las consecuencias de aquellos actos. Sabía de sobra que no era conveniente provocar el enojo de sus vecinos; a pesar que habían tomado las tierras de caza que los upallis habían utilizado por más de diez y ocho lunas. Claro, los hermanos Tima y Akton pensaban diferente. Eran unos tipejos sin escrúpulos ni previsión; en definitiva, unos irresponsables, a quienes nada les importaban las calamidades que sufría la tribu.

El viejo brujo a su lado se rascó la cabeza y se retiraba cabizbajo en dirección a su choza cuando la voz de Ghawr lo detuvo.

—He pensado bien lo que me has dicho.

Rhaan se volvió lentamente.

— ¿Y entonces?

—Nos reuniremos al atardecer y trataré de tomar tu ocupación de chamán.

La tarde fue espléndida; pero un raro presentimiento flotaba en la atmósfera entre los miembros del clan. Presentimiento que se había convertido en mutismo. Las mujeres se dedicaron durante el resto del día a sus labores, sin levantar la mirada de la piel que raspaban con afán o del tejido de la canasta de mimbre, o del fuego donde se cocían las primeras cestas después que se establecieran en la garganta rocosa a la par del río.

Conocían muy bien a los hermanos para tener alguna esperanza de que las cosas durante el resto del día fueran a pasar sin mayor alarde. Como un instinto que nunca había fallado desde que se formó la horda, comprendían que algo estaba por cambiar y les tocaría a ellas decidir.

Ghawr se había metido en la cueva y no salía de allí desde el mediodía. La pasó conversando con el viejo chamán o abrazándose con la muchacha extranjera; pero, poco antes de que las sombras cayeran sobre la empinada pared del farallón, dejaron todo y entraron a reunirse con ellos. El fuego saltaba entre los leños en medio de la habitación dibujando grotescas figuras danzantes en el techo y las paredes.

Ghawr se puso en pie. Su mirada era hosca y amenazadora como nunca antes se había visto, y comprendieron que esta vez su enojo iba más allá de una simple reprimenda. Los hermanos entraron y se echaron al suelo con unos odres de piel de cabra repletos hasta desbordarse de hidromiel amarga.

— ¿Dónde está lo que trajeron de caza?

—Se perdió en el río —replicó de inmediato uno de los hermanos—. Sin embargo, conseguimos a dos mujeres.

—A cambio de cinco cazadores que fueron arrastrados por la

corriente.

—Fueron unos débiles —dijo Tima, el mayor de los hermanos, después de beber largamente.

El chamán se levantó desde las sombras con los ojos chispeantes y se colocó junto al fuego.

—Los espíritus han estado rondando a mí alrededor durante cinco días y cinco noches, y ya mi piel está padeciendo por las quemaduras del enojo. Grala, el poderoso espíritu de las tinieblas, exige que estos hombres abandonen el clan. Deben irse y no volver jamás a nuestro entorno, porque de lo contrario, la desgracia caerá sobre los upallis.

Las primeras palabras del chamán hicieron brotar el temor a los rostros de los hombres y mujeres junto a la hoguera; pero al final el temor se había tornado en ira. Ira contra los dos hermanos, ante todo por parte de las mujeres que se volvieron desafiantes y comenzaban a gesticular y a mascullar palabras, pidiéndoles que abandonaran el campamento.

— ¡Han oído! ¡Salgan de aquí! —grito Ghawr—; antes que los espíritus vuelquen su ira contra la tribu.

Esta última decisión viniendo del más temido de los cazadores y acompañada por los aullidos de las mujeres, hizo que Tima y Akton se levantasen y saliesen atropelladamente de la caverna.

—La noche es larga y los espíritus vagan por las tinieblas —gritó el chamán, tratando de convencerse a sí mismo y a los demás del suplicio horrendo a que habían sido condenados con la expulsión.

CAPÍTULO 2: LOS NUEVOS HABITANTES

Ghawr estiró las piernas y se descubrió la cabeza. Una claridad rosácea comenzaba a teñir el cielo por encima de los peñascos. Se volvió a retorcer y apartó suavemente la pierna de Amisha que descansaba sobre su estómago. Se agachó junto a ella y la contempló. Después recorrió con la mirada al resto de su pueblo. Aún dormían, y sería así hasta que la claridad del sol, penetrando hasta ellos los despertase.

Tomó el arco y su manojo de flechas, el hacha con hoja de cobre y el cuchillo de sílice y salió calladamente entre los bultos que cubrían el suelo. Algunos todavía roncaban tapados hasta la cabeza.

El guerrero que hacía la última guardia se había quedado dormido contra la roca del exterior junto a los restos mortecinos de una hoguera, y Ghawr lo golpeó con un pie de forma deliberada. El guerrero despertó en un sobresalto, pero la enorme hoja de cobre estaba junto a su cuello.

—Te necesito vivo para que cuides a los niños y a las mujeres.

El hombre se puso en pie mientras Ghawr se alejaba en dirección al río, y lo siguió hasta darle alcance.

— ¡Iré con el Hijo del Oso! —dijo plantándose frente a él.

— ¡Te quedarás con la gente! —dijo Ghawr—. Suban al farallón y defiéndanse desde allí en caso de cualquier peligro —agregó señalando hacia el lado opuesto de la corriente, hacia la enorme pared de rocas que se levantaba frente a la caverna.

—Athar es bueno con el arco. Podría ser de gran ayuda —insistió el guerrero.

—Por eso es que te quiero aquí. Mañana cuando el sol esté sobre nuestras cabezas, el Hijo del Oso estará de vuelta en el campamento ¡Hasta mañana Athar!

Ghawr se alejó por la orilla del río hasta desaparecer entre los primeros árboles del bosque.

Había salido temprano del campamento para no ver el pesar en el rostro de las mujeres. Se sentían más desamparadas cada vez que el clan perdía alguno de sus varones y ahora lo mismo podría suceder con él. En un solo día habían sido siete las pérdidas, contando a los dos hermanos, Tima y Akton, expulsados del campamento.

Ahora todos temían que si continuaban disminuyendo morirían de

carestía o tendrían los sobrevivientes que unirse a uno de los otros clanes, si era que los aceptaban, ya que toda la tribu estaba pasando por una situación difícil.

Al llegar al vado comprobó que el nivel de las aguas había descendido lo suficiente gracias a que no hubo lluvias durante la tarde anterior. Al meterse a la corriente comenzó a pensar en Amisha, cuando tuvo que cargarla durante una crecida por aquel mismo río. Aquel era otro de los recuerdos que lo hacían sentirse por primera vez en su vida tan apegado a un campamento.

Cuando el pueblo del oeste empujó a los upallis y los obligó a dejar el anterior, Ghawr no se sintió molesto. Como algo natural alzó a su gente y salieron a caminar, casi con precipitación, en dirección al sureste, hacia las riberas del gran río.

El clan se lo reprochó al principio; pero igual le pareció. Lo mismo le había sucedido a los otros clanes. Pero ahora las cosas habían cambiado mucho y pensaba que esto se lo debía a la mujer y a las míseras conversaciones que podía establecer con ella.

Como hablaba una lengua diferente a la de los upallis era poco lo que comprendía de sus relatos acerca de extrañas localidades del otro lado de las montañas del sur; pero esos recuerdos podían considerarse como fantasías de la mujer que amaba y ahora terminó de cruzar con el agua hasta las rodillas y se sentó sobre los guijarros a sacudirse la arena que había penetrado entre sus sandalias de cuero.

Aprovechó la ocasión para beber y antes de reanudar la marcha determinó la dirección del viento. Terminaba la primavera y era apenas una ligera brisa soplando desde el suroeste con un poquito de olor a sal. Su fino olfato adaptado a la naturaleza y a sus cambios estacionales podía detectar en el ambiente los más disímiles olores, que lo hacían rebosar de optimismo.

Optó por dejar la orilla, ya que sabía que el oso de las cavernas deambulaba por el paraje cazando peces entre las aguas del Gran Río y tomó hacia el oeste en busca del territorio del Clan del Lobo y caminó sin interrupción, atravesando un bosque de abedules. Allí le pareció demasiado frío y echó a trotar para salir de prisa. Saltaba entre las ramas y troncos derribados por la tempestad, hasta llegar a un riachuelo. Entonces se detuvo para tomar aliento y después de otear a su alrededor se sentó en un tronco junto a la corriente. Hacia arriba una manada de castores chapoteaba y se empeñaban algunos de sus miembros en derribar los árboles más jóvenes a la orilla.

En aquel momento no habría nada mejor que beber un par de tragos de licor. Luego se comió un pescado ahumado que traía en la bolsa atada a la cintura. El pescado le pareció delicioso, tal vez porque había sido preparado por Amisha la tarde anterior. Sintió que tenía el sabor especial de las hierbas aromáticas del bosque usadas como

condimento. Luego de satisfecho, bebió y continuó su marcha.

Antes que el astro diurno llegase a lo más alto del firmamento había salido del bosque. Una manada de ciervos se le cruzó en el camino y desapareció entre una arboleda. Poco después sintió el rugir del león. Estaba lejos al sur y a favor del viento; pero no se despreocupó y torció ligeramente su rumbo en dirección contraria. Quería llegar al campamento del Clan del Lobo antes del mediodía.

Entre los muchos inconvenientes que causaban los pueblos que invadían el territorio estaba la dispersión de la propia tribu. Anteriormente los upallis se mantenían en contacto con mayor frecuencia y moverse de un campamento a otro se realizaba en la mitad del tiempo. Ahora los clanes estaban más dispersos y se desplazaban con mayor frecuencia. Con esto estaba Ghawr dispuesto a terminar de una vez por siempre.

Por fin, vio las colinas pedregosas de la llanura y tomándolas como referencia se dirigió hacia ellas. Bebió otro trago de licor para reanimarse y salió trotando; pero antes de llegar a las primeras rocas tuvo que aminorar la marcha porque se sintió mareado. Fue una extraña sensación que atribuyó de inmediato a la poca alimentación y tal vez al largo recorrido en solo media jornada.

Se esforzó algo más y al llegar a las primeras peñas de basalto se detuvo. Allí tomaría un descanso. Se encaramó lo más alto que pudo saltando como una cabra y cuando se creyó lo suficientemente elevado, se dedicó a observar el horizonte a su alrededor. Había dejado a un lado las armas, la alforja con el vino y el pescado, y se quitó las sandalias. El campamento estaría a unos doscientos tiros de arco, detrás de un bosquecillo ralo de abedules y pinos.

Sacó otro pescado y lo devoró hasta las espinas, las cuales masticó mientras meditaba en el destino de su tribu. Luego bebió y contempló la media luna creciendo en el firmamento. ¿Hasta dónde se alzaría? Ahora era pálida; pero en cada noche que se avecinaba sin interrupción se hacía más notable y fría para luego volver a desaparecer. Era algo que se repetía durante todos los días de su vida y que había sido así durante las pasadas vidas hasta perderse la historia en las profundidades del tiempo.

Sopló la brisa, el sol calentó su cuerpo y se acostó sobre la roca. Una gran burbuja se había dibujado con los reflejos del sol a pocos pasos sobre su rostro y para que no lo molestase cerró los ojos, y por un rato quedó dormido.

Despertó animado pero confuso. Había soñado con raras imágenes por un cielo en llamas. Sus recuerdos eran nítidos como la espuma en el remolino del agua en la primavera del río frente al campamento.

El sol había llegado sin que se hubiese dado cuenta hasta la mitad del firmamento y descendía deprisa.

Corrió por la llanura desesperado y presintiendo lo peor y se le cayó la alforja y la dejó tirada y devoró la distancia hasta el bosquecillo. Había sentido el rugir del león cavernario en aquella dirección; pero no se detuvo. Comenzó a saltar sobre los arbustos rasgándose la piel con los espinos hasta llegar al sendero, aquél que había trazado la tribu y que lo llevaría directo hasta el campamento de sus hermanas; pero su impulso quedó frenado. Helado como una piedra quedó al divisar el claro.

Algunas cabañas humeaban, aunque se dio cuenta al instante que no era el fuego acogedor del hogar el que lo provocaba. Oprimió el hacha y saltó y su caminar se hizo lento, firme, abrumadoramente silencioso. Pasó muy cerca de un cuerpo humano destrozado y escuchó los gemidos de otros que agonizaban. Seguramente el banquete había concluido hacía muy poco.

Al llegar al centro del poblado, de unas diez cabañas, pudo presenciar la enorme desgracia que se había abatido sobre el clan, exterminado por el león cavernario. Destrucción y sangre por todas partes.

Ghawr sintió un leve ruido a sus espaldas y se dio vuelta con inusitada energía blandiendo la poderosa hacha de cobre sobre su cabeza.

Detuvo el golpe ante la presencia del rostro ensangrentado de una mujer. Al momento, otros seres humanos como sombras aparecieron desde el lindero del bosquecillo.

Y en silencio fue contando uno por uno, a medida que se acercaban, a los que habían conseguido escapar. Siete mujeres y cinco niños.

— ¿Qué sucedió a los otros? ¿Dónde están los cazadores? —preguntó.

—Sólo nosotros... —fueron las únicas palabras que podía escuchar de los marchitos labios.

—Recojan lo que puedan —dijo Ghawr—. Hay que alejarse de aquí cuanto antes.

— ¿A dónde iremos? —dijo una de las mujeres.

—Al Clan del Oso. ¡Vendrán conmigo!

Impelidas por el temor y el sufrimiento pronto estaban listas para partir con los pocos enseres que atinaron a recoger. Ghawr las guio por el mismo camino pasando junto a las rocas de basalto; pero sin detenerse. A marchas forzadas atravesaron el bosque de los abedules y a la caída de la noche plantaron el campamento en el lindero del sur.

Prendieron el fuego, y tal vez por el reciente momento de terror por el que habían pasado, formaron una gran pira con toda la leña que habían conseguido recoger en los alrededores.

Ghawr no podía dormir a pesar del cansancio de la jornada anterior. El aullido de los lobos no se lo permitía. Por eso alimentó la hoguera y cuidó de las mujeres y los niños hasta el amanecer. Fue entonces que

sintió el terrible agotamiento. Se vino a quedar dormido al despuntar el alba y un susurro de voces lo despertó al momento.

Las mujeres se habían escondido detrás de los matorrales e indicaban al Hijo del Oso en dirección a la sabana. Aproximadamente a cinco tiros de azagaya caminaba un grupo de guerreros, tantos como la camada de cinco lobas. Por fortuna para los upallis la brisa en aquel instante soplaba hacia ellos, impidiendo que el murmullo o el olor de la fogata llegasen hasta el olfato de los cazadores.

— ¿Quiénes son? —preguntó una de las mujeres acercándose a rastras hasta Ghawr.

—No son gente de la tribu, es lo único que sé. Van hacia el sur en dirección al Gran Río.

— ¿Cómo nosotros?

—Así es; pero esperaremos a que se alejen, al menos para evitar un encuentro.

Poco después partían, siempre temerosos de encontrarse con un campamento del pueblo desconocido. Finalmente, como Ghawr se dio cuenta de que aquellos hombres seguían la misma ruta por la que ellos tenían que continuar para llegar hasta el campamento, se comenzó a preocupar. Decidió entonces seguir tras ellos.

La marcha se hizo lenta y difícil. Las mujeres comenzaban a agotarse de llevar a los más pequeños sobre sus hombros y el hambre y la sed los agobiaba.

Para el mediodía tomaron un descanso, que fue interrumpido antes de lo previsto cuando oscuras nubes comenzaron a reagruparse sobre la pradera. Había que partir deprisa para llegar al río antes del inicio de la tormenta.

Ghawr dio sus armas a una de las jóvenes y se puso a dos niños a horcajadas sobre los hombros. Luego echaron a correr en grupo en dirección al vado. Entre carreras, trotes y momentos de descanso llegaron por fin junto a la corriente; justo con el primer chasquido del cielo que anunciaba la tempestad. Ahora estaban muy cerca del hogar y sintieron la seguridad que emana con la conciencia de pertenecer al grupo.

Hasta el olfato del Hijo del Oso llegó el olor a pescado fresco, y sus ojos buscaron a lo largo de la orilla. Descargó a los niños en brazos de las mujeres y tomó sus armas. Se metió al agua sin apartar la mirada de la tupida maleza del otro lado.

Debían andar con cuidado. Sobre la orilla estaban dispersos los restos de pescado que habían despertado su atención, una advertencia de que el oso cavernario podía estar otra vez merodeando por el campamento.

Hizo una seña a las mujeres y estas comenzaron a rebasar la corriente.

El temor y el recuerdo de la tragedia insuflaron energía en sus pulmones; pero esta vez era diferente. Era demasiado riesgo desprenderse a correr por el trillo junto al lindero.

Siguieron a Ghawr en silencio y en apretada fila, mientras el Hijo del Oso oprimía con fuerza el hacha de cobre; su único trofeo de combate.

Al llegar al primer recodo se escuchó un aullido, seguido de inmediato por la luz y el estampido del rayo, y se rompieron las nubes. Al momento quedaron empapados y tiritando de frío. El viento empezaba a azotar con fuerza sobre los árboles y Ghawr apresuró la marcha.

Vino a su mente la figura esbelta de Amisha y su corazón comenzó a latir como si fuese a reventarle el pecho. Sin darse cuenta corrió hacia el refugio dejando al grupo detrás y rebasando la distancia con velocidad de gamo. Miró a lo alto y se detuvo. Había llegado al claro y sobre el farallón divisó, frente al oscuro fondo de nubes, las siluetas de los upallis. Debajo, frente a la caverna, los guerreros de la pradera se disponían al ataque.

Ghawr se arrodilló y apartó con una mano los cabellos mojados sobre su rostro. En aquel instante se acercó por detrás el grupo de las mujeres.

—Aguarden aquí —fue lo único que les dijo, se puso en pie y avanzó hacia los guerreros que comenzaban a escalar la roca.

No pretendía atacarlos de repente, ni tampoco lo conseguiría, ya que en cuanto los upallis lo divisaron desde lo alto irrumpieron a gritar de alegría. Cuando aquellos hombres se dieron cuenta de su presencia, alentados por la superioridad del número se dieron vuelta para hacerle frente.

Una mujer gritó desde lo alto del farallón y se separó de los demás. Era Amisha que de inmediato comenzó a descender sin dejar de gesticular con los brazos. Su actitud hizo que los guerreros se detuviesen antes de comenzar la embestida.

Ghawr permanecía sin comprender; pero con el hacha en posición de ataque le ordenó que se detuviese; pero ella insistía y ahora los hombres de la pradera se mostraban más tranquilos. Se habían vuelto a ella y la escuchaban en su propia lengua.

“No es posible —pensó Ghawr—. Amisha los comprende.”

Y lo único que se le ocurrió pensar en aquel momento fue, que si ella los comprendía entonces eran de su propia tribu. No le quedó más remedio que esperar. Ella llegó junto a los guerreros y continuaron hablando; pero bajaron sus armas y se apartaron alrededor de la mujer como obedeciendo órdenes.

La lluvia continuaba azotándolos. Las mujeres estaban intranquilas y se acercaron a él buscando amparo, entonces las mandó a la cueva.

Amisha se le acercó.

— ¿Por qué bajaste? —preguntó Ghawr.

—Porque te hubiesen matado —dijo ella—. Quieren a las mujeres. Las que se llevaron Tima y Akton.

—No las tenemos ¡Tú lo sabes! Tampoco los hermanos están con nosotros. Diles que fueron expulsados.

—Eso les dije; pero de todas formas quieren la cabeza de los hermanos. Quieren venganza.

—Ahora diles que se vayan en paz, que los hermanos ya fueron castigados. Ellos no pertenecen a nuestro clan.

Amisha repitió las palabras en la lengua de los hombres de la pradera y uno de ellos, el que parecía andar frente al grupo, le respondió de inmediato, y Amisha bajó la frente.

— ¿Qué dijo? —preguntó el Hijo del Oso.

—Que quieren a dos mujeres de los upallis.

Ghawr reflexionó un instante. No le parecía tan disparatada la idea y aunque no estaba dispuesto a entregar a nadie, encontró buena la oportunidad para proponer lo suyo. Para aquel momento los ánimos se habían calmado y ambas partes creyeron tener algo en común.

El jefe del Clan del Oso, y ahora también chamán, arriesgó su mejor oportunidad diciendo:

—Diles que se queden esta noche con nosotros y así podremos hacer un pacto.

La mujer se volvió y les habló nuevamente.

Los hombres no parecieron estar conformes; y en vez de responder, se retiraron en silencio hasta desaparecer en las cercanías del bosque.

El río había crecido amenazando con desbordar su cauce y Ghawr estaba también temeroso de que los cazadores de la pradera intentaren tomarlos por sorpresa durante la noche.

Después de curar a los heridos del Clan del Lobo dio la orden de abandonar la caverna. De inicio presenció el disgusto en el rostro de su gente; pero después obedecieron y volvieron todos a plantar un improvisado campamento en lo alto del farallón.

Antes de caer la noche había cesado la lluvia y Ghawr tomó consigo a tres guerreros y se fue a dar un recorrido a lo largo y ancho de la meseta. Quería estar seguro que ningún animal salvaje merodease por las cercanías a la hora de pernoctar, poniendo en mayor peligro a las mujeres y niños.

La roca era un lugar bastante seguro, ya que todas sus pendientes eran empinadas y abruptas y la roca misma en lo alto era un sitio seco y poco estimado por las fieras.

Ya era de noche cuando regresaron al grupo. Los niños se habían dormido; pero las mujeres velaban junto a los guerreros, sentadas y agazapadas en pequeños grupos.

Estaba prohibido prender el fuego durante aquella noche, así que las mantas de piel apenas alcanzaban para cubrirlos a todos de manera holgada, y pasaron frío.

Ghawr se apartó a un lado junto al viejo chamán y se sentaron:

—Creo que la muchacha nos ha salvado a todos —dijo Rhaan—. Hay una relación muy extraña entre ella y aquellos hombres. ¿Cómo no continúas averiguando de dónde vino? ¿Quién es ella? ¿En verdad qué no te preocupa?

—No me preocupa —dijo Ghawr—, y además, escucha esto. La tarde de ayer tuve un sueño. Se me presentaron los espíritus de nuestros antepasados y me dijeron muchas cosas.

—No me vengas con eso a mi —interrumpió el viejo—. Tú sabes tanto como yo, que eso de los espíritus, de las visiones, es un engaño, no es más que puro cuento para mantener unida a la gente en torno a las costumbres de la tribu; para eso somos los brujos. ¿No es así?

—Te equivocas esta vez.

— ¿De verdad te lo has creído? ¡No…, no lo puedo creer! —Rhaan echó a reír y sacó un pescado de la bolsa de cuero que colgaba a su cintura, y añadió—: Dime entonces lo que soñaste.

—No te lo puedo decir.

— ¿Y por qué?

—Porque no recuerdo nada.

El viejo chamán se retiró y Ghawr se tendió en el suelo y enseguida quedó rendido por el cansancio.

El cielo se había despejado y las estrellas comenzaban a brillar en el firmamento cuando una sombra se arrastró silenciosa sobre la roca. Se alejaba del lugar donde descansaban las mujeres y los niños y se aproximó a Ghawr.

Amisha dormía junto a él y la sombra se le acercó por el otro lado, levantó la manta de piel de oso con la que la mujer extranjera lo había cubierto desde temprano y se acurrucó a su lado.

Ghawr se despertó antes del amanecer con el rugido lejano de una fiera y levantó la cabeza para mirar sorprendido a su alrededor. Después se tranquilizó al comprobar que no estaba solo. Amisha y una de las mujeres del Clan del Lobo todavía dormían a su lado.

Se quedó tranquilo un rato hasta que vio una estrella fugaz trazar un arco de luz en el firmamento. Entonces apartó las piernas de las mujeres que descansaban sobre su pelvis y se puso en pie. Bajó de la roca y se detuvo frente a la boca de la caverna, husmeó el ambiente y se dirigió hacia la orilla del río.

Comenzaba a clarear y multitud de aves viajeras pasaban en raudo vuelo en dirección a occidente.

Había dormido bien y sentía su mente despejada; pero las tripas se estremecían en su interior. De repente tenía que calmarlas con algo y

se tendió junto a la orilla y bebió con ansiedad hasta sentir alivio. Iba a ponerse en pie cuando escuchó detrás el ruido de los guijarros y volteó la cabeza apretando con fuerza el hacha de hoja de cobre.

La mujer del Clan del Lobo le extendía con una mano un trozo de carne seca y Ghawr le agradeció con una sonrisa y comenzó a cortarla en dos. Devoró luego un pedazo y le dio el otro a ella.

— ¿Cómo te llaman?

—Tlea —respondió la mujer.

Estuvieron conversando un rato y después bebieron entre risotadas metiendo la cabeza en el agua.

El sol despuntaba con esplendor y se disponían a regresar junto al grupo al momento que una flecha repicó contra los guijarros a unos escasos cinco pies del lugar. Ghawr volteó con mirada escrutadora hacia el farallón y vio a uno de los cazadores que le hacía señales con el arco en alto. Era Athar, el mejor de los arqueros, y su señal indicaba que algún peligro se acercaba al clan.

Tomó a la mujer con fuerza de la mano y corrieron rumbo al farallón.

Desde la tarde anterior habían reunido muchos pedazos de roca a todo lo largo del precipicio de manera que la posición defensiva desde lo alto resultaba casi inconquistable para cualquier enemigo y hasta las mujeres, los ancianos y los niños podían convertirse en improvisados y temerarios guerreros.

Llegaron a lo alto y Athar le señaló en dirección al lindero del bosque. Por allí habían reaparecido los hombres de la pradera.

—Hablaré otra vez con ellos —dijo Amisha.

— ¡No dejaré que lo hagas! —dijo Ghawr—. Es muy peligroso. No dejaré que te atrapen o te hagan daño. Yo hablaré y tú le dirás a su jefe lo que yo deseo.

No parecían andar con ánimo de pelea. Se fueron acercando con lentitud y eran solamente tres. Fue algo que llamó mucho la atención de Ghawr y le sugirió a su gente mantenerse alerta y preparados para cualquier ataque.

Uno de los hombres se adelantó más que los otros y habló durante un rato.

Amisha escuchaba con atención y al final dijo a los upallis:

—Queremos a tres mujeres. Una a cambio de la que asesinaron, y las otras dos por las que se llevaron del campamento gerda. Nuestro pueblo no cesará en su venganza hasta que sea reparado el daño.

— ¿Eso fue todo lo que dijo? —preguntó Ghawr.

Amisha bajó la cabeza y él tuvo que tomarla por la barbilla para hacer que mirase al frente.

—No fue todo. Ha dicho que me quieren a mí.

—Tú perteneces a su pueblo. De ahí se explica que puedas

comunicarte con ellos.

—No Ghawr, yo no soy de la tribu de los gerda y no quiero que me entregues a ellos. No permitirás que me lleven ¿Verdad?

—Por supuesto que no —dijo el Hijo del Oso levantando el hacha—. Dile al gerda que no recibirán de los upallis ninguna recompensa; pero si necesitan mujeres y abrigo contra las fieras y las tinieblas, yo Ghawr, Hijo del Oso, los dejo entrar a nuestro clan. Es mi palabra.

La mujer extranjera se volvió a los hombres de la pradera y les habló en su propia lengua.

Un momento después los tres gerdas se sentaron sobre la hierba. Al momento el resto del grupo apareció desde el lindero del bosque.

— ¿Qué crees que harán ahora? —dijo el Hijo del Oso.

—Prenderán el fuego y se sentarán a su alrededor para el sacrificio. Esa fue también una antigua costumbre de mi tribu.

Así fue. Los hombres de la pradera se reunieron en corro después de amontonar algunas ramas y prendieron el fuego con unas lascas de pedernal. Cuando la llama estuvo bien viva el hombre que hablaba por ellos tomó una liebre y la echó sobre las brasas.

—Es el sacrificio del fuego —dijo Amisha—. Significa que aceptan el pacto con el Hijo del Oso. Significa que se consumirán con el Clan del Oso lo mismo que la liebre en el fuego.

***

El reducto más profundo de la caverna era el lugar sagrado del clan. El suelo había sido nivelado con meticuloso esfuerzo y allí descansaban en la oscuridad absoluta las calaveras de los ancestros. Eran las reliquias sagradas de los upallis que se transportaban en grandes alforjas cada vez que el clan había estado en la necesidad de moverse a un nuevo establecimiento.

Las cargaban con empecinamiento, sin importar el esfuerzo, la rapidez de una retirada ni el agotamiento. Hubo una vez en que alguien dejó olvidada su carga de huesos y la cólera del clan fue tan exagerada que casi lo matan a toletazos. Pero no importaba, a pesar de los golpes, tuvo que regresar para recuperar su carga.

Así eran los upallis de fieles hacia sus muertos. Poco después el desdichado murió, tal vez a consecuencia de uno de aquellos golpes en la cabeza, y entonces tuvieron que cargar con él, con su calavera, durante la próxima escapada.

Poco tiempo después un joven valeroso se atrevió a comentar de lo absurdo de la costumbre y la gente no lo golpeó tan fuerte. Sin duda la conciencia colectiva se hacía eco de su protesta y de lo razonable que sería abandonar la costumbre.

Estaban verdaderamente cansados de corretear el mundo. Lo mejor sería establecerse y así tener la oportunidad de un descanso duradero

tanto en vida como después de la muerte.

Hilvanando aquellos pensamientos habían llegado a una conclusión. Debían juntar valor y quedarse fijos en el próximo campamento; ¡y que dicha la de haber encontrado un lugar tan acogedor! El refugio fue para ellos como el regalo de los espíritus de los muertos, también cansados de vagar.

A Ghawr le gustaba levantarse el primero. Era una costumbre que había adquirido de su anciano padre desde que era un niño y la mantenía como tributo de su memoria. Lo primero que hacía era adentrarse en el reducto sagrado; y para llegar allí tenía que pasar a través de una estrecha ranura que cortaba la roca verticalmente hasta una altura de quince pies. Colocaba la antorcha encendida que llevaba en alto en medio de la estancia sobre el altar de piedra y allí permanecía por largo rato arrodillado frente a las osamentas que habían sido colocadas en pequeños nichos cavados en las paredes.

Aspirando el aire seco y espeso se sentía más fuerte, privilegio que la tradición solamente concedía al chamán, el único de los iniciados que se mantenía en contacto permanente con los espíritus de los antepasados, y nadie mas podía penetrar allí si no era en su compañía.

En una mañana de primavera después del encuentro que unió a los upallis con el pueblo gerda, Ghawr atravesó en silencio y solitario como siempre la estrecha abertura al fondo de las habitaciones que servían de refugio común al pueblo.

Esta vez no se postró frente a los pequeños nichos de los antepasados, sino que lo hizo frente al rincón más oscuro y profundo donde había un nicho mucho mayor que los anteriores. Estaba cubierto con una gran piel de oso de modo que su interior permanecía oculto a cualquier mirada.

La llama de la antorcha desdibujaba con luz inquieta el interior de la estancia mientras Ghawr se inclinaba hasta apoyar la frente y besar la tierra. Luego lentamente erguía su cabeza y clavaba la mirada en el nicho.

Después de aspirar el aire fresco en el exterior se daba cuenta que allí apestaba; y no era solamente el olor a pieles o a las resinas del fuego. Olvidándolo todo trataba de concentrarse con la mirada fija sobre el oscuro agujero. Debía decidir en aquel instante.

CAPÍTULO 3: EL NUEVO CLAN

Durante centenares de estaciones los upallis habían recorrido el vasto territorio que va desde el borde de la gran pradera al sur hasta las estepas heladas. Luego, en un lento movimiento de retroceso ante el empuje de pueblos más aguerridos, habían comenzado a descender otra vez hacia las tierras cálidas; pero esta vez mucho más al este.

Habían pasado ya tantas generaciones desde el origen de la horda, que aquella intensa jornada histórica apenas se conservaba como memorias sueltas, reforzadas por los usos y costumbres en el batallar diario por la subsistencia.

Una nueva era se abría ahora ante los corazones desfallecidos de tanto vagar. El trato con el pueblo desconocido había comenzado como una alianza dictada por la necesidad de encontrar mujeres por parte de estos, y por el deseo de los upallis de establecerse en su nuevo refugio junto al gran río.

La convivencia pacífica entre ellos muy pronto se convirtió en una fusión total que no tuvo en cuenta las costumbres tan diferentes, las invocaciones mágicas ni la propia lengua. En pocos días el prestigio de las mujeres había crecido de manera inaudita, porque con una mujer había comenzado el gran cambio. Esta mujer era Amisha. A través de ella se realizaba la comunicación diaria y con ella había que contar para todo acto de la nueva comunidad que surgía.

Habían pasado ya veinte lunas desde su llegada a los upallis y desde el primer día había comenzado a aprender con rapidez creciente la lengua de estos, muy diferente de la suya propia. Ella se refería a sí misma como perteneciente a la tribu satri, y al principio cuando Ghawr preguntaba, ella señalaba hacia las cimas de las montañas en dirección al sur.

Los gerdas la respetaban también, a pesar de que ellos eran casi todos varones adultos; cazadores y guerreros, tal vez no dispuestos en otros casos a conciliar con la idea del prestigio de una mujer; pero esta mujer era diferente, y además, la afinidad entre la lengua que ella hablaba y la de ellos, los hacía sentir como representados ante la nueva comunidad.

En las noches tibias Ghawr comenzaba a comprender los relatos de Amisha acerca de aldeas maravillosas a lo largo de un infinito valle, atravesado por un río cuyas aguas nítidas y refrescantes hacían espigar

el trigo en inmensos campos. Luego se dormía placenteramente entre sus brazos y soñaba con seres y lugares desconocidos cuya fantasía ella le traspasaba con su melodioso acento; hasta llegar un día en que sus sueños se convirtieron en algo mucho más fuerte; en el deseo de levantar una gran aldea similar a las que dibujaba Amisha en sus alucinantes relatos.

El nuevo clan crecía y se fortalecía y con ello la necesidad de ampliar el refugio y los territorios de caza.

Algunas bandadas de avutardas pasaban en pesado vuelo siguiendo sobre el curso del río hacia occidentes y un buitre planeaba con cadencioso batir de alas en dirección al bosque. Ni una nube manchaba el firmamento.

—Es un buen día para desbrozar el lindero —dijo Amisha acariciándolo por la espalda.

Habían salido frente a la caverna mientras el resto de la gente aún dormía, con excepción de los tres hombres en lo alto del farallón cuyas figuras se dibujaban contra el intenso azul.

—Ahora tenemos gente suficiente para realizar varias tareas a un mismo tiempo —respondió Ghawr—. Quiero levantar un gran refugio de piedra allá en lo alto —dijo indicando hacia el farallón.

—Es muy buen lugar —dijo ella—, pero habrá que llevar las piedras desde aquí, y será un duro trabajo, a no ser que construyamos una rampa en la pura roca.

— ¿Cómo lo hacen en aquel lugar de donde tú vienes?

Amisha no respondió. Se alejó hacia el farallón y se puso a examinar las rocas que formaban la empinada cuesta por aquel punto.

No eran pocas las ocasiones en que todos los miembros del clan tenían que ascender de prisa ante la amenaza de algún peligro. Ya en lo alto se podían sentir seguros. Era el bastión del clan contra las fieras, las inundaciones, y las incursiones de otros pueblos; pero la dificultad consistía en lo lenta y trabajosa que resultaba la retirada.

Poco a poco habían ido acarreando rocas para la defensa y las colocaban a lo largo del precipicio formando una especie de muro, que en caso de ataque, podría servir como parapeto y lanzadera. No obstante, llevar un poco de piedras a lo alto para arrojarlas en caso de necesidad, no era lo mismo que acarrearlas masivamente para usarlas como material de construcción.

Amisha continuaba observando meditativamente hacia lo alto cuando se acercó Ghawr.

— ¿Qué piensas? —preguntó el Hijo del Oso.

—También podríamos elevarlas usando canastos y cuerdas; pero continuaría la dificultad de escalar el farallón. ¡Mira esto! —continuó la mujer mostrando en alto un pedazo de roca—. No es tan dura como parece. Podríamos construir escalones hacia lo alto; pero habrá que

fabricar primero muchos instrumentos con algún material más resistente y capaz de destrozarlas.

— ¿Algo así como mi hacha de cobre?

—Quizás eso, aunque no bastaría tu hacha para el trabajo de varios hombres.

Ella lo tomó de una mano y esta vez se dirigieron al río. Ya había amanecido por completo y algunas mujeres salían de la caverna y prendían una fogata junto a las míseras chozas.

Ya junto a la orilla ella se agachó y tomó un guijarro.

—Hay que buscar muchos como este y fabricar instrumentos. Hachas, cortadores, raspadores, mazas y azagayas, arcos y flechas. Todo lo que pueda ser útil.

— ¿Y qué haremos luego con todo ello?

—Para realizar los trabajos; y además, hay otra gente que los podría necesitar —dijo ella sentándose sobre una de la rocas, mientras mantenía sus pies entre la corriente.

Para Ghawr no era difícil aceptar una sugerencia de Amisha; pero esta vez se trataba de algo mucho más serio. No podía arriesgar los esfuerzos del clan durante el estío que se aproximaba sin estar por completo seguro que se trataba de algo en realidad provechoso.

Ya había decidido comenzar a limpiar el terreno junto al lindero del bosque para plantar semillas, según la costumbre de algunos pueblos, que en algunos casos se asentaban por la región, y de los que Amisha le hablaba con mayor frecuencia. En esta primera labor tendría que utilizar a una buena parte de las mujeres.

— ¿Quiénes se podrían dedicar a eso? —preguntó Ghawr.

—En realidad unos pocos —dijo ella—. Escogeremos a los más diestros, y será suficiente para comenzar. Hay que buscar piedras como estas —dijo mostrándole por segunda vez la roca.

Para el momento en que el sol reverberaba en medio del firmamento, cada miembro del clan estaba ocupado en una labor específica.

El río había descendido a su nivel más bajo y cuatro de los upallis hundían la cabeza con frecuencia, buscando con la vista a través de las cristalinas aguas, y luego se alzaban con algún guijarro en las manos. Los iban depositando junto a la orilla donde Amisha entrenaba a dos mujeres jóvenes en la manera de decidir cuales eran los apropiados para el fin que se proponían.

Ya habían hecho una pila como de cuatro pies y los comenzaban a echar en un cesto de fibras de cáñamo entretejido. En el lugar junto a las cabañas dos hombres probaban su fortuna. Sobre una enorme laja golpeaban los pedazos de roca entre sí, buscando la manera de que se deshiciesen en pedazos afilados o puntiagudos. Cada vez que uno acertaba, dejaba escapar un pequeño grito de júbilo, alentando a los

miembros del clan con cada golpe exitoso.

Más allá, junto al lindero del bosque, el resto de las mujeres limpiaban el suelo de piedras y malezas y cargaban leña en dirección al refugio.

Al atardecer los árboles se habían convertido en una línea más precisa que marcaba el límite entre la tierra salvaje y el refugio de los cazadores; y esta línea ahora se extendía por unos seiscientos pies a lo largo del lindero. A la hora del anochecer no había viento, y a través de la atmósfera en calma llegó hasta el campamento un grito semejando al aullido de una loba en celo. Los trabajadores voltearon la mirada hacia la orilla opuesta del río y para alegría de todos vieron aparecer al pequeño grupo de los cazadores que había partido desde el amanecer.

Los perros se echaron al agua los primeros y luego corrieron junto a la hoguera. Los hombres cargaban un par de gamos atados a sendas varas.

Athar venía al frente y Ghawr le salió al encuentro.

— ¿Dónde han estado tanto tiempo? Ya estábamos preocupados.

—Seguimos a un rebaño que se movía hacia el lugar por donde se oculta el sol. Cuando nos dimos cuenta habíamos llegado muy cerca del Clan del Reno. Es una hermosa pradera...

—Ya conozco aquellas tierras —interrumpió Ghawr—. ¿Me dirás algo de mis hermanas?

—Tus hermanas sufren. El Clan del Reno pasa hambre y frío; y están amenazados por los comedores de carne humana y por su propio guía.

— ¿Cómo sabes todo eso?

—No quiero que el Hijo del Oso se enfurezca con Athar —dijo este y dejó caer el arco y el depósito de cuero con sus flechas sobre el suelo. Luego agregó—: estuvimos merodeando por el campamento; pero cuidando de que los hijos del reno no sintieran nuestra presencia.

— ¿Para qué lo hiciste? —preguntó Ghawr; ahora más curioso que enojado.

—Siguiendo a Tima y a su hermano Akton, así llegamos a las cercanías del campamento.

— ¿Tima está con el Clan del Reno?

—Eso parece.

Amisha los observaba desde el interior de una de las cabañas y al presenciar la mueca y el gesto brusco que hizo el Hijo del Oso al levantar un brazo, se dio cuenta que algo inusual estaba sucediendo.

—Veo que has hecho bien tu trabajo, además —dijo Ghawr observando hacia el grupo que se congregaba junto a los cazadores y sus piezas—. Esta noche tendremos fiesta y mucho trabajo. ¡Que se prenda el fuego! —gritó.

Enseguida varios de los upallis corrieron con antorchas desde la

hoguera junto a las cabañas hacia el lindero del bosque, y comenzaron a regar el fuego sobre los brezales apilonados durante el día. En pocos segundos todo ardía iluminando los caminos del cielo.

Amisha los contemplaba y sonreía desde la entrada a la choza. Ella estaba alegre porque veía la unidad de la gente, porque sentía que Ghawr era fuerte y valeroso para conducirlos e incluso capaz de arriesgarse él mismo por cualquiera de su gente

Aquella noche hubo danzas alrededor de otra hoguera junto a la caverna. El olor de la carne asada los embriagaba de felicidad bajo la luz de las estrellas.

—Cuéntame alguna de tus historias —dijo Ghawr mientras le acariciaba los senos. Estos eran suaves y firmes, y curvos como los colmillos de un jabalí.

Se habían retirado frente a la choza de varas y tendidos sobre las pieles observaban el regocijo del clan. Pero antes que Amisha hablara él se puso en pie y arrastró las pieles con la mujer encima hacia el interior de la choza. Ahora quedaron solos y a cubierto de las miradas, y una vez más se amaron.

Ella quedó bajo su cuerpo como una presa indefensa cuya única solución era rendirse ante el poder que la devoraba apasionadamente. Abrió sus piernas y la vulva húmeda quedó expuesta al poder penetrante, y desfalleció en un instante y durante largo rato. Luego quedaron abrazados y dormidos sin percibir siquiera el instante en que se apagó la hoguera y se hizo el silencio en el refugio de los cazadores.

***

Cuando despuntó la luna por encima de los collados, ya entrada la madrugada, el terreno junto al lindero del bosque aún se mantenía humeante, alejando a los animales salvajes.

Los perros se habían acurrucado junto a los vestigios del fuego y dormían apaciblemente al igual que los vigías nocturnos. Ni el olfato de estos, ni el de los amaestrados cachorros, pudo percibir el olor de algunas sombras encorvadas que se aproximaban por el trillo a lo largo de la ribera. Sea lo que fuese, hubiesen sido difíciles de distinguir, incluso desde lo alto del farallón, porque de la forma en que se acercaban los matorrales lo impedirían; por otra parte, la ligera brisa acarreaba sobre el campamento el humo de los arbustos incinerados dificultando aún más la visibilidad en sus alrededores.

Pero las sombras sí sabían a donde dirigirse, y lo conseguían sin dificultad.

Pronto aquellos seres estuvieron junto a las chozas. Se movían taimadamente, aprovechando cada obstáculo para esconderse, para acercarse sin vacilación hasta la boca de la caverna; y cuando allí estuvieron, desaparecieron en su interior.

La diosa de la mañana puede disipar las sombras y dar a luz con su fragante aliento al comienzo de un nuevo día. Ella puede vagar durante largas horas hasta encontrar el punto por donde nace el sol; ella puede clamar y él, como hijo obediente, acudirá a su maternal susurro.

Pero la amante diosa anunciará a los hombres en aquel instante su destino cuando despiertan a la par con ella. Era por eso que Ghawr nunca perdía una oportunidad. Como un gran felino en caluroso desvelo había penetrado en el agua hasta la altura del pecho. Se había colocado contra la roca en el lado opuesto de la corriente y recostando la cabeza quedaba inmóvil. El agua no estaba ahora tan helada como hacía dos lunas y podría permanecer allí hasta ver aparecer al hijo de la mañana en su dorada envoltura.

Sus pensamientos se elevaron una vez más sobre su entorno mundano y pronto quedó vacía su mente; pero sus ojos fijos en el firmamento comenzaron a divisar el sublime acto. La aurora comenzaba su alumbramiento y las sombras atemorizadas se escabullían a las diferentes regiones donde gobierna la nada. Primero en finísimos girones y luego en su completo manto rosáceo apareció el hijo amado, aquel a quien su madre había otorgado el cetro para gobernar sobre los hombres y las bestias, y sobre toda creación de vida.

En su leve ensoñación no se había dado cuenta que una vez más había terminado el acto. El astro dios había retornado, pero esta vez de una forma que no era muy común. El cielo estaba teñido de un rosa tan intenso que semejaba sangre. Sus rayos caían sobre las oscuras aguas y se reflejaban espantosamente. Y de repente un águila pasó volando sobre su cabeza y rugió el león gigante sobre la pradera del otro lado del río.

Ghawr comprendió de inmediato que algo grande para su pueblo estaba a punto de comenzar.

Se apresuró a salir, y en aquel instante escuchó un grito proveniente de la caverna.

CAPÍTULO 4: EL RAPTO

Aseguró el hacha con la correa de cuero a su muñeca y traspasó el umbral donde se agrupaban tímidamente algunas de las mujeres.

— ¡Lati, la adoradora del fuego! —escuchó de labios de la propia Amisha—. ¡Ha desaparecido!

Escuchó un llamado desde el exterior. Era Athar, el nuevo guía de los cazadores. Estaba encorvado con el rostro cerca de la tierra y contemplaba algunas huellas que se marcaban profundamente en el suelo húmedo.

— ¿De qué se trata? —preguntó Ghawr.

—Alguien nos visitó esta noche. Fue un grupo grande de cazadores.

— ¡Se la han llevado! —dijo Amisha acercándose de prisa.

—Trata de averiguar en qué dirección se han ido y prepara un grupo para seguirlos. Esta vez tú vendrás conmigo —dijo al arquero.

Apenas el sol rebasaba la copa del gran sauce cuando atravesaron el vado. Athar había estado husmeando por la otra orilla y averiguó que los intrusos avanzaban a lo largo de la corriente, como si no les importase dejar más huellas sobre la arena blanda.

Ghawr y Athar corrían delante seguidos de cerca por otros cuatro. Sabían que en estos casos el enemigo busca poner distancia de por medio con la confianza puesta en que los perseguidores nunca se alejan de su propio territorio. Y en realidad eran pocos los que se aventuraban a correr por territorio extraño; pero esto no concernía a los upallis; no esta vez, embriagados como estaban por el coraje de unos intrusos en el campamento, que ya no era un campamento, sino la casa, el refugio permanente, el lugar de vida.

Al mediodía el enemigo aún continuaba con gran ventaja; pero permanecían junto a la ribera y en territorio frecuentado por los upallis. Éstos habían corrido sin detenerse durante toda la mañana y estaban demasiado fatigados para sospechar que aquello podría ser una trampa.

Al llegar a un recodo del río Ghawr ordenó detenerse. Por un momento había sentido la tentación de abandonar la persecución y regresar al refugio, pero la curiosidad fue más fuerte. Quería saber que gente era aquella que se atrevía a introducirse en campamento ajeno y raptar a una de las mujeres, y por cierto, la más hermosa de las jóvenes.

— ¿Qué piensa el Hijo del Oso? —preguntó Athar, mientras Ghawr masticaba un pescado y su mirada se perdía ensimismada en el firmamento.

—Hoy ha sido un amanecer extraño para los upallis.
— ¿A qué te refieres?
—A que seguiremos tras ellos hasta alcanzarlos y le quitaremos a la muchacha. El que primero mate a uno de los intrusos se quedará con ella.
La declaración del Hijo del Oso puso bríos en los corazones ya de por sí enardecidos con la persecución. Terminaron de devorar los pescados y tubérculos de la provisión y se lanzaron a la carrera. Esta vez Ghawr tenía que esforzarse para que los más jóvenes cazadores no se le adelantasen. Seguramente la visión en sus mentes de las prominentes caderas de la muchacha había energizado sus músculos.
Al caer la tarde la ribera derecha del río se fue estrechando hasta cerrarse completamente en un farallón de rocas difíciles de escalar. Allí mismo los intrusos se habían detenido sin duda para descansar y los upallis encontraron restos de su alimentación y también desechos por todas partes.
— ¿Qué es esto? —dijo Athar.
Había tomado del suelo una porción de sustancia amarillenta y blanda.
— ¡No la irás a probar! ¿Verdad? —advirtió Ghawr.
—Huele muy extraño.
—Me imagino que sí. ¿De qué se trata?
El joven cazador sin pensarlo más se llevó el dedo a la boca.
—Uhao, yo nunca había probado algo así.
— ¿Entonces, no es mierda?
—No, no lo es. El Hijo del Oso puede probar si lo desea.
—Mejor no. En mi vida de cazador nunca acostumbro a eso. Levántate y vamos. Tienen que haber cruzado hacia el otro lado del río por este vado. Podríamos perder la pista si nos detenemos por mucho tiempo.
En aquel lugar el río se ensanchaba; pero sus aguas corrían cristalinas y apacibles sin llegar a rebasar la altura de las rodillas. Por suerte para los upallis los intrusos continuaban apegados a la orilla y sus huellas por todas partes indicaban que eran al menos tan numerosos como la camada de cinco lobas.
—Están cansados —afirmó Athar—. Ya no pueden correr. En poco tiempo los alcanzaremos.
Al caer la noche se detuvieron. Las huellas sobre la arena habían desaparecido, lo que era un indicio de que se habían alejado de la ribera y posiblemente se habían adentrado en un bosquecillo de abedules. Muy pronto los upallis encontraron el rastro que habían dejado los intrusos al aplastar las hierbas; pero en vez de continuar tras ellos, decidieron esperar el completo anochecer junto al río.
Cuando las sombras se hicieron densas Ghawr agarró su lanza y se

puso en pie. Una pareja de ciervos bebía junto a la corriente a unos quince pasos y levantaron sus cabezas para observarlo; pero él se alejó remontando la ribera. Su precaución de detenerse junto al río había sido justificada. Entre los árboles del bosque se filtraba el tenue fulgor de una hoguera, lo que quería decir que los intrusos estaban muy cerca, acampando entre los abedules.

Volvió atrás y llamó a los jóvenes cazadores. Debían disponerse para una larga noche, tal vez la más cruenta y difícil que hubiesen vivido jamás.

Cuando volvieron a remontar la cuesta para salir a los hierbazales el resplandor de la hoguera se había hecho más intenso y en la misma dirección vieron aparecer dos sombras que se alejaban del lindero en dirección al río. Los upallis se echaron al suelo y retrocedieron.

Si eran fieras o cualquier otro animal salvaje habría que alejarse a prudencial distancia siguiendo el curso de la corriente; pero Athar volvió agazapado hasta la cima y regresó al instante, más alarmado que complacido por su descubrimiento.

—Son dos de los intrusos —dijo—, y los tenemos casi encima.

Ghawr lanzó una rápida mirada a su alrededor, como si no hubiese visto lo suficiente desde su llegada. La orilla estaba despejada de rocas donde poder esconderse y no podrían retroceder a la ribera opuesta sin ser observados por el enemigo. La única opción era el agua misma.

—Entren al agua —dijo a los cazadores, y se lanzó de inmediato dejando solamente afuera la punta de la nariz. Los otros le obedecieron.

Los ciervos atemorizados remontaban la cuesta cuando se encontraron de repente frente a frente con aquellos que descendían. Retrocedieron los ciervos atropelladamente, levantando guijarros a la distancia con sus afilados cascos y cuando lograron esquivar a los individuos desaparecieron sobre la cuesta.

Los upallis escucharon el sonido gutural de voces pertenecientes a una lengua desconocida. Dos figuras corpulentas se acercaron al borde del agua en aquel instante llevando en sus manos grandes recipientes de piel de forma alargada. Se inclinaron casi al mismo tiempo dejando a un lado las azagayas y comenzaron a llenarlos.

Los rayos plateados de la naciente luna los iluminaban frontalmente.

Ghawr estaba frente a ellos y veía sus rostros atemorizantes y sus poderosos músculos que resaltaban por debajo de una cubierta de pelo y de repente sintió la mirada de uno de aquellos seres sobre sus propios ojos.

El individuo intentó ponerse en pie al tiempo que lanzaba un gruñido de aviso a su compañero, tiraba a un lado el recipiente y retrocedía en busca de su azagaya; pero el brazo de Ghawr se había

alzado por encima de la superficie lanzando con fuerza inusitada su lanza.

El otro individuo no tuvo tiempo de retroceder ni de defenderse. Los upallis se alzaron en grupo contra él hasta que lo abatieron sin contemplación. Luego corrieron a lo largo de la orilla por unos doscientos pasos, lo que consideraron suficiente, para luego acercarse al bosque de abedules.

La hoguera de los intrusos aún ardía con suficiente llama para guiarlos hasta su cercanía. Luego, agazapados entre los matorrales a la distancia de un tiro de arco del enemigo los upallis quedaron rendidos por el agotamiento de aquella larga jornada.

Dominaba el silencio; pero de vez en cuando el soplo de la brisa traía hasta ellos el humo de la hoguera alimentada por uno de aquellos seres hasta el momento en que despuntaba el alba.

Los hombres bestia levantaron el campamento al amanecer y se alejaron en dirección al poniente.

Habían descubierto los cadáveres de sus compañeros junto al río y parece que aquéllo fue lo que comunicó mayor velocidad a su carrera, contrario a lo temido por los upallis. Éstos habían visto a la muchacha. La llevaban atada con las manos al frente, al tiempo que utilizaban una larga cuerda para tirar de ella, obligándola así a correr a la par del grupo.

Ghawr dejó que se alejaran lo suficiente como para no despertar sospechas; pero manteniendo las huellas frescas.

Continuaron en persecución hasta que el sol estuvo a la mitad de su recorrido en el firmamento.

—Veo que continuar así se hace inútil —dijo Athar durante una parada de descanso—. Desconocemos por completo quiénes son y a dónde se dirigen con tanta prisa. Además, es extraño que sabiendo de nuestra presencia no tratan de repelernos.

—Lo único que me interesa es liberar a Lati, la adoradora del fuego —dijo Ghawr—. No podemos permitir que se la lleven para siempre, porque entonces mayor desdicha podría caer sobre nuestro pueblo.

— ¿Y cómo hacer para arrebatársela a ellos?

—Esperaremos hasta el anochecer y atacamos. Ya he pensado como hacer. Ahora debemos continuar.

— ¿No temes que nos hayamos alejado demasiado en territorio extraño?

—Nuestros antepasados recorrían estas regiones sin temor alguno ¿por qué temer nosotros, que somos también los hijos de la aurora?

Aquellas palabras de aliento en boca de su líder complacían a los upallis que nunca habían conocido a alguien como él. Se sentían confiados en su compañía por su firmeza y rectitud de espíritu.

Después de avanzar larga distancia a través de una pradera cubierta

de arbustos donde pastaban abundantes ciervos y gacelas, se adentraron en un pequeño valle rodeado de colinas bajas. Atravesando este valle y siguiendo siempre el rastro de los intrusos se aproximaron nuevamente al río.

Para los upallis no estaba claro si se trataba de la misma corriente fluvial o de otra parecida. Por la distancia recorrida desde que abandonaran la anterior rivera, les daba la impresión que ésta y el valle por donde discurría se encontraban mucho más al sur. Síntoma de que estaban metidos ya en territorio desconocido para la propia tribu.

Siguiendo el curso de la corriente se cruzaron con una manada de chacales que seguía la dirección del viento en apresurada carrera. Después de esto habían avanzado unos seiscientos pasos siguiendo por un recodo del río cuando apareció ante ellos un campamento.

Se notaba claramente que no era un sitio de simple pernoctada, sino de algo más importante. Había sido abandonado por sus recientes pobladores, aunque no todos habían conseguido escapar. Algunos cuerpos aún permanecían dispersos aquí y allá entre las abundantes chozas que cubrían el arenal hasta unirse con la sabana.

Muchas de las chozas estaban destrozadas y los buitres y las hienas luchaban entre sí por apoderarse de los cadáveres.

Los upallis atravesaron entre las chozas con el sentimiento de que la escena que estaban viendo no era digna de una raza como la suya; pero ya junto a la orilla algo los hizo detener de repente. Un extraño objeto flotaba sobre las aguas. La corriente lo mantenía en vaivén, aunque no podía arrastrarlo con ella porque una cuerda lo mantenía atado a un poste clavado sobre la arena.

Ghawr se había quedado contemplándolo cuando Athar se le acercó.

—El Hijo del Oso se admira tanto como yo. ¿De qué se trata?

Ghawr en realidad no se admiraba, simplemente estaba recordando uno de los relatos que le contara Amisha.

—Se trata de una balsa —dijo al cabo de un rato.

— ¿Y para qué sirve una balsa?

—Para cruzar las aguas. Navegar como dice Amisha…; pero hay que alejarse de aquí. Este lugar no me gusta nada.

Los cazadores jóvenes se habían adelantado y se apartaban del río en dirección oeste. Ghawr y Athar los alcanzaron a la carrera y al atardecer se acercaban todos a las colinas.

— ¿Qué pudo haber pasado en aquella aldea? —preguntó Ghawr.

Lo había dicho como para sí mismo, pero Athar le respondió.

—El león de las cavernas, pienso yo.

—Cualquier cosa que haya sido, ha causado un pavor extraño entre sus habitantes. Y eso me hace recordar lo que sucedió en el Clan del Lobo.

No habían avanzado mucho mientras mantenían esta conversación, cuando vieron un movimiento entre los arbustos a unos tres tiros de lanza y de inmediato una figura se lanzó a la carrera en dirección a las colinas cercanas. Como los upallis no le dieron importancia o tal vez demasiado fatigados para otra prolongada carrera, el espantado corredor tuvo tiempo de alejarse hasta desaparecer en la distancia.

Poco después, con el sol ocultándose detrás de las elevaciones los upallis llegaron hasta la base misma de una colina.

Estaba formada por rocas de color oscuro y de estructura porosa y al dar un rodeo buscando huellas de los raptores, descubrieron varias oquedades que podrían servir muy bien como refugio provisional. No dándole mayor importancia al asunto y habiendo encontrado un sendero pendiente arriba por donde seguir el rastro, comenzaron a escalar.

No fue tan agotador y antes de que se ocultase el sol habían divisado al grupo de los hombres bestia. La pendiente del otro lado era mucho menos elevada, dando lugar a una meseta de pastizales que se extendía hasta el horizonte y los upallis se detuvieron a contemplar, sobre el último de los montículos, mientras el grupo de los intrusos avanzaba en dirección al sol y sus oscuras siluetas resaltaban claramente visibles a la tenue luz del ocaso.

CAPÍTULO 5: LA ADORADORA DEL FUEGO

La habían abandonado con los pies atados en medio del círculo de guerreros y muy pronto el cansancio hizo que sus ojos se fuesen cerrando lentamente, a pesar de que deseaba permanecer despierta. Los recuerdos de su niñez se agitaron por un instante en su mente y luego se fueron desvaneciendo hasta que quedó rendida.

Los guerreros habían despejado el suelo alrededor del improvisado campamento y habían armado una hoguera con las ramas recolectadas en las cercanías. Luego se habían tendido sobre la hierba seca para tratar de recuperar la energía gastada durante una marcha casi ininterrumpida. Debían llegar a su destino antes de la nueva luna.

Muy cerca de allí los upallis se movían como leopardos a la tenue luz de las estrellas. Habían conseguido despertar el fuego, y ahora lo transportaban en pequeños cuencos armados con cáscara de abedul.

De vez en cuando la brisa sacudía de golpe las altas hierbas de la pradera, revelando sus movimientos; pero no se detenían. En poco tiempo la débil llama, apenas perceptible, podría desaparecer antes de que tuviesen tiempo para alimentarla con el abundante pasto que los rodeaba.

Se habían dividido en dos grupos para avanzar hacia el campamento de los intrusos; pero el avance no era en línea recta, sino que lo realizaban describiendo un arco hasta quedar apostados en torno del enemigo.

Entonces avanzó Ghawr. En sus manos llevaba la esperanza de recuperar a la joven, sin la cual la existencia de su pueblo podría llegar a ser mísera y desolada durante la estación invernal.

Se detuvo como congelado cuando vio alzarse la figura de uno de los intrusos. Cuando éste le dio la espalda, Ghawr encorvó su cuerpo, recogió unas briznas del suelo seco y las fue depositando en el interior del cuenco. Pronto los tizones se reanimaron y la pequeña llama saltó desesperada fuera de su jaula buscando liberación.

Lati despertó de su profundo sueño al sentir que tiraban de sus brazos y la arrastraban entre la hierba. Quiso gritar; pero el adormecimiento y los rasguños sobre las partes de su piel desnuda se lo impedían. Trataba de asirse; pero sus brazos eran apretados con fuerza y la hierba se deshacía entre sus manos. Cuando por fin la dejaron, observó que uno de los hombres bestia estaba de pie frente a ella.

Muy cerca de allí Ghawr levantó la jaula y la arrojó a unos cuantos pasos. Luego corrió en dirección al sitio donde el hombre había

arrastrado a Lati, saltó hacia él, y con un golpe de hacha le fracturó la cabeza, en el momento mismo en que se disponía a echarse sobre la muchacha.

Las llamas se expandieron pronto junto al campamento y los cazadores de cráneos despertados de manera súbita se movían ahora como enloquecidos.

Más allá, en dirección a los cerros por donde habían transitado durante el atardecer la situación parecía mucho más grave. Las llamas habían cubierto buena parte de la sabana e impulsadas por la brisa se movían en dirección a ellos.

Ghawr había desatado a la muchacha y sin pérdida de tiempo corrió con ella en dirección a las colinas, hacia donde el fuego comenzaba a formar una barrera impenetrable, pero afortunadamente consiguieron rebasarla y poco después se reunían con su propia gente.

Mientras se sentaban a contemplar la sabana desde la cima de un collado. El incendio se expandía con rapidez inusitada en dirección al ocaso.

Los upallis no deseaban permanecer en el sitio. Cuando se sintieron satisfechos con el resultado, bajaron hacia el este para buscar un mejor refugio entre los abrigos rocosos.

A la sombra de una cornisa armaron una fogata y se tendieron a descansar con la seguridad de que el enemigo no podría regresar a ellos al menos hasta el amanecer.

Las excitaciones de la jornada anterior permanecían frescas en el recuerdo. Además, la lejanía del hogar y el deseo de regresar cuanto antes los mantenía inquietos. Cuando al fin el sueño dominó a los jóvenes cazadores, la luna colgaba muy alto sobre el horizonte.

Ghawr movió un brazo como por instinto buscando el cuerpo de la muchacha. Al sentir el contacto en su hombro ella se volvió de espalda. El Hijo del Oso quería convencerse de que la tenía segura a su lado, entonces se puso en pie lentamente, atrapó un grillo que reposaba sobre su pecho, se lo llevó a la boca y comenzó a masticarlo con lentitud mientras prestaba atención a los susurros que provenían del valle.

Por un instante su mirada se dirigió a lo largo del farallón y en uno de los recodos distinguió una silueta que se aproximaba tratando de confundirse con la estrecha sombra que se proyectaba en el suelo.

Los músculos de Ghawr se tensaron y la sangre fluyó a raudales en su cerebro. Alzó el hacha de cobre con lentitud hasta situarla sobre su hombro, dispuesto si era necesario a descargar un golpe.

Esperó pacientemente hasta que la silueta se hizo visible por otro instante y se convenció de la posibilidad del peligro, entonces se recostó lo más que pudo contra la roca para ocultar su cuerpo y continuó esperando. Únicamente sus ojos se movían con inquietud

escrutando las sombras a su alrededor.

A pocos pasos, la hoguera alrededor de la cual reposaban Lati y los cazadores había comenzado a decrecer por falta de leños que la alimentaran. Y de repente…, y con la agilidad de una fiera hambrienta, una silueta bípeda se apartó del muro y se movió en dirección a los dormidos cazadores.

Ghawr saltó desde su propio escondite; pero la silueta, llevada por un conservador instinto se volvió hacia él para tratar de esquivar el salto del Hijo del Oso. Al impacto cayó de espalda sobre la tierra mientras el hacha de cobre pendía sobre su rostro.

Los upallis se habían despertado en sobresalto para tomar posesión de sus propias armas.

Ghawr se puso en pie sujetando al intruso por ambos brazos. Era un muchacho como de trece años, enjuto y de cara alargada. Vestía apenas una tira de cuero alrededor de la cintura, más ancha al frente para cubrir los órganos genitales. Su pelo largo y enmarañado parecía servir solamente para remarcar su hambruna. Al principio trató de liberarse; pero cuando comprobó lo inútil de su forcejeo optó por estar pasivo.

Resultaba en vano el ahínco de los upallis por hacerlo hablar. Finalmente lo ataron de pies y manos y lo dejaron junto a la hoguera.

—Debe ser uno de los habitantes del valle —dijo Ghawr finalmente.

El muchacho los observaba asustado desde su posición. Entonces Lati se le acercó y acarició su cabeza. A continuación le desató brazos y piernas.

El muchacho se puso en pie con sorprendente agilidad; pero no se lanzó a correr. En vez de esto, en un santiamén se echó de rodillas junto a un cuenco que contenía los restos de pescado dejados por los upallis desde su última comida. Eran en su mayoría huesillos y espinas, los cuales masticó y tragó con desespero hasta no dejar ni uno.

— ¿Tienes mucha hambre verdad? —dijo Athar y escarbó en el interior de su morral para sacar de allí un pescado que mantuvo colgando frente a la ansiosa mirada del niño. Éste, con un rápido movimiento lo atrapó y lo devoró de la misma forma.

Había transcurrido buena parte de la madrugada cuando al fin se durmieron apaciblemente.

Al amanecer se disponían a emprender el regreso a través del valle y no habían avanzado más que cincuenta pasos llevando al pequeño desconocido por delante cuando un murmullo de voces diferentes los hizo voltear atrás.

Desde las oquedades cavadas por la naturaleza en la roca del farallón habían comenzado a brotar como salidos de la nada un grupo de mujeres, ancianos y niños. Parecían haber estado incrustados en las

paredes, ya que sus figuras ostentaban el mismo color gris oscuro que predominaba en las rocas, de manera que casi se confundían. Pero lo más curioso fue que aquellas apariciones se proponían continuar su marcha siguiendo a los upallis.

Ghawr miró al muchacho con curiosidad y éste se detuvo también para observarlo a los ojos.

—Veo que eres valiente y listo —dijo el Hijo del Oso sin la menor pretensión de que el muchacho lo comprendiera—. ¿Qué podríamos hacer con toda esa gente? —habló entonces dirigiéndose a los upallis.

—No tendríamos comida para todos —le respondió Athar.

—Tal vez solamente quieran regresar hasta su propia aldea.

—Muy bien, si así lo desea el Hijo del Oso, que así sea.

La marcha a través del valle se hizo demasiado lenta para los upallis, que ahora avanzaban al paso dictado por el pequeño clan de los desvalidos. Ellos sabían que la lentitud durante una larga travesía muchas veces podía significar la muerte, por lo que asumieron aquella decisión de su jefe con mucha resignación, aunque al mismo tiempo no dejaban de preocuparse al pensar en la proximidad de los hombres bestia.

Fue al mediodía que lograron aproximarse a la ribera del Gran Río y siguieron junto a la orilla avanzando corriente arriba hasta llegar al poblado.

El hedor de los cadáveres era insoportable y las manadas de buitres y hienas infestaban los alrededores en su colosal banquete.

Los cinco cazadores e incluso la joven Lati instaban a Ghawr para abandonar de prisa aquel sitio de muerte y desolación; pero el Hijo del Oso había sido atrapado en su corazón de chamán por la manita débil y la mirada suplicante del pequeño.

Éste se le había acercado por la espalda cuando los upallis reemprendían la marcha para alejarse del poblado, y tomando a Ghawr por el faldón de su jubón de piel lo hizo detenerse y mirar atrás.

Los miembros sobrevivientes de la masacre yacían dispersos a lo largo de la ribera, tan agotados y hambrientos que apenas se sostenían al ponerse en pie.

El muchacho se alejó corriendo hacia una de las cabañas y desde allí comenzó a hacer señas a los upallis para que se aproximaran.

—Vamos Athar, veamos de qué se trata.

La cabaña de varas estaba recubierta de arcilla y apenas se elevaba tres pies sobre la superficie del suelo; pero en cambio era suficientemente alargada como para albergar a unas diez personas. El muchacho esperaba junto a la entrada y Ghawr tuvo que apartar una cortina de pequeñas piezas de cañas entretejidas para observar al interior.

— ¡Una balsa! —exclamó Athar.

—El muchacho nos quiere decir que podemos viajar en ella —dijo Ghawr poniéndose de cara al río, donde algunas mujeres en la orilla se habían puesto en pie atraídas por la curiosidad. Un anciano se acercó apoyándose en su bastón para intercambiar algunas palabras con el muchacho, luego se alejó silenciosamente y se incorporó al grupo.

—Echemos la balsa al agua y marchémonos de aquí —ordenó Ghawr.

Pronto los upallis se dieron a la tarea de sacar la balsa de la cabaña y arrastrarla hasta el borde de la corriente. Apenas habían hecho esto, las mujeres y niños se acercaron y comenzaron a tomar posición en el interior.

Los upallis, que desconocían el arte de la navegación tuvieron que dejar la iniciativa a las mujeres y al pequeño Durk. Estos habían cargado con cuatro remos que colocaron en unos agujeros a los costados de la embarcación y comenzaron a batir las aguas contra la corriente.

Al principio fue difícil conseguir enfilarla a lo largo de la rivera, ya que en aquella parte el río se estrechaba y la corriente se hacía severa amenazando con voltear la embarcación y su pesada carga.

Cundo cruzaron el recodo las aguas se volvieron mansas y los improvisados marineros pudieron emplear sus esfuerzos de manera más eficiente.

Los upallis observaban la manera de actuar de aquel pueblo y pronto sustituyeron a las mujeres. Ahora los remos, movidos por sus potentes brazos, batían las aguas con constancia y determinación, animados por el deseo de arribar a su propio suelo.

El río se había ensanchado a su paso a través del valle y las aguas permanecían apacibles; pero debían remar de manera constante para poder avanzar en contra de la corriente y mantenerse al centro, evitando así los escollos que de vez en cuando aparecían sobre las orillas. Así estuvieron hasta bien entrada la tarde cuando Ghawr desidió que era hora de detenerse y buscar un lugar donde pasar la noche.

Lo hicieron en un lugar donde el río se ensanchaba a través del valle formando una espaciosa laguna cuyas orillas de poco fondo aparecían cubiertas de cañas y otras plantas acuáticas.

Al meter la embarcación entre la espesura en busca de la tierra firme, numerosas aves alzaban el vuelo y se elevaban revoloteando pero sin abandonar la laguna. Al crujir de las cañas al romperse bajo la proa, una manada de gacelas abandonó espantada la orilla y desapareció a lo lejos entre los pastizales.

Los upallis fueron los primeros en arribar, despejaron el terreno y recolectaron leña para la hoguera. Ya junto al calor de la lumbre se hizo sentir el hambre que los agobiaba, mucho más fuerte que el

agotamiento o la añoranza del hogar lejano. Las provisiones se habían agotado por completo y para evitar la muerte por inanición, principalmente entre la gente del poblado, los upallis se alzaron a la cacería nocturna.

Athar se alejó con tres de los jóvenes cazadores mientras Ghawr continuaba en el campamento tratando de organizar a la gente y atendiendo a los enfermos y desvalidos. En vez de reposar en torno a una gran fogata, los upallis siguieron la sugerencia de la joven adoradora del fuego, que consistía en armar tres hogueras más pequeñas en lugar de una.

Fueron situadas de manera que formaban un triángulo cuya base reposaba junto a la orilla de la laguna, en el lugar donde varaba la embarcación. En el área interior depositaron la leña que utilizarían para alimentarlas y se tendieron a descansar los más fuertes y saludables; mientras que los ancianos y enfermos fueron acomodados sobre la balsa.

Salió la luna y se elevó hacia el cenit opacada de vez en cuando por alguna nube alta.

Ghawr permanecía de pie en medio del triángulo de fuego, acechando con penetrante mirada hacia la multitud de sombras que se movían entre los pastizales. A veces era simplemente la brisa que rizaba las puntas de las espigas creando multitud de ondas que semejaban en la distancia interminables manadas de animales salvajes que ora se alejaban, ora se aproximaban al campamento.

Ghawr buscaba entre aquellas ondas la figura de los hombres que debían regresar con alguna pieza. Pero la noche se hacía interminable y agotadora y sentía como el sueño lo derrotaba.

Un círculo de luz se desplazó a lo largo del horizonte por el extremo oeste del valle y el Hijo del Oso lo observó con curiosidad. No era la primera vez que veía semejantes luces bajar del cielo; pero esta lucía diferente. Se fue extinguiendo lentamente hasta desaparecer sobre las colinas después de un relampagueante fulgor. La efímera visión sirvió únicamente para espabilar sus sentidos.

La brisa había dejado de batir dando paso al concierto nocturno de los insectos y entonces creyó divisar una figura encorvada que se aproximaba con lentitud. Alzó el hacha y se arrimó a una de las hogueras para alimentarla con algunas ramas, luego se disponía a hacer lo mismo con las otras dos cuando Lati se le interpuso.

—No tema el Hijo del Oso —dijo la muchacha—. Son Athar y los cazadores que ya regresan.

Un instante después otras dos figuras se unieron a la primera.

En una ocasión como ésta la gente se pone activa. Llevaban algo más de un día sin probar bocado y la presencia de una gacela colgando de una vara fue de gran excitación. Tendieron la pieza sobre

el suelo y Ghawr le abrió el pecho de un solo hachazo, luego extrajo el corazón y lo alzó entre sus manos en dirección a la luna.

La primera en probar fue Lati. Ghawr lo extendió hacia ella y la adoradora del fuego lo trozó de un mordisco. Luego comió Ghawr su primer bocado y así continuaron ambos hasta devorar todo el órgano vital de la pieza. La alegría inundo los rostros.

Poco después los pedazos de carne se asaban sobre las brasas esparciendo su aroma a través del valle.

Athar se acercó a Ghawr y se sentó junto a él.

— ¿El Hijo del Oso vio esa luz sobre el horizonte? —preguntó señalando hacia las colinas.

— Pensé que sólo yo la había visto. Debe ser otra estrella que cayó muy cerca, o tal vez un rayo —dijo Ghawr tratando de restarle importancia a la situación, aunque en el fondo él mismo se sentía atraído por la curiosidad y no había hecho más que pensar en ello desde el momento mismo en que la observó.

Con este pensamiento se recostó lentamente sobre el suelo mullido y quedó dormido.

CAPÍTULO 6: DE REGRESO AL REFUGIO

Antes que el sol despuntara sobre las colinas Ghawr se había puesto en pie; pero… ¿cuál no sería su sorpresa al ver que Lati le había precedido?

La joven se había alejado algunos pasos del campamento y observaba el cielo con curiosidad. Su figura se distinguía borrosamente en medio de la niebla que se expandía por toda el área de la laguna y Ghawr, para observarla mejor se le aproximó, puso sus manos sobre los hombros de la muchacha y esto provocó que ella se volviese a él con lentitud.

— ¿Qué sucede? —preguntó el Hijo del Oso.

—Debemos escapar de aquí —dijo ella.

— ¿Escapar de qué?

—Tengo el extraño presentimiento de que un peligro superior a todo nos acecha a través del valle.

Ghawr prestó atención a las sugerencias de la muchacha y un escalofrío recorrió su cuerpo, entonces la tomó del brazo y corrieron juntos hasta la balsa. Los upallis habían despertado y puestos sobre aviso sacudieron con presteza a los pobladores del valle para que éstos se apresurasen a ocupar sus puestos. Luego empujaron la embarcación hacia las aguas profundas y remaron con toda la energía que las palabras del chamán eran capaces de infundir.

Al batir de los remos, la laguna se animó repentinamente con el azorado vuelo de sus plumíferos habitantes.

— ¿Qué sucede? —preguntó Athar parado en medio y haciéndose eco del general desconcierto.

— ¡Hay que alejarse de prisa! ¡Remen con fuerza! —fue la respuesta de la joven Lati.

Pronto salieron de la laguna y la embarcación fue llevada hasta el centro de la corriente. Las aguas se mantenían con la misma serenidad del día anterior y el impulso para mantenerla avanzando corriente arriba era soportado sin mucho esfuerzo por los brazos de los jóvenes cazadores.

Se habían alejado de la laguna y esto les dio un sentimiento de seguridad que no deseaban perder jamás. Los habitantes del valle se mantenían acurrucados contra la borda; con las piernas entrecruzadas alrededor del cuerpo de los menores, mientras observaban al cielo con

pasmoso detenimiento.

Después de un recodo entre empinados acantilados enfilaron su curso hacia el sol naciente y Ghawr reconoció de inmediato aquel sitio, en el cual, varias noches antes los upallis habían asesinado a dos de sus enemigos junto a la ribera. Fue una suerte para ellos haberlos tomado en un momento de descuido cuando bebían. Pero ahora, una sombra de preocupación asomaba al rostro del Hijo del Oso cada vez que pensaba en aquellos hombres de cuerpo velludo y poderosas mandíbulas.

¿Representaban acaso un nuevo peligro para los upallis? ¿Una nueva raza que emergía desde las tinieblas de la creación? ¿Una nueva bestia con aspecto humano o un humano con los instintos de una bestia, en la interminable lucha por la existencia?

El rescate de la hija del fuego los había llevado ya a varios enfrentamiento con aquella raza; pero Ghawr sentía en lo más profundo de su alma, que éstos enfrentamientos habían sido con ventajas para los upallis, ya sea por la sorpresa o por el número superior de éstos en un momento determinado, pero…

¿Que sería en el futuro si aquellos hombres se aparecían de nuevo en el territorio de la tribu, poniendo en peligro su existencia misma?

Pensó en Amisha y en los lugares que ella le describía con entusiasmo, y más fuerte se hizo en él la determinación de cambiar los destinos de su propia gente.

—Tendremos lluvia al atardecer —dijo Athar mientras observaba el cielo cubierto de jirones blancos alrededor del sol.

—Pero si mantenemos el ritmo, podríamos llegar al refugio antes de que eso ocurra —replicó el Hijo del Oso, y sus palabras fueron un nuevo aliento para que los remeros se afincaran sobre sus piernas e imprimieran mayor impulso a la embarcación.

Tampoco ellos deseaban pasar otra noche fuera del refugio, en el cual se sentían protegidos del frío y de la lluvia y de cualquiera de los peligros de la tierra inhóspita.

Comieron en el transcurso de la navegación hasta saciarse, repartiéndose los trozos de carne asada que traían con ellos, y continuaron navegando afanosamente, tratando de mantenerse al centro de la corriente; hasta que llegó un momento en que esto no pudo continuar así.

Contrario a las predicciones, el mal tiempo asomó su ira funesta mucho antes de lo imaginado. Río arriba y por encima de los bosques los upallis pudieron vislumbrar las serpenteadas luces de algunos relámpagos que atravesaban las nubes. Por aquella dirección el cielo se había oscurecido y el olor de la tierra húmeda llegó hasta ellos. Poco después cambió el aspecto de la corriente. Primero sintieron que las aguas se retiraban frente a la proa de la embarcación y a

continuación vieron como se formaban pequeños remolinos alrededor.

—Tenemos que acampar —dijo Ghawr, y antes de que pudiera continuar hablando, una ola los golpeó por el costado en el momento en que la balsa se ladeaba para rebasar algunos escollos a la derecha. El golpe fue suficiente para voltearla y lanzar a los upallis y a los pobladores del valle contra las rocas.

Los más fuertes consiguieron aferrarse o escalar hasta ponerse a salvo, pero unos cuantos fueron arrastrados y desaparecieron entre las turbias aguas.

Ya repuestos del primer impacto lo primero que les vino a mente fue alejarse a tiempo en dirección a la rocosa orilla para no recibir encima la siguiente ola que batió sobre los escollos. No había ni que pensar en los sobrevivientes. El río se había convertido casi instantáneamente en un poderoso alud de aguas embravecidas que amenazaban con inundar el valle.

La crecida había comenzado a remover las rocas, e incluso algunos árboles cercanos; que al parecer habían soportado anteriores embates, fueron esta vez desarraigados y transportados corriente abajo, mientras los sobrevivientes corrían atropelladamente hacia la parte más elevada de la ribera.

Liberados del inminente peligro se reunieron junto a un barranco.

— ¿Qué decide ahora el Hijo del Oso? —preguntó Athar.

—No hay que detenerse —dijo éste observando el cielo—. Caminaremos bajo la lluvia hasta que lleguemos al refugio.

La pradera frente a ellos se extendía hasta el horizonte salpicada de árboles y arbustos, habitación de algunas manadas de gacelas que podrían proporcionarles la próxima comida; pero también era muy probable que merodeara entre los hierbazales el temible león o el tigre, cazadores permanentes de los humanos. Ghawr decidió que debían continuar a lo largo del río hasta que éste mismo los llevara junto al campamento.

Cuando emprendieron la marcha, ya el cielo sobre sus cabezas se había cubierto de nubes negras que anulaban casi toda luz y el viento comenzaba a soplar con fuerza inusitada, mientras la estampida del trueno golpeaba sus oídos, haciendo mucho más penosa la travesía a través del terreno rocoso que bordeaba la ribera.

En medio de la furia de los elementos los upallis no se habían percatado de un peligro mucho más severo; de unos ojos grandes y saltones que los seguían a cada paso, ocultándose detrás de las mismas rocas por las que atravesaban.

Al principio habían sido dos, pero muy pronto se fueron sumando hasta formar un rebaño tan innumerable como las estrellas visibles en el cielo durante una noche clara de otoño.

Los seres estrafalarios emitían mientras avanzaban cortos chillidos

para comunicarse entre sí y mantener el orden; chillidos que se confundían con el bramido de los elementos y se hacían imperceptibles para los upallis.

Por fin las nubes abrieron sus canales celestes y la preñez de sus aguas se derramó copiosa sobre la tierra.

Los humanos trataban de mantenerse en grupo para facilitar el auxilio a los más débiles; pero a pesar de los esfuerzos, estos últimos iban quedando atrás hasta el punto que hubieron de detenerse todos.

—Es más peligroso detenerse que continuar andando —dijo el Hijo del Oso—. El refugio es nuestra única salvación.

—Los pobladores del valle están agotados y enfermos —gritó Lati mientras se tendía de rodillas sobre la tierra para atender a uno de los ancianos que había caído desvanecido.

—Esos seres extraños no han dejado de perseguirnos desde que abandonamos la laguna —replicó Ghawr—. Si nos detenemos seremos presas fáciles para ellos.

Había dicho esto cuando se escuchó un alarido que traspasó la corta distancia que los separaba del último de los caídos. Dos jóvenes cazadores hacían frente a una cosa jamás vista por los upallis. Una cabeza aplastada armada con dos tenazas y varios tentáculos con ojos. Además, un cuerpo alargado y rodeado de patas que se articulaban en tres.

Era algo completamente nuevo en sus experiencias de caza, así que trataban de rescatar a una de las mujeres del valle atrapada por la cabeza. Los dentados bordes de una de las tenazas se hundían en el cráneo apagando los gritos de la desdichada, mientras el cuerpo era destrozado por los miembros articulados de la bestia; pero a pesar de esto, los upallis no se detenían.

Habían conseguido clavar sus lanzas en el abdomen del animal que cayó derribado en un santiamén. Cuando se puso en pie y trató de retroceder, el resto de los upallis cayó sobre el como si fuesen todos un solo hombre.

Al furor de la tormento se había unido el horror de la muerte inesperada y atroz. Este mismo horror les insufló fortaleza a los caídos y ánimo a los más fuertes para correr a una voz de mando. Los upallis retrocedían tras ellos haciendo frente a otros de sus enemigos.

Por fortuna para ellos, la constitución física de las bestias no era la más apropiada para la carrera y pronto consiguieron poner suficiente distancia de por medio.

Sofocados y extraviados entre las tinieblas comprobaron con espanto otra desgracia que se avenía. El río había desbordado su cauce y las aguas comenzaban a subir hasta la altura de sus rodillas, extendiéndose por todo el valle.

Ghawr reunió a su gente y con el hacha en alto señaló hacia las

montañas. Su orden fue precisa y comenzó a ejecutarse de inmediato. Alejarse de las riberas originales, ahora desaparecidas bajo la crecida era cuestión de vida o muerte para los humanos.

En un momento parecieron haber olvidado a su enemigo anterior, a la fatiga y al espanto, y concentraban todas sus energías en correr y correr hasta sentir con satisfacción que el nivel de las aguas descendía hasta sus tobillos.

La lluvia y el viento no dejaban de azotar con fuerza mientras los upallis y los sobrevivientes del valle continuaban la penosa travesía a través del terreno que ahora se había convertido en un pantanal de aguas lodosas. Se habían adentrado en territorio de la pradera que se extendía por el valle; pero manteniendo un rumbo aproximado en dirección al naciente y tratando de seguir su avance a lo largo del Gran Río.

Al anochecer, cesó la lluvia. Hombres, mujeres y niños, tiritando de frío, hallaron un promontorio de rocas donde pudieron guarecerse del azote del fuerte viento que se mantuvo de manera persistente hasta que las tinieblas devoraron las últimas claridades de un triste ocaso.

El promontorio mostraba en su parte más encumbrada enormes rocas que parecían sostenerse por equilibrio a los bordes de un precipicio, a donde llegaron los humanos tras esforzado ascenso. Hallaron allí un túnel entre las piedras que ofrecía buen refugio contra las ráfagas del viento, y luego, no sin mucho trabajo, consiguieron prender el fuego en el mismo sitio cubierto por las cenizas de un antiguo hogar.

La leña que encontraron en el lugar ardía con lentitud; pero les ofrecía el calor suficiente para permitirles conciliar el sueño, y poco después se dejaron de escuchar los lastimeros quejidos de los enfermos.

Al amanecer despertaron con el gran deseo de continuar la marcha. El sol se había levantado radiante y desde la altura en que estaban se podía observar el terreno hasta más allá del Gran Río. Comenzaron a descender por la pendiente que da hacia el nacimiento del sol; pero a mitad de camino una de las mujeres del valle irrumpió en alaridos que desconcertaron al resto del grupo. Cuando logró comunicar su preocupación al resto de las mujeres, la situación se volvió todavía más confusa para los upallis.

Aquéllas corrían de un lado para otro tratando de reunir y proteger a los muchachos; pero sin atinar a tomar una decisión.

Finalmente se hizo visible a todos la causa de la perturbación. Al pie de la elevación se habían reunido unas cuantas hormigas gigantes y comenzaban a escalar la cuesta. Lo peor estaba aún por llegar.

Extendiendo la vista sobre la maltrecha llanura, Ghawr pudo distinguir un ondulante enjambre de aquellas bestias que se

encaminaban hacia el promontorio.

A una orden suya los upallis comenzaron a retroceder por la pendiente. La cima de aquel lugar parecía ser el único sitio que ofrecía una oportunidad para protegerse del terrible avance de las hormigas.

— ¿Cuántos estamos en condiciones para repeler el ataque? —preguntó.

— ¡Todos, a excepción de algunos ancianos y niños! —le respondió Athar.

—Continuá con ellos, Athar —ordenó el Hijo del Oso—. Al llegar a la cima, reúnan todas las rocas que encuentren alrededor, y también toda la leña disponible. Los cazadores y yo trataremos de detenerlas si consiguen subir hasta aquí.

Las hormigas apenas conseguían avanzar sobre la escabrosa pendiente y muchas de las que se acercaban al borde superior se desprendían con facilidad y se estrellaban en el precipicio. Al momento otras sustituían a sus compañeras accidentas mientras los upallis observaban desde el borde de la pendiente el empeño de sus enemigos.

No todo el sacrificio que realizaban los insectos al escalar era en vano. Pronto descubrieron algunos trillos que auguraban un mejor resultado a sus esfuerzos, y con el resultado de sus repetidos experimentos aprendieron una lección. Comenzaron a avanzar en larga fila a través de esta especie de caminos trillados.

Muy pronto los upallis comprendieron que la situación podría cambiar de un momento a otro si las primeras bestias conseguían llegar hasta la cima. Para evitar esto último, comenzaron a repeler el ataque lanzando rocas pendiente abajo y cuando consiguieron golpear al animal que encabezaba una de las filas presenciaron un espectáculo fabuloso.

La hormiga golpeada se desprendió y arrastro con ella a toda la fila que la seguía formando un amontonamiento con sus cuerpos en la base del promontorio.

Ghawr se detuvo un instante para observar a lo ancho y largo de la pradera. Hasta donde su vista podía alcanzar el terreno ondulaba con los rebaños de hormigas que avanzaban en busca del promontorio. Quizás era sencillamente su instinto que las conducía hacia el sitio más elevado en aquella parte del valle, huyendo de los lodazales que se extendían desde las riberas del río. De cualquier forma las hormigas gigantes se habían convertido ahora en un peligro mortal para los humanos.

— ¿Qué hacer? —preguntó el Hijo del Oso sin esperar una respuesta de los jóvenes cazadores que se afanaban en repeler el ataque a fuerza de lanzar las rocas sueltas que hallaban a su alrededor. Con un mayor esfuerzo hubieran podido continuar así durante buena parte del día;

pero llegó un momento en que sus improvisados proyectiles comenzaron a escasear y no tuvieron otra opción que retirarse hacia la segunda cima donde Athar y el resto de la gente los aguardaban bien parapetados.

El primer esfuerzo de los upallis no había sido en vano, porque ya el resto del grupo se encontraba en disposición para establecer una segunda línea de defensa, mucho más difícil de conquistar por sus torpes enemigos.

Una sola cosa comenzaba a preocupar al Hijo del Oso desde que ascendieron al segundo parapeto. Si las hormigas eran tan torpes para escalar utilizando sus patas articuladas, ¿qué tal su paciencia y poder de espera? ¿Qué tal si decidían permanecer en el sitio hasta que los humanos se viesen forzados a descender obligados por la sed y el hambre?

El parapeto era semicircular. Una enorme roca a cuya superficie plana no había más que una sola vía de acceso constituida por otras rocas que se organizaban formando una senda cubierta de agujeros y ranuras en su trayecto hasta la cima principal.

Había sido difícil de escalar para los humanos y lo sería mucho más para sus enemigos; por eso se sintieron seguros y se tendieron a descansar.

Habían hecho su trabajo apilonando rocas a lo largo del parapeto. Habían llevado a lo alto todo el combustible vegetal que pudieron encontrar y ahora no les quedaba más que esperar a que las hormigas se decidieran.

No había pasado mucho rato después de ésto cuando vieron aparecer a las primeras bestias deslizándose a través de los bordes de la primera explanada, atravesando los refugios de roca donde habían pasado la noche los humanos y dirigiéndose al empinado parapeto.

¡Pero cuál no sería la sorpresa de los upallis! En vez del renovado ataque tan esperado, las hormigas se detuvieron a reposar mientras el promontorio se cubría con sus innumerables rebaños.

Lo ocuparon todo, a excepción del pequeño islote de salvación donde los upallis permanecían en inquietante espera. Y pasó el tiempo; y el sol se había colocado en el cenit cuando los chillidos ensordecedores de las hormigas los sacaron del estupor en que se encontraban.

El hambre y la sed comenzaban a hacer estragos en el ánimo y la resistencia de los humanos. Como Ghawr había previsto, los insectos también habían establecido su campamento sobre el promontorio y los tenían acorralados. La única solución sería, tal vez, tratar de descender por la ladera donde se encontraban; pero por desgracia esa era una vía demasiado difícil de escalar sin la posesión de algunas cuerdas y de la energía y habilidad suficientes, ya que la roca

descendía en ángulo recto y el fondo se encontraba al menos a sesenta codos.

El pánico comenzaba a hacer su estrago entre las mujeres y niños. Entonces los upallis observaron con asombro como las hormigas que poseían la mancha blanca sobre el lomo comenzaban a pelear entre ellas.

Se abalanzaban sin ningún reparo sobre sus contrincantes y se destrozaban unas a otras sin misericordia. La batalla había comenzado al pie de la roca donde se refugiaban los humanos y parecía ser aquel sitio el centro de la discordia. A medida que los combatientes caían, otros, mucho más enérgicos emergían de entre las filas al otro lado y se sumaban a la batalla.

Parecía ser una pelea interminable en la cual los cuerpos inertes y destrozados de los vencidos comenzaban a formar montículos por encima de los cuales se les hacía a cada momento más difícil combatir. Y llegó un momento en que parecieron exhaustos o satisfechos de la pelea. Entonces, como de mutuo acuerdo, ésta se detuvo. Dejaron de batallar y cesaron lo chillidos de la misma manera inesperada como habían comenzado.

Tras un momento de reposo, los vencedores y sobrevivientes comenzaron a apilonar los cadáveres junto a la roca que formaba el parapeto de los humanos. Eran tantos los cadáveres y trabajaban con tanta intensidad que en poco tiempo los upallis se habían dado cuenta del macabro designio de sus enemigos.

Habían formado una explanada que alcanzaba hasta la altura misma del refugio y que sin duda les serviría de puente para alcanzar la cima.

—Prendan el fuego —gritó Ghawr, en el instante mismo en que las primeras hormigas remontaban la cuesta avanzando con redoblada energía hacia la parte más elevada. Una lluvia de piedras lanzada por los upallis y los pobladores del valle derribó a la fervorosa avanzada; pero otras hormigas encontrábanse prestas a reemplazarlas y en definitiva, los cadáveres que se acumulaban unos sobre otros no hacían más que mejorar el puente y facilitar el avance de los próximos combatientes.

Los humanos se habrían visto perdidos sin remedio ni consuelo si no hubiese sido por la presteza con que supieron reanimar el fuego y hacer arder la madera. La superficie de la roca se iluminó entonces con una gran fogata que lanzó chispas al firmamento y volutas de humo que el viento se ocupó en diseminar por el valle.

Los defensores del parapeto comenzaron a lanzar brazas y varas encendidas contra los agresores y los cadáveres que formaban el puente prendieron fuego. En poco tiempo la obra de las hormigas para alcanzar el refugio se vio convertida en la ceniza y grasa de sus cuerpos; pero a pesar de esto y de la tregua que se establecía después

del ataque y de la derrota sufrida por los atacantes, los humanos continuaban acorralados y sin salida.

Las hembras habían caído en un estado de letargo que pronto se convirtió en una nueva preocupación. Parecían dispuestas a permanecer en el sitio por largo tiempo al convertir el promontorio en su nido. Mientras tanto, la mayoría de los machos descendían y se alejaban a través del valle.

Poco después, el lugar se llenaba de incontables bolas de color gris que comenzaron a colocar en orden, de manera que cubrían el terreno a lo ancho y largo de la explanada. Tal vez esa era la oportunidad para que los humanos pudiesen descender y escapar.

Ghawr se había dado cuenta que las hormigas apenas se movían del sitio donde habían desovado para evitar quebrar los huevos al desplazarse por el terreno.

Era el momento de descender.

Cuando lo hubieron hecho se lanzaron a través de la explanada en busca de la pendiente oeste; pero en su atropellada carrera no se habían dado cuenta que los machos, que habían estado vagando por la parte norte del valle regresaban ya por aquel lugar. Comenzaron a emitir nuevamente sus agudos chillidos, tal vez como señal para sus congéneres de que tenían a sus presas fácilmente acorraladas entre dos bandos.

Las hormigas que habían quedado al cuidado de las hembras mientras estas desovaban, comenzaban a descender ahora en persecución de los fugitivos. Era inminente un encuentro frontal que se llevaría a cabo en medio de la pendiente en el cual los humanos tendrían todas las probabilidades de ser vencidos.

Ghawr se detuvo exasperado y el resto del grupo tras él. Si corrían hacia la derecha los aguardaba el precipicio; a la izquierda tenían una escarpa la cual no tendrían tiempo de escalar y que solo los llevaría de regreso al anterior refugio. Había que continuar descendiendo, abriéndose paso entre sus enemigos, aunque sabía que esto les podría costar la vida. No obstante, se lanzó adelante con el hacha en alto; pero antes de que pudiera hacer contacto con el primer insecto, un sonido largo y agudo, diferente al emitido por las hormigas, se escuchó en lo alto del promontorio.

Ghawr presenció con asombro como sus adversarios se retorcían ante él en fantásticas convulsiones, se golpeaban unos a otros y rodaban pendiente abajo.

Aprovechando la confusión los upallis atravesaron entre sus filas hasta llegar a la base del promontorio. Ante ellos se abría una vez más la llanura. El suelo estaba mucho menos lodoso que el día anterior y lo más importante, no se veía ninguna hormiga a la vista.

—Debemos alejarnos de aquí —gritó el Hijo del Oso, pero su voz de

mando fue seguida como un eco por una voz conocida, que pronunció su nombre con júbilo.

Se volteó a un lado para estar seguro que aquélla no era la voz de una de las mujeres del valle; y para su alegría observó de cara al sol, la esbelta figura de Amisha que corría hacia él.

CAPÍTULO 7: EL VIAJE DEL INICIADO

Habían seguido junto al río y al siguiente día a la hora del mediodía avistaron el campamento. Todo parecía normal en los alrededores. Ghawr y su grupo se acercaron por el sendero del norte que atravesaba el extenso bosque de abedules e hicieron su aparición sobre la explanada rocosa que se extendía a lo largo del farallón.

El vigía los avistó a la distancia de cuatro tiros y dio el aviso a los demás miembros del clan. Cuando Ghawr se asomó al borde del farallón y miró hacia el poblado junto a la caverna pudo ver a la mayoría de los rostros que observaban hacia lo alto y lo recibían con regocijo.

Como sucedía siempre, la crecida había llegado hasta las cercanías de la caverna y había cambiado la posición de las rocas menos pesadas que cubrían el recodo. Las semillas plantadas en los campos junto al lindero del bosque habían germinado y ahora sus pequeños tallos daban un nuevo aspecto al paisaje.

Dos o tres mujeres habían dado a luz en aquellos días y los chillidos de los recién nacidos se escuchaban provenientes del interior de las chozas.

Amisha se le acercó y lo invitó a descender. La pared rocosa del farallón había sido labrada con asombrosa imaginación y ahora el descenso hacia el poblado se podía efectuar a través de múltiples escalones que se extendían hasta su base.

Ghawr levantó ambos brazos y todos se dieron vuelta, y entonces comenzó el descenso de los recién llegados. Primero Ghawr y luego Amisha, seguida esta por la adoradora del fuego. En el poblado todos permanecieron de espalda hasta que el Hijo del Oso y las dos mujeres hubieron desaparecido en el interior de la caverna.

Amisha había portado durante varios días el sagrado talismán colgado a su cuello bajo el jubón de piel y estaba deseosa por descansar; de liberarse del peso y la responsabilidad de llevarlo consigo.

Penetró ella sola por la estrecha abertura que conducía al recinto sagrado, y como mismo lo había tomado, allí lo depositó en su nicho, oculto por siempre de las miradas no aptas para observarlo y de los dedos no sensitivos para palparlo. Cubrió otra vez el nicho con la piel de oso y se apresuró a salir para reunirse con Ghawr y Lati que

aguardaban por ella en el vestíbulo de la caverna.

El resto del día lo pasaron recuperándose del desgaste corporal sufrido durante la extensa travesía. Habían sido jornadas peligrosas a través de territorios desconocidos para los upallis; pero al mismo tiempo habían adquirido un nuevo conocimiento y destreza en la lucha contra enemigos hasta aquel momento desconocidos.

Ghawr comprendió, y con él toda la tribu, que debían prepararse para que no volviesen a ocurrir en tiempos venideros cosas como las que habían sufrido en aquellos días.

Se alegró mucho con el avance obtenido en el mejoramiento del refugio del nuevo clan; pero sin olvidar al mismo tiempo que mucho quedaba por resolver. Ahora que estaba casi terminada la escalinata, debían comenzar la edificación del templo, al modo como Amisha les indicaba.

Después de argumentos en pro y en contra y teniendo en cuenta las experiencias del avance de las hormigas gigantes, decidieron por comenzar la construcción de un muro sobre la explanada que sirviera como defensa y al mismo tiempo como recinto cerrado para las posteriores edificaciones.

Aquella noche se fueron a dormir temprano y al amanecer del siguiente día se comenzó la prodigiosa tarea.

La mayoría de las rocas para levantar el muro hubo que acarrearlas desde la orilla del río, llevarlas hasta la base de la escalinata, alzarlas hasta la cima y por último trasportarlas hasta el lugar trazado para la edificación.

Después de medio día de trabajo se dieron cuenta de que aquéllo les tomaría mucho más tiempo del disponible y era necesario terminarlo antes de la llegada del crudo invierno; pero otras labores mucho más vitales ocupaban constantemente buena parte del esfuerzo de los pobladores. Al final del día habían alcanzado solamente la conclusión del trazado inicial del muro que se extendería por unos quince tiros, encerrando el perímetro de la explanada desde el farallón del río hasta la colina norte. En medio de aquel espacio tenían pensado edificar el templo, y alrededor de éste, el nuevo poblado.

Como los enfermos comenzaban a recuperarse, pronto tendrían nuevos brazos disponibles para trabajar en las labores de los campos, acarrear la leña necesaria para mantener el fuego, o en la producción de cestas, armas y utensilios.

Poco antes de que terminaran las labores del día Ghawr y Amisha dieron un recorrido por el campamento. Querían ver y regocijarse contemplando lo mucho que había crecido la comunidad. Desde un pequeño grupo de fugitivos, sobrevivientes de un devastador ataque, ahora el Clan del Oso había crecido hasta cuatro veces en cantidad de miembros; pero lo más sorprendente de todo era que los nuevos

integrantes procedían en su mayoría de pueblos ajenos a la tribu misma, lo que había acarreado sobre ellos el desprecio y la condena de los otros clanes.

Para Ghawr estaba claro que el conflicto con los demás era una situación inevitable que en el futuro les traería una larga serie de encuentros desagradables. Era el precio que debían pagar por aquella decisión osada de querer vivir de una manera diferente, abandonando las costumbres de los antepasados y ante todo cambiando los modos de obtener la supervivencia.

Mientras los otros clanes continuaban con su vida seminómada, dedicándose a la caza y la recolección, el Clan del Oso había comenzado a edificar un poblado permanente, a plantar los campos y a utilizar armas y utensilios de nuevo tipo y prepararlos por ellos mismos.

Con estos cambios en la economía las costumbres comenzaban a cambiar de forma, algunas veces alarmante hasta para ellos mismos, como fue el caso de los restos de los antepasados, que ya dejaron de permanecer en los sacos de cuero para ser llevados sobre los hombros en caso de una emergencia. Ahora habían sido sepultados en el salón más oscuro e inaccesible de la caverna, para ser venerados en paz por sus descendientes.

Aquella tarde, antes de retirarse a descansar, Ghawr dispuso a varios de los cazadores para que montasen guardia y mantuviesen el fuego frente a la caverna. Ya no le parecía suficiente que permaneciese un vigía en lo alto del farallón, sino que situó a dos, y con los tres frente a la caverna sumaban cinco los de la guardia, todo para evitar un ataque sorpresivo.

Era la víspera de luna nueva. Al día siguiente se celebraría la reunión del clan y todos estaban ansiosos por conocer y participar de las decisiones que se tomarían para adaptarse a las nuevas condiciones y expectativas.

***

Aún no aparecía la luna; pero El Gran Camino atravesaba el firmamento de oeste a este iluminando los confines de la tierra. Era una noche suave y cadenciosa perfumada por el aroma de las hierbas florecientes de la pradera cuya esencia era alzada por la brisa y esparcida por la colina, hincándose como una nota de melancolía en los corazones de los upallis.

Desde temprano se habían retirado todos al interior de sus chozas y una sola hoguera ardía a la entrada de la garganta rocosa donde dos centinelas hacían la ronda y la reavivaban de vez en cuando. El resto del campamento permanecía en una quietud dominante que ni

siquiera los perros, ahuyentados aquella tarde al interior de la caverna se atrevían a perturbar.

Sentado en medio de la choza y con las piernas cruzadas, Ghawr alzó los brazos a las estrellas y dejó que su mirada permaneciese fija en el abismo del cielo hasta sentir que una fuerza ajena a su propio cuerpo penetraba en él. Amisha estaba también allí, muy cerca; pero al mismo tiempo parecía tan lejana que por un momento sintió la opresión en su pecho. Una fuerza extraña los alejaba, cuando debía haber sido todo lo contrario. La necesitaba más que nunca y la necesitaba para siempre.

Ella cantaba en la lengua de los upallis y aunque su melodía no iba más allá de las pieles que le servían de paredes a la pequeña choza, su canto parecía un himno dedicado a todos. Él no la podía contemplar porque estaba a sus espaldas; pero allí mismo, por su espalda desnuda, penetraba un cosquilleo causado por su canción y por su presencia sabida.

— ¿Qué estás haciendo Ghawr? ¿A dónde irás esta noche?

—A las estrellas, amada mía. A los lejanos mundos y regiones donde se crearon nuestros pensamientos. Donde algunas vez habitamos junto al gran espíritu, lejos de estas tinieblas que nos envuelven acá en la tierra. Lejos de los huesos y del polvo.

— ¿Y qué buscarás allá… allá, Hijo del Oso?

—La verdad perdida. La luz que deshace las tinieblas y la razón de lo que fuimos.

— ¿Y volverás a la tierra y a los hijos de tu raza, o permanecerás en la morada eterna?

—Volveré muy pronto con aquella luz para repartirla a todos y aliviar este profundo y mortal dolor que llevamos dentro.

—Parte amado…; parte veloz y regresa con el poder de la luz.

Se reanudó la canción en los labios de la mujer y un suave repiqueteo sobre la piel del tamboril.

Ghawr se mantuvo por largo rato con la cabeza en alto, liberado de todo pensamiento; sin sentir ni percibir el mundo que lo rodeaba.

Entonces escuchó el primer toque del tambor, a continuación, una breve pausa y de repente el ritmo constante e ininterrumpido. Las finas manos de la mujer se movían con agilidad golpeando el cuero con una cadencia que levantó su espíritu y lo separó del cuerpo.

Su alma voló libre hacia las estrellas. Los mundos pasaron veloces ante su mirada. Se dibujaron parajes de brillo intenso y sombras y figuras largas y retorcidas y montañas de espuma multicolores. Su vuelo se hizo lento y luego quedó fijo sobre una cadena de colinas que no eran colinas, sino edificaciones cuadradas y rectangulares que se agrupaban en torno a una gran pirámide cuyos escalones ascendían hasta una gran luna en el centro del firmamento.

Cuando Ghawr se disponía a descender y a dejar su asiento sobre el último y más elevado escaño de la pirámide y con la intención de tocarlo con sus incorpóreas manos, el ritmo del tambor se detuvo y un par de golpes altos y discordantes lo elevaron nuevamente por encima, y comenzó su retorno a través de los mundos de espuma, y de figuras sin formas y retorcidas, y el ritmo, recuperando su forma inicial lo trajo de retorno a la choza. Había concluido.

***

El salón principal de la caverna podía albergar a todos los miembros actuales del clan. En el se habían reunido la mayoría de los hombres, mujeres y ancianos formando un gran círculo alrededor de la hoguera.

La habían reavivado con hierba seca y las chispas saltaban hacia el profundo techo mientras el humo era arrastrado por una leve corriente de aire hacia uno de los pasadizos que se abrían en la pared del fondo.

Ghawr, Rhaan y el resto de los iniciados aparecieron uno a uno saliendo desde el recinto sagrado y el repiqueteo de los tambores a un ritmo suave y cadencioso anunció su entrada. Se sentaron en el centro. Los iniciados constituían una especie de casta dentro del clan y se diferenciaban de los demás miembros porque eran los únicos que podían vestir un collar de cuentas fabricado con conchas de bivalvos.

La presencia de ellos servía de vínculo entre la tribu y los espíritus de los antepasados. Para llegar a ser chamán o líder del clan primero era necesario haber pasado por el largo proceso de la iniciación que en sí mismo los convertía en elegidos de los espíritus con el poder de sanación y protección contra las fuerzas de las tinieblas.

Rhaan era el chamán y el más anciano del clan y por eso tenía el derecho de hablar primero.

— ¿Qué haremos con los hermanos Tima y Akton? Ellos se han unido al clan de la gacela utilizando la astucia y el engaño, y mi viejo hermano es incapaz de lidiar con ellos.

— ¿Por qué tu hermano les permitió convivir con ellos, sabiendo él que habían sido expulsados de nuestro clan? —preguntó una de las mujeres.

Rhaan permaneció meditativo por un instante y luego tomó el bastón y se puso en pie lentamente.

—Por lo mismo que acabo de decir. Mi hermano ya no es el mismo. Se ha convertido en un viejo débil y achacoso, incapaz de llevar el cayado de su pueblo. El clan de la gacela ha perdido a muchos de los hombres jóvenes, fuertes y valientes, capaces de ocupar su puesto.

Ghawr se puso en pie.

—Y si es tan débil y achacoso ¿por qué se ha unido a los otros clanes

para repudiarnos?

—En realidad ya no somos un clan —alzó su voz uno de los cazadores—. ¡Miren a nuestro alrededor! Primero dejamos entrar a los gerdas, porque nos exigían una compensación por la pérdida de sus mujeres, que se llevaron Tima y Akton. Luego entraron las hijas del Clan del Lobo con su descendencia; y ayer apareció Ghawr acompañado de un grupo de gente desconocida que según veo, pertenecen ya a nuestro clan. ¿Qué somos entonces?

—Tienes razón en lo que dices —dijo Ghawr.

—Él se queja porque gente nueva se ha unido a nosotros —chilló una anciana que se hallaba oculta entre las demás mujeres—; pero… ¿cómo no declara ante todos que gracias a eso, él mismo tienes tres mujeres?

—Y que gracias a que somos muchos, ahora todos podemos comer mejor, como en los viejos tiempos —agregó otra anciana.

—Un momento, un momento —interrumpió Ghawr—. Es cierto que ahora somos muchos, pero ésa no es la razón por la cual poseemos más alimentos.

— ¿Y cuál es entonces? —preguntó la anciana.

—La razón por la que poseemos más alimentos y también más seguridad, es porque hemos cambiado los viejos modos. Nos estamos alejando un poquito de las tradiciones, y eso es bueno cuando hay algo que nos molesta y que no nos deja avanzar. Hemos tomado valor y ahora vivimos en un sitio estable, al que todos amamos...

Las voces de la gente se unieron como en una sola para dar vítores al Hijo del Oso.

Ahora cultivamos los campos —continuó éste—, y fabricamos mejores instrumentos, y espero que no nos detengamos ahí. Construiremos cabañas de tipo diferente, y todo lo que he dicho y mucho más ha sido gracias a la gente que se nos une de vez en cuando —Ghawr avanzó unos pasos y se puso junto a Amisha y la tomó de los hombros —. Comenzando por Amisha como todos saben; luego los gerdas, las hijas del Clan del Lobo y ayer los pobladores del valle.

Es la voluntad de los espíritus, y los espíritus de nuestros antepasados nos acompañan siempre y tienen un hogar estable en esta misma caverna y entre nosotros. Hemos aprendido mucho de la gente que se nos une, y si eso es lo que molesta a los otros clanes, a ellos podemos mostrarles lo que prosperamos sin su ayuda y consentimiento. ¿Quienes quieren continuar avanzando?

El clamor y los vítores de apoyo se redoblaron y Ghawr se sentó junto a Amisha.

El viejo Rhaan también había tomado asiento y reinició su discurso al pueblo.

—La misión de Ghawr y los cazadores que lo acompañaron resultó con éxito. La hija y adoradora del fuego fue rescatada de los hombres

de las tinieblas, de los monstruos que se la llevaron la noche que todos sabemos. Ya está otra vez con nosotros y los espíritus nos podrán ser propicios durante las próximas estaciones.

Gracias a esta expedición ahora conocemos más de la presencia cercana de dos nuevos peligros para nuestro pueblo. Los hombres de la noche y las hormigas gigantes —hubo un susurro de temor que aprovechó el anciano para recuperar su aliento—. Tenemos que prepararnos para la defensa y para ello ya todos conocemos el plan que los espíritus nos han enseñado.

— ¿Qué tan grandes son las hormigas? —preguntaron varias voces casi al unísono.

—Eso lo pueden responder mejor los que les han visto —dijo el viejo.

—Me llegan hasta la altura del pecho —respondió Ghawr—. Tienen seis patas y un aguijón venenoso y son del color de miel. Un solo cazador es incapaz de enfrentarse a una y salir con vida, por eso les sugiero a todos que debemos permanecer más unidos que nunca, en un solo pensamiento, en un solo deseo, y en la misma acción con la que alcanzaremos la gran meta. Ni uno solo de nuestro pueblo se debe extraviar ni quedar perdido a partir de hoy. ¡Qué nos unamos a él! Esa es la voluntad del espíritu superior que yo declaro ahora.

—Gran Hijo del Oso, en mi joven corazón hay una duda —dijo Athar—. ¿Cómo conseguiremos salir adelante, ante tantos trabajos y dificultades, y al mismo tiempo conseguir la gran meta?

—La voluntad del Gran Espíritu es lo primero, y si hacemos su voluntad él nos guía, y si él nos guía, morará para siempre entre nosotros; y si mora entre nosotros, ya no habrá más sufrimiento y dolor, porque estaremos en él y con él —el gran Hijo del Oso se detuvo por un instante y entonces concluyó—. Invoquemos al Gran Espíritu día a día en nuestros corazones.

CAPÍTULO 8: ENCUENTRO CON EL CLAN DEL RENO

Era temprano en la mañana y dos ardillas habían descendido rondando el tronco de un castaño para luego irse a retozar bajo las sombras de un tilo. El sonido cercano de algunas ramas quebradas interrumpió la alegría de los pequeños. Se quedaron quietas y con las orejas erguidas. A través de los arbustos irrumpió en el claro el cuerpo de una mujer, y quedó tendida sobre la hojarasca. Las ardillas se espabilaron y corrieron hacia el castaño.

La mujer permaneció muy quieta, como si la vida hubiese escapado para siempre de sus entrañas. Y pasó el tiempo. Muchas hojas marchitas cayeron sobre su cuerpo semidesnudo, la brisa batió su pelo y la llovizna humedeció su rostro, y entonces; apoyando una mano sobre la tierra se puso en pie lentamente, observó su entorno y avanzó unos pasos. Su muslo derecho sangraba. La herida causada por una flecha durante la noche había adquirido un color negruzco que no presagiaba nada bueno.

Respiró profundamente. Tenía que salir del bosque y atravesar el ancho territorio de la pradera, poblado por lobos y chacales. En su vientre habitaba otra vez la vida y esta vez tenía que salvarla.

—Pobre Egarya, y felices ya mis hermanas —pensó con un sentimiento de tristeza hacia sí misma.

Después de tomar aliento se lanzó a través de un trillo entre los arbustos y avanzó renqueando y sin detenerse hasta la orilla de un arroyuelo. Allí tomó asiento sobre una roca.

La herida había dejado de sangrar pero la hinchazón comenzaba a crecer. Bebió agua hasta sentirse satisfecha y luego comenzó a masticar algunas hojas de acacia que colocó sobre la parte afectada. Un poquito más de aliento y cruzó el arroyo.

Ante su sorpresa apareció la pradera, sintió el olor de la tierra húmeda y a continuación un aullido todavía lejano. La brisa soplaba ligeramente desde el poniente y traía consigo el temor. El temor de que alguna manada de lobos pudiera estar siguiendo su rastro a través de la sangre que había estado manando de la herida abierta. También los perros de su propio clan podrían seguir su rastro, guiados ahora por los cazadores al servicio de Tima y su hermano Akton.

Egarya enjugó unas lágrimas que corrían por sus mejillas sucias. Lágrimas de dolor y soledad. La soledad pesaba más que el dolor de la

herida abierta y que la pérdida de sus hermanas. No volvería a lagrimear. En vez de enjugarse debía adelantar camino en dirección al Clan del Oso, su último refugio y esperanza, pero antes debía encontrar orientación en medio de la inmensa extensión de vegetación herbácea.

Todos los upallis conocían que los cinco clanes se organizaban territorialmente siguiendo un esquema muy definido. Después que la tribu conseguía establecerse seleccionaban un punto de referencia en medio del territorio, el cual les serviría como orientación y para definir los límites entre los clanes y con los otros pueblos que normalmente habían sido sus enemigos.

Desde la última larga y penosa migración hasta las tierras actuales, el territorio central de la tribu estaba marcado por las tres colinas de basalto situadas en medio de la pradera. Si conseguía llegar allí, luego le sería fácil orientarse hacia el territorio de cualquiera de los clanes.

Para un cazador hubiera sido sencillo, acostumbrados como estaban a recorrer diariamente una porción del mismo; pero las mujeres de la tribu pasaban la mayor parte de su vida en situación sedentaria, ocupadas en las tareas domésticas y en la recolección de leña, plantas aromáticas y frutas en los alrededores del campamento. Pesa a todo, no se debía dejar vencer por las dificultades.

Continuó avanzando sin detenerse y sin mirar atrás. Entonces recordó una efímera advertencia lanzada por Ghawr ante la presencia del concejo de la tribu.

—Invocar día a día la presencia del Gran Espíritu.

Confiaba en la sabiduría de su hermano y en el poder de la invocación.

Comenzó a invocar y se enfrió el sudor que manaba de su frente. La brisa comenzó a batir en variada dirección inclinando los tallos de la espesa vegetación herbácea, facilitando su paso a través de despejados trillos. Las nubes volvieron a cubrir nuevamente el cielo como en el presagio de una tormenta, opacando el ardiente sol.

Sintió temor, un temor diferente al sentido alguna vez en su vida; un temor que era la expresión de su pensamiento mismo y la conexión que de repente parecía mantener éste con el mundo que le rodeaba.

Se asustaba de la invocación al descubrir que era un poder que residía en sí misma, y con ella sentía como los espíritus de la naturaleza se coordinaban a su favor para ayudarla. Todos dirigidos por el Gran Espíritu.

Egarya escuchó su nombre como traído por la brisa desde la distancia infinita, y lo escuchó dos veces. Su cuerpo se estremeció de emoción, la adrenalina invadió su sangre en un gran flujo de energía, sus músculos se relajaron y se sintió ligera; como si su cuerpo se desplazase por encima de la pradera. ¿Qué podría ser aquel misterio?

Sintió que el gran Clan del Oso estaba junto a ella. Sintió el ladrido de los perros de su propio clan y la repugnante figura de los dos hermanos. Cerró los ojos por un instante y volvió a escuchar su nombre, pero esta vez distinguió con nitidez que se trataba de Ghawr su hermano.

Al abrir los ojos y observar al frente divisó las colinas de basalto y corrió hacia ellas y escaló con dificultad hasta llegar a la parte más elevada. Desde allí observó atentamente el camino que acababa de recorrer. Los perros venían al frente seguidos por cinco hombres, uno de los cuales era Akton. Se sintió perdida.

Estaba demasiado agotada y débil para continuar su carrera. Sintió con tristeza que todo su sacrificio había sido en vano. Entonces recostó la espalda contra la roca y se dispuso a esperar tranquila mientras continuaba escuchando el ladrido de los perros que se acercaban. De cualquier forma ya los cazadores la habían visto y venían por ella.

No supo cuanto tiempo había permanecido inconsciente; pero cuando abrió los ojos pudo ver el rostro de la vieja curandera del Clan del Oso.

Estaba acostada sobre un colchón de pieles.

Las llamas de una hoguera cercana se reflejaban en las paredes de la caverna dibujando extrañas figuras en las oquedades y salientes. Las figuras parecían mantenerse vivas y en movimiento, a la derecha y a la izquierda, ora arriba, ora abajo, como si el espíritu las animara. Pudo reconocer al oso, a la gacela y al jabalí; pero también al reno, al uro y al mamut de los antiguos tiempos.

Permaneció semidormida, hipnotizada por el mundo de imágenes que se desplegaba ante su mirada, cuando sintió que la vieja curandera que se había mantenido sentada a su lado se levantó lentamente y desapareció entre las sombras. Al momento su alentadora figura fue sustituida por una más corpulenta y tosca. La luz se reflejaba en este nuevo rostro y pudo reconocer al poderoso Ghawr. En aquel mismo instante un escalofrío recorrió su espalda y se erizó su piel.

A pesar de que eran hijos de la misma madre los encuentros entre ellos dos habían sido muy escasos. La última vez ocurrió durante la ceremonia de iniciación en las colinas de basalto, y desde aquel día la imagen del Hijo del Oso había quedado en su mente impresa por una nueva luz, diferente a aquella en los esporádicos encuentros de la juventud.

La mano del hombre descendió suavemente hasta posarse en su frente y sintió como el calor del contacto penetró en su cuerpo.

— ¿Cómo llegué hasta aquí?

El hombre retiró la mano y desapareció entre las sombras para ser

sustituido otra vez por la siempre apacible figura de la curandera que se sentó a su lado.

— ¿Cómo llegué hasta aquí? —volvió a preguntar Egarya con la esperanza de una respuesta; pero en vez de eso la anciana volteó su rostro hacia otra figura que apareció desde las tinieblas y le tendía un cuenco. La anciana tomó el recipiente entre sus propias manos y lo aproximó a los labios de la enferma.

—Bebe hija. Esto te hará muy bien.

La otra figura femenina también se sentó a su lado y permaneció observándola. Poco a poco pudo reconocer de quién se trataba. También en su rostro había una singular magia y gran encanto. Su piel era ligeramente pálida, los labios finos y perfectos, la nariz un poquito alargada y de ventanas estrechas, la frente amplia y recta, diferente a la de los upallis. Por una diferencia fácil de precisar, algunos de los detalles se dibujaban en un rostro redondeado como la cuarta luna. Entonces supo que era Amisha, la mujer aparecida un día de repente y que había cambiado todo.

Había bebido el contenido del cuenco que la anciana ofrecía a sus labios y un rato después comenzó a sentir como las figuras se desvanecían a su alrededor.

Cuando el mundo de ilusiones volvió a surgir en ella, se sintió feliz. Se sentó por sí misma sin mucho esfuerzo y observó la herida en su muslo. Quedó en una duda. Tal vez era la escasa luz que no le permitía observar. Para estar segura pasó su mano por el lugar y como un recuerdo sintió una ligera callosidad en su piel. Se volvió a echar atrás.

La pequeña hoguera permanecía encendida a su lado; pero el resto de su entorno, si existía, estaba envuelto entre las tinieblas. La anciana no estaba junto a ella.

—Cuéntanos lo que pasó en el Clan del Reno —escuchó una voz que no pudo identificar como perteneciente a hombre o mujer.

Estuvo en silencio un rato tratando de reorganizar sus recuerdos. Luego dijo con voz débil y temerosa:

—Mi padre y mis tres hermanas fueron asesinados por los hermanos Tima y Akton.

Todo el que se opone a ellos es asesinado y el Clan del Reno les teme.

***

Los temores del Clan del Oso no habían sido en vano. Mucho más rápido de lo que esperaban la situación se había tornado crítica en sus relaciones con los otros clanes. Ya no se trataba sólo de un mero repudio expresado por los dirigentes en la última reunión celebrada en las colinas. Los hermanos Tima y Akton parecían ser el centro de la

gran discordia que se veía venir y que podría ser el origen de una guerra interna que pondría en peligro la existencia misma de la tribu.

Si los otros clanes apoyaban a los hermanos, el Clan del Oso se vería obligado a defenderse contra sus propios parientes.

—No debemos permitir que lleguen hasta el refugio —dijo Ghawr.

Se había reunido con los cazadores del otro lado del río y trataba de imaginar cómo serían los próximos movimientos de los hermanos.

De una cosa estaba convencido, y era que en aquel momento la mayoría de los upallis habrían decidido ya que el Clan del Oso era su enemigo. De que él, Ghawr, era una amenaza para la tribu y había que combatirlo.

La fuerza unida de los tres clanes sobrevivientes a las últimas escaramuzas con otros pueblos y con los enemigos naturales, podrían hacer de su propia gente y de su refugio un objetivo fácil de conquistar. Someterlos habría sido el objetivo más benigno; pero Ghawr preveía algo mucho más terrible. Dirigidos por Tima y Akton estarían dispuestos a acabar con el Clan del Oso. A exterminarlos sin compasión.

— ¿Cuántos hombres se quedarán conmigo? —preguntó Athar.

—Llévate a la mitad de ellos. Vuélvete al refugio y coloca vigilantes en los caminos de acceso. En caso de que nuestros parientes aparezcan por los alrededores, entren a la caverna y si es necesario, defiéndanse desde allí hasta que yo regrese con el resto de los hombres.

— ¿Qué piensas?

—Creo que tratarán de agredirnos —respondió Ghawr.

— ¿Y atacarás primero?

—No es eso lo que deseo. Me adelantaré hasta la pradera y buscaré la forma de espiar sus movimientos. No quiero exponer a nuestras mujeres y niños. Si los veo adelantarse hacia el refugio del oso, trataré de impedirlo antes que lleguen aquí.

Ghawr partió hacia el norte, en dirección a las tierras altas. Al mediodía el grupo de cazadores había llegado al borde de la pradera y plantaron el campamento. A sus espaldas quedaba un pequeño bosque de abetos atravesado por un arroyo y al frente se divisaba por encima de los hierbazales, la figura de las tres colinas de basalto.

Cuatro hombres se fueron de cacería hacia el bosque y regresaron al poco tiempo cargando un hermoso gamo rayado. A estos mismos los mandó Ghawr antes del anochecer a apostarse sobre las colinas de basalto.

Quería cubrir un área lo más ancha posible que mantuviese bajo vigilancia los caminos al sur y si a mitad del siguiente día no aparecían sus parientes sobre la pradera, tenía la idea de convocar una nueva reunión de la tribu. Primero visitaría al Clan del Reno, el más antiguo de los clanes y en donde había tenido su origen ancestral el

pueblo de los upallis. Éste era el clan que había guardado con mayor esmero lo más puro de las tradiciones, y como a Ghawr se le acusaba precisamente de acabar con las tradiciones, era a ellos a los primeros que debía convencer de lo contrario.

Al anochecer se tendió en el suelo sobre un colchón de hierba apisonada y se disponía a descansar cuando uno de los vigías se le acercó y lo tocó en el hombro.

— ¿Qué sucede?

El joven cazador no hizo comentarios; pero señaló hacia las colinas de basalto sobre las que brillaban las llamas de una fogata.

— ¡Es nuestra gente! —dijo Ghawr irguiéndose de golpe—. Partimos de inmediato hacia las colinas.

Se volvió hacia el oeste para observar el firmamento.

La media luna se aproximaba al horizonte cuando el grupo de doce cazadores con el Hijo del Oso al frente arribaron al pie de las enormes rocas. La hoguera que les guió el rumbo durante buena parte del camino se había extinguido y la noche sin luna muy pronto los envolvería con su negro manto.

Los upallis se mostraban sigilosos en una situación como aquélla, en la cual existía al menos un signo de amenaza. Los hombres enviados al atardecer, que debían estar en aquel momento en lo alto del farallón alimentando el fuego como les había ordenado Ghawr, no daban señales de su presencia.

Las colinas de basalto eran el lugar de ceremonias usado por la tribu de los upallis desde que se estableciera junto a las riberas del Gran Río. Siendo conocidas por todos ellos no era motivo para dudar que una camada de sus irritados parientes hubiera ocupado las alturas como medio de represalia contra el Clan del Oso.

Ghawr y sus hombres comenzaron a escalar las rocas por uno de los tantos trillos hasta llegar al sitio dispuesto para las señales.

Se habían extinguido los tizones completamente y a la luz de una antorcha de resinas de abedul el Hijo del Oso hincó una rodilla en tierra y tomó en su mano una puñada de ceniza húmeda.

—Busquen por todas partes —gritó enojado.

Los cazadores prendieron otras antorchas y se internaron entre los múltiples laberintos formados entre las rocas y la vegetación de arbustos.

Poco después se escuchó un grito. Habían encontrado a tres de los cazadores tendidos sobre la tierra, y hubieron de zarandearlos una vez comprobado que estaban vivos para hacerlos salir del sueño, y a continuación, sacarlos del estupor en el que estaban sumidos.

Cuando al fin se animaron a responder a las preguntas que hacia el Hijo del Oso, sólo podían contestar con una lluvia de incoherencias.

Poco después el Hijo del Oso dio el incidente por terminado y se

fueron a dormir al refugio bajo las rocas donde se acostumbraban a celebrar las reuniones y ceremonias.

La importancia del acontecimiento había sido intencionalmente disminuida por Ghawr para calmar los ánimos de la gente, pero más tarde, en la calma y soledad de sus pensamientos no dejaba de pensar en ello.

Al amanecer los llamó y entonces uno de ellos, al parecer más lúcido que sus compañeros pudo explicar algo de lo sucedido.

Al anochecer habíamos plantado el campamento en este lugar y comimos algo sin prender el fuego como había dicho el Hijo del Oso. Yo me quedé haciendo la primera guardia y mis compañeros se fueron a dormir. Todo estaba tranquilo y silencioso entre las tinieblas, mientras yo observaba tratando de descubrir cualquier movimiento entre las sombras que nos envolvían, cuando sentí a uno de mis compañeros que se quejaba.

Corrí abajo y llamé, y ellos me respondieron, y entonces encendimos el fuego y la hoguera que teníamos preparada. Nuestro hermano se retorcía en el suelo con quejidos que parecían anunciar su muerte, y sin saber cómo consolarlo decidimos al instante que la presencia del Hijo del Oso era necesaria. Fue por eso que hicimos la señal. Eso es todo lo que sé.

Con aquella explicación, lo más probable para todos parecía ser que el leopardo había sorprendido al hombre durante su trance y en un descuido de los otros lo había hecho su presa arrastrándolo hacia la pradera.

Durante medio día permanecieron los hijos del Clan del Oso escrutando sigilosamente las altas hierbas con la expectativa de poder divisar algún grupo de humanos en movimiento al sur; pero todo fue en vano. Cuando el sol estuvo en lo más alto del firmamento Ghawr dio la orden de partida.

Como había planeado, irían a visitar al Clan del Reno con la esperanza de llegar a un acuerdo que fuese capaz de eliminar la discordia que cada día ganaba fuerza en el seno de la tribu. Ghawr no estaba dispuesto a ceder ante los impulsos salvajes de una buena parte de sus parientes y haría todo lo necesario para evitar la guerra.

Con la excitación brindada por este único pensamiento, lanzó a sus hombres en desenfrenada carrera a través de la vegetación herbácea que se iba haciendo más y más escasa y corta a medida que se aproximaban al coto de caza de sus parientes.

Éste era un bosque mixto donde dominaban hayas, fresnos, pinos, y alerces y en el cual el aire se hizo de repente más helado y puro. Aquí llevaron la marcha hasta su paso normal, sabiendo que se acercaban al campamento y en las circunstancias dadas no debía confiar del todo en la buena voluntad de ellos.

Caminaban con sigilo bajo las sombras de un túnel formado por la tupida vegetación cuando escucharon un chasquido de ramas bastante inusual para la estación. Ghawr se lanzó a un lado arrastrando consigo a su compañero más cercano.

Una flecha rozó su hombro y se incrustó en el tronco de un corpulento abedul mientras otros dardos surcaban el espacio sobre sus cabezas.

Entonces, un grito de ataque sobre el lado derecho de la vereda agotó de repente sus esperanzas de paz. Había sido emitido en su propia lengua y quedaron claras para los hijos del Clan del Oso la naturaleza del agresor y sus intenciones.

Antes de que se pudieran reponer, un número de hombres el triple de numerosos se abalanzó hacia ellos desde una cuesta.

— ¡Atrás, atrás…, síganme a mí! —gritó Ghawr poniéndose de pie y corriendo a través del bosque. Después de un instante de huida desenfrenada aminoró la marcha dejando que sus hombres le adelantasen; entonces se detuvo, lanzó un grito de combate, y en un arrebato de frenesí se lanzó contra el primero de sus parientes.

Ambos cuerpos impactaron de frente; pero apenas sucedido esto, el primer hombre cayó al suelo con el cráneo abierto. Otro ya se le venía encima y Ghawr, blandiendo el hacha, en un giro a partir del suelo, la clavó en el estómago de su adversario. En ese instante, la totalidad de los atacantes se detuvo firme frente al Hijo del Oso blandiendo masas y garrotes y dispuestos a acabar con él.

En una reacción inesperada para sus perseguidores, Ghawr se incorporó y echó a correr hacia la leve cuesta por donde un instante antes habían desaparecido sus propios hombres. Esta nueva decisión le dio una ventaja momentánea que le permitió rebasar la cuesta antes que lo lograran sus adversarios. No se había equivocado. Allí lo esperaban seis de sus hombres, arcos tensados hasta el extremo y en espera del enemigo, y seis flechas certeras hirieron a seis de los atacantes. Mientras éstos se retorcían en su calamidad, Ghawr y los arqueros continuaban la escapada a través del bosque.

Un momento después los perseguidores, más numerosos aún, reaparecían entre los árboles. Si continuaban así las cosas sería casi imposible evitar que les dieran alcance.

Atravesaron entonces un claro y a continuación descendieron por un barranco que los condujo directamente hasta las estrepitosas aguas de una quebrada. Se lanzaron a través de ellas y cuando hubieron llegado a la otra orilla, se unieron al resto de los hijos del Clan del Oso que se hallaban agazapados entre la vegetación, arcos tensados y dispuestos a repeler una vez más el ataque de cualquier pariente.

Los perseguidores aparecieron en lo alto y de repente, los vieron precipitarse en tropel dando vueltas y trompicadas. Muchos de ellos

sorprendidos y confusos, no pudieron detenerse hasta caer al agua y desde la orilla opuesta recibieron una nueva andanada de dardos.

Los hijos del Clan del Oso habían colocado una cuerda en lo alto para sorpresa y confusión de sus enemigos.

Los del Clan del Oso no se dieron tregua. Emprendieron nuevamente la retirada alejándose definitivamente del alcance de sus enemigos.

CAPÍTULO 9: RESCATE SOBRE LOS HIELOS

Habían pasado seis estaciones desde la llegada de Amisha y los hijos del clan se habían establecido de manera definitiva en el campamento junto a la ribera del Gran Río. Ahora el poblado ocupaba no sólo la caverna y sus alrededores, sino que también se había extendido por lo alto del farallón.

El verano y el otoño habían estado llenos de acontecimientos de gran importancia. Primero que todo, se había construido la escalinata que facilitaba el paso entre la parte alta y la parte baja, y en segundo lugar para los moradores, estaba la serie de estructuras que se habían levantado en el farallón, las cuales incluían un muro de piedras y una palizada interior que circundaba el área, convirtiendo la parte alta en zona casi inaccesible para las bestias y los enemigos humanos.

La primera nevada invernal había sido grandiosa. Tres codos de blanquísima nieve cubrían el suelo y gracias a las temperaturas heladas el caudal del Gran Río se había reducido a un engañoso y sutil arroyuelo, capaz de hacer caer en una trampa mortal a cualquiera que se alejase más allá de sus verdaderos límites. Esta vez los hombres tuvieron que usar las viejas astas de alce a manera de palas para quitar la nieve de los lugares donde se hacía más molesta, como eran la entrada de la caverna y un trillo que conducía hasta los peldaños labrados en la roca que a su vez eran la nueva vía de acceso a la parte alta del farallón.

Las chozas en el exterior fueron definitivamente abandonadas con la llegada de los primeros días helados y los habitantes todos se refugiaban en las otras chozas forradas de pieles en el interior del gran salón donde dos hogueras permanecían encendidas durante las noches. Una en medio de la agrupación de chozas y la otra a la entrada de la caverna como medio de protección contra cualquier intruso.

El gran esfuerzo colectivo había servido de mucho. Esta vez el clima no causaba tantos estragos y sufrimientos como antes. La cosecha de tubérculos había sido insignificante; pero en cambio la caza, la pesca y la recolección de frutos y bayas habían traído confianza y seguridad al pueblo. Los nuevos depósitos y los lugares de almacenamiento dentro de la caverna estaban rebosantes de provisiones.

Los días pasaban lentos y monótonos. Las mujeres, los niños y los más ancianos apenas asomaban al exterior para respirar aire fresco una vez al día o para recrearse contemplando una nevada. La mayoría de las veces ocurrían éstas acompañadas de la fuerte ventisca proveniente del lejano norte y no quedaba más remedio que permanecer en el interior de la caverna, a la cálida cercanía del fuego.

Era en estas ocasiones cuando el viejo Rhaan y otros de los ancianos contaban cuentos acerca de los orígenes de la tribu y de su largo vagar por el mundo. Eran cuentos llenos de magia, valor y encanto de los personajes. Rhaan era capaz de imitar la voz de los animales, el rugir del viento, la estampida del rayo, la caída de un árbol sobre las rocas y el tintinear de la lluvia sobre las pieles; pero también un sonido tan raro y desconocido como el romper de las olas contra una playa arenosa.

Parecía que aquel invierno pasaría sin grandes acontecimientos que guardar en la memoria colectiva de la comunidad, hasta que un día algo imprevisto los sacó de la rutina y creó alarma en el campamento.

Fue una tarde cerca del anochecer.

Se hallaban sentados alrededor de la hoguera colectiva después de la comida y el viejo Rhaan se disponía a contar una historia que había prometido a sus oyentes desde hacía varios días. La historia de por qué los upallis preferían abandonarlo todo antes que enfrentar a sus enemigos.

"—Vivió hace mucho tiempo atrás —dijo Rhaan—, un chamán que tenía cuatro hijos. En las mañanas cuando despuntaba el sol, mandaba a cada uno que se alejara de la caverna donde vivía la tribu para buscar en toda direcciones una tierra que los espíritus de los antepasados le habían revelado en sueños y que pronto se había convertido en la tierra deseada por todos.

Los jóvenes cazadores salieron a caminar cada uno en dirección opuesta. El mayor hacia la gran estrella, el que le seguía en edad y fortaleza hacia las tierras cálidas, el tercero en dirección al ocaso y el más pequeño hacia el nacimiento del sol.

La primera vez los jóvenes regresaron al anochecer. La segunda vez regresaron al caer la tarde del segundo día, y así continuaron hasta demorar cuatro lunas sin haber encontrado la tierra prometida; pero en esta ocasión el hijo menor nunca regresó. Todos en la tribu lo dejaron por perdido. Pero el viejo chamán no se veía tan afligido a pesar de que su hijo menor había sido su preferido. La mayoría se asombraba de la conducta indiferente del anciano; pero algunos dicen que esto era así porque le había sido revelado en sueños que el joven no regresaba porque había encontrado la tierra tan deseada, donde no había ni sufrimiento ni dolor y el joven no podía regresar por lo difícil del camino y el tiempo que habría de viajar, pero que él ansiaba grandemente en su corazón que todos sus hermanos encontraran el camino y se unieran a él en aquella tierra de felicidad.

Es por eso que viajamos hacia el este —dijo Rhaan—. Para encontrar a los descendientes de aquel joven. No huimos de los que parecen ser nuestros enemigos, sino que simplemente continuamos nuestro camino, en busca de nuestra meta."

— ¿Y cuándo encontraremos aquel lugar? —preguntó uno de los muchachos mayores.

—Los espíritus de nuestros antepasados nos guían y puedo asegurarles que ya estamos muy cerca de aquel lugar, donde la tierra un día nos será entregada. ¡Y aquí finaliza el cuento! —dijo Rhaan.

El aire tibio del interior de la caverna fue de súbito barrido por una corriente helada. Los oyentes del viejo Rhaan voltearon sus rostros hacia la entrada del gran salón.

Los upallis sabían que durante la ventisca, cuando se descorrían las pieles que protegían la entrada de la caverna el aire frío que penetraba podía reanimar las brasas, y los ancianos decían que con el podían penetrar también los espíritus de la naturaleza.

Una sombra difusa se dibujó en el umbral de rocas y descendió el declive en dirección a las tiendas.

Ghawr se puso en pie y avanzó hacia el hombre e intercambiaron unas palabras que no llegaron a oídos de los demás. Fue entonces cuando vieron al Hijo del Oso que se encaminaba a grandes pasos hacia la salida, y un momento después seis o siete cazadores que lo seguían a toda prisa.

En el exterior soplaba la ventisca con inusitada violencia y el espeso manto de nieve había hecho desaparecer las rocas y los troncos de los árboles.

En lo alto del farallón un guerrero envuelto en espeso manto de pieles voceó con todas sus fuerzas. Su llamado de alerta apenas fue escuchado por los de abajo, pero entonces se sirvió de sus brazos para señalar más allá del río.

Sólo desde lo alto del farallón se podía divisar esta amplia zona despejada de vegetación que ahora constituía un blanco manto de nieve.

Varias figuras al parecer humanas, envueltas en pieles, batallaban casi infructuosamente por alcanzar la orilla.

—Pueden ser nuestros hermanos —dijo Ghawr—. Vienen hacia nosotros; pero si cometen el error de atravesar el río estarán perdidos. Hay que detenerlos.

Corrió hacia la escalinata a través de la profunda trinchera de nieve y comenzó a ascender los peldaños que a pesar de los esfuerzos constantes se mantenían cubiertos con una costra de hielo resbaladizo. Había sido seguido por otros dos guerreros y cuando consiguieron llegar a lo alto ayudándose con la cuerda, corrieron en dirección a una de las construcciones cuadradas que dominaban el borde del precipicio. Allí, recostada a uno de los muros exteriores habían dejado la escala de peldaños usada muchas veces con anterioridad a la edificación de la escalinata. Estaba cubierta de escarcha y nieve y hubo que escarbar profundo hasta descubrirla.

— ¿Qué hará el Hijo del Oso con esto?
— ¡Ya verás!
Llevaron la escala hasta el borde del farallón y la arrojaron al vacío.
Crujió la costra de hielo al partirse bajo el impacto y volvió a crujir cuando a continuación se lanzó Ghawr hundiéndose hasta la cintura. Los que estaban con él lo imitaron.
Un momento después batallaban unos diez hombres arrastrando la escala en dirección al río.
Los gritos de Ghawr y los demás se perdían en la distancia llevados por el viento, mientras los varios bultos que avanzaban del otro lado por la planicie se acercaban peligrosamente a las márgenes de río. Los hijos del Clan del Oso sabían que avanzar sobre el hielo que cubría la superficie era exponerse de forma temeraria a la muerte; pero sus gritos parecieron al fin haber alcanzado hasta los oídos de aquellos otros. Se habían detenido y observaban la acción de sus auxiliadores.
La escala había sido colocada ya junto a la orilla y ahora los hombres se dedicaban a tenderla como un puente sobre la frágil capa de hielo y nieve.
En el extremo que apuntaba a la orilla opuesta fue atada una cuerda y luego vuelta a atar alrededor de una roca en la orilla del lado del campamento.
Ya que la escala no era tan larga, fue preciso apoyar ambos extremos en los bordes endurecidos. Las personas del otro lado se habían dado cuenta de las intenciones de los de acá y respondían a las señales. El primer individuo se encaminó hacia la escala y avanzó luego sobre la costra helada.
Por un momento sus pies se hundieron en la nieve; y al alcanzar los peldaños, se tendió de barriga sobre éstos y luego comenzó a gatear. Estando ya en medio del cauce, Ghawr pudo adivinar que se trataba de una mujer. Sus movimientos indecisos y temerosos así lo indicaban. Él hubiera acudido en su ayuda; pero la duda acerca de la resistencia de la capa de hielo en ambos extremos lo hizo desistir. El derrumbe hubiera hecho fracasar cualquier otro intento.
La mujer siguió avanzando con su propio esfuerzo alentada por la gente de ambos lados, y al llegar a la orilla izquierda se desmayó y tuvieron que cargarla hacia el interior de la caverna.
Ahora le tocaba el turno a una mujer joven. Más valiente y decidida se quitó parte de su gruesa indumentaria de pieles y se adelantó con soltura sobre la escala recorriendo con rapidez la distancia.
Uno a uno otro hombre y dos mujeres lo consiguieron también; pero con grande dificultad.
Se había redoblado la furia de la ventisca y la nieve que aún quedaba suelta sobre la planicie se levantaba en torbellinos sobre el campamento.

El grupo de hombres que auxiliaban a los refugiados tuvo que ser reforzado por otro grupo y al final todos los hijos del clan que podían soportar las inclemencias del tiempo se habían sumado al rescate.

Ahora sólo quedaban del otro lado una mujer herida y débil y su hijo pequeño. Cuando le llegó el momento de atravesar se negó, ya que no se sentía con fuerzas suficientes para cargar al niño sobre sus espaldas; pero también rechazando la idea de abandonarlo parecía decidida a morir con él a poca distancia de cumplir su meta.

Ghawr tuvo entonces que salir en su busca.

Para el Hijo del Oso, el más corpulento de los hombres del clan, el peligro de un derrumbe era mucho mayor; pero esta idea no lo detuvo. En un momento estuvo del otro lado junto a la mujer. Tomó al niño en sus propios brazos y ordenó a la madre comenzar el cruce.

Pasó el tiempo. Su avance era lento y dudoso y los auxiliadores del lado izquierdo comenzaban a sentir en sus cuerpos el agotamiento y los estragos del frío.

Cuando la mujer alcanzó a llegar a la mitad del cauce se escucharon aullidos de lobos sobre la planicie helada.

Ghawr observó la señal del vigía desde lo alto del farallón.

Se había calmado el viento; pero la nieve arrastrada sobre el río hizo que con su peso comenzara a traquear el hielo bajo la escala. La mujer había alcanzado la orilla opuesta y la escala quedaba libre para el Hijo del Oso y parecía dispuesto a emprender su cruce cuando al voltear el rostro vio al enorme lobo gris que había aparecido a sus espaldas mostrando sus colmillos de forma amenazadora.

Ghawr tuvo que volverse y hacerle frente. Para ello puso el bulto de pieles con el niño dentro en el suelo junto a una roca y se dispuso a caminar sobre la fiera. Otros dos animales comenzaban a acercársele tentativamente mientras extraía su cuchillo; la única arma que poseía en aquel instante, además de la fuerza de sus propios brazos que le servirían de poco si comenzaban a engarrotárseles de frío.

Del otro lado su gente observaba la escena con ansiedad.

Ghawr avanzó hacia el lobo más atrevido y el animal comenzó a retroceder y luego se retiró a prudencial distancia. Entonces les dio la espalda, tomó otra vez al niño y se encaminó a la escala. No había llegado aún cuando los lobos se le acercaron listos para el ataque.

Soltó al niño a su lado sobre la nieve mullida y blandió el cuchillo adelantándose unos pasos hacia las fieras.

Los lobos retrocedieron esta vez a mayor distancia y Ghawr los correteó lo mejor que pudo, luego regresó, tomó al niño y se dirigió a la escala.

Río abajo se escuchó el crujir del hielo. No estaba muy lejano el momento en que se produciría una ruptura en la débil capa y ello podría significar su aislamiento del campamento y el mortal abandono

a la furia de los elementos.

No hizo caso esta vez de las bestias que se aproximaban. Se tendió sobre la escala y comenzó a gatear llevando con sacrificio la preciosa carga.

El lobo más corpulento se abalanzó hacia él.

Del otro lado del río Athar había tensado el arco ante la expectativa de todos. Liberó la flecha que surcó el gélido espacio y se incrustó con certeza en el pecho del animal.

Otros arqueros habían respondido de igual forma y el resto de la manada tuvo que retroceder herida o espantada por los esporádicos disparos.

Ghawr estaba aún a la mitad de su recorrido cuando el hielo se quebró bajo su peso y en un instante comenzó a desintegrarse a lo largo y ancho del río.

Los hombres junto a la ribera no habían perdido tiempo. Comenzaron a tirar de la cuerda arrastrando a Ghawr y al niño hacia suelo firme en el momento en que el hielo bajo la escala rasgábase en pedazos.

***

El largo invierno en el refugio fue una temporada de ocio que permitió un intercambio mucho más cercano entre los diferentes grupos que formaban la nueva comunidad. La posibilidad de compartir el espacio, los utensilios, los alimentos y en ocasiones hasta las mujeres dio lugar a que se consolidara con rapidez un nuevo tipo de solidaridad. Ya no eran únicamente los upallis o los gerdas o Amisha, que decía pertenecer a la tribu satri, o los yatris, pobladores del valle corriente abajo. Ahora se trataba de una comunidad formada con la mezcla de diferentes pueblos y costumbres.

Las dificultades para comunicarse desaparecieron en pocas lunas y la lengua original que los hijos del Clan del Oso compartían con los otros clanes de su propia tribu pasó a convertirse en un dialecto de la lengua upalli, formado por la mezcla de cuatro lenguas muy diferentes.

Ya habían nacido los primeros niños producto de parejas mixtas, y con la mejoría de las condiciones de vida se había incrementado la supervivencia en los primeros años, que eran los más difíciles debido al ataque de las enfermedades, y en muchas ocasiones, por lo escaso de los alimentos más adecuados.

La población del refugio crecía de manera lenta pero constante y hubo necesidad de pensar en la ampliación de la zona habitable. Daba la impresión que la caverna sola no podría sostener ese crecimiento por mucho tiempo.

El invierno trajo también la paz con los otros clanes. Una paz

forzosa, ya que dadas las dificultades y penurias de la época, la mera supervivencia les consumía la totalidad del tiempo. Los refugiados que habían conseguido atravesar el río pertenecían al Clan del Reno, cuyos líderes también habían caído bajo la influencia de los hermanos Tima y Akton.

Todas estas cosas preocupaban a los ancianos y a Ghawr, y merecían urgente atención por parte de la comunidad. Sabían que en cuanto pasaran los días más crudos del invierno los hermanos tratarían nuevamente de convencer a los clanes para deshacerse definitivamente de Ghawr y si era necesario de todos aquellos que lo apoyaban en su obstinada dedicación por cambiar los destinos de su gente.

Por su parte, el Hijo del Oso ya estaba experimentando en carne propia las calamidades que se avecinan sobre aquellos hombres que tratan de llevar a sus pueblos por camino diferente, derrotando el poder de los espíritus malignos en favor del bien, el bienestar y la felicidad de su propia gente y de toda la comunidad de tribus.

En sus ratos de reposo, cuando su mente estaba calmada y contemplando con serenidad su interior, Ghawr se maravillaba por la tenacidad absurda con la que sus propios hermanos se le enfrentaban y por el empeño que ponían en acabar con sus ideales.

El Clan del Oso había sido favorecido por la leyenda de la tierra prometida. El mismo Ghawr no estaba completamente convencido si se trataba de algo imaginario e inalcanzable, o de algo real y factible; pero tan grandioso y sublime que parecía imposible para la gente egoísta, ignorante y cobarde que se conformaba con las calamidades de aquella vida atroz, donde lo normal era que cada cual fuera un lobo para su propio hermano.

El seguimiento de la leyenda hasta sus últimas consecuencias era su gran misión, y sentía que iba por el camino correcto que mucho tiempo atrás le fuese indicado por los espíritus amigables. Mucho antes de que encontraran el nuevo refugio y se establecieran en el, había sabido que un día sucedería. La buena fortuna del clan en aquel lugar era una indicación tangible de que algo de la tierra prometida se encontraba allí, muy cerca; pero Ghawr se guardaba bien de pronunciar cualquier palabra definitiva.

Había prometido al clan que permanecerían en el nuevo refugio por un tiempo, hasta que los espíritus le indicaran el nuevo rumbo que debían tomar.

CAPÍTULO 10: DESOBEDIENCIA

Los primeros días de la primavera trajeron nuevas alegrías; pero también una suerte de preocupaciones para los dirigentes. Ya no se trataba solamente de mantener a la gente alimentada y al calor del fuego. Había que asomarse al mundo exterior y enfrentarse con denuedo a las múltiples dificultades que requería la supervivencia, y ante todo saber controlar a los enemigos humanos.

Para ello se había convencido ya el concejo de los ancianos, que el Clan del Oso, por voluntad propia o por la voluntad de los espíritus, ya no pertenecía a la tribu de los upallis. Los vínculos se habían roto en todo sentido. Los hijos del Clan del Oso habían comenzado a cultivar la tierra, a elaborar una serie de artículos e implementos que jamás habían soñado con anterioridad a la aparición de Amisha.

El poblado se había transformado y crecido. Ya no construían simples chozas de varas, forradas con pieles y barro, sino que eran capaces de edificar muros y habitaciones de piedra y de ladrillo cocido al fuego. El espíritu de la gente era influido por una fuerza tan poderosa que se sentían atraídos hacia aquel lugar y no les repugnaba tampoco mezclarse con los extraños, aprender sus lenguas y sus costumbres y convivir con ellos al calor de la lumbre, compartiendo entre todos sin distinción hasta el último pescado.

Roto de forma definitiva el vínculo con sus hermanos de sangre, el Clan del Oso estaba abierto a cualquier pacto, amistad o fusión con los pueblos que así lo desearan. Su orgullo de sangre había desaparecido siendo sustituido por el orgullo de ser humanos y formar parte de una gran comunidad de tribus, iguales entre los iguales.

¿Cuál era el misterio, o revelación, que había llegado a oídos de Ghawr y de los ancianos?

Todo parecía estar vinculado con aquel lugar, con Amisha y su súbita aparición, y con el extraño objeto que al principio colgaba de su blanco cuello y que ahora mantenían como un tabú oculto en lo más profundo de la caverna.

—Dentro de unos pocos días el hielo habrá desaparecido de las orillas del río —dijo ella mientras apretaba con un nudo la tira de piel de alce alrededor de su cintura.

—Eso espero. Comienzan a escasear los alimentos de la provisión de invierno y será necesario salir de caza —dijo Ghawr. Lanzó un guijarro

contra la orilla opuesta y luego caminó río abajo sin volver la mirada. Amisha lo contemplaba con curiosidad hasta que él se detuvo y la llamó con un gesto. Ella se fue saltando sobre las piedras hasta llegar a su lado.

—No debes saltar así. Te podrías caer.

—No hay peligro. Recuerdo muy bien como las mujeres de mi pueblo montan a caballo, aun con la panza crecida.

— ¿Qué son caballos? —dijo Ghawr sonriendo—. Nunca me habías contado.

—Son unos animales así, más altos que tú —dijo ella señalando con una mano—; pero si los enseñas puedes montarlos y andar sobre ellos a cualquier distancia.

— ¡Uhh... sería fabuloso; pero mira hacia allá! —dijo el Hijo del Oso mostrándole hacia lo alto del montículo que formaba el techo de la caverna—. Pienso que podríamos construir allá el paso del que estuvimos hablando. Con el susto que pasamos para rescatar a los del Clan del Reno, pienso que sería lo mejor.

— ¿Ya está decidido? —gritó el viejo chamán a lo lejos como si hubiese adivinado en los gestos de la pareja el tema de la conversación. Luego de detenerse y observarlos por un instante se acercó renqueando y ayudándose con su bastón.

—Parece que si —dijo Amisha tratándolo como a su igual.

El temor que había sentido ante la presencia del viejo se había disipado ya gracias al trato continuo y en su momento, debido a la secreta admiración que el anciano sentía por ella.

— ¿Y cómo piensan hacer? —dijo el anciano mirando hacia los guijarros y golpeándolos con el bastón.

—Tenderemos cuerdas desde el montículo hasta aquellas rocas que están allá, del otro lado —dijo Ghawr—. Las atamos por los extremos y anudamos varas entre las cuerdas. El camino quedará flotando sobre las aguas, y el paso sería mucho más seguro.

El viejo chamán movió la cabeza en un gesto de duda o desaprobación; pero no se atrevió a contradecir al hombre que era su sustituto y que además del poder para invocar a los espíritus y recibir los sueños, contaba con el respaldo de todo el clan. No había nada que hacer cuando una idea recibía el respaldo de la mayoría consciente de las verdaderas necesidades.

Observó a Athar que se acercaba trotando desde la escalinata a través de la trinchera de hielo que aún permanecía despejada, a pesar de que los cálidos rayos de un sol bastante primaveral para lo temprano de la estación comenzaban a deshacerla.

—Solicito al Hijo del Oso la autorización para salir de caza —dijo el arquero tratando de contener su agitada respiración.

— ¿Qué dice Rhaan? —preguntó a su vez Ghawr buscando

deliberadamente la mirada del anciano.

De pronto, el rostro del anciano se iluminó con una sonrisa y escupió a un lado la pelota de hierbas que traía mascando.

—Yo digo que está muy bien, tráiganse un par de gamos bien cebados; pero será mejor que no crucen el río en ningún momento. Vayan hacia el sur y traten de estar aquí antes que caiga la noche.

Luego de esto, quedó por un rato contemplando el cielo con gran recelo, casi olvidándose de que los otros tres estaban a su lado.

— ¿Qué sucede? ¿Algún presentimiento? —preguntó Ghawr.

— ¡Es extraño…! No veo el águila volar aún, y en la mañana cuando me fui a beber junto al río una serpiente escapó entre mis piernas y se metió al agua. ¡Muy extraño!

***

Los cazadores estaban convencidos de que no se podían alejar mucho del campamento sin correr el riesgo de perecer bajo el azote de una ventisca. No eran frecuentes en el territorio al terminar el invierno; pero tampoco era una posibilidad con la que se podía jugar a la ligera y tener la suerte de salir ileso. Además, el grueso manto de nieve que en algunos lugares aún cubría los suelos hacía de los senderos del bosque sitios intransitables para una banda de cazadores cuya única protección contra los rigores del clima era nada más que sus abrigos de pieles y la insegura posibilidad de armar una hoguera en el momento y el sitio que la necesidad lo exigiese.

Athar y otros cinco subieron la escalinata y remontaron el farallón.

La palizada y el muro exterior aún se hallaban cubiertos de nieve hasta la mitad de su altura; pero más allá en dirección al bosque la capa de nieve se hizo menos densa.

El joven guía de cazadores tenía la esperanza de encontrar algún rebaño por las cercanías sin tener la necesidad de alejarse mucho. Así anduvieron hasta el mediodía.

El sol calentaba tibiamente la atmósfera y la respiración se hizo agradable.

Para ellos, acostumbrados a la vida riesgosa y a largas caminatas entre la bastedad de la naturaleza durante la estación, era un alivio volver a respirar su ambiente donde el aire puro y la vista del paisaje cada día más reverdecido, daban la sensación de volver a la vida después de los tediosos y largos días dentro de la caverna.

Athar había ordenado avanzar de prisa hacia un pequeño bosque de abedules por donde acostumbraban a pasar cada vez que se movían en aquella dirección. Eran en realidad unos pocos árboles que dichosamente habían crecido en parcela fértil aislada de las tierras

que poseían verdaderos bosques, situadas un poco más al sur.

En esta parte el camino comenzaba a descender y el suelo aparecía cubierto de rocas que afloraban levemente a través de la nieve un poco derretida.

Deseaba llegar al amparo de los árboles para armar la fogata y poder entrar en calor y comer alguna cosa. Esto fue lo que dijo a los hombres, aunque se reservaba un pequeño secreto esta vez.

Puso el pie sobre una roca y se disponía a saltar sobre la siguiente cuando su pisada se deslizó sobre un charco de agua congelada y cayo de costado. El quejido que profirió alertó a los demás, que se apresuraron a su lado y lo ayudaron a poner en pie. Cuando quiso continuar su pierna se dobló y afincó la rodilla en el suelo.

—Mi tobillo se ha lastimado, ayúdenme a llegar a los abedules.

Dos hombres le sirvieron de apoyo mientras otros cargaban su arco y su funda de flechas hasta llegar a los primeros árboles.

Plantaron el campamento en medio de la arboleda y se alegraron por haber encontrado allí un sitio donde la nieve había desaparecido por completo. Formaba una especie de claro donde quizás el viento había soplado con mayor intensidad haciendo más fino el espesor de la capa de nieve, la cual había desaparecido finalmente bajo el efecto de los primeros rayos del sol estival.

Athar colocó su piel de dormir sobre el suelo donde comenzaba a renacer, al favor de la humedad, una variada vegetación de hongos y musgos cuya alfombra multicolor parecía expandirse en espesor y anchura con cada momento que se adentraba la estación.

Se sentó y coloco entre sus piernas cruzadas la pequeña jaula de fibras entretejidas y forrada en barro en cuyo interior dormía el fuego, y comenzó a soplar suavemente sobre la yesca. Esta consistía en virutas de hongo preparadas con anterioridad junto a la hoguera o al calor del sol, de manera que les había sido extraída toda la humedad y funcionaba de manera eficaz como material inflamable para iniciar o reanimar las brasas. Esto último fue lo que hizo al soplar de manera suave y constante hacia el interior de la jaula.

Mientras tanto, dos de los hombres habían reunido pequeñas ramas y las colocaban en el suelo, entrecruzadas en forma de trampa.

— ¿A quién le corresponde esta vez entregar su ofrenda a los espíritus? —preguntó Athar.

Sin esperar a que las miradas se volvieran a él, uno de los cazadores extrajo un filoso cuchillo de pedernal, cortó un mechón de pelo del extremo de su cabellera y lo puso en la trampa de ramas. Athar derramó la yesca encendida en el interior de ésta y en un momento se produjo el tan esperado milagro.

Las pequeñas ramas se inflamaron y dieron nacimiento a una hoguera, a la cual el resto de los hombres comenzaron a alimentar

hasta que estuvo fuera de peligro.

Por muchas generaciones los upallis habían repetido este mismo procedimiento con parecidos o idénticos resultados; pero siempre con el mismo misterio y satisfacción. La preparación del fuego era el rito más importante. Formaba parte de la ceremonia de iniciación o segundo nacimiento, se realizaba antes o después de una partida de caza y lo adoraban continuamente como la fuerza más poderosa de la naturaleza en todas sus manifestaciones. Desde el nacimiento de una planta hasta el acto sexual. El fuego era para ellos el aliento de vida y el impulso inicial que da movimiento a la totalidad del cosmos.

En las mentes del pueblo, la idea de campamento o refugio estaba directamente asociada a la hoguera. Ésta lo constituía en todo, a tal punto, que la idea misma de campamento era inconcebible sin la existencia de una hoguera.

Cuando todo estuvo listo para preparar el alimento y establecerse por el resto del día, Athar dio a los hombres la misión de encaminarse al bosque, como lo había planeado, y regresar con algo de caza antes de la caída de la noche. Deseaba estar solo porque comprendía que lo que tenía en su corazón dispuesto para realizar era un acto abominable.

Miró a su alrededor y examinó el suelo con detenimiento. Luego se puso a desprender de la tierra húmeda aquellos hongos que él creía encerraban en su blanda masa el misterio de la sabiduría de los viejos chamanes de la tribu. Esta decisión la había mantenido en su corazón reprimida por mucho tiempo, de manera que no le había sido fácil romper la norma que le prohibía el uso e incluso el contacto físico con ciertas plantas, las cuales eran manipuladas únicamente por aquellos que habían sido separados por los espíritus para guiar los destinos del resto de los hombres, como el viejo Rhaan y después de él, el audaz Hijo del Oso.

Luego de haber efectuado el primer acto de desobediencia, el remordimiento se fue aplacando con el disfrute de la idea de que un gran misterio podría ser revelado a su persona y solamente a él entre el grupo de cazadores. En definitiva ¿qué podría pasar? ¿Pondría en riesgo a sus compañeros, o sería castigado él mismo por la ira de los espíritus malignos? Lo había estado pensando por mucho tiempo. De todas formas, cualquier cosa que pudiese sobrevenir valía el riesgo.

Miró a lo lejos y comprobó que los hombres habían desaparecido en un bajío del terreno situado mucho antes de llegar al bosque.

La primera vez que observó a Rhaan recogiendo hongos fue por accidente, y el suceso había ocurrido mucho tiempo atrás en una mañana de primavera, cuando el clan aún no se había establecido en el refugio de la caverna junto al Gran Río.

Athar había escapado en aquella ocasión de la vigilancia perpetua

de su madre y de las demás mujeres y cargando con el pequeño arco que poseía para su entrenamiento como cazador se había adentrado en un amasijo de matorrales de tilo y algunos árboles cercanos al campamento, cuando vio al pie de un abedul al temido brujo del clan. En aquel tiempo Rhaan lucía mucho más fuerte y decidido, tal vez porque los espíritus estaban siempre a su alrededor. El brujo se había agachado y el joven permanecía escondido y paralizado de estupor.

Según la creencia de los upallis, espiar u observar con atrevimiento las actividades solitarias de un chamán puede atraer la maldición sobre cualquier miembro de la tribu.

Rhaan estaba recogiendo aquellas setas de tallo grueso y copa roja salpicada de pequeños copos como la nieve, mientras que él no había podido mover un solo músculo de su cuerpo para alejarse y evitar así continuar observando la terrible escena.

El brujo había demorado, tal vez de forma deliberada, agachado en su labor junto al árbol; y cuando al fin se puso en pie, se colocó de frente hacia su escondite y Athar sintió como si aquél hubiese descubierto su presencia, porque tal vez sus miradas se cruzaban con insistencia.

El acontecimiento había perdurado en su mente; pero también la curiosidad. En otra oportunidad, tiempo después, espío deliberadamente al viejo Rhaan y descubrió como ponía las setas a secar al sol sobre una piel colocada en el techo de su cabaña. En otra ocasión lo había visto comer las setas hervidas con hidromiel.

El joven cazador había ido anudando sus dispersos conocimientos sobre la conducta del chamán y finalmente había creído descubrir aquella fuente de la que manaba su poder.

Ahora, impulsado por los recuerdos, el temor y la curiosidad, quería apreciar por sí mismo hasta donde se podía llegar en el oculto mundo de la magia y la sabiduría.

Recogía de aquellas mismas setas de copas rojas o naranja intenso salpicadas de motas blancas. Cuando hubo reunido una buena cantidad las colocó sobre su bolsa de piel de gamo y las situó junto al fuego, de modo que el calor de las llamas extrajese toda la humedad que contenían en su masa blanda y jugosa.

Con ello trataba de obtener el mismo resultado que el chamán había conseguido cuando colocaba sus setas a secar al sol. Luego se recostó contra el árbol y se dispuso a esperar. Estaba casi seguro que los cazadores podrían regresar muy pronto, ya que al comienzo de la primavera los rebaños de ciervos solían visitar con frecuencia los linderos de los bosques meridionales que marcaban el límite con las tierras altas y las estepas del este.

Por primera vez en su vida se había distanciado voluntariamente de participar en la cacería, y lo había hecho con engaño a sus propios

hombres; pero para aliviar aquella especie de remordimiento se prometía a si mismo que después de aquella ocasión no lo volvería a repetir nunca más. Trataba de convencerse con la única razón posible que a su entender lo justificaba todo; y esa razón era el conocimiento.

Como no pudo quedarse dormido porque sus pensamientos no se lo permitían, se agachó y extrajo de la bolsa la vejiga donde almacenaba una buena porción de hidromiel que había mantenido oculta para la ocasión. Colocó la vejiga junto al árbol y avivó la hoguera echándole algunas ramas secas.

Los rayos del sol se habían hecho más cálidos y se filtraban entre las ramas de hojas perennes haciendo que la nieve se derritiese con mayor prontitud, formando pequeños riachuelos que corrían hacia el sur en cuya dirección la capa de hielo comenzaba a hacerse más y más delgada hasta dejar al descubierto el suelo con su capa de guijarros y de ramas secas provenientes del otoño, cuando los fuertes vientos en ocasiones arrasan con las partes débiles y envejecidas de los abedules.

Athar comenzaba a impacientarse. Tomó entonces una ramita seca y pinchó las setas. Estas empezaban a secarse y las removió, volteó y dispersó sobre la piel para acelerar el proceso. Poco después habían alcanzado una consistencia porosa y suave, fáciles de desintegrarse al tacto; y para ese instante el joven jefe de los cazadores del Clan del Oso tenía preparado el pozuelo de barro cocido que cargaba consigo en toda ocasión. Vertió en éste el contenido de la vejiga y lo puso entre las brasas hasta que el hidromiel comenzó a hervir. Entonces con mucho cuidado comenzó a derramar los hongos sobre el líquido hirviente.

Cuando la mezcla se hizo homogénea apartó el pozuelo y la dejó enfriar. Estaba todo listo para entrar al enigmático mundo de los chamanes.

***

Hacía poco que había bebido todo el contenido del pozuelo cuando volvió a recostarse al tronco del abedul forzado por la somnolencia que de repente se había apoderado de su cabeza. Estuvo a punto de quedar dormido; pero la luz del sol se había hecho tan intensa que se llevó las manos a los ojos y restregó las pupilas. Se asombraba de aquella actitud tan inusual y observó sus manos ¡Estaban sudadas y temblorosas!

Después de restregarse los ojos, éstos habían comenzado a lagrimear. Una arqueada se vino de repente desde su estómago y subió hasta la garganta. Se puso en pie de un salto y corrió tambaleándose. Pasó sobre la hoguera, se aproximó a la nieve, se arrodilló, y tragó de ésta hasta sentir cierto alivio. La saliva se hacía tan abundante en su

boca que comenzó a escupirla repetidamente. Quedó de rodillas por un buen rato, esperando el vómito; pero éste nunca llegó.

Cuando la vista alzó, los árboles a su alrededor habían engrosado sus troncos de manera alarmante. Se tendió boca arriba con la mirada fija en la enorme copa de ramas brillantes y retorcidas, y trató de dar forma a una figura borrosa que comenzaba a descender por el tronco.

Se arrastró sobre la nieve y los guijarros en dirección a la hoguera y al sitio donde había dejado su arco y su carcaj de flechas. Cuando consiguió apoderarse de ellos se volteó otra vez hacia lo alto; pero la bestia que descendía había desaparecido.

Athar se quedó perplejo. Sacudió la cabeza y observó un grito venido desde el sur por donde habían partido sus hombres al mediodía. Podía escuchar sus figuras en la distancia que huían o intentaban advertirle de algún peligro. Volvió a colocar la flecha y tensó el arco.

Cuando alzó otra vez la vista en dirección a la planicie helada los hombres habían desaparecido. En el lugar de ellos se arrastraban hacia él unas cuantas de aquellas hormigas gigantes con las que los upallis habían combatido durante la expedición al valle. Estaban tan cerca que apenas tendría tiempo de disparar dos flechas.

Comenzó a retroceder sin darles la espalda, acercándose lentamente a la hoguera. Entonces observó otra vez las voces de sus compañeros que lo rodeaban. Tres de ellos trataban de persuadirlo para que soltara el arco y se tranquilizase, en tanto que los otros dos señalaban hacia los árboles.

Volvió la calma en el grupo y hasta el mismo Athar trataba de concentrar su mirada. Era un hermoso ciervo de grandes astas que pastaba a la distancia de un tiro y que aparentaba no percatarse de la presencia de los cazadores.

Éstos dejaron de prestar atención a la extraña conducta de su guía y se movieron cautelosos hacia los matorrales con los arcos dispuestos para la cacería. La mayor parte del día había transcurrido en vano y ésta podría ser la oportunidad de obtener una pieza y no volver al campamento con las manos vacías en un momento en que escaseaban las provisiones.

Poco a poco lo habían ido rodeando y se encontraban todos a buena distancia de tiro. Se tensaron los arcos; pero antes de que alguna de sus flechas hubiese siquiera surcado el espacio, el animal dio un salto por encima de los matorrales alejándose hacia la espesura del bosquecillo.

Fue entonces que un dardo, más certero y disparado desde la espesura, lo atravesó por el cuello. Los upallis se miraron sorprendidos y se agitaron sus corazones. Por el otro lado de la arboleda apareció el dichoso arquero, y sin hacer mucho caso de los hombres que se le

aproximaban, se acercó al animal que todavía se revolvía palpitante sobre el tierno césped, se arrodilló junto a el, y extrayendo un cuchillo de pedernal de una funda de cuero a su cinturón, lo hirió por segunda ocasión, esta vez en el corazón.

Los upallis hicieron un cerco alrededor del intruso. En circunstancias como aquella era costumbre asesinar en el acto al cazador que atrapa un animal en territorio ajeno; con motivo de proteger los recursos alimenticios del propio clan.

Ya se disponían a ejecutar la sentencia, cuando el extraño, sin moverse de su sitio o realizar otro gesto, pronunció un nombre que los detuvo al instante.

— ¿Por qué pronuncias el nombre del Hijo del Oso? —preguntó desafiante uno de los upallis.

El intruso colocó su arco y su cuchillo de pedernal en el suelo, en el mismo sitio donde se hallaba, y luego se puso en pie lentamente y se alejó unos pasos señalando con ambas manos hacia la presa exánime.

Los upallis se echaron a reír; pero el hombre no se desalentó ni se perturbó en lo más mínimo. Tampoco lo hizo cuando los cinco hombres lo rodearon de cerca y le ataron las manos con una cuerda. Su único objetivo parecía ser dejarse atrapar y conducir sin ofrecer resistencia; pero sin dejar de pronunciar el nombre del Hijo del Oso.

Mientras esto sucedía en medio del bosquecillo, en el claro y junto a la hoguera Athar atravesaba por los momentos más amargos de su existencia. Estaba tendido en el suelo cuando los cinco cazadores y el intruso, ahora prisionero de los upallis, se acercaron a él y comenzaron a reanimarlo con fuertes golpes en la espalda para que se pusiese en pie.

CAPÍTULO 11: DECISIONES DIFÍCILES

Había sido un día muy atareado como era usual al comienzo de la primavera y la mayoría de los upallis se habían retirado temprano al interior de la caverna, a excepción de tres o cuatro mujeres que permanecían obstinadamente junto al río tratando de capturar algunos moluscos y camarones pardos que nadaban entre las aguas más apacibles de los pedregales. Se hallaban tan entretenidas en su tarea, entre risas y gritos de satisfacción, que no vieron los ligeros reflejos de luz rosácea que se proyectaron contra los primeros árboles junto al sendero del río.

El sol comenzaba a declinar sobre los altos del farallón y una ligera brisa comenzaba a batir desde el occidente. Las mujeres, tal vez cansadas de retozar, reunieron el producto de su labor en un pozuelo de barro y salieron a caminar en dirección a la boca de la caverna. En este sentido debían dar un pequeño rodeo para evitar los pedregales que se interponían en su camino y fue entonces cuando un objeto situado a pocos pasos les llamó la atención.

Dos de ellas se acercaron cautelosamente para observar con sorpresa y reconocer al instante que se trataba de uno de los miembros del clan. El cazador estaba tendido en el suelo engarrotado en posición fetal como para protegerse del frío. Su ligera indumentaria de pieles no era la habitual para la estación invernal o el comienzo de la primavera, por lo que se detuvieron dudosas.

Intercambiaron algunas palabras y una de ellas corrió entonces hacia la caverna. Iba dando voces que despertaron la alarma en los cazadores posicionados en las alturas del farallón.

Otra de las mujeres se había acercado al cuerpo inerte y lo tocaba con una vara.

Al no comprobar ninguna reacción lo pinchó con fuerza entre los hombros desnudos y saltó hacia atrás sorprendida, cuando escuchó un quejido. Estaba vivo, pero no debía tocarlo. Era prohibido entre los upallis tocar un cadáver abandonado o el cuerpo de un enfermo sin la debida preparación conferida por ciertos ritos que convertían al manipulador o tocador en una persona protegida contra los espíritus malignos de la muerte o la enfermedad.

Se alejaron a varios pasos hasta que apareció gente desde la caverna. Al frente del grupo venían Ghawr, el viejo Rhaan y la

curandera del clan.

El Hijo del Oso, sin ninguna ceremonia o cuidado, volteó el cuerpo boca arriba y observó su rostro. Aunque aparecía pintado con trazos verdes y rosados que le cubrían la frente, los cachetes y el cuello, en un instante pudo reconocer al cazador desaparecido en las colinas de basalto durante el otoño.

Rhaan y la curandera se agacharon y esta última lo cubrió con una piel de gamo. Ante aquel gesto, los otros miembros presentes en la ceremonia formaron círculo e inclinaron sus bustos. Ghawr acercó su rostro al rostro del cazador y sopló su aliento, luego lo cargaron entre todos y lo condujeron al interior cálido de la caverna.

Las manchas dejadas en el suelo por aquella sustancia de colores con las que aparecía pintado el rostro, habían despertado dudas y sospechas en el Hijo del Oso y después de dejar el cuerpo a buen cuidado en manos de la curandera, llamó a Rhaan y ambos salieron al exterior, al sitio de donde habían recogido al hombre.

Las manchas verdes y rosadas permanecían en el suelo.

—Algo así fue lo que sucedió con Amisha el día que la encontré en las colinas; y también con la mujer del clan de la gacela. Todos aparecen dormidos en los alrededores del campamento, y con éstas extrañas manchas de colores.

El viejo Rhaan había quedado pensativo hurgando con su bastón sobre la tierra húmeda.

—No es ninguna enfermedad —dijo entonces.

— ¡No lo es! —aseveró Ghawr—. Más bien, creo que está relacionado con la vieja historia de La Tierra Prometida. Yo, Ghawr, el Hijo del Oso, te declaro en éste mismo sitio que nuestro pueblo ha llegado al lugar sagrado de nuestros antepasados. Seguro estoy de ello.

— ¿Lo declaramos al clan?

—Creo que todavía no es el momento. Quiero estar seguro de que habrá seguridad para todos al instante de declarar una verdad tan importante como esta que acabo de pronunciar.

— ¿Quieres decir...? —dijo Rhaan observando hacia el farallón—, que permaneceremos en este campamento.

—Si en verdad estamos convencidos de que éste es el lugar sagrado, debemos permanecer aquí por el resto de nuestros días, y nuestros hijos, y los hijos de nuestros hijos hasta el fin de los tiempos.

La hoguera que permanecía encendida al borde del farallón elevó sus llamas en aquel momento, y eso era para Ghawr y el viejo una señal de advertencia. Los vigías acababan de divisar algún movimiento inusual por los alrededores del campamento. En estos casos la alarma podría provenir tanto de la planicie al otro lado del río, como de la zona limítrofe en lo alto del farallón o de las tierras boscosas hacia el occidente.

Un hombre apareció en lo alto y dirigiéndose a Ghawr y al viejo, voceó con todas las fuerzas de sus pulmones.

La alegría apareció en sus rostros. Era la noticia de que los hombres que habían salido de caza se aproximaban al campamento. Ghawr y el viejo chamán fueron a recibirlos al pie de la escalinata.

Entre dos cazadores traían a Athar recostado sobre sus hombros, casi imposibilitado para sostenerse por sus propias fuerzas. Otros dos cargaban al ciervo de enormes astas. Lo habían atado por las patas, dos a dos, y lo traían colgando de una vara, con las astas casi arrastrando por el suelo.

El quinto de los cazadores se había hecho cargo del prisionero que aún permanecía con las manos sujetas a la espalda.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó el Hijo del Oso.

—Lo dejamos solo en el bosquecillo de abedules y cuando regresamos lo encontramos enloquecido. No comprendemos lo que sucedió —dijo uno de los cazadores al pasar a su lado. Luego se dirigieron con el prisionero, la pieza y su guía, al interior de la caverna.

Las primeras horas de la noche estuvieron ocupadas en despojar al ciervo de su piel, preparar hogueras más pequeñas alrededor de las chozas y ponerse a cocer los trozos de carne fresca.

El gran salón se había iluminado de manera ritual para los hijos del Clan del Oso. Se organizaron las danzas en torno a la principal hoguera y cuando ya todos estuvieron agotados y satisfechos, se hizo el silencio en el refugio de los cazadores.

Nadie se había atrevido a comentar acerca de lo sucedido, ni tampoco se atrevían a prever lo que sucedería a la mañana siguiente. Para eso habían sido las danzas y el agotamiento y la ingestión de hidromiel; para dormir en paz y relajación.

Pero a la mañana siguiente la mayoría de los adultos estaba ya de pie para el momento en que el sol despuntaba sobre las montañas lejanas.

Cientos de aves cubrían el firmamento en su raudo vuelo hacia el occidente, en busca de los parajes donde crear sus nidos y dar nacimiento a la nueva generación, cada uno según su especie. Para los upallis también era un día de celebración. Si un niño o niña era nacido aquel día debía ser consagrado al servicio de adoración, y a los siete años iniciado como el chamán sustituto.

Cada cual en el clan se dirigió temprano a realizar sus funciones. Se acababan de reanudar las labores de edificación en la parte alta del campamento y dos escuadrillas de hombres se dedicaban a transportar piedras desde las orillas del río y la planicie alta con destino al cerco que se construía allí y que debía encerrar el perímetro del farallón. Como la nieve se había derretido por completo y la escalinata estaba

terminada y limpia era más fácil hacer subir los materiales provenientes del bosque o de las orillas del río.

La orilla izquierda era de particular importancia por el basto recodo que formaba el río donde se habían acumulado las piedras arrastradas por la corriente durante las crecidas. De allí se tomaban, se llevaban en grandes cestas o sobre literas de varas hasta la parte baja del precipicio donde se elevaban usando cuerdas o se llevaban a cuesta por la escalinata hasta los sitios de edificación.

Al comienzo se edificaba el muro a base de rocas y cantos, pero cuando se descubrió una ondulación del terreno en la parte baja del recodo donde abundaba el barro, comenzó a utilizarse este para fabricar ladrillos. Luego se extraía la arcilla de las orillas del río y se utilizaba para unir las piedras y ladrillos y formar las sucesivas hiladas, tanto en los edificios como en el muro.

Cuatro hombres jóvenes habían sido destinados a la exclusiva labor de cortar árboles en el bosque. Era una de las tareas que requerían de mayor fortaleza física y entrenamiento. Usando las mejores hojas de sílice habían construido hachas. Muchas veces necesitaban de todo un día para derribar un árbol, limpiar y cortar sus ramas y conducirlo hasta el lugar donde debía ser empleado en la construcción.

Los trabajos avanzaban con lentitud; pero en el campamento todo parecía una colmena laboriosa. No existía en aquel momento un solo miembro que no estuviese realizando su función impulsados por el pensamiento de que el futuro del pueblo dependía de la seguridad del campamento.

Después del mediodía el cielo se nubló y una brisa helada comenzó a soplar desde las colinas. Aquella fue la ocasión propicia para detener las labores del día y retirarse todos al interior de la caverna.

Ghawr se había apartado al rincón más oscuro del gran salón y permanecía cabizbajo y pensativo sentado sobre un saliente de roca en el momento en que Amisha se le acercó.

□Debe haber una solución para no expulsarlo del campamento □dijo la mujer poniendo sus manos sobre los corpulentos hombros del Hijo del Oso.

□Tal vez tú no puedes comprenderlo muy bien □dijo volteando su rostro hacia la luz que una hoguera proyectaba contra las paredes de la oquedad□. Desde que existen los upallis, ha existido entre nosotros la costumbre de escuchar y obedecer la voz de la mayoría. Yo no soy nadie para cambiar ni el más mínimo detalle de una voluntad que está muy por encima de nosotros. Yo soy solamente el intérprete del Gran Espíritu, y es a través de mi voz que su voluntad se hace audible ante los miembros del clan, y no puedo más que aceptar lo que el gran espíritu nos ordena.

□ ¿Cómo sabes que esta vez las cosas no han cambiado? □dijo

Amisha—. El Gran Espíritu no se ha revelado a ti desde hace muchas lunas.

— ¡Lo tengo aquí! ¡En mi cabeza! Sus ordenanzas están siempre aquí. El pueblo es el que decide por mayoría y no debo faltar a el. La desobediencia de Athar ha sido una de las mayores ofensas contra la costumbre de los upallis y no me encuentro en la condición de evitar el castigo.

— ¿Cuál podría ser aquél? —preguntó Amisha.

—La expulsión del Clan, ya lo sabes. Sería una grave falta la mía haber expulsado a los hermanos Tima y Akton y ahora actuar como protector en una falta tan grave como la de ellos, teniendo en cuenta que ambas conductas ponen en peligro la existencia misma de nuestro pueblo.

—Pero al menos te podrías negar a tomar una decisión y dejar que sea el pueblo el que decida.

Ghawr permaneció cabizbajo ante la sugerencia de la mujer y aunque conocía que abstenerse era una de las opciones que poseía como jefe de clan y como chamán, no había pensado en ello; pero ahora que la mujer se lo recordaba y pensándolo mejor podría ser esa su salida personal del asunto y en caso de que el pueblo se decidiera por un castigo más grave, entonces le quedaba el recurso de votar por la expulsión para evitar la muerte del jefe de los cazadores.

—Otra vez has hablado con sabiduría —dijo poniéndose en pie y acercando su nariz a los cabellos sueltos de la mujer. Los olfateo profundamente y luego la tomó de las manos.

El concejo de los upallis había sido convocado para aquella hora y como uno solo comenzaron a reunirse todos alrededor del fuego sagrado en medio del gran salón. Cuando un miembro del clan cometía una falta grave no era cuestión de esperar. El castigo debía llegar sin demora y con el rigor que exigían las ancestrales costumbres.

No obstante el pesar que lo había mantenido cabizbajo y pensativo durante la mañana, Ghawr se encaminó decidido hacia el centro de la congregación. Él era el que primero debía decidir qué hacer. Sin ninguna ceremonia se introdujo en el asunto de forma inmediata.

—El jefe de los cazadores ha cometido una grave falta. En el momento que más necesitamos todos de su sacrificio, valor y prontitud, ha fallado, dejándose embriagar por las plantas que están permitidas por el gran espíritu sólo para aquellos que están iniciados en el camino del gran chamán. Otra vez estamos en peligro de recibir un terrible castigo por la falta cometida por uno de los nuestros, por uno de los hijos más preciados de nuestro clan. Yo soy Ghawr, Hijo del Oso. Yo soy Ghawr, chamán de lo upallis, y yo me niego a tomar una decisión y dejo que el pueblo decida primero.

El viejo Rhaan, situado ante él en primera fila, se llevó las manos a la cabeza en gesto de asombro. Nunca hubiera imaginado una decisión como aquella, mucho menos por parte del Hijo del Oso. Perdonar a un hombre después de haber cometido una falta como aquella era una equivocación que podría traer en el futuro nuevas desobediencias por parte de los más jóvenes y lo que es peor, la ira de los espíritus de la naturaleza.

El Hijo del Oso se estaba dejando influenciar por aquella mujer extraña. De eso no le cabía la menor duda. Para Rhaan continuaría siendo una extraña que había llegado para cambiarlo todo y él no se perdonaría a sí mismo lo débil que había sido cuando siendo todavía el jefe del clan y chamán, permitió que Ghawr la dejara vivir en el campamento.

Por un momento se mantuvo resoplando atenazado por la inconformidad; pero pronto sintió una opresión en el pecho y comenzó a faltar el aire en sus pulmones. Debía calmarse si no quería perecer en aquel mismo instante; debía resignarse al inevitable cambio de los tiempos y observar pasivamente como la gente joven resolvía sus asuntos, aunque luego les costara la vida.

Cuando consiguió calmar su respiración se dio cuenta que aún todo no estaba perdido para su causa. Como anciano y miembro del concejo tenía el derecho de tomar la palabra y protestar por aquella decisión que había tomado el Hijo del Oso de negarse a castigar al peligroso infractor. Con su palabra y con su voto tal vez podía conseguir el apoyo de los demás. En última instancia el pueblo era el que decidía.

Después de una larga serie de murmuraciones y del silbido de un hueso de jabalí que pasó volando por encima de la congregación y se estrelló contra la pared, el viejo Rhaan se puso en pie trabajosamente y se mantuvo así sosteniéndose con su bastón hasta que el propio Ghawr ordenó hacer silencio.

—No será necesario que te mantengas de pie para conversar —dijo Ghawr.

El viejo aceptó el ofrecimiento y dejó lentamente que su cuerpo descansara sobre la roca. Pero enseguida habló:

— ¡Muerte! Mucho más en estos tiempos, cuando estamos amenazados por las hormigas gigantes y por los devoradores de carne. Tomar plantas sagradas para uso propio, por un miembro no iniciado, debe ser castigado con la muerte. Usar las plantas es también una ofensa hacia el gran espíritu; y todos sabemos lo difícil que puede ser liberarse de su ira. Este es mi voto y espero que la mayoría esté de acuerdo conmigo.

—Es verdad que los tiempos se han hecho difíciles para los upallis —dijo Ghawr casi sin proponérselo—; pero eso es también una razón

para perdonar la vida del mejor arquero del clan. Gracias a él y al favor del Gran Espíritu, pudimos recuperar a la adoradora del fuego. Si condenamos a nuestro mejor arquero, lo más seguro es que nos estemos condenando a nosotros mismos.

Aquella última frase resultó explosiva a los oídos del viejo Rhaan; pero se había comprometido consigo mismo a mantenerse en calma y dejar después de todo que fuesen otros los que tomasen las decisiones. Las palabras de Ghawr habían resultado extrañas también para la mayoría; pero esta vez no hubo murmullo que lo demostrara. En fin de cuentas, el Hijo del Oso tenía un poco la razón. La ofensa cometida por Athar ya no parecía tan peligrosa como en los viejos tiempos, cuando Rhaan era el joven y poderoso guía del Clan del Oso. Al menos no parecía tan peligrosa como el secuestro de mujeres pertenecientes a otras tribus, lo que había llevado al destierro de los hermanos Tima y Akton, sucesos que aún permanecían frescos en el recuerdo de los upallis.

El silencio del pueblo indicaba con frecuencia que las opiniones estaban divididas a la mitad; lo que era una demostración de que el prestigio y ante todo el miedo que inspiraba el viejo chamán aún no habían desaparecido. Algunos comentaban haberlo visto la noche pasada mientras dormía, como su espíritu se separaba del cuerpo y flotaba junto al techo de la caverna y luego salía y desaparecía entre los árboles del bosque.

Aquella visión resultaba demasiado intimidante. Por otra parte, Ghawr era el nuevo líder y sus poderes espirituales iban en crecimiento continuo así como su sagacidad y valor para enfrentar los nuevos retos de la existencia mundana. En caso de que la decisión de Ghawr estuviese errada, contaban con él mismo para que los sacara de cualquier apuro. Así pensaban los que lo apoyaban; pero finalmente el voto fue para la opinión del viejo chamán, con solo dos cabezas por encima de la mitad.

Los Gerdas y los pobladores del valle, tal vez por su condición de extranjeros, condición que no había desaparecido del todo en el seno de la nueva comunidad, y por la misma razón su poca familiaridad con las ancestrales costumbres de los upallis, habían votado a favor de Ghawr; a favor del jefe que los había liberado de la muerte, el desamparo y la vida errática.

El Hijo del Oso no dio ninguna señal de descontento con la decisión. Athar debía abandonar la tribu aquella misma tarde. Había sido desterrado. A partir de aquel momento su suerte dependía del azar, de su propio valor y de la voluntad favorable o contraria de los espíritus de la naturaleza para con él.

Cuando la decisión del concejo fue pronunciada, los hombres y mujeres que se encontraban situados junto al condenado se separaron

de él inmediatamente, retrocediendo y casi atropellándose entre ellos, mientras sus rostros se contraían con muecas y se retorcían en un sinnúmero de gesticulaciones.

En un instante Athar había quedado a solas en medio de la enorme habitación, mucho más enorme ahora por cuanto representaba el antro de la soledad, habitado sólo por él, los espíritus del mal y el fuego sagrado de la purificación.

Al principio sintió como el mundo se derrumbaba sobre su cuerpo inerme, como la angustia desbordaba su alma desamparada y subía hasta su garganta donde un nudo enorme no la dejaba escapar, ni siquiera en un grito de rebeldía.

Se mantuvo arrodillado y en completa quietud hasta que una sombra se deslizó silenciosa por el frontispicio que servía como entrada del gran salón desde uno de los túneles laterales. Mirándola de reojo mientras avanzaba hacia él, pudo adivinar en sus delicados perfiles y gráciles movimientos, que se trataba de una mujer, y no era una anciana; sino una delicada gacela.

Ya situada al frente pudo reconocer a la adoradora del fuego.

—No mueras de espanto, hijo de los upallis —susurró la joven a sus oídos—. Tu fin no ha llegado aún; pero deberás de morir antes de volver a nosotros.

—Sólo quiero saber una cosa —dijo Athar levantando la cabeza para observar el hermoso rostro de la mujer— ¿Lo qué me ha sucedido es obra natural o es a causa de alguna magia?

—Si tienes el valor de morir al mundo corrupto de la materia y salir adelante en contra de los influjos de los espíritus del mal, entonces hallarás tú mismo la respuesta. Tú y solamente tú puedes atravesar las tinieblas y encontrar la luz.

Lati hizo silencio y le dio la espalda para situarse de frente al fuego. Colocó en el suelo el cesto de mimbre que traía consigo y levantó los brazos en señal de invocación. Mientras esto hacía, sus ojos permanecían cerrados y su cabeza erguida.

Un susurro de voces extrañas e ininteligibles llegó hasta ellos y su eco resonó en las paredes de la caverna. Entonces se arrodilló. En el interior del cesto había varios pozuelos con diferentes contenidos. Primero metió sus dedos y tomó una porción de polvo amarillento que lanzó esparciéndolo sobre las llamas. De inmediato éstas se transformaron en lenguas y chispeantes rayos de color azul intenso que disiparon por un instante las sombras. El clamor de voces se hizo mucho más intenso y semejante al sufrimiento humano causado por un gran tormento.

Athar había echado hacia atrás su rostro sorprendido por el fulgor de la hoguera. Lati se volvió hacia él, tomó una pequeña bolsa de cuero de su cesta de mimbre y se la entregó en las manos.

—Esto es para ti —dijo entonces mirándolo a los ojos—. Hacia el este existen unas montañas, a muchos días de camino, que vomitan fuego desde sus entrañas. Debes llegar hasta lo alto de la cumbre y derramar el contenido de la bolsa al fuego ¡Recuerda que ningún mal perdura! Cuando hayas conseguido tal cosa, entonces podrás regresar al refugio. Recoge lo tuyo y marcha ahora, antes que caiga la noche, antes que los espíritus de las tinieblas descubran tu presencia impura entre los upallis.

Aún se sentía sofocado por la angustia y esperaba al menos que la adoradora del fuego diera alguna muestra de compasión ante su desdicha, ante su temor de perecer en la soledad desgarradora del mundo externo, al cual había sido echado. Al observar por segunda vez el rostro de la mujer, comprendió la realidad y se puso en pie, acosado por el remordimiento del daño que causaría a su pueblo si no marchaba en aquel instante.

Salió en busca de sus armas y cuando llegó junto a ellas descubrió un bolso grande de cuero recién curtido repleto de provisiones y junto a éste, la enorme hacha de metal que solía portar Ghawr. Su espíritu se llenó de regocijo ante el feliz hallazgo y comprendió mejor que nunca que el Hijo del Oso no lo abandonaba, a pesar del castigo que al principio le parecía inmerecido. Tomó el arco y un carcaj repleto de sus mejores flechas, se ató el bolso a los hombros, el hacha a la cintura, y luego de recoger la lanza se apresuró hacia la boca de la caverna.

En su trayecto hasta el bosque no encontró a nadie en su camino y ni siquiera pudo ver a los centinelas en lo alto del farallón. Se alejó a través del bosque de abedules perseguido de cerca por la nostalgia y por las primeras sombras del atardecer.

Aquella tarde después de la reunión y tras la partida de Athar, los habitantes del refugio no parecían ser los mismos de un rato antes. Los que habían estado en contra del destierro lamentaban el suceso como una gran desgracia para todo el clan. Los que habían estado a favor, preferían mantener silencio ante la repugnancia y tristeza de sus compañeros.

Ghawr había visto partir al cazador oculto tras los primeros muros en lo alto del farallón. Luego bajó a la caverna y se metió en su choza. En aquel momento no deseaba ver a nadie, y mucho menos hablar, a menos que se tratase de su propia voz interna y para colmo de su desdicha esta era la única que le recriminaba y culpaba por lo ocurrido.

Se tendió sobre las pieles y cerró los ojos. Poco después se quedó dormido.

En el exterior cayó la noche y el aullido cercano de una manada de lobos mantuvo inquietos a los perros durante largo rato. En

situaciones como estas es necesario reforzar la vigilancia a la entrada de la caverna y el número de vigías en lo alto del farallón; pero nadie se atrevía a llegar junto a la choza donde dormía profundamente el Hijo del Oso. Después de murmullos y deliberaciones, decidieron que fuese la propia Amisha la que se le acercara.

Ella tocó a Ghawr por los hombros; pero no logró despertarlo. Lo volvió a tocar y luego lo zarandeó con el mismo resultado. Su respiración era agitada y sus ojos se movían desordenadamente bajo los párpados.

— ¡Ghawr! —gritó la mujer zarandeándolo esta vez con más fuerza.

— ¿Qué sucede? —dijo despertando en sobresalto. Se sentó sobre las pieles y quedó observando a su alrededor con mirada extraviada.

—Los perros del campamento han estado agitados desde que cayó la noche. Los vigías del farallón piensan que alguna bestia grande puede andar merodeando por los alrededores. La gente no puede dormir de miedo y quieren que les digas lo que se puede hacer.

—Que duerman tranquilos. Se trata de Athar y una manada de lobos que lo estuvo siguiendo a través del bosque; pero ya está a salvo sobre unas rocas y al calor de su propia lumbre.

Amisha quedó desconcertada ante aquella respuesta; pero sin agregar una palabra salió de la choza e hizo que se esparciera la respuesta del Hijo del Oso por todo el campamento, luego sin dejar de estar preocupada por lo que pudiera acontecer durante la noche, ella misma se retiró junto a él, se arropó bajo las mismas pieles y quedó dormida.

El siguiente día comenzó con una mañana espléndida. Lo primero fue saber que Athar había sobrevivido la primera noche después de haber sido perseguido por las fieras a través del bosque. Ghawr mismo se lo informó al campamento, reunidos en la explanada frente a la caverna. La mayoría se retiró luego a sus labores cotidianas; pero los principales del concejo permanecieron al aire libre frente a la única choza que aún se mantenía en pie después del crudo invierno y del traslado de las viviendas al interior.

Dos cazadores trajeron al prisionero yatri para ser interrogado. El lugar de celebración del acto indicaba por sí mismo que no se trataba en ningún modo de juzgar al hombre y mucho menos de condenarlo, ya que según las costumbres de la tribu era sabido por todos que este último tipo de reuniones se celebraban en el interior y ante la presencia de la mayoría.

A pesar de que era una celebración menor no dejaba de revestir importancia para el futuro y seguridad del clan en primer lugar porque se trataba de alguien desconocido y en segundo porque había sido capturado en un territorio que la propia tribu de los upallis consideraba como su terreno de caza. Lo que había salvado al

prisionero desde un principio, fue su buena voluntad para ceder inmediatamente el hermoso gamo a los cazadores upallis y haberse dejado conducir hasta el campamento; de lo contrario habría muerto en el mismo sitio de su captura.

Algo que también lo había favorecido era que el Clan del Oso había incrementado su número con la llegado de los refugiados del valle a cuya lengua y costumbres pertenecía el prisionero.

Todo el concejo se había enterado ya de que este había sido posiblemente el único varón adulto sobreviviente de la masacre llevada a cabo por los hombres devoradores de carne humana y de la cual el propio Ghawr y otros de los cazadores habían tenido conocimiento directo durante la expedición en rescate de la adoradora del fuego.

Aún tenía las manos fuertemente atadas a la espalda cuando llegó frente a la choza. Su rostro denotaba seguridad y confianza, como si supiese de antemano que nada malo le podría suceder ante el concejo de un clan que se mostraba tan benévolo ante los infractores y tan acogedor para los extranjeros, un clan que en realidad había dejado ya de serlo para convertirse en un pueblo independiente formado por la mezcla y reproducción entre individuos de orígenes tan diferentes.

El yatri permanecía seguro rodeado por sus captores y observado por los tejedores y talladores que de vez en cuando interrumpían sus labores para lanzarle una mirada curiosa desde la distancia.

Una mujer de la tribu yatri estaba parada junto a Ghawr para servirle de intérprete con el prisionero.

— ¿Cómo pudiste sobrevivir a la masacre que se llevó a cabo contra tu pueblo? —preguntó el Hijo del Oso.

—Yo estaba fuera de la aldea cuando eso sucedió. Cuando regresé sólo encontré cadáveres y supuse que los demás habían escapado.

Ghawr escuchó y meditó por un instante en las palabras del desconocido. Luego se volvió a la mujer para preguntar:

— ¡Tú qué dices conocerlo! ¿Qué hacia el hombre fuera de la aldea cuando fueron atacados por los devoradores de carne humana?

—Gran Hijo del Oso. Este hombre es cazador de mi pueblo; pero había sido condenado por nuestras costumbres a no cazar con el resto del grupo, ni a tomar mujer entre nuestras mujeres. Así, se encontraba solo en la pradera cuando fuimos atacados por los hombres bestia.

— ¿Cómo pudiste llegar hasta las cercanías de nuestro campamento?

La mujer se dirigió al prisionero y tradujo sus palabras:

—No es difícil para un cazador yatri seguir el rastro de su propia gente. La goma que acostumbramos mascar y el olor que deja esta por donde andamos, hacen más fácil la tarea. Además, pude descubrir los restos de la batalla contra las hormigas gigantes y eso me sugirió que habían continuado por las cercanías del río.

— ¿Para qué has venido hasta nosotros? —preguntó el viejo Rhaan, cuyo rostro atento mostraba cierta sospecha hacia el prisionero.

La respuesta de este no se hizo esperar:

—Aquí están los únicos de mi pueblo que han logrado sobrevivir. Ellos son mis únicos parientes, y por eso he venido tras ellos hasta encontrarlos.

Los ancianos del concejo habían escuchado el corto diálogo y parecían satisfechos. Cierta tensión en los ánimos había comenzado a disiparse cuando Ghawr preguntó:

— ¿Qué debemos hacer? Yo no encuentro en él ninguna ofensa. ¿Lo dejamos libre entre nosotros o hacemos que se aleje para siempre?

De las dos propuestas del Hijo del Oso la mayoría de los ancianos favoreció la primera. El cazador podía quedarse en el campamento como un miembros más sometido a todos los deberes y obligaciones.

Después de terminada la reunión Ghawr llamó a Rhaan y a la mujer yatri y se alejó con ellos hasta la orilla del río.

— ¿Qué pasa? —preguntó Rhaan.

— ¿Qué pasa? —preguntó Ghawr—. ¿Por qué te abstuviste en la decisión?

El anciano se quedó contemplando al cielo como ilusionado por un repentino espejismo frente a su rostro y antes de responder golpeó las piedras con su bastón:

—Hay algo que no veo muy claro acerca del prisionero.

— ¿Puedes decirme de qué se trata?

—Es solamente una sospecha; ciertas dudas imprecisas, vagas y difusas que no encuentro como explicar. Como esas nubes allá en lo alto, de las cuales nunca podemos estar seguros si vienen con agua, granizo o nieve, o si se moverán al este o hacia el oeste. Ahora dime tú, gran Hijo del Oso ¿para qué nos llamaste a un lado?

—Yo también tengo una duda; pero mucho más precisa —dijo Ghawr, y entonces dirigiéndose a la mujer dijo así:

— ¿Por qué tu pueblo le prohibió al cazador cazar con el grupo y tomar mujer entre las mujeres yatris?

—No es difícil de responder, gran Hijo del Oso. Nautima fue inclinado desde pequeño por un mal espíritu que lo hace desear el contacto íntimo con otros hombres de la tribu. Una especie de mal inexplicable para nuestros tiempos; pero tal vez el comienzo de una gran aberración.

Ghawr y el viejo se quedaron boquiabiertos observando a la mujer.

— ¿De qué se trata? —preguntó el primero.

—Le gusta que le hagan lo que algunos hombres le hacen a las mujeres.

—Ya me imaginaba yo algo abominable —exclamó el viejo saltando sobre una pierna—. Rhaan nunca se equivoca.

—Eso está mal —dijo Ghawr—; pero no creo que sea para tanto. Además, acaba de comenzar una nueva vida entre nosotros y deberá aprender cómo comportarse.

—Merece que lo aniquilemos… —dijo el viejo y se alejó cojeando.

En aquel preciso momento se acercó Nautima que había estado entretenido disfrutando de la compañía de algunas mujeres de su antigua tribu que ahora lo recibían con alegría, y todo eso a pesar de los comentarios que sobre él habían comenzado a rondar por el campamento, precisamente en boca de sus antiguos tribales.

—Agradezco al Hijo del Oso lo que ha hecho por mí.

—Eres bueno con el arco —afirmó Ghawr.

—Seguro que lo soy. Fui el mejor entre los yatris. Tal vez si yo hubiera estado presente no hubiese ocurrido el exterminio de mi pueblo en manos de los hombres bestia. He venido para hablar de esto.

— ¿Quiere hablar de los hombres bestia?

—Así es —dijo la mujer, mostrando confianza en que su traducción al upalli era perfecta.

—Que diga todo lo que sepa sobre ellos —ordenó Ghawr. Se sentó sobre una piedra y escuchó sin comprender ni una sola palabra de aquella conversación. Por momentos observaba el rostro de la mujer y notaba en ella una terrible preocupación, principalmente cuando la voz del cazador subía de tono influido por la descripción de escenas guerreras o rituales, de largas travesías o de orgías ancestrales. Cuando al fin calló, la mujer bajó la cabeza y se zambulló en el agua.

— ¡Dime qué sucede! —dijo entonces el Hijo del Oso.

—Son cosas horribles las que se cuentan. Los hombres bestia habitan por millares hacia las tierras lejanas del oeste. Son tan numerosos como las estrellas en el cielo; y una raza tan antigua como la nuestra; pero se cuenta que un espíritu maligno ha echado sobre ellos una maldición que los condena a desaparecer.

— ¿Cómo sucede?

Sus hembras ya no pueden dar a luz a otras hembras y solo pueden tener hijos varones. Pronto llegará el momento en que la raza de los hombres bestia desaparecerá de la tierra agotada por su fallida fertilidad.

Impulsados por su tragedia, ahora avanzan con renovada ferocidad hacia las tierras del oriente tomándonos a las mujeres jóvenes y fecundas para sus propios actos de reproducción, mientras masacran y devoran al resto y a todos los varones de nuestra raza.

—Es increíble lo que acabas de decir, y pienso que eso fue lo que sucedió con tu pueblo —dijo Ghawr poniéndose en pie. Mientras él observaba a su alrededor, preocupado y temeroso a un tiempo, la mujer yatri se había llevado las manos al estómago y sin poder

contener comenzó a vomitar sobre las piedras.

CAPÍTULO 12: SEGUNDA EXPEDICIÓN AL VALLE DE LOS YATRIS

Las revelaciones del cazador Nautima habían tenido gran influencia sobre la actitud de los miembros del Clan del Oso ante las cambiantes situaciones de su existencia.

Ghawr comprendió que era necesario buscar información acerca de los peligros más inminentes que se podrían cerner sobre las tierras habitadas por los upallis y para esto decidió irse de expedición nuevamente hacia el valle bajo, por la misma ruta que habían seguido durante el rescate de la adoradora del fuego; pero esta vez su objetivo era diferente. Consistía en descubrir la presencia de los hombres bestia.

Como la vez anterior, eligió a tres de los más veloces y resistentes en la carrera, ya que no deseaba ausentarse por mucho tiempo del campamente y además, se acercaba la primavera y ansiaba estar de vuelta para el momento de la preparación y siembra de los campos. En estos trajines lamentó la ausencia de su mejor compañero, el arquero Athar.

Salieron al amanecer en un día cálido y despejado. Como ya conocían la ruta y la marcha fue favorecida por el buen tiempo, al atardecer avistaron la colina negra donde habían tenido que defenderse del ataque de las hormigas y esta vez, sin la angustia que lo perturbara en la expedición anterior, Ghawr pudo apreciar la belleza y abundancia en aquella parte del valle. Durante el resto del día se mantuvieron junto al río y contemplaron los efectos que había dejado aquella inundación en la que habían perecido algunos de sus compañeros.

Armaron una enorme fogata sobre el banco derecho que se había convertido en un inmenso arenal y se disponían a dormir cuando sintieron la asechanza de multitud de sombras y ojos brillantes procedentes de las tinieblas.

La inquietud les quitó el sueño y en vez de dormir se pusieron a vigilar con las armas listas para repeler cualquier ataque. Poco después se dieron cuenta de que aquello que los preocupaba eran grandes manadas de herbívoros que pastaban en la oscuridad y que habían sido atraídos por el fuego. Más tranquilos ante este descubrimiento, uno de los hombres montó guardia y el resto se fue a

dormir.

Al amanecer los animales se habían retirado a lo lejos y la fresca brisa mecía los pastos. Ghawr se adelantó para apreciar de cerca las desconocidas espigas que reverberaban como enormes olas. Eran hierbas muy diferentes a las que habían visto antes de la inundación. Estas pasaban más allá de su cintura, sus tallos eran erectos y huecos por su interior a excepción de los nudos de donde nacían las hojas. Las espigas eran de aspecto plumoso. El Hijo del Oso no había visto nunca una hierba como aquellas y quedó tan intrigado que arrancó unos manojos de lo que parecía ser el fruto y los depositó en su morral de cuero.

Después de comer en abundancia partieron nuevamente siguiendo el curso descendente de la corriente y a media mañana cruzaron por el vado hacia la orilla derecha. Querían llegar al poblado yatri sin tener necesidad de dar un largo rodeo en torno a la laguna, como habían hecho la primera vez en persecución de los hombres bestia. Por este nuevo sendero estaban seguros que se ahorrarían bastante tiempo y esfuerzo y además, era la ocasión apropiada para explorar las cercanías de la ribera que por este lado se iba elevando, hasta que la corriente del río desapareció ante la mirada de los upallis. No obstante, poseían la seguridad que allí estaba, como una guía fiel que los conducía de forma inexorable hacia su objetivo.

***

Cuando el sol comenzó a caer sobre el horizonte tornaron hacia la izquierda en busca de la ribera. Con la precisión que otorga el instinto milenario y la dura vida cotidiana llegaron al lugar exacto frente a la laguna, pero esta vez la podían apreciar desde la altura de un acantilado.

Embelesados por la belleza y vastedad de la comarca, decidieron acampar allí, ante el panorama del valle en toda su extensión.

En su caminata por la sabana no se habían olvidado de acarrear suficiente leña para la fogata; pero luego pudieron comprobar que el acantilado era rico en materia combustible ligera formada por una espesa vegetación de líquenes que había crecido sobre y en el entorno de un espacio rocoso rico en excremento de aves.

En algunos tramos el acantilado se hallaba surcado por profundas zanjas cavadas en la roca por el escurrimiento de las aguas pluviosas en dirección al río. Esto parecía al principio una dificultad del terreno para acercarse a la orilla; pero aprovechando la oportunidad favorable, e incitado por la presencia de abundantes plumíferos en los alrededores, uno de los cazadores bajó por uno de estos pasadizos naturales y regresó un rato después junto a la fogata con su morral

cargado de huevos frescos. Aquello era una ocasión especial para los upallis, quienes rara vez podían conseguir un botín alimenticio de este tipo en las cercanías de su campamento.

Esparcieron un poco las cenizas calientes y depositaron los huevos sobre ellas hasta que se cocinaron a fuego lento dentro del cascarón.

Pronto se hizo de noche y los upallis se tendieron a descansar aliviados sus oídos de los constantes graznidos de las aves diurnas, los cuales fueron sustituidos por el canto más soportable de los grillos y cigarras desde las márgenes de la laguna.

El cazador de guardia se había sentado cerca del precipicio a unos siete pasos de la hoguera junto a la cual descansaban Ghawr y los otros tres. Se hacía difícil para un hombre permanecer alerta cuando todo a su alrededor era oscuridad, y por eso observar a sus compañeros y a la propia hoguera algo alejado del círculo de luz proyectado por aquella era como observar un símbolo permanente de su propia existencia vital, era como observar la vida desde el exterior y a la misma vez participar de ella. En las noches cuando pernoctaban a campo abierto la hoguera era el centro vital, el eje del mundo, con la cual el hombre se alimentaba de coraje, persistencia y decisión.

Sus ojos se cerraban lentamente cuando un chasquido a lo lejos, sobre las apacibles aguas de la laguna, le hizo volver el rostro en aquella dirección. Desde las colinas del norte se había levantado un fulgor como de mil relámpagos que iluminaron la noche por un instante.

El cazador, espantado ante aquella visión corrió por encima de las rocas atravesando la distancia que lo separaba de sus compañeros y tocó al Hijo del Oso por los hombros.

Ghawr abrió los ojos inmediatamente a tiempo todavía para observar el último destello en medio de las tinieblas.

— ¿Qué es?

—No lo sé, solamente vi que se iluminaron las colinas del otro lado del valle; pero pude ver un reflejo sobre la laguna.

—Ven a dormir, yo me quedaré hasta que salga la luna.

Era la segunda vez que los upallis eran testigos de aquellas luces sobre las colinas del valle yatri, y esta vez la curiosidad había comenzado a despertar en el corazón del Hijo del Oso. Para aplacarla se puso a pensar que aquellas luces eran los relámpagos de la tormenta que tal vez se aproximaba al valle viniendo siempre desde el norte, del otro lado de las colinas. Entonces recordó el día en que la balsa fue abatida por la crecida del río; pero su idea de la tormenta para hallar una explicación a las luces no coincidía con el hecho de que en aquella ocasión la tormenta había venido del este, de la fuente madre del Gran Río. Debía haber otra explicación y tratando de encontrarla pasó su tiempo de vigilia sin que otra cosa extraña

sucediera.

Cuando asomó la luna se acercó a la hoguera y despertó a otro de los cazadores, luego se echó a dormir con la cabeza apoyada sobre su morral de cuero.

Al amanecer se retiraron hacia la sabana para apartarse del terreno rocoso junto a la ribera y avanzaron sin interrupción hasta cerca del mediodía cuando avistaron el poblado yatri sobre la orilla opuesta.

Habían llegado al final de su recorrido y los hombres estaban ansiosos por descender y tomar un descanso en cualquiera de las chozas que aún se mantenían en pie; pero Ghawr los detuvo con un gesto. Para él cualquier precaución era de mayor importancia vital que llenar el estómago o tenderse sobre las pieles. Si los hombres bestia habían atacado despiadadamente aquel lugar, era muy posible que su intención final consistiera en ocuparlo como dominio propio. Por estas razones los obligó a mantenerse agazapados detrás de una escarpa rocosa observando el terreno, hasta que pudieron comprobar que nada se movía, a excepción de un chacal que se alejó presuroso cuando los upallis chapotearon en la corriente.

De los antiguos cadáveres sólo habían quedado los huesos blanqueados por las inclemencias del tiempo y no otra huella de seres humanos aparecía por ninguna parte.

Ghawr mandó a los cazadores que entraran a cada choza y recogieran todo lo que pudiera ser útil en la nueva comunidad del Clan del Oso. Mientras tanto, él mismo se dirigió en busca de la otra balsa la cual habían dejado varada en la choza junto al recodo. Todo parecía en orden, excepto que la nieve del crudo invierno había derribado el techo y tuvo que pedir ayuda para levantar las pieles y descubrir la sutil embarcación de juncos.

—Es muy buena —dijo Ghawr, riendo alegremente cuando la sacaron hasta la orilla y consiguieron ponerla a flote. La amarraron a un poste y allí permanecieron observándola como flotaba mecida por el vaivén de la corriente. Para dicha de los upallis se había mantenido intacta.

En un instante habían comenzado a cargar todo lo útil que encontraron en el poblado y a acomodarlo con cuidado sobre la embarcación. Una buena cantidad de flechas, tres arcos en buenas condiciones, hachas y cuchillos de pedernal, cazuelas y otras vasijas y muchas pieles que cubrían los techos de las viviendas. Con el botín recuperado y dispuesto para embarcar se dispusieron a tomar un descanso sin alejarse mucho de la balsa.

Ghawr se recostó al poste donde la habían atado y a pesar de ser un objeto que para él era todavía de dudosa utilidad, se puso a imaginar como sería la vida de aquella gente que la había creado y el destino que la había llevado hasta el poblado. Tal vez sus antiguos dueños era gente como la que Amisha le había contado, habitantes de un país

fabuloso situado más allá de las grandes cimas nevadas del sureste. Gente que habitaba en aldeas tan inmensas que su pobre imaginación de upalli era incapaz de reproducir y cuyos campos de cultivo podían alimentar a una cantidad tan numerosa de personas como las estrellas visibles en el firmamento. Recordó los campos, y en ellos una planta que Amisha le mencionaba con frecuencia. Entonces, su mente fue alumbrada por un minúsculo rayo de luz.

Haló su morral que descansaba junto a sus pies, zafó la tira de cuero que lo mantenía cerrado y observó en su interior. No lo podía creer, allí estaba la planta que Amisha le mencionaba.

Se levantó y se alejó hasta la parte trasera de una cabaña donde los cazadores no lo podían observar. Entonces abrió el morral y lo puso en el suelo y se arrodilló a su lado y observó las espigas doradas con detenimiento. No cabía duda, era la misma planta que ella le describía.

Sólo faltaba una cosa para que su seguridad fuese completa: debía probar su fruto.

Tomó con mucho cuidado un pequeño grano de las espigas y se lo llevó a la boca y lo trituró suavemente con sus incisivos. Su sabor era delicioso, su consistencia pastosa y menuda al tacto, su poder casi mágico para despertar en el Hijo del Oso las más alucinantes fantasías y dar a su espíritu ansias inmensas de sobrevivir y recrear una nueva vida.

CAPÍTULO 13: EL SUEÑO DE AMISHA

Amisha se acarició el vientre. Desde hacía varios días lo había notado; pero quería estar segura antes de comunicárselo a él. Sería el primer hijo de Ghawr y tenía que cuidarse mucho de no desilusionarlo con una falsa noticia. Además, debía preparar ciertas condiciones en el ambiente del clan que fuesen favorables al advenimiento de un niño, más aún cuando se trataba del suyo propio. El hijo de Amisha, la extranjera, la misteriosa, la dotada con el poder del Gran Espíritu a la que despreciaban algunos, acogía con cariño y pasión la mayoría y temían y confiaban todos sus dolores y desdichas.

Ella comprendía en lo más profundo de su ser, que la mezcla de sentimientos que despertaba en los miembros del clan había sido demasiado abigarrada desde el principio, y también comprendía que no debía culparlos, dadas las circunstancias en que según le cuentan apareció a los upallis.

Fue una tarde de primavera en que el cielo se había cubierto de repente con gruesas nubes cargadas de lluvia. Rayos y truenos desgarraban la pesada atmósfera invadiendo de pánico el alma de los temerosos.

Aquel día habían vagado durante mucho tiempo sin beber ni comer, porque no habían tenido ocasión ni siquiera para pensar en ello. Debían alejarse del último campamento donde muchos de sus hermanos habían muerto, masacrados o heridos por las flechas y lanzas de un enemigo casi desconocido que sin mayor aviso se les echaba encima. Con la distancia de por medio y después de haber rechazado un último ataque de sus perseguidores habían conseguido atravesar el bosque. Frente a ellos se abría la sabana de hierbas bajas, y en medio de esta, unos montículos pedregosos de color oscuro. Allí, en aquel lugar distanciado ya de sus enemigos, hallaron amparo contra la tormenta y reposo para sus cuerpos. Nunca habrían imaginado que a partir de allí sus vidas estarían cambiando de manera continua y misteriosa.

Ghawr la encontró cuando él y otros cazadores exploraban la serie de pasadizos que existían entre las rocas. Estaba agazapada como una loba con frío, tendida en el suelo en medio de una habitación subterránea, su cuerpo marcado con curiosas franjas y figuras de color

rosado y verde brillante.

En aquella ocasión ni el propio Hijo del Oso, con todo su coraje, se atrevió a acercársele de inmediato, por la sencilla razón de que no era lo más usual encontrar a una mujer solitaria, en medio de una tormenta y en horas próximas al anochecer. Después de retroceder y de observarla con cautela, se le acercó lentamente. La mujer había movido una pierna y luego volteó su rostro hacia la luz de la antorcha que los upallis mantenían en alto. Era muy hermosa, y fue imposible para Ghawr no atenderla.

Habían encontrado un buen refugio en medio de la pradera. Un lugar para protegerse no sólo de la lluvia, la nieve y el viento y de las fieras, sino también de los enemigos humanos que merodeaban y que eran cada día más numerosos. Escuchar este relato que se conservaba en la memoria de la gente la hacía sentir como un miembro útil del nuevo clan.

—Amisha —escuchó a sus espaldas. Entonces dejó de acariciarse la panza y retomó la aguja hecha de espina con la que remendaba su calzado.

Era la voz suave y cariñosa de la curandera del clan. La misma que la guió con paciencia a través del intrincado bosque de las costumbres de los upallis cuando comenzó entre ellos.

— ¿Qué quieres Nagari?

—Que dejes de preocuparte por eso, hija mía. En cuanto llegue Ghawr, cuéntale lo que sabes. Estoy segura que se sentirá satisfecho.

—Ya lo he pensado —dijo Amisha, y a la palpitante luz de la hoguera se dejó ver su sonrisa. No era igual a la de los upallis. Sus facciones eran más suaves, sus labios más finos y sensuales que los del resto de las mujeres jóvenes de la tribu. Por un momento la anciana la observó y se sintió conmovida. Ella misma había sido madre una vez, y recordaba el tierno placer que se experimenta cuando la panza se dilata y crece hasta reventar en un caudal de vida.

—Recuerda que para él, tener un hijo es algo de gran importancia. Al punto que no se considera un verdadero jefe hasta que llegue ese momento, el cual solamente tú le puedes dar. Hija, esto te lo digo para que tengas confianza. Nada malo puede suceder y Ghawr estará contento; así que puedes dormir tranquila como los demás.

A pesar del sabio consejo de la anciana, la preocupación de que su hombre estuviera lejos del clan la mantuvo insomne durante gran parte de la noche; pero cerca del amanecer se quedó dormida envuelta en las cálidas pieles que cubrían el suelo de la cabaña. Nadie se acercó a molestarla como era costumbre que nadie lo hiciese a esa hora de la mañana y muy pronto todos se habían retirado hacia sus labores en el exterior. La gran habitación quedó vacía y silenciosa por un momento, hasta que una sombra atravesó de prisa y se escabulló contra la pared

del fondo, para luego desaparecer junto a la estrecha abertura que daba acceso a la habitación sagrada.

¿Quién podría ser el humano o bestia que en semejante ocasión atravesaba el umbral de los difuntos?

Ghawr, el viejo Rhaan y la propia Amisha, eran los únicos a quienes el poder del Gran Espíritu les concedía el acceso.

***

Una mujer irrumpió en la habitación gritando y corrió hacia la cabaña de Amisha. Sus gritos eran tan estridentes y desacostumbrados que no fue necesario que la tocara y ni siquiera que penetrara a través de las pieles que colgaban a la entrada para que la mujer del talismán despertara.

— ¿Qué sucede? —dijo asomándose afuera. En aquel instante otras dos aparecieron a la entrada de la caverna. Trataban de explicar algo con tanta confusión que Amisha tuvo que correr hacia ellas seguida de cerca por la primera. Hasta aquel momento las únicas palabras que había podido entender eran “pez” y “río” y con esta información pensó que al menos no se trataba de algo tan grave que mereciera partirse un pie entre algunos salientes de roca que aún cubrían el suelo y las paredes de la entrada.

Era la víspera del comienzo de la primavera. Al siguiente día se cumplirían tres ciclos exactos desde el momento en que los upallis la encontraran entre las rocas de basalto en medio de la pradera. Los upallis eran un pueblo sumamente creyente en los poderes extraños de los espíritus de la naturaleza y eso la hizo pensar que de algo así se trataba en aquella ocasión; pero al asomarse al exterior y observar hacia la rivera, comprendió que esta vez la realidad sobrepasaba con mucho su imaginación.

La gran mayoría de los habitantes del refugio se había congregado a lo largo de la orilla y los hombres armados de lanzas y venablos atacaban las aguas con verdaderos gritos de guerra acompañados por la algarabía del resto de los pobladores. Amisha tuvo que llegar junto a ellos para poder comprender de qué se trataba.

Las aguas apacibles y profundas habían sido invadidas por enormes peces que nadaban con velocidad inaudita corriente arriba. Los cazadores habían conseguido ensartar a dos de ellos y entre cuatro o cinco los halaban hacia la orilla.

Aunque era una especie nunca antes vista por los habitantes a nadie se le ocurrió pensar que pudiese representar algún daño si lo utilizaban como alimento en una temporada de escasez de las especies monteses en las cercanías del campamento. Se habían olvidado los trabajos habituales y nadie puso reparos en abrir, limpiar, descuartizar, cortar en trozo y comenzar a asar aquellas carnes que

parecían haber sido proporcionadas al nuevo clan a través de las invocaciones del viejo Rhaan hacia el Gran Espíritu protector.

Reían todos y danzaban alrededor de las varias fogatas improvisadas a la orilla misma del río y frente a la boca de la caverna, olvidados del crudo invierno que recién terminaba y de los tiempos de carestía que los habían impulsado hasta aquellas tierras.

La fiesta de los peces duró todo el día y todos esperaban hacia el atardecer que se produjese otro acontecimiento de relevante importancia para los pobladores: la aparición del Hijo del Oso con la buena noticia de que los hombres bestia no se encontraban acampando o vagando por las tierras del oeste; pero comenzó a descender el sol y Ghawr y los otros cazadores que con él andaban no daban muestras de su cercanía. Comenzó la preocupación con el recuerdo de sus palabras a la despedida:

“Si al caer el sol no he regresado, tomen refugio en los alto del acantilado”.

No hubo necesidad de que el viejo Rhaan repitiera sus palabras y para el momento en que el sisón común remontó su vuelo y su silbido se perdió en la distancia al otro lado del río, ya los habitantes del poblado se habían establecido sobre la parte alta del campamento.

CAPÍTULO 14: LAS BESTIAS EN LAS COLINAS

Ghawr se sentía satisfecho con el resultado de la expedición. Además de haber comprobado con sus propios ojos que los hombres bestia no habían vuelto por aquella parte del territorio ocupado anteriormente por los yatris, también habían podido recoger una buena cantidad de armas, pieles e instrumentos útiles que transportaban en la balsa corriente arriba. Después de navegar durante toda la tarde hasta la puesta del sol, arribaron frente a la laguna.

Habían estado hablando acerca de las señales luminosas aparecidas al otro lado del valle durante la noche anterior, cuando un extraño reflujo de las aguas les avisó de que debían detenerse para un descanso y encontrar un lugar seguro donde varar la embarcación. Algunos truenos lejanos hacia el levante podían ser el anuncio de una tormenta, que si estallaba haría crecer el nivel del río.

La experiencia anterior donde estuvieron muy cerca de perecer ahogados les aconsejaba lo anterior. Así, se adentraron por la laguna y fueron a parar a un sitio no muy lejos del anterior varadero; pero esta vez con una orilla escabrosa sobre la cual arrastraron la balsa con su cargamento situándola varios pasos en tierra firme.

La noche era tranquila. A pesar del lejano reflejo de los relámpagos en la distancia no soplaba ninguna brisa y con seguridad se podría escuchar el aullido de un lobo a más de cincuenta tiros de arco. En el silencio de la primera guardia Ghawr se puso a observar un extraño chapoteo sobre la superficie de la laguna, lo que se hacía más notable a la luz de la hoguera.

Al principio imaginó que se trataba del vuelo de las cigarras gigantes al rosar el agua, luego culpó a los cangrejos hasta que descubrió la mole de algunos peces y con esto disminuyó su preocupación. Volteó entonces la cabeza hacia las colinas del norte. Aquella región comenzaba a parecerle llena de cosas misteriosas. Aguzaba su mirada centrada sobre la distancia del valle, con la esperanza de descubrir el más mínimo reflejo o luminiscencia, y era tanta su atención que de repente observó como se iluminaba el paisaje y las hierbas y el aire de la sabana se convertían en un inmenso lago de luz verdosa.

A pesar de la belleza que se mostraba ante su mirada, Ghawr se

decepcionó. Esperaba descubrir algo diferente al luminoso cortejo de las luciérnagas de primavera, y a punto estaba de llamar a la segunda guardia cuando un estampido de luz iluminó las colinas por un instante. Aquello era lo que de veras lo intrigaba.

Por primera vez, que recordara, se sentía agobiado por las preocupaciones y la curiosidad que despertaba en él lo inexplicable del mundo que le rodeaba. Se durmió muy cerca de la hoguera y a la mañana siguiente, con el primer albor, se pusieron en marcha hacia las colinas del sur.

El repentino cambio de opinión dejó a los cazadores intrigados y el mismo Ghawr se preguntó al principio si sería correcta la decisión tomada, ya que desviarse de la ruta acordada iba a significar un retraso impredecible; pero pronto sus dudas se disiparon.

El valle hacia el sur era una hermosa planicie cubierta de vegetación herbácea que les llegaba hasta las rodillas. Árboles y arbustos se dibujaban dispersos aquí y allá y las manadas de herbívoros pastaban tranquilamente bajo el radiante sol de primavera sin preocuparse en lo más mínimo por el paso de los cazadores, como si no estuviesen acostumbrados a su cercanía. Por otra parte, los upallis llevaban con ellos suficiente provisión como para no tener necesidad de enrolarse en aquel momento en una cacería que les podría tomas mucho tiempo.

Teniendo esto en cuenta, optaron por apartarse de las manadas y evitar así un posible encuentro con los predadores de gran porte, que acostumbran a deambular cerca de ellas. Esquivando así la presencia de los herbívoros les tomó más tiempo del deseado; pero a punto del mediodía se encontraban apenas a cuatro tiros de las primeras ondulaciones del terreno que poco después se convertían en empinadas colinas.

—Acamparemos allá —dijo Ghawr deteniéndose para señalar una elevación al frente. Era el macizo rocoso que le había servido como señal a través del valle.

Para protegerse del sol, y de la brisa durante la noche, clavaron unas cuantas estacas en el suelo y las unieron con varas y ramas de menor grosor, sobre las cuales tendieron luego una gruesa capa de pasto que les servía como cobertura. Prepararon el lugar para prender el fuego a unos cuantos pasos de esta improvisada cabaña, acarreando ramas y leña alrededor de un círculo que previamente habían limpiado de hierbas y malezas. En medio de este espacio colocaron varias piedras grandes y otras más pequeñas a manera de fogón.

Hubieran deseado tener alguna carne fresca que poder asar; pero Ghawr no permitió salir de cacería. Quería que todos se mantuvieran juntos observando la elevación que tenían al frente; porque desde aquella misma dirección provenían las señales luminosas que lo

habían incitado a caminar hasta allí.

Comieron unos pescados secos y miel silvestre y se tendieron a descansar mientras esperaban la caída de la noche; pero la espera se hacía larga y aburrida y uno de los hombres, de apetito voraz y cansado de dormitar se acercó a Ghawr y le pidió permiso para deambular por los alrededores en busca de huevos, los que deberían ser numerosos en aquella estación.

Layen, que así era como le llamaban en el campamento, descendió la ligera cuesta y pronto desapareció entre los hierbazales.

El Hijo del Oso estaba pensando que lo más probable era la existencia de algún nuevo grupo de cazadores que se había establecido sobre las colinas, atraídos por la cercanía y abundancia de los herbívoros en el valle. Tal vez era gente que prefería los lugares altos y escabrosos para formar un campamento protegido por precipicios y rocas. Las luces en la oscuridad podían ser el reflejo de antorchas y fogatas que los hipotéticos pobladores encendían algunas noches. Esto último podía ser producto de la imaginación de los yatris, porque en realidad ninguno de ellos se había aventurado como él en busca de una respuesta.

Esperaría pacientemente hasta el anochecer y entonces subirían a explorar. Conocer quienes habitaban sobre las colinas ya no era sólo una medida de precaución, sino también una curiosidad que lo atosigaba sin ninguna tregua.

Excitado por estos planes de exploración otra vez se le hiso difícil alcanzar el sueño.

Afuera del cobertor de paja los cazadores se mantenían inquietos. Él sabía que ellos no estaban interesados en continuar la espera y mucho menos en ascender la colina. Los comprendía muy bien. El upalli no era un pueblo habituado a transitar por lugares altos, los cuales evitaba y hasta temía, por la antigua creencia de que en esos lugares moraban con frecuencia los espíritus de la tierra. Por otra parte, el ascenso no prometía ser nada fácil, no tanto por la inclinación de la pendiente, como por la abundancia de rocas y escollos en el último tramo antes de llegar a la cima.

Ghawr se acercó a ellos y se le ocurrió decir algo para hincharlos de aliento. En ese momento el sol estaba aún bastante alto sobre el horizonte y requeriría paciencia para gente acostumbrada a moverse durante los periodos de luz. No obstante hablaría para convencerlos, y ya se disponía a hacerlo, cuando un grito, más semejante a un aullido de terror, llegó hasta ellos.

Se trataba del cazador que regresaba de los pastizales; pero de manera inusual corría en zigzag. Al principio sólo se distinguía su cabeza por encima de las hierbas. Un instante después lo vieron ascender la cuesta a toda velocidad en dirección a ellos. No podían

comprender, hasta que una figura corpulenta salió al lindero distinguiéndose así del verde amarillo que la rodeaba. Se detuvo por un instante como aturdida y luego de asegurarse del nuevo terreno que pisaba, reemprendió la persecución.

Era un ave de aquellas que pocas veces aparecía a los hombres y de la que se contaban historias incongruentes. Era tan poderosa en la carrera que parecía increíble que el joven cazador hubiera podido mantener la distancia hasta aquel momento. Su primer grito de alerta había puesto a Ghawr y a los demás a elegir de inmediato entre dos opciones: tomar sus armas y bajar al encuentro con el plumífero, o esperar a su compañero y continuar juntos colina arriba. Esto último fue lo decidido y un instante después jadeaban todos en un esfuerzo por alcanzar la cima.

—Tiene mi lanza —gritaba el buscador de huevos mientras atravesaban las primera rocas a unos cincuenta pasos de la cima. El cazador en su osadía, no solamente había tratado de robar un huevo en el nido del gastornis, sino que además, al verse descubierto la había herido, clavando su lanza profundamente en una pata del animal, de donde pendía aún como un extravagante aditamento.

— ¡Deténganse aquí! —ordenó el Hijo del Oso después de comprobar que la ventaja que le llevaban al predador era suficiente. En un esfuerzo por escapar los upallis empujaron algunas rocas que rodaron colina abajo; pero sin mucho efecto, ya que el gastornis las esquivó y continuó luego en un salto su empedernida persecución.

El trayecto se había hecho difícil; pero aquellos hombres, acostumbrados a las dificultades que requería la supervivencia diaria no se amedrentaron ni decayó su ánimo. Con más fuerza redoblaron la marcha hasta la cúspide de la colina. Dos enormes rocas se alzaban en aquel lugar, recostada una contra otra como dos enormes mastodontes cansados de batallar. Si los upallis conseguían ascender por la escarpada pared, seguramente estarían a salvo del gastornis.

Esto fue lo único que vieron en el primer instante, porque hacia el otro lado de la colina la niebla era impenetrable.

Los cuatro cazadores habían caído a un tiempo sobre la roca tratando de escalar lo más aprisa posible mientras Ghawr daba un rodeo entre las rocas de la colina y se presentaba temerariamente a unos pocos pasos del animal. De esta manera buscaba distraer su atención del lugar donde sus compañeros se esforzaban por ponerse a salvo. El Hijo del Oso estaba seguro que para un predador plumífero de la talla y peso del gastornis no sería nada fácil avanzar entre los innumerables escollos rocosos que cubrían la cima, y consiguió lo que deseaba.

El animal lo descubrió mientras agitaba en alto su lanza y gritaba con amenazas.

Como una tromba, enfurecida y sedienta, la vio venir hacia él.

Los cazadores habían desaparecido de su mirada ocultos hacia la cara opuesta de los peñascos y como no estaba seguro de que hubiesen conseguido alcanzar la cima, se lanzó en una carrera en círculos alejándose siempre lo máximo que le permitían sus piernas y las dificultades del terreno, buscando la forma de ganar más tiempo.

El ave era sin duda, en su territorio de la pradera, mucho más veloz que un hombre; pero encima de la pedregosa colina el Hijo del Oso poseía la ventaja del menor tamaño y mayor agilidad para sortear escollos. A pesar de eso, dos veces estuvo a punto de ser alcanzado por las afiladas garras y en una tercera ocasión, al tratar de interponer su lanza esta fue trozada de un solo golpe por el afilado pico del animal.

El tiempo transcurría y los cuatro cazadores no daban señales de su presencia y mientras su resistencia comenzaba a menguar rápidamente, volvía la mirada hacia los enormes peñascos con la esperanza de verlos aparecer sobre la cima. Para el gastornis, aquello no parecía ser más que una pertinaz diversión. Sin embargo, para el hombre, las esperanzas y energías estaban a punto de descender por debajo del nivel necesario para mantener la carrera.

Debía encontrar por sí mismo un refugio donde poder detenerse a tomar aliento; pero con excepción de los dos peñascos, las rocas que cubrían la colina no podrían ofrecerle mayor protección. Finalmente, decidió bajar por la depresión. Se lanzaría colina abajo. Demasiado arriesgada era aquella opción dada la circunstancia de que no podía ver lo que estaba más allá de la espesa niebla que envolvía la profundidad.

Tal vez era un precipicio donde hallaría su tumba lejos del alcance de sus compañeros y de su pueblo.

Al pasar junto al borde estuvo a punto de hacerlo al tiempo que esquivaba un nuevo zarpazo. El propio animal en su desesperada persecución estuvo próximo a perder el equilibrio y rodar colina abajo. El Hijo del Oso comprendió en aquel instante que no podría resistir mucho más. Se detuvo y miró hacia el fondo. A unos siete pasos el gastornis se había incorporado de su caída y lo observaba con sus pequeños ojos que despedían espantosos reflejos.

No podía esperar un próximo ataque y allí estaba la ladera neblinosa. Volteó una vez más la mirada hacia el sitio de los dos peñascos y que locura. Una hoguera crepitaba en lo alto y uno de los cazadores le hacía señas y gritaba hacia él.

□ ¡Lo han conseguido! □fue la única frase que escapó de su garganta casi ahogada por la reseques.

Se lanzó a través de la planicie en dirección a ellos.

CAPÍTULO 15: EN BUSCA DEL TALISMÁN

La fiesta de los peces había transcurrido con alegría y ahora la mayoría de los habitantes habían dejado el interior de la caverna para tomar refugio en lo alto del farallón. Pero algo andaba mal después de la celebración. El cazador yatri, el que había sido prisionero de los upallis y al que el concejo de los ancianos había perdonado y admitido como un miembro más, había desaparecido durante la confusión y el regocijo. Una sospecha, y la oscura sombra del temor, de repente hicieron su aparición en el corazón de Amisha cuando supo de la noticia. Alertó a los cazadores y acompañada de la vieja curandera atravesó el gran salón de la caverna, solitario en aquel momento.

Uno de los cazadores se acercó y puso en sus manos una antorcha encendida. La anciana quedo atrás mientras Amisha desaparecía por la oquedad que daba acceso a la sala de los muertos.

Ella siempre tenía presente en sus pensamientos el objeto material más importante que poseían en el campamento. Lo había llevado consigo desde que poseía memoria de su existencia. Desde el momento mismo en que despertó en el interior de una caverna ante los ojos llenos de asombro de los upallis. En esa ocasión había descubierto el talismán colgado a su cuello y nunca había permitido que nadie lo tocara o se acercase demasiado a él. Lo había depositado luego en el interior de la oquedad y había sido declarado por Ghawr y los ancianos del clan como un objeto prohibido, de tal manera que los miembros cerraban sus ojos ante su presencia y se alejaban temerosos ante su cercanía.

Alertada por estos recuerdos penetró al recinto y puso en alto la antorcha. Esperaba con alegría el momento en que las sombras se dispersasen, como otras veces, y la habitación se iluminase con aquella luz del color de los retoños tiernos de acacia; pero nada sucedió. Las sombras danzantes proyectadas por la llama de la antorcha contra las paredes continuaron danzando. Entonces la mujer dio unos pasos cargados de indecisión en dirección a la oquedad que albergaba el misterioso talismán. En su nerviosismo, sus pies se enredaron y a punto estuvo de caer y golpearse la frente contra la pared de roca. Se agachó para ver de qué se trataba aquel objeto y comprobó que era la vieja piel de oso que cubría el agujero. Un sudor helado bañaba su frente y las piernas le temblaban de manera inusual.

Su fuerte voluntad se resistía a creer lo que su mente, a través de su vívida y poderosa imaginación le mostraba.

Hizo un último esfuerzo y acercó la antorcha de manera que la llama iluminase hasta lo más profundo de aquel rincón sagrado donde debía estar el talismán. Su sospecha se confirmó; pero aun así se tiró en el suelo y gateando como una loba comenzó a revisar cada rincón, cada desnivel del suelo, detrás de cada piedra, hasta que finalmente no tuvo más opción que conformarse con la realidad. El talismán había desaparecido.

Ya no estaba en la habitación sagrada. Si hubiera sido de otro modo y ante su presencia, todo habría sido iluminado a su alrededor con aquella luz suave y misteriosa que desde hacía tiempo conocía.

Le costó un buen rato recuperarse de la desesperación, el temor y la ansiedad que había hecho presa de todo su cuerpo y mente. Sus dedos estaban engarrotados, su mente aletargada.

Al principio quiso pedir ayuda y cuando intentó llamar a la anciana por su nombre, los sonidos a duras penas articulados desaparecieron en el interior de su garganta.

La antorcha había caído al suelo y su llama pronto se extinguió, de manera que tuvo que comenzar a buscar a tientas la ranura hacia el exterior. Cuando la halló, quedó quieta por un momento recuperando su natural entereza y vigor. Entonces comprendió que no debía dar a conocer al pueblo aquella funesta y desgarradora noticia. Ni siquiera a la vieja curandera.

—Vamos Nagari, salgamos afuera. Quiero coger un poco de aire fresco.

— ¿Qué sucedió allá adentro? —preguntó la anciana.

—Todo está bien. Solo que dejé caer la antorcha y se apagó y ahora tengo mareos y ganas de vomitar.

Lo del vómito había sido una mentirita para tratar de convencer a la mujer.

Se sentaron ambas sobre las piedras de la orilla con los pies metidos en el agua cristalina del remanso donde los guijarros multicolores reflejaban la luz del atardecer.

Nagari fruncía la frente y sus arrugas se hacían más notables mientras la observaba a los ojos, y por mucho que Amisha trataba de evitar su mirada la anciana manteníala con firmeza como tratando de escarbar en los pensamientos más profundo de la joven mujer.

—Sé que estás preocupada por algo; pero no debías estarlo. Ya me siento mejor —dijo Amisha tratando de consolarla.

— ¡Tu talismán, Amisha! ¿Qué sucedió con el?

—Nada sucedió, ya te lo he dicho. Ahora solamente me preocupa Ghawr por lo mucho que tarda en regresar. ¿Qué pasará si no regresa?

—El Hijo del Oso siempre regresa —dijo la anciana—. ¡Vamos arriba!

Si ya te sientes mejor podemos subir y entonces veré que te preparo.

Aquella noche no podía dormir y en vano trataba de apartar sus recuerdos del talismán. Solamente ella podía ser testigo de los tenebrosos pensamientos que la asediaban en aquel instante. Ni el mismo Ghawr comprendía el tremendo peligro y el infortunio que significaba su desaparición para los upallis. Amisha estaba decidida a resolver aquella situación por sí misma.

Para tomar tal decisión tuvo que dar muchas vueltas y revueltas sobre su cama de pieles situada en la cabaña levantada para Ghawr en medio de la explanada rocosa. El sitio se había hecho casi inaccesible para cualquiera que intentase llegar hasta el poblado y esto era en cierta forma un consuelo de acuerdo con el plan que pensaba llevar a cabo; pero tenía que tener cuidado con el viejo Rhaan.

Muy temprano y antes de que saliera el sol se levantó y caminó escurridizamente entre las cabañas de pieles donde las mujeres, niños y ancianos, e incluso la mayoría de los cazadores dormían en paz. Se dirigió a la cabaña más apartada, retiró a un lado la piel que servía como cobertor de entrada y escudriñó en el interior.

Un arco yacía colgado al fondo junto a un carcaj repleto de aguzadas flechas, además de ello, dos lanzas clavadas de punta al suelo y algunas vasijas de barro sobre la derecha parecían ser el total de los objetos inanimados que ocupaban un lugar en la habitación.

Apenas pudo distinguir el cuerpo del cazador parcialmente cubierto por una piel de gamo y por las piernas y brazos de dos hermosas mujeres de la tribu del valle satri. Su prisa no le permitía detenerse en contemplaciones. Se acercó al lecho, se arrodilló junto al hombre, y le tapó la boca y la nariz por un instante; pero fue suficiente para que este despertara de inmediato y casi estuvo a punto de gritar. Impedido para ello por la mano de Amisha otra vez sobre su boca, se quedó observándola con pupilas exorbitantes.

—Levántate y ven afuera —susurró Amisha junto a su rostro.

Ella salió a la luz de la luna y un momento después apareció el cazador.

— ¿Qué sucede?

—No hay tiempo para explicaciones. Busca a otro cazador de tu confianza. Tomen sus armas y bajen por la escalinata; pero en esto, busquen la manera de que nadie se entere. Yo los estaré esperando junto a la entrada de la caverna.

Dicho esto dio la vuelta alrededor de la choza y se encaminó a lo largo de un muro de piedras recién construido hasta llegar al borde de la escalinata. Era de noche aún y dos perros que andaban sueltos merodeando por el campamento se aparecieron junto a ella como salidos de la nada. Amisha tomó un instante para acariciar las enormes cabezas y el lomo de los animales que como muestra de

agradecimiento dejaron de exhibir sus afilados colmillos, hundieron sus colas entre las patas y la siguieron en su descenso, tan cerca de ella que apenas la dejaban avanzar.

Desde el interior de la caverna escapaba el reflejo de una hoguera moribunda junto a la que habían pasado la noche tres cazadores vigías. Cuando Amisha se acercó, uno de ellos le salió al encuentro. Un poco extrañado pero respetuoso, se detuvo a cuatro pasos de la mujer del talismán, e inclinó su rostro al reconocerla.

—Acércate un poco más —dijo Amisha—. Pronto se unirán a mí dos hombres dispuestos para la cacería. Bajaremos al río y luego seguiremos su curso hasta el vado. Estos perros también se irán conmigo; pero tú y tus compañeros de guardia no dirán nada a nadie en el campamento aunque les cueste la vida. Solamente el Hijo del Oso deberá conocer la verdad en cuanto esté de regreso.

— ¿Qué verdad es la que deberá conocer el Hijo del Oso?

—Que he salido de cacería acompañada por estos perros y por esos hombres que vienen ahí. Recuérdalo bien, la vida de todo el pueblo depende de tu silencio.

Los recién llegados aguardaban por ella. Habían aparecido por la izquierda, ya que en vez de descender como era habitual por la escalinata, lo habían hecho a través de la escalera de madera recostada contra el muro, situada un poco más allá de la boca de la caverna.

No había más que decir. Se alejaron escabulléndose por el trasfondo sombrío que formaba el lindero del bosque, siempre siguiendo la ribera izquierda del Gran Río.

Después de atravesar el vado y ya metidos en la pradera, Amisha decidió contar a los hombres que la acompañaban el motivo de aquella repentina salida del campamento, porque ellos caminaban obedientes sin saber hasta aquel momento a donde se dirigían.

—Escuchen por qué es que estamos de camino. ¡Escuchen esto! El talismán ha desaparecido y eso representa un grave peligro para nuestro pueblo. Como el Hijo del Oso no ha regresado de su expedición, he tenido que tomar esta decisión sin contar más que conmigo misma.

— ¿Cómo es que ha desaparecido? Eso no lo comprendo —preguntó el primero de los hombres.

—En realidad se lo han llevado; pero por suerte, estoy segura quien ha sido y probablemente en qué lugar se encuentra en este momento.

— ¿Se trata de los devoradores de carne humana? —preguntaron casi al mismo tiempo sin que sus voces pudieran ocultar el temor que la sola mención de aquellas criaturas bestiales hacia brotar desde el corazón de los upallis.

—No se trata de los devoradores de carne humana —dijo Amisha—. El cazador Nautima de los yatris ha entrado a la habitación sagrada y ha escapado llevándose con él el talismán. Se ha ido al campamento del Clan del Reno, el cual ha caído bajo la voluntad malvada de los hermanos Tima y Akton.

El talismán es la última salvación para los upallis y para todos los pueblos de la tierra que se unan bajo el mando único del Hijo del Oso. Si el talismán llegara a desaparecer para siempre o callera en manos de un enemigo tan poderoso y despiadado como desconocido para nosotros, entonces la perdición caerá sobre los hombres de la tierra.

—Diga que tenemos que hacer y lo haremos aunque esta sea nuestra última expedición.

—Hay que poner a los perros a seguir el rastro del traidor Nautima. ¿Creen ustedes que vamos bien por aquí?

El hombre se detuvo y así fue imitado por Amisha y el otro cazador.

—El sendero normal para llegar hasta el Clan del Reno va por aquí, en esta dirección, pasando por las colinas de basalto. Nuestra gente desea siempre llegar hasta las colinas, no sé por qué; pero si seguimos por acá, un poco más a la derecha de la estrella de la mañana, la distancia se hace más corta.

—Lo que quiere decir —dijo Amisha, elevando su cabellera con ambas manos y luego dejándola caer sobre sus hombros—, que el traidor Nautima debe haber tomado el camino más directo para llegar hasta el otro campamento.

—Así pienso yo.

—Tomemos nosotros también hacia la derecha, aunque sea por un breve tiempo para despistar al enemigo bestial.

Cuando reemprendieron la marcha el sol había comenzado a teñir de púrpura el horizonte y algunos árboles aislados sobre la extensa llanura se dibujaban con caprichosas figuras en la distancia. La brisa que comenzaba a soplar llenó el alma de los upallis con el fragante aroma de un nuevo amanecer sobre la tierra. ¿Pero sería esta tierra para siempre, y los hijos de sus hijos podrían habitarla en paz y en esperanza? ¿O dependería de ellos tres la salvación de la raza?

CAPÍTULO 16: SOBRE LAS COLINAS DEL VALLE YATRI

Con gran esfuerzo había conseguido Ghawr librarse de las garras y el afilado pico del gastornis. Salvando obstáculos había tomado cierta ventaja sobre el animal y ahora se proponía aprovecharla para subir junto a sus compañeros. Pero al momento de hacer esto se dio cuenta que la roca era demasiado inclinada para escalarla de una sola vez y comprendió también la razón de la tardanza de los tres jóvenes para llegar a la cima.

En la segunda vuelta que dio halló unas oquedades en las cuales se proponía apoyar sus pies y tomar agarre con sus manos. En ese momento vio la cabeza del gastornis emerger a través de las rocas de la explanada. El animal lo había descubierto otra vez y venía hacia él.

El Hijo del Oso desistió de continuar aquel intento de escalada. Debía volver a correr por su vida; pero apenas tenía fuerzas ya para esquivar una nueva envestida y el animal se aproximaba temerario.

Fue en ese instante que escuchó un grito desde lo alto y junto a su rostro cayó una especie de escalera tejida en gruesas fibras de alguna planta de enredadera. Cualquiera que hubiese sido la naturaleza de aquel objeto, para nada venía al caso. Únicamente sabía que procedía de sus compañeros en lo alto de la roca que de cualquier forma luchaban por rescatarlo de los ataques del predador.

Ghawr tomó las cuerdas y apoyó un pie para elevarse a continuación por encima del suelo; pero en aquel instante sintió un tropel a sus espaldas y volteó la cabeza para observar al gastornis, apenas a quince pasos. A continuación, un sonido diferente rompió la monotonía del solitario paraje. A medida que él se elevaba por la escala haciendo uso de un gran esfuerzo muscular, había comenzado a caer una verdadera lluvia de piedras sobre el animal, el cual no tuvo más remedio que retirarse a prudencial distancia, para evitar esta vez su propia muerte. Mientras tanto, el Hijo del Oso conseguía llegar hasta la cima, y ya puesto a salvo se echaba a descansar sobre la roca.

El predador no había muerto con la embestida y tampoco sus heridas o contusiones eran demasiado graves como para impedirle que continuara siendo una amenaza para los upallis. Estos debían buscar la forma de librarse de manera definitiva de su acoso y al parecer los improvisados proyectiles no eran la solución. La mayoría de ellos habían impactado sobre el espeso plumaje que le servía como protección y abrigo y ahora parecía entretenido en mesarse las plumas utilizando su aguzado pico como instrumento.

Los upallis habían tenido que abandonar sus armas para escapar y

casi sin nada de provisiones muy pronto comenzaron a padecer de hambre y de sed.

— ¿Qué haremos ahora? —dijo el buscador de huevos.

—Esperaremos —dijo el Hijo del Oso—. Está herido y seguramente hambriento como nosotros. ¡En cualquier momento se marchará!

Aquella predicción parecía no confirmarse. El sol comenzaba a descender sobre las colinas y el gastornis se mantenía vigilante a unos cincuenta pasos de los peñascos. Pero no era todo. Cada cierto tiempo se levantaba y daba un recorrido alrededor del lugar donde los cuatro hombres no hacían más que pensar, tratando de idear la manera para escapar antes que el hambre y la sed terminara por aniquilarlos.

—Yo fui el culpable de esto —dijo esta vez el buscador de huevos rompiendo el silencio general que dominaba entre ellos.

— ¿Y que ganamos con saberlo, si es que fuera cierto? —respondió Ghawr.

—Bajaré de esta roca y haré que el gastornis me persiga. Mientras hace esto, ustedes tendrán tiempo para escapar en dirección contraria. No es correcto que todos muramos aquí de hambre.

—Lo que te preocupa es no haber comido durante toda la tarde ¿no es así? Pero quiero decirte que no nos moveremos de este sitio hasta que la bestia se retire, y sé que lo hará muy pronto. Es un animal muy corpulento para resistir por mucho tiempo la carestía; en cambio, nosotros podríamos aguantar varios días sin beber y muchos más sin probar bocado. El gastornis tendrá que descender a la pradera en busca de una presa más fácil que nosotros.

El buscador de huevos no se atrevió a replicar las palabras del Hijo del Oso. Se echó boca arriba sobre una laja que le servía de lecho y tapándose los ojos con el antebrazo, muy pronto pareció dormido.

Ghawr estaba confiado en el fondo de su corazón de que muy pronto podrían descender; pero por otra parte no lo deseaba en aquel momento. Había visto y analizado la enorme roca donde se hallaban y la encontró como un sitio estupendo para observar el cielo durante la noche que se aproximaba. Él, a diferencia de sus compañeros, no había olvidado el motivo que lo trajera allí.

Pensando en esto se tendió sobre las lajas y al igual que los demás cerró los ojos y trató de dormir un rato.

Perdió la noción del tiempo y fue despertado por un sonido extraño. Algo así como el cantar del viento entre las agujas de un pinar; pero mucho más agudo, de tal manera que comenzó a sentir molestias en los oídos. En aquel instante despertaron sus compañeros, agitados y confusos y listos para escapar en la más peligrosa de las carreras, porque ¿adónde podrían ir si no era a estrellarse contra el suelo rocoso desde la altura donde se encontraban?

Ghawr los tuvo que controlar con un gesto de silencio.

Prestaron atención. El sonido parecía provenir de la hondonada a la cual había estado a punto de descender cuando era perseguido por el gastornis. La niebla había desaparecido de las profundidades; sin embargo, los oblicuos rayos del sol apenas alcanzaban a disipar una parte de las crecientes sombras que las invadían.

—Esperen aquí —dijo el Hijo del Oso, y comenzó a escalar hacia un pequeño risco que coronaba la peña. Desde allí pudo abarcar con la mirada gran parte de la hondonada y se tendió en el suelo con la barbilla apoyada al borde del precipicio. Sus compañeros algo más abajo se quedaron quietos y a la expectativa, con la esperanza de que aquella nueva curiosidad no los condujera a una nueva calamidad en seguimiento de la voluntad del chamán.

El ruido cesó y proveniente de la hondonada, los upallis pudieron contemplar una suerte de pequeñas luces verdes como si se tratase de un enjambre de luciérnagas gigantes que se movían con inusitada velocidad de un lugar a otro. Quedaron tan estupefactos que por un tiempo parecieron confundirse con las piedras sobre las que se hallaban.

Aquella extraña visión se mantuvo presente hasta que las tinieblas se hicieron dueñas definitivas del cielo y de la tierra. Entonces, sin ninguna cosa que perturbara el silencio de las colinas Ghawr se puso a meditar en tantas y tantas cosas referentes a su pueblo y a la justeza de su mando, en Amisha y sus buenas enseñanzas, en Athar y su certero pulso con el arco y finalmente en los peligros nuevos a los que se enfrentaban después de la disolución de la tribu.

Al cabo de esto, agotado y con un hambre feroz, tras una jornada llena de riesgo y fascinación, consiguió por fin espantar la preocupación que le impedía un buen descanso.

Al amanecer, al abrir los ojos, lo primero que hizo fue buscar a su alrededor. La impaciencia y las visiones que había tenido en sueños durante la noche lo impulsaban en aquel instante a tomar una decisión riesgosa. El gastornis parecía haber desaparecido; pero antes que se diera cuenta de la realidad, escuchó un alarido al pie de las peñas. Observó hacia sus compañeros que en aquel mismo instante se despertaban; pero solamente dos de ellos, y era el buscador de huevos el que faltaba.

Vio emerger la figura del predador que se desplazaba hacia ellos y un grito de advertencia escapó de su garganta y surcó la nítida atmósfera de la mañana. Impotentes y llenos de rabia vieron a Layen que salía de la sombra que proyectaban las peñas y corría a campo abierto en dirección a la pradera.

Cualquiera que hubiese sido su velocidad y su ventaja ante la bestia, su destino parecía irremisiblemente la muerte, ya que se encaminaba directo hacia el tipo de terreno que el gastornis dominaba a la

perfección. Algo impensado sucedió en el instante cuando el predador daba su última zancada para comenzar a descender la cuesta.

Como muchas rocas pequeñas y medianas cubrían el suelo por aquella parte, no pudo ver a los miembros de otra especie, quizá más artera, que le salían al encuentro. Eran casi de su misma talla; pero de aspecto muy diferente y después de obligarlo a detenerse le cerraron todo punto de avance o retirada.

—Las hormigas gigantes —clamó uno de los cazadores desde lo alto.

Viéndose rodeado, el gastornis mostró entonces una de sus cualidades más sofisticadas ante la incrédula y aguzada mirada de los tres upallis.

Dio un enorme salto tratando de romper el cerco; pero su inusitada embestida cayó por error sobre uno de aquellos seres, perdió el equilibrio y rodó por tierra. Fue suficiente para que las hormigas clavaran en su cuello las poderosas tenazas. Para este momento, Layen había alcanzado el borde de la pradera y miraba hacia lo alto mientras trataba de ocultarse entre los hierbazales.

Cuando concluyó la pequeña escaramuza que puso fin a su obstinado enemigo, ya los upallis se habían ocultado y se mantenían en un silencio sobrecogedor. Eran incapaces de decidir entonces si su suerte había mejorado o se hacía más tenebrosa.

El sol salió y comenzó a caldearse la mañana y la sed los agobiaba más y más. Para mantenerse ocupados y vigilantes se movían lentamente y con precaución de un extremo a otro de su refugio tratando de descubrir la presencia de las hormigas. Pero después del festejado banquete con el gastornis, estas habían atravesado la colina y habían descendido por la ladera opuesta, desapareciendo entre la niebla que cubría las profundidades.

— ¡Miren allá! —dijo uno de los cazadores que se mantenía hacia el extremo sur de la peña y observaba la fértil pradera y la estrecha franja brillante que se dibujaba a lo lejos. La sed lo hacía delirar con el agua que él sabía corría cristalina y fresca a través de aquella cinta plateada.

Ghawr y el otro llegaron saltando hasta situarse a su lado.

El buscador de huevos acababa de hacer su aparición en el borde de la colina y en cuando se dio cuenta que lo observaban comenzó a hacer señas a sus compañeros.

—Las hormigas no se ven por ninguna parte. ¡Bajemos ahora! —dijo el Hijo del Oso.

Aquella orden fue como una chispa insertada en el corazón. Prácticamente se lanzaron a través de la escala colgante hasta el pie de la peña y de allí caminaron de prisa al encuentro del otro. Luego se dirigieron al campamente al pie de la colina donde habían dejado armas y provisiones en su apresurada huida.

CAPÍTULO 17: EL CLAN DEL RENO

Las discordias internas habían terminado por desintegrar la tribu y los clanes se habían unido bajo el liderazgo de los hermanos Tima y Akton para combatir a los hijos del Oso. En poco más de dos estaciones se había despertado en ellos un odio sin tregua contra Ghawr y su gente que los había llevado primero a ceder el mando y liderazgo a los hermanos y luego a emprender acciones violentas con la única justificación de la violación de las costumbres ancestrales.

—Presten atención a cualquier señal en el pasto, al vuelo de las aves, a los olores en el viento —dijo Amisha durante un breve descanso.

Se habían detenido bajo un olmo a cuya sombra algunos topos construían sus madrigueras y los montículos de tierra producto de su actividad aún despedían un profundo olor a hierba podrida.

Los perros estaban inquietos a pesar de la fatigosa jornada. Hacía poco habían encontrado el rastro del traidor, y como buenos animales de caza estaban desesperados por seguir la persecución, de modo que hubo que atarlos para que no escaparan.

Cuando al fin se tranquilizaron bajo las caricias de la mujer, los upallis pudieron beber y comer con tranquilidad alguna miel y pescado seco traído entre las provisiones.

Había hecho buen tiempo. Si continuaba de aquella forma podrían estar rodeando el campamento del Clan del Reno antes del atardecer; así que se alimentaron con rapidez, y ya casi se disponían a reanudar la marcha cuando de repente se levantaron los perros con la misma inquietud, tirando de las cuerdas que los ataban y ladrando sin cesar.

— ¿Y ahora qué sucede? Silencio, silencio —decía Amisha con voz suplicante mientras trataba de acariciarlos. Por fin dejaron de ladrar; pero el nerviosismo que se reflejaba en sus ojos parecía incontrolable.

—Ellos presienten algún peligro que se acerca a nosotros —dijo el primer cazador.

—Subiré a las ramas —dijo el segundo y en unos cuantos ágiles movimientos desaparecía entre el follaje.

—Será mejor que te apresures —dijo Amisha—; de lo contrario, tendremos que soltar a los perros.

—Aún no puedo ver nada; pero presiento que algo extraño está sucediendo cerca —gritó desde lo alto, y a continuación—: será mejor

que suban todos a toda prisa. Lo que estoy viendo ahora no me parece nada bueno.

El ruido provocado por la carrera de una manada a través del pasto se hizo pronto claramente audible para los humanos.

Habían soltado a los perros y se encaramaron hasta llegar a las últimas ramas desde las cuales podían observar con toda precisión la extraordinaria estampida. No se trataba de varias especies de herbívoros en busca de mejores pastos, ni tampoco de animales de gran porte que podrían constituir un peligro potencial para los upallis.

—Son los caras rojas —dijo el primer cazador—; pero no entiendo que les sucede.

Un momento después cientos de monos pasaban en tropel bajo el árbol y su número se extendía mucho más allá casi hasta perderse de vista por la pradera.

Los upallis tuvieron que esperar un rato para salir de su asombro. Luego bajaron del árbol y se pusieron a llamar a los perros; pero al ver que estos no aparecían decidieron continuar la marcha, sin poder explicarse aún lo que podría haber sucedido con ellos. Los dos animales les habían sido de extraordinaria utilidad y lamentaban profundamente haberlos perdido en un incidente de poca importancia; pero de cualquier manera debían resignarse. Algo mucho más importante estaba por resolverse y para ello debían llegar a las cercanías del otro clan antes que cayera la noche.

— ¿Cómo piensa Amisha recuperar el talismán? —preguntó Agahsor.

—Nos mantendremos al acecho en las cercanías del campamento del Reno, lo más cerca y lo más silenciosos y ocultos que podamos. Tima y Akton mantienen su poder gracias a su fuerza muscular y a que se han convertido en unos asesinos sin escrúpulos de ninguna clase; pero cuando la gente es obligada a obedecer por la fuerza siempre hay corazones valientes que se resisten a ello y estarán dispuestos a luchar en contra del opresor. Yo estoy segura que encontraremos ayuda y apoyo entre la gente del clan. Así que lo primero es establecernos cerca y buscar la ayuda de alguien que nos diga donde se halla el talismán.

—Esa misma estratagema es la que usaba Athar para husmear en los campamentos del enemigo, y viera que daba resultados.

—Por ser tú el mejor compañero de Athar es la razón por la que te escogí para que me acompañes. Tú conoces muy bien los alrededores del campamento del Reno.

Después de mencionar al cazador expulsado continuaron caminando en silencio. Era como si su recuerdo causase una serie de sentimientos contradictorios en los upallis. Por una parte, sentimientos de apoyo y obediencia a las tradiciones de la tribu y por otra, el sentimiento y la mala sensación de haber cometido una equivocación y una mala obra

frente a los espíritus observadores.

El alma meditativa de los upallis volvió al mundo impuro de la materia cuando sus miradas puestas con rumbo al norte divisaron la franja arbolada que servía de señal inequívoca de la proximidad de una corriente fluvial. Se trataba del Yaredan, como lo habían nombrado sus parientes y que servía por aquella parte como una especie de lindero entre dos paisajes de naturaleza diferentes.

Primero apareció una línea de corpulentos olmos, nada comparables al solitario y viejo arbolito que habían dejado atrás en la pradera. Atravesar estos terrenos era como viajar por el mundo de los sueños.

Entraron primero por una franja donde el suelo aparecía cubierto en su mayor parte por la hojarasca caída durante el anterior otoño.

Luego entraron a la franja de terreno de los fresnos. Eran árboles cuyas flores aparecen en primavera antes de que broten las hojas y por tal razón, reconocibles con facilidad. Los upallis los consideraban con la capacidad mágica de alejar los rayos durante las tormentas, además de servir sus flores, sus hojas y parte de la corteza para preparar una infusión contra los dolores de las artritis tan abundantes en aquella tierra. En aquel momento estaban en pura flor cuyo aroma y vistosidad alegró el corazón de Amisha; pero a pesar de aquel encanto no se podían detener.

Al continuar avanzando, pronto se fueron internando entre los corpulentos álamos de corteza blanquecina, que semejaban columnas levantadas por el Gran Espíritu para proteger sus tesoros. Las flores del álamo son de dos tipos, grandes y rojizas unas, las masculinas, y amarillo verdoso las femeninas y lo mismo que las del fresno en aquel momento se encontraban en pleno desarrollo.

Entonces aparecieron los menos corpulentos alisos y a continuación los sauces.

—Estamos muy cerca de la rivera —dijo Agahsor—. Puedo incluso sentir el chapoteo de la corriente entre las rocas. Hay que tener cuidado porque los hombres del clan suelen acercarse al río en busca de peces.

—Entonces será mejor que nos detengamos cerca de aquí —dijo Amisha—, observamos un rato, y luego decidimos si cruzar el río o esperar a que caiga la noche. Avancemos un poco más; pero con mucho cuidado.

La brisa había comenzado a batir desde el occidente cuando los tres upallis se agazaparon entre los arbustos para permanecer allí tratando de descubrir cualquier movimiento humano a sus alrededores. En aquel momento el sol comenzaba a descender tiñendo de púrpura el ocaso y Amisha quedó entretenida mientras contemplaba el reflejo de las nubes y las copas de los árboles sobre las quietas aguas de la corriente.

Mientras avanzaban por la pradera no habían sentido la fatiga; pero ahora, frente al río y al amparo de la tupida vegetación de la orilla, el sueño comenzaba a dominarlos. Amisha fue la primera que se recostó al suelo boca arriba y quedó dormida.

El encanto de la naturaleza en aquel lugar poseía el extraño poder de aliviar su pena y preocupación; pero no podía borrar las imágenes de destrucción y desamparo que como relámpagos en la oscuridad iluminaban su mente desde la pérdida del talismán. Debía recuperarlo a toda costa y terminar con aquello.

Llevaban un rato así cuando sintieron un chapoteo. Amisha abrió los ojos y se incorporó lentamente mientras hacía que los cazadores a su lado se despertaran.

— ¿Qué es? —susurró Agahsor.

Amisha le hizo guardar silencio con un gesto leve.

Una mujer semidesnuda había entrado al agua y caminaba cuidadosamente entre las rocas resbaladizas. En su mano izquierda cargaba una cesta de mimbre en la cual iba depositando pequeños moluscos y crustáceos que conseguía recoger de los que habían quedado atrapados en las oquedades durante el reflujo de las aguas.

Por la distancia que existía desde el río hasta las chozas del campamento del Clan del Reno, bien se podía ver como algo normal que las mujeres fueran a recoger pequeños animales, plantas acuáticas o a bañar en las numerosas posas durante los días más calurosos. A pesar de eso, los del Clan del Oso debían guardar recelo. Así, la estuvieron observando un buen rato hasta que se dieron cuenta de que andaba sola. La mujer se había ido alejando corriente arriba y ellos se levantaron y la fueron siguiendo entre la tupida vegetación de la orilla hasta que Amisha consideró el lugar como suficientemente alejado del campamento para intentar un acercamiento.

—Ahora voy.

Se disponía a salir al encuentro de la mujer cuando un movimiento inusual de esta la hizo detener.

Había soltado la cesta y con movimiento inseguro se dirigía hacia el centro de la corriente. Algún peligro oculto entre las sombras de la orilla opuesta había despertado su atención y eso la hacía retroceder de espalda a los tres upallis que la vigilaban.

—No puedo ver qué sucede— dijo Agahsor mientras tomaba una de sus flechas y tensaba el arco. El otro cazador había hecho lo mismo y ahora los tres aguardaban con impaciencia.

Escucharon un chasquido sobre las piedras y se dieron cuenta que había sido provocado por la mujer. Ella había recuperado su cesta de mimbre y de su interior extrajo un cuchillo que centelleó bajo los últimos rayos del sol poniente.

Entonces un gruñido les reveló que se trataba de un animal; y así

fue en efecto. Un enorme lobo gris o tal vez un perro salvaje apareció sobre las rocas frente a la mujer. Ésta, en otro intento por esquivar la amenaza, continuó retrocediendo, perdió el equilibrio, y cayó al agua en el mismo instante en que Agahsor disparaba su flecha. El proyectil pasó sobre la cabeza de la mujer y se clavó certero en el pecho del animal, el cual, tras un aullido desapareció en las sombras.

La mujer también había desaparecido, tragada por las oscuras aguas de la posa. Los tres upallis salieron de la espesura en el momento en que esta emergía tratando de conseguir una bocanada de aire y sin pensarlo dos veces se lanzaron los tres al agua.

Era tanto el miedo que había provocado en ella la presencia de la fiera, luego la caída al agua y por último la aparición de los tres humanos, que en su forcejeo por liberarse de las manos que la trataban de rescatar hirió en el hombro a uno de los cazadores, de manera que tuvieron que quitarle el cuchillo a pura fuerza y sacarla a rastras hasta la orilla.

— ¿Y casi te ahogas por no querer soltar esto? —dijo Amisha—. ¡Déjame ver que es!

La mujer se calmó al escuchar una voz femenina en su propia lengua.

— ¿Quiénes son ustedes?

—No temas. No te haremos ningún daño —respondió Amisha—. ¿Había alguien más contigo cuando llegaste al río?

— ¡Nadie! ¡Pero díganme quienes son ustedes!

—Clan del Oso. Gente de Ghawr; pero no es nuestra voluntad la guerra ni asesinar a alguien, y mucho menos a nuestros propios hermanos. Ahora dime algo más: ¿saben en el campamento que estás aquí?

— ¡Si lo saben; pero a nadie le importa! —dijo la mujer.

— ¿Cómo que no les importa?

—Tima y Akton me han tomado con ellos, para saciar su apetito, y no permiten que otros hombres me posean, bajo pena de morir flechados. Por eso los hombres me temen y se alejan de mí. Nadie se atrevería a seguirme hasta aquí. ¿Qué quieren ustedes?

— ¿Tú has visto a un cazador extranjero, del pueblo yatri?

La mujer estuvo dudando por un momento y luego se puso en pie.

—Tengo que irme antes que regresen Tima y Akton.

—No es bueno que vivas aquí entre gente que te desprecia. Puedes venir con nosotros al Clan del Oso. ¿Cómo te llamas?

— ¿De qué serviría que fuera con ustedes? Tima y Akton están preparando una venganza terrible contra el Clan del Oso. Todos ustedes morirán. Y ahora, mejor regreso al campamento antes que regresen.

La mujer dio un paso para marcharse pero Amisha la tomó con

fuerza por el antebrazo.

—No me has dicho lo que sabes acerca del cazador.

—Ése es un cerdo al que solamente algunos hombres aman. Está en el campamento desde ayer y al parecer los hermanos están muy contentos con él ¿Dejarás que me marche ahora?

—Trato de averiguar si el cazador trajo algo consigo. ¿Has oído hablar de mi talismán?

—Entonces… ¿tú eres Amisha?

—Lo soy.

—Debí haberlo adivinado. En el clan todos hablaban de ti.

— ¿Y ahora no?

—Los hermanos han prohibido muchas cosas.

—Necesito que busques donde se halla el talismán y me lo digas. Toma tu cuchillo, y recuerda, puedes venir con nosotros. Esta noche dormiremos del otro lado, en el bosquecillo de fresnos.

La mujer se alejaba por la orilla y se detuvo a unos quince pasos. Luego se volvió y quedó observando a los del Clan del Oso. Finalmente levantó una mano en señal de despedida.

—Mi nombre es Yanital —dijo antes de ponerse en marcha a lo largo del sendero.

Amisha le devolvió el saludo y unas palabras de aliento:

— ¡Ghawr y el Clan del Oso nunca podrán ser derrotados! ¡No lo olvides, Yanital!

Como había prometido, en cuanto la mujer desapareció entre las sombras, cruzaron al otro lado y fueron en busca del árbol escogido para pernoctar. A la luz de la luna llena el enorme fresno apareció imponente y mágico ante sus miradas.

Entre ella y Agahsor lo primero que hicieron fue atender la herida que su compañero había recibido en el hombro durante el forcejeo con la mujer. Para esto armaron una pequeña fogata y pusieron a cocinar una infusión de flores y corteza de álamo, luego untaron la herida con un emplasto preparado a base de setas y la cubrieron con un pedazo de corteza.

Después de hacerle tomar la infusión subieron al árbol y cada uno se acomodó lo mejor que pudo sobre una rama gruesa tensando las cuerdas alrededor de sus cuerpos a través de los gajos más delgados, de modo que funcionara como señal en caso de que el cuerpo dormido se fuera a salir de la rama que usaba como yacija. Algo que se hizo innecesario en aquella ocasión, ya que allí los fresnos eran muy frondosos y sus ramas se habían cubierto de un espeso manto de musgo que le servía a los upillas a manera de lecho y sostén.

Amisha pasó mucho tiempo sin poder dormir. Contemplaba la luna llena que se filtraba entre las florecidas ramas y arrancaba de las flores aquel aroma tan peculiar que la excitaba salvajemente.

Despertó al golpe de un objeto sobre su pecho y cuando abrió los ojos, ya no era la plateada luz de la luna iluminando la noche. Esta había sido apenas un instante mágico de su vida y la alborada era la que teñía ahora el bosque con matices alucinantes.

Recogió el pequeño fruto sobre su pecho y observó a la ardilla que lo había dejado caer.

—Gracias amiga, gracias por brindarme de tu desayuno —dijo mientras pelaba el piñón, que luego se llevó a la boca. Entonces observó las ramas donde los dos cazadores aún dormían tranquilamente. Muy a pesar suyo, debía despertarlos; pero al tratar de incorporarse vio una silueta que se movía entre los árboles en dirección al río. Se volvió otra vez tratando de alcanzar a Agahsor, y esta vez pudo pegarle con una pequeña rama sobre la cabeza.

En el momento en que el cazador despertada y trataba de incorporarse Amisha sintió el ruido que produce la hojarasca bajo las pisadas. Justo al pie del árbol estaba la mujer a la que habían conocido entre las aguas la tarde anterior. En su mano llevaba una cesta de mimbre cubierta con grandes hojas de haya.

Al parecer, ella no los había visto, ya que su mirada se dedicaba a buscar ansiosa en derredor como tratando de descubrir si alguien la seguía.

—Aquí estamos —dijo Amisha, resbalando sobre la rama hasta el final del tronco y luego dejándose caer junto a la mujer—. ¡Vendrás con nosotros al campamento del Clan del Oso!

—Creo que después de lo que he visto, tendré que ir con ustedes. He visto el talismán colgado al pecho de Tima mientras le hacía sexo al cazador Nautima. No quiero que me obliguen esos cerdos a estar con ellos otra vez.

Mientras tenía lugar esta conversación los dos cazadores habían despertado y descendían del árbol.

—He escuchado lo que dice esta mujer —dijo Agahsor—. ¿Qué haremos ahora que sabes de tu talismán?

Amisha permaneció en silencio por un instante. Observó luego a los ojos de Yanital tratando de descubrir en ellos los misterios del corazón, y dijo:

—Hay que arrebatarlo del pecho del infractor cueste lo que cueste. Para eso hemos venido aquí y estoy segura que con la ayuda de Yanital lo podremos conseguir esta misma noche.

— ¡Si piensas que yo…!

—Será necesario; pero no temas. Estaremos junto a la cabaña de los hermanos para impedir que te penetren o vuelvan a hacerte daño. ¿Dónde están ahora?

—Ayer en la tarde avistaron un rebaño de renos camino al norte y han salido en su busca. Cazadores de todos los clanes estarán con ellos

en una ceremonia de caza para confirmar el pacto.
— ¡El pacto… contra el Clan del Oso! —dijo Amisha pensativa— ¿Y ayer donde estuvieron? —preguntó a continuación.
—En una reunión con los jefes de los otros clanes. Al parecer los hermanos desean que todos los upallis vean el talismán sobre su cuello.
—El gran error traerá la desgracia para todos. El talismán no debe ser expuesto a la luz del sol.
— ¿Por qué no? —preguntó Agahsor.
—Las fuerzas de las tinieblas lo podrían descubrir y venir por él. Este puede ser el fin de los humanos y el comienzo del imperio de las tinieblas. Toda suerte de males se abatirá sobre la tierra enferma hasta que seamos aniquilados.
—Aquí les traigo algo para comer —dijo la mujer indicando hacia la cesta que había depositado en el suelo.
—Me muero de hambre —dijo el cazador herido.
—Antes de comer será mejor que busquemos un lugar más seguro donde pasar el día, o hasta que regrese Tima con mi talismán.
—Yo conozco ese lugar. Está junto al río, cerca del lugar donde ustedes me libraron de la amenaza del lobo.
Caminaron a través de los diversos bosquecillos hasta alcanzar otra vez la margen izquierda del Yaredan. Aquí la vegetación formada por arbustos frondosos ofrecía mayor protección y se hizo bastante fácil seguir por una cañada casi paralela al río. La mujer los condujo hasta una hendidura en las rocas que formaban la rivera de un arroyo seco.
—Pueden entrar —dijo tras observar a su alrededor—. Pueden encender una pequeña fogata con la leña que encontrarán en el suelo y aquí en la cesta hay aceite y semillas de hayuco que son buenos para cicatrizar heridas. Yo debo irme antes que se den cuenta de mi ausencia.

***

Había amanecido ya plenamente cuando Yanital entró a la cabaña de pieles que compartía con los hermanos Tima y Akton desde que estos arribaron al campamento del Clan del Reno y se adueñaron del liderazgo, después de asesinar al chamán y a varios de sus oponentes más empedernidos, incluyendo entre estos a las hermanas de sangre del propio Ghawr.
Ahora convivía también en la cabaña el cazador extranjero, quien en otros tiempos, cuando la vida de los upallis todavía era normal, había intentado muchas veces ser admitido en el Clan del Reno. Todos en el clan sabían que no era muy aceptado por su propia gente en el pueblo yatri, debido a sus manías sexuales que resultaban intolerables y reñidas con las costumbres heredadas de sus propios antepasados.

— ¿Dónde has estado? —preguntó el cazador al verla llegar.

La mujer hizo silencio y trató de prolongarlo; pero al final de cuentas comprendió que no debía despertar sospechas y que sería más oportuno inventar una respuesta.

—Estuve en el río tratando de capturar algún pez; pero no tuve suerte.

—Pues vuelve a salir y trata de encontrar algo. Ya me muero de hambre y la carne que quedó de anoche desapareció. Seguramente te la comiste o se la echaste a los perros.

—Es mejor alimentar a perros y no a un extranjero atrevido y sucio en mi propia casa.

—Esta ya no es tu casa, mujer. Tu tío y tus primas han muerto y todo esto es de Tima y Akton y pronto lo serán todas las cabañas, y los animales, y hasta los árboles de los bosques alrededor. Cuando los hermanos se conviertan en los dueños y los jefes de todo esto, entonces ya no podrás gritar y decir, esto pertenece a todos, esto pertenece al pueblo; porque sucederá que te echaremos de aquí y serás tú la que te conviertas en una sucia extranjera, tanto aquí como afuera.

Yanital agachó la cabeza y salió dando un tirón a la piel que colgaba a la entrada.

—“Tal vez se había excedido” —pensó mientras vagaba sin rumbo por los estrechos y lodosos callejones que separaban las cabañas.

Debía ser más cautelosa y guardar su enojo. La humildad sería tal vez la única forma de conducirse mientras permaneciera en el campamento sometido a la voluntad de los nuevos jefes. Pensativa y triste como estaba casi no se dio cuenta cuando abandonó el terreno llano que servía de asentamiento al poblado y llegaba a un barranco que hacia la función de lindero con el bosque en dirección al norte.

Se sentó sobre la tierra húmeda y comenzó a pensar en el fin de toda existencia, hasta llegar a desear que aquella gran desgracia que amenazaba a la tierra, oída de los labios de Amisha, se convirtiera en realidad y así acabaran todos sus sufrimientos y los sufrimientos de la gente que una vez la amaron y que ahora la rechazaban obligados por las nuevas y abusivas reglas que se imponían a la comunidad por medio de la fuerza bruta. Amisha tenía razón y aceptaba de muy buena gana su ofrecimiento. Ahora sólo faltaba recuperar el talismán y tenía que prepararse para hacer su trabajo.

Regresó al poblado y se puso a husmear entre las cabañas hasta que una mano arrugada y caritativa la invitó a pasar. La choza donde se introdujo había sido construida alrededor del tronco de un viejo árbol derribado y lo que quedaba de este aún permanecía sembrado profundamente en el suelo, sobresaliendo dos codos sobre la superficie.

— ¿Qué te sucede hija mía? —dijo la anciana—. Cambia esa cara por una más alegre. Todo en la vida cambia constantemente y llegará un día muy cercano ya en que esos hombres sucios y perversos se aburrirán de ti y te dejarán en paz. Entonces todo llegará a ser normal como lo fue hasta el momento en que ellos hicieron su aparición en el campamento.

—Mientras ese día llega, tengo miedo de salir embarazada. No quiero que aparezca un hijo de semejantes hombres, que tienen más de bestia que de verdaderos hombres.

—Come esto —dijo la anciana extendiendo sus manos en las que sostenía una torta de harina de hayuco y un pedazo de ciervo asado.

Yanital tomó el alimento, pero en vez de comerlo lo envolvió en unas hojas de haya y lo dejó sobre la superficie lisa del tronco.

— ¿Por qué no comes? ¿Acaso no tienes hambre?

—Debo llevarle de comer al cazador Nautima. Me comí la carne y las tortas que quedaron de ayer y se ha enojado conmigo.

—Muy bien hija, para salvarte de su enojo está bien que lo lleves a él; pero yo tengo más para ti —dijo y sacó de una vasija de barro otras tortas y un pescado seco y lo puso frente a Yanital.

Mientras comía se puso meditativa y entonces preguntó a la mujer que le era tan caritativa y que tal vez por sus años conocía de aquella oscura historia que narraba la degradación del hombre a través de su mezcla con otra raza.

— ¿Es verdad lo que se cuenta sobre el nacimiento de los hermanos Tima y Akton?

La anciana lo pensó dos veces antes de abrir la boca para responder.

—Cierto es. Cuando era muy joven su madre fue raptada por los hombres bestia y aunque logró escapar y regresar al clan, llevaba ya en su vientre a los dos hermanos. Una suerte de castigo del Gran Espíritu para todo el pueblo de los upallis.

—El Gran Espíritu muchas veces es desfavorable ¿no es así?

— ¿Cómo tú lo sabes? —preguntó la anciana.

—Dicen que Amisha, la mujer extranjera del Clan del Oso conoce todas las respuestas.

— ¡Hija! —dijo entonces la anciana—, mejor termina de comer y regresa a tu cabaña. ¡Nunca se sabe en qué momento podrían regresar los hermanos!

Yanital devoró de prisa hasta la última migaja y salió a la calleja después de agradecer a la anciana.

Cuatro o cinco cabañas arriba unas mujeres se hacinaban frente a un objeto que yacía en el suelo y que había atraído pronto la atención de otros miembros del clan.

Yanital se fue acercando tímidamente hasta que pudo escuchar lo que sucedía por parte de la propia gente que comentaba con sorpresa.

Queriendo estar segura de que era cierto lo que decían asomó su rostro por encima de algunos hombros y en un instante tembló de espanto.

Era el mismo lobo que la había sorprendido la tarde anterior junto al río y todavía llevaba la flecha clavada en el pecho. Por lo que pudo ver permanecía con vida y con fuerza suficiente para gruñir a todo aquel que trataba de tocarlo.

Ella se escabulló entre la gente y se apresuró hacia la cabaña y cuando llegaba junto a la entrada vio salir al cazador Nautima seguido por otros dos. Casi hasta la atropellan al pasar a su lado y se dirigieron al trote callejuela abajo.

Para un cazador experimentado es fácil reconocer la naturaleza y circunstancias de una herida causada por lanza, flecha o venablo.

Los cazadores se agacharon junto al animal, pusieron un bozal en su hocico y cargaron con el al interior de una cabaña.

—Esta flecha es del Clan del Oso —dijo Nautima mientras observaba entre sus manos el dardo que habían arrancado del animal.

—Deben haber muchos otros como este en el campamento —dijo uno de los upallis—. Cualquier cazador los puede tener después del encuentro en el bosque con Ghawr y sus cazadores.

—Pero eso fue hace mucho tiempo —replicó Nautima—, y el asta de esta flecha está muy tierna todavía —agregó mientras olfateaba la madera cuidadosamente.

— ¿Quiere qué hagamos algo?

—Reúne a un grupo y salgan con los perros. Sigan el rastro hasta que encuentren el lugar donde fue herido el lobo.

CAPÍTULO 18: PRISIONEROS

El refugio no parecía más que una pequeña habitación cavada en la roca. Sin embargo, les podría servir para evitar ser descubiertos rondando por el campamento. Allí habían decidido pasar el resto del día y al caer la noche se acercarían a la cabaña de los dos hermanos.

—Si queremos recuperar el talismán tendremos que sorprenderlos y asesinarlos. No nos quedará más remedio —dijo Agahsor—. Pocos hombres son los que se enfrentan a los hermanos y al mismo tiempo tienen la dicha de salir con vida.

— ¡Es cierto! pero la recuperación de mi talismán vale cualquier riesgo. Contamos además, con la ayuda de Yanital. Su idea de darles algún brebaje para hacerlos dormir profundamente podría dar resultado. Luego tomamos el talismán y nos marchamos a toda prisa.

Amisha hizo silencio para observar al otro cazador que se había levantado desde su rincón y se acercaba a la entrada del refugio, apartaba con mucho cuidado las ramas de los arbustos y enredaderas y fijaba su mirada hacia el exterior.

— ¿Qué es lo que sucede? —preguntó entonces.

El hombre regresó junto a ellos y la escasa luz en el interior del refugio fue más que suficiente para que pudieran observar su rostro perturbado por el temor.

— ¿Qué sucede? —preguntó Amisha por segunda vez.

—Sentí un ruido extraño que venía del bosque, me asomo para tratar de descubrir que podría ser, y me doy cuenta que se acercan algunos perros.

Al oír estas palabras, Agahsor echó tierra suelta sobre la pequeña hoguera, tomó sus armas y se puso en pie.

—Tenemos que salir de aquí antes que nos descubran —dijo entonces dirigiéndose a la entrada. El otro cazador intentó seguirlo; pero Amisha lo tomó del hombro haciéndolo detener en firme.

— ¡Un momento…! ¡Esperen un momento! Estoy casi segura que este refugio es mucho más que esto. Debí decirlo antes; pero otras preocupaciones ocupaban mi pensamiento. He observado como el humo de las antorchas y de la hoguera se desplazaban al interior. Contra aquella pared —dijo señalando hacia las penumbras, ahora apenas traspasadas por la escaza luz de las dos antorchas.

—Iré a ver —dijo el cazador asustado. Tomó la antorcha clavada en el suelo y alzándola por encima de su cabeza se dirigió con paso indeciso hacia el otro extremo de la habitación.

Por un momento lo vieron alejarse, y entonces desapareció entre las

tinieblas, quedando a lo lejos una claridad mortecina que ni aun los upallis con su aguzada visión eran capaces de ubicar si provenía de la derecha o de la izquierda. Pasó un momento más y la claridad desapareció.

Al principio decidieron aguardar por su regreso; pero el tiempo comenzaba a dilatarse y el cazador no hacía su aparición. Entonces se acercaron a la entrada.

En aquel instante vieron una figura surgir sobre un montículo en la ribera opuesta.

—Están del otro lado —dijo Agahsor.

— ¡Vengan conmigo! —dijo el cazador a sus espaldas—. Demoré un poco porque se me apagó la antorcha y casi pierdo el camino. ¡Vengan por aquí!

Y se volvieron hacia el interior; pero apenas podían distinguir su figura y lo siguieron a toda prisa sin ningún tipo de vacilación y más bien alegres, por poder alejarse de la presencia de sus parientes.

— ¿Será que la mujer nos traicionó? —dijo Agahsor.

La respuesta de Amisha no llegó nunca a sus oídos. Una pequeña luz había aparecido en la distancia y el cazador ansioso por conducirlos a una salida apresuró su paso sin tomar en cuenta los obstáculos que se interponían en su trayecto ni la estrechez del laberinto.

Un momento después el pequeño haz se convirtió en un chorro de luz solar. Por su potencia debía ser alrededor de la hora del mediodía y para llegar al exterior tuvieron que escalar las rocas hasta una altura de doce codos.

Agahsor fue quien primero asomó la cabeza por el agujero. Observó a su alrededor y echó afuera sus armas.

Todo parecía en calma. Por la distancia que habían recorrido bajo tierra podían suponer que estaban lejos de la entrada principal y de sus enemigos. Con una mirada a su alrededor los hijos del Clan del Oso comprendieron que se habían alejado de las orillas del río y del campamento del Clan del Reno. Ahora estaban en medio de un espeso bosque de hayas y el agujero por donde habían salido a la superficie estaba rodeado por un amontonamiento de rocas calizas que les podía servir de protección y escondite.

—Aún falta mucho para el anochecer —dijo Amisha—, y yo creo que sería mejor…

La luz del sol se vio de repente opacada por una sombra que la cubrió un segundo y a continuación un rugido los hizo retroceder del susto. Un enorme oso pardo cayó sobre sus cuatro patas y se lanzó contra los upallis. En un instante estaban corriendo a través del bosque perseguidos de cerca por el animal. Debía estar demasiado hambriento cuando se decidía por un ataque contra los humanos, con los cuales la especie se disputaba ocasionalmente los abrigos de piedra

durante el crudo invierno. Además, el oso se alejaba siempre de la presencia del hombre, tanto por su naturaleza solitaria como por sus hábitos alimenticios, cuya dieta consistía fundamentalmente de frutos y vegetales.

Esta vez parecía que los upallis habían hecho la elección fatal que los llevaría a un enfrentamiento directo con el animal; pero de esto se dieron cuenta demasiado tarde. El terreno se había ido elevando de manera progresiva y en el desespero por escapar no se daban cuenta, hasta que el bosque se cerró a manera de cuña contra el despeñadero de una antigua cañada. Llegaron exhaustos hasta el mismo borde y ahora el único recurso que les quedaba para sobrevivir era combatir a la bestia, romper el cerco y escapar en dirección al bosque.

Agahsor tomó una flecha y tensó la cuerda de su arco mientras Amisha y el otro cazador se disponían a repeler el ataque con una lanza cada uno. El animal estaba apenas a unos quince pasos cuando los tres hijos del Clan del Oso escucharon los ladridos de unos perros que saliendo de la espesura se dirigían a ellos.

Una chispa de esperanza saltó de repente en el corazón de Amisha y sus compañeros. Los dos perros, mucho más veloces en la carrera, se interpusieron entre ellos y la enorme bestia cuando esta estaba a unos pocos pasos de su objetivo. Tras esto, los tres upallis vieron con desaliento a un grupo de cazadores que atravesando el lindero se dirigían corriendo pendiente arriba mientras blandían temerariamente sus lanzas y jabalinas. El oso trató de retroceder; pero aquellos hombres no perdieron el tiempo ni la oportunidad que se les presentaba. Rodearon al animal y lo atacaron de manera terrible con sus dardos.

Uno de ellos se dirigió primero a los tres upallis.

A pesar de las varias estaciones que habían transcurrido desde la última vez que lo vio, Amisha pudo reconocer en él a uno de los dos hermanos y lo primero que hizo fue buscar el talismán colgado a su velludo pecho; pero no estaba allí. Entonces comprendió que seguramente se trataba de Akton.

Aunque eran gemelos, Tima poseía un carácter y un temperamento que se imponía siempre sobre su hermano, y así el otro se había acostumbrado a seguir al pie de la palabra sus decisiones.

— ¡Qué suerte hemos tenido esta tarde! —dijo levantando su jabalina hacia el pecho de la mujer—. Matamos al oso, y atrapamos a tres de sus hijos. Suelten esos dardos, o correrán la misma suerte que el animal.

La distancia hasta el campamento la recorrieron atados de las manos y en fila. Amisha al frente y al final Agahsor. A pesar de su fracaso, en el pecho de la mujer reinaba una paz solamente comparable a las mansas aguas del Amudaria al comenzar el estío.

Sentía que por fin todas las angustias y fracasos de esta vida cesarían de una vez, y aunque siempre deseó cumplir con aquella especie de meta a la que se sentía obligada por una especial inclinación de su espíritu, ahora marchaba con resignación y humildad al posible encuentro con los que matarían su cuerpo terrenal.

Los metieron a una cabaña vacía y los empujaron al suelo.

—La mujer nos ha traicionado —dijo Agahsor cuando creyeron estar a solas.

— ¡Silencio…! ¡Eso no es cierto! He visto en su corazón y en el solamente hay angustia y sed de venganza contra los abusadores. ¿No has visto el extraño cuchillo que lleva con ella? ¿Has visto alguna vez otro semejante?

El cazador dejó caer la cabeza sobre su pecho, cerró los ojos y permaneció en silencio.

En el exterior se escuchaban voces y gritos de mando y algunos hombres corrían de un lugar a otro tratando de reunir a los pobladores. Poco después entraron tres cazadores, los hicieron poner en pie y los sacaron a un espacio abierto donde se había reunido el pueblo.

Los tres prisioneros se sorprendieron al ver a tanta gente reunida, tantos que sobrepasaban en número a los miembros del Clan del Oso.

Los condujeron al centro del terreno donde había varios postes clavados en el suelo y los ataron fuertemente a estos. Ya no les quedaba ninguna duda de la suerte que les esperaba. Servirían de blanco a un grupo de arqueros que se había reunido a cien pasos y a ambos lados de varios troncos que servían de asiento. Allí pudieron reconocer al corpulento Akton y a su lado al cazador Nautima.

Amisha había dejado aparte la preocupación por su propia suerte y aguzaba su vista mientras trataba de descubrir entre la gente del pueblo que la rodeaba la figura grácil y afligida de Yanital. Como no la pudo distinguir entre el gentío, se puso a observar hacia los asientos esperando ver aparecer en cualquier instante al hombre que había causado tantos problemas que hasta la tribu se había desintegrado y se volvía contra el Clan del Oso bajo el peso de su puño y su voz maquinadora.

— ¿Qué van a hacer con nosotros? —dijo el otro cazador.

—Pensé que ya lo sabías —respondió Agahsor—. ¿Puedes ver aquellos arqueros?

El hombre alzó la mirada; pero no para observar al frente donde se reunían los principales del clan y algunos visitantes de los otros clanes, sino para observar a los ojos de Amisha como buscando en ellos una solución a la desgracia que se avecinaba. La atención de la mujer del talismán, por su parte, había sido atraída por un pequeño revuelo que se producía en aquel instante sobre el lado izquierdo entre

las filas del pueblo.

De repente, pudo reconocer a Tima que saliendo de entre la confusión del gentío pasó a situarse al frente junto a su hermano. Venía seguido por otros jefes de los otros clanes los cuales se podían distinguir muy bien del resto de la multitud por sus adornos, armas y vestimentas.

Desde el mismo instante de su aparición Amisha sintió en su pecho la presencia de una fuerza extraña y un flujo semejante a un ligero calambre que recorría su cabeza de un lado al otro. Después de ello su memoria se esclareció un poquito y pudo recordar a gente como aquella en un tiempo que le parecía muy remoto; gente que comenzaba a distinguirse del resto de la tribu por la forma de vestir y de comportarse. Era solamente un vago sentir. Una reminiscencia indescriptible en un momento de paz espiritual. Al principio no podía comprender como se sentía tan ligera y apacible en su situación humillante y grave, mientras que sus compañeros comenzaban a padecer el espectáculo mental que inspira la proximidad de la muerte.

—Debes hacer algo Amisha. Di al menos algo que pueda evitar que nos eliminen —dijo Agahsor casi suplicante.

— ¡Nada puedo hacer! La presencia del Gran Espíritu me invade. Pronto estaré libre. Los enemigos míos y de mi pueblo me liberarán cuando disparen sus flechas y será la dicha grande para mí.

— ¿Pero qué será de nosotros? —dijo el otro cazador alzando la cabeza para observar a la multitud silenciosa—. De nosotros que aún no hemos llegado a la morada en que tú habitas.

— Ustedes quedarán en el mundo y volverán después a esta vida. Pero no teman. Nadie puede matar el espíritu imperecedero del hombre y al final, volverán conmigo.

El cazador dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Sobre la tierra cálida y soleada comenzaba a soplar una ligera brisa cargada de humedad, y el cielo se cubría de nubes tan espesas que la primavera parecía transformarse en los días que preceden al otoño.

Aquel cambio tan profundo y repentino en la situación del tiempo, cambió sin duda el estado de ánimo de la gente; pero nadie se atrevía a moverse de su puesto a pesar de que había entre ellos muchas mujeres con niños pequeños de amamantar y muchos ancianos enfermos y desvalidos. Allí debían aguardar para presenciar el alarde de prepotencia del corpulento Tima que en aquel momento además de sus músculos y estatura exhibía sobre su pecho el misterioso talismán.

— ¿Qué esperan? ¿Por qué no disparan ya? —dijo Shantel dominado por la desesperación.

— ¿Por qué tanta prisa hermano? —respondió Agahsor—. Mejor observa eso. —agregó señalando con un gesto de la cabeza hacia la derecha.

La multitud abrió paso y varios hombres entraron al campo haciendo rodar sobre el césped el grueso tronco de un árbol. Momento después entró un fornido cazador que los upallis pudieron reconocer como extranjero.

El hombre llevaba el pelo recogido en un grueso moño sobre la cabeza y su torso desnudo era atravesado desde el hombro izquierdo hasta la cintura por un grueso cinturón de piel del que colgaba un cuchillo tan largo y bruñido, que incluso la escasa luz del sol que se filtraba entre algunas nubes se reflejaba en el. Para realzar su aspecto fiero ante la mirada curiosa de los upallis, vestía una cinta negra de tejido grueso que le envolvía la frente y se ataba con un lazo sobre la nuca.

Después de observar a su alrededor dio unos pasos en dirección a los prisioneros, puso un pie sobre el tronco, y luego extrajo el gran cuchillo y clavó su aguzada punta en la madera.

En aquel instante todos apartaron la mirada del singular personaje para observar a Tima:

— ¡La guerra ha comenzado! —dijo este tras adelantarse unos pasos. Destruiremos al Clan del Oso y nos comeremos a sus niños. Aquí tengo el talismán. Ahora soy el hombre más poderoso y todos los pueblos de la tierra se tendrán que rendir ante mis pies. El Clan del Reno, y todos aquellos que se hagan nuestros aliados serán favorecidos con el poder y la riqueza que conquistarán mis brazos; pero, ¡ay de aquellos que se nieguen a seguir mis pasos! No habrá paz ni vida para los traidores ni para enemigos y cobardes.

— ¿Quiénes seguirán a Tima el invencible? —gritó su hermano alzando al cielo la enorme lanza.

Se escuchó un grito y luego una enorme algarabía de la multitud. La mayoría del clan parecía apoyar las decisiones de los hermanos y aquello hizo que Amisha sintiera lástima y tristeza por ellos y por las desgracias que habrían de suceder a todos los upallis y pueblos de la tierra a causa de la imprudencia y ambición de unos pocos.

— ¡Qué se haga el sacrificio a los espíritus! —gritó el nuevo chamán tratando así de congraciarse ante sus amos.

— ¡Sacrificio…, sacrificio! ¿De qué están hablando? —preguntó Shantel volteando la cabeza hacia Agahsor y luego hacia Amisha.

El extranjero con el gran cuchillo bajó su pierna semidesnuda del enorme tronco y blandiendo su arma al cielo aguardó en silencio mientras a los prisioneros se acercaban dos hombres. Estos fueron directamente a donde estaba Shantel y uno de ellos lo tomó por la trenza de sus cabellos tirando de ellos hacia adelante sin compasión. El otro comenzó a desamarrar el nudo que lo ataba al tronco.

— ¿Qué hacen? —gritó Agahsor— ¡Déjenlo quieto! ¡Déjenlo morir en paz!

Aquellas palabras sólo sirvieron para que Shantel entrara en una crisis de terror que lo llevó a forcejear con todo su cuerpo para impedir que aquellos continuaran poniéndole las manos encima.

El extranjero con el cuchillo acudió en ayuda de los otros dos.

— ¡Tú grandote, eres un cobarde! —gritó Agahsor por segunda vez—; ¿Por qué no me desatan y peleas conmigo? Lo hacen con él, porque lo ven débil y cobarde. Su sangre no es ni siquiera digna de derramarse como sacrificio al gran espíritu del trueno. ¡Vengan contra mí, cobardes…! y verán lo que es la pelea contra un hijo del Clan del Oso. ¡Vengan acá!

— ¡Qué así sea! ¡Tomen al otro! —dijo Tima desde su posición junto a los visitantes de los otros clanes—. ¡Yo pelearé con él!

—No puede ser que hayas dicho semejante tontería —dijo Amisha saliendo en aquel instante del estado de éxtasis en que se encontraba; pero ya era tarde para arrepentirse o cambiar la situación. Como había pedido el propio Agahsor, aquellos hombres dejaron quieto a Shantel y se acercaron a él.

La luz de un rayo iluminó el firmamento semejante a una serpiente de fuego y a continuación el horroroso crujir del trueno ensordeció a la multitud. Muchos hubieran deseado correr en aquel instante a refugiarse en sus cabañas; pero el miedo a la furia de los hermanos más poderoso en ellos se lo impedía. Por otra parte estaba la curiosidad por saber que sucedería aquella tarde entre aquellos dos hombres que de manera tan desigual parecían a punto de enfrentarse en decisiva batalla.

El valiente cazador no lucía arrepentido de sus palabras, y para aumentar la determinación y la cólera de sus enemigos escupió en el rostro al corpulento extranjero cuando este trató de tomarlo por los cabellos para obligarlo a inclinar el rostro. Un momento después lo habían desatado de pies y manos y lo colocaban en medio del campo, no sin antes haber recibido de aquel gigante un puñetazo en medio de la espalda que lo echó por tierra.

— ¡Ahora pelea! —dijo Tima acercándose a él y arrojando una enorme lanza de madera de fresco junto a su rostro.

—Pelearé; pero antes quiero que liberen a mis compañeros. Después atravesaré tu garganta.

—Tendrás que pelear por nada —dijo Tima—. Ahora levántate o tendré que atravesarte en el suelo y de todas formas comeremos tu carne hasta que no quede ni una hebra para los buitres. El destino te ha puesto ante mi demasiado pronto, hijo del Clan del Oso, amigo de Athar; quien fue el líder de los cazadores y ahora también sufre destierro como hicieron conmigo y con mi hermano. Levántate ya y muere como un valiente.

Tras el trueno, gruesos goterones comenzaban a salpicar la tierra y a

golpear sobre los rostros ensombrecidos de sus moradores, convirtiendo en lodazal al instante cualquier claro libre de vegetación.

Agahsor restregó el fango sobre su frente, tomó la lanza y afincando una rodilla en tierra, se puso en pie.

— ¡Huye Agahsor! ¡Corre hacia el bosque! ¡Sálvate tú! —escuchó el grito de Amisha.

Pero sus oídos estaban sordos a cualquier reclamo de salvación. Su piel estaba erizada de cólera contra el traidor y contra sus pretensiones de poder y dominación. Por un instante sintió que sus piernas flaqueaban ante la presencia del fiero y corpulento asesino; pero sintiendo firme en su mano derecha la potente lanza, su determinación se hizo fuerte como la zarpa del oso gris.

El cielo fue surcado por otra serpiente de fuego y el estampido de su cola se enredó entre las frondas de un álamo temblón junto al río. Aprovechando aquel instante de desconcierto, Agahsor arremetió contra su enemigo y la lanza entre sus manos iba directa contra el robusto cuello. Pero Tima, casi perdiendo el equilibrio ante el furibundo ataque consiguió inclinarse a un lado de suerte que la aguzada punta pasó sobre su hombro izquierdo hendiendo el músculo y salpicando de sangre su rostro.

El dolor lo hizo retroceder unos pasos para evitar al cazador que sin tregua se le venía encima. En un instante todos vieron con asombro la manera rápida y sencilla como el más fuerte de los guerreros tenía que retroceder ante un enemigo más débil de su propio clan; pero Agahsor, en su segunda arremetida y segado por la ira y el desespero, no pudo presenciar el salto de leopardo del otro hermano y el hacha que se alzó y golpeó contra su cráneo.

Los gritos de la multitud se confundieron con los truenos, el chapoteo de la lluvia, y el silbido del viento entre los árboles cercanos.

Agahsor cayó al suelo con el rostro en un charco de agua. En la parte posterior de su cráneo había quedado clavada la filosa hoja de pedernal y aún temblaba su cuerpo cuando Tima se le acercó, lo tomó de un brazo, y comenzó a arrastrarlo con furia hacia el sitio donde se encontraban atados los otros dos prisioneros. Amisha cerró los ojos ante la suerte miserable de su compañero y el dolor embargó su corazón.

Todos habían quedado en silencio, solamente roto por el embate de la naturaleza.

Tima continuaba arrastrando el cuerpo sin vida de su adversario y sin duda su pretensión había sido mostrarlo de cerca a los prisioneros; pero algo lo detuvo cuando se encontraba apenas a unos siete pasos de la mujer. Sintió un calor extraño en medio del pecho, en el lugar donde colgaba el talismán, y se detuvo para observarse a sí mismo. Era la primera vez que sentía aquella extraña sensación y esperó un

momento tratando de comprender qué era lo que sucedía. Entonces se decidió y dio dos pasos en dirección a Amisha, y de repente su pecho se incendió en una amalgama de colores, tan brillante que el panorama a su alrededor adquirió una tonalidad casi meridiana. Dio un grito de dolor y espanto y trató de arrancar aquel objeto de su presencia; pero sus manos se volvieron inútiles para penetrar el círculo de luz que lo rodeaba.

La gente se había olvidado por un momento de la lluvia y de la amenazadora furia de los rayos para observar el extraño fenómeno que más que nada parecía un prodigio inaugurado por el gran espíritu de la naturaleza. No vieron en aquel instante de confusión a un cazador que corría por la encharcada calleja en dirección al claro hasta que este estuvo lo bastante cerca para que sus gritos llegaran a los oídos de la multitud fascinada. Por primera vez desde que comenzó la ceremonia, se abrió una brecha entre los espectadores comenzando por el lado izquierdo. Por ella penetró el corredor casi sin aliento y a punto de desmallarse, cayó de rodillas y continuó gritando:

— ¡Las hormigas, se acercan las hormigas!

Para ese momento, la mayoría de la gente se había dado cuenta del acontecimiento y ya corrían en todas direcciones tratando de encontrar un lugar donde protegerse.

Dos hormigas gigantes habían hecho su aparición en los alrededores del claro y las primeras víctimas de su enfurecido ataque yacían por el suelo. Cuerpos trozados, miembros esparcidos, gritos de terror mezclados con el bullir de la tormenta y el chillido de los enormes insectos que destrozaban y engullían los trozos de carne sanguinolenta y palpitante aún. Todo el que podía trataba de alejarse del claro donde poco antes se celebraba la ceremonia. Pero una mujer, de figura grácil y ágil como una gama en celos, desafiando el fluir de la multitud aterrorizada se había acercado a los postes donde se hallaban atados los prisioneros, y sin pérdida de tiempo cortaba las amarras. En aquel instante no había nadie capaz de impedir su acto de valentía y fidelidad.

Tima se revolcaba aún por el suelo y su cuerpo se hacía casi invisible rodeado por una nube de colores, mientras que su hermano trataba de subyugarlo para liberarlo del talismán. El grupo de arqueros había conseguido organizar una magra defensa de la posición guiados por el cazador Nautima y ahora se acercaban desde el extremo opuesto del campo en dirección a los prisioneros.

Akton, con la ayuda del guerrero extranjero consiguió por fin reducir a su hermano a la inmovilidad y sacando la cadena de su cuello, lanzó el talismán a lo lejos con todo el ímpetu que proporciona el terror a lo desconocido. Al momento, los reflejos de luz desaparecieron y Tima se desmayó. Su robusto pecho, que antes

apareció cubierto por una maraña de pelo oscuro, estaba chamuscado y en su mismo centro ostentaba una quemadura esférica, símbolo imborrable de que el talismán y su incorruptible poder había estado allí.

Amisha, agachada detrás del poste había seguido el vuelo del talismán y corrió hacia el, lo recogió de un charco y lo puso en su propio pecho. Shantel y Yanital estaban junto a ella y aprovechando la confusión corrieron en dirección al lindero; pero al llegar al barranco y a punto de descender se detuvo.

— ¡Espérenme allá, junto a los árboles!

—No podemos dejarte sola —dijo Shantel.

—Será únicamente por un momento. Debo hacer algo por nuestros hermanos, aunque pueda parecer que no lo merezcan. ¡En un momento regreso con ustedes!

Amisha corrió en dirección al poblado. Atravesó por el campo y tomó la callejuela en dirección al río por donde habían aparecido las hormigas. Pudo ver a varias de estas en diferentes puntos; pero también pudo comprobar que se alejaban a toda prisa desapareciendo entre la tupida vegetación de los bosques caducifolios en dirección al nacimiento del sol. Todas parecían reunirse y moverse en aquella dirección.

Amisha se detuvo por un instante para comprobar el nuevo rumbo que tomaban las bestias. Luego dio la vuelta al pueblo sin detenerse hasta alcanzar el trillo junto al barranco. A unos dos tiros de arco y ocultos entre los árboles Shantel y Yanital la vieron aparecer y se alegraron. Debían correr y ponerse a salvo antes de que Tima y su banda de asesinos tomaran la iniciativa.

CAPÍTULO 19: EL PODER DEL GRAN ESPÍRITU

Las hormigas gigantes se habían presentado esta vez en los territorios ocupados por los upallis y habían dejado su rastro de muerte y destrucción, demostrando con ello el peligro mortal que representaban y la necesidad de estar preparados y prevenidos contra un nuevo ataque.

El campamento del Clan del Oso se había llenado de alegría con la llegada de Ghawr y sus compañeros; pero mucho más cuando apareció Amisha a la mañana siguiente, casi justo en el momento en que Ghawr y un grupo de hombres se disponían a salir en su busca.

— ¿Qué sucedió con el talismán? —preguntó el Hijo del Oso en el silencioso retiro de su habitación—. Cuando llegué, uno de los centinelas me dijo que se lo habían llevado y que tú habías salido en su busca. Eso fue sin duda una buena idea, aunque muy riesgosa; pero no comprendo… ¿cómo alguien se atrevió a tomarlo de la habitación de los muertos?

—Solamente uno que no es upalli podía haberlo hecho. De eso me di cuenta enseguida y salí en su persecución —dijo Amisha—. Fue el cazador Nautima. Ese traidor nacido del pueblo yatri lo tomó en un momento en que todos estábamos emocionados por la aparición de unos grandes peces en el Amudaria; pero lo supe desde un principio. Nunca…, ningún upalli o cualquiera otro que se haya adaptado a nuestras creencias se atreverían a penetrar a la sala de los muertos sin el consentimiento del Gran Espíritu.

—Eres muy valiente Amisha; pero temo por tu vida. Nunca más deberás arriesgarte así y yo no volveré a alejarme de ti. ¿Qué hubiera pasado si…?

— ¡Ya todo terminó! No es necesario que te preocupes por lo sucedido…, y ya tenemos con nosotros el talismán. Pero hay algo que sí debería preocuparnos a todos.

— ¿Qué es?

—Los hombres bestia y las hormigas se han convertido en algo peor que una pesadilla.

— ¡Es cierto! —dijo Ghawr poniéndose en pie y echando un par de leños sobre la pequeña hoguera.

Tenía el presentimiento de que la mujer deseaba decir algo mucho más interesante acerca de los enemigos que tenía el clan en aquel

momento; pero se mantuvo en silencio para darle tiempo a que lo meditara. La conocía muy bien y sabía que raramente se equivocaba en cualquiera de sus apreciaciones, y que estas siempre iban en provecho de la comunidad.

—Hay algo que nunca te dije; pero no creas que ha sido por desconfianza.

Ghawr mantuvo el silencio y se dio vuelta hacia la boca de la caverna, luego dirigió su rostro hacia el techo donde las imágenes de un rito pintadas en las rocas por algún pueblo desconocido parecían tomar vida a la luz de la hoguera y evocaban en él el recuerdo de cosas percibidas en algún instante de su propia existencia. Amisha había enmudecido y tuvo que retomar la iniciativa en la conversación

— ¿De qué se trata? —dijo entonces.

—El día que me encontraste en las colinas de basalto, entré al mundo de los upallis sin ningún recuerdo de mi pasado. Mi mente estaba totalmente vacía.

— ¿Por eso es que parecías confundida con todo? —dijo Ghawr volviéndose a ella y arrodillándose junto al lecho.

—Seguramente que lo estaba…; pero las imágenes de un pasado comenzaron a tomar vida en mí… y cada día que pasa se hacen más claras y profundas. Todas esas cosas que les he contado, al principio no las conocía y entre ellas, los secretos del talismán.

— ¿Cuáles son esos secretos?

—El primero y más importante. Que aquel que lo posee se hace semejante al Gran Espíritu —dijo Amisha—; y ése es el gran peligro que corre la raza de los hombres sobre la tierra. ¡Te lo suplico mi dueño amado; has algo para que el talismán no caiga en manos de las fuerzas de las tinieblas!

—No comprendo, Amisha. ¿Qué quieres decir con eso?

—El talismán es como nuestra propia alma. Llena de cosas oscuras; pero en la cual habita una pequeña partícula de luz. Si se comporta débil y cae en poder de las tinieblas, nos hacemos esclavos del mundo y de sus pasiones; pero si crece y se hace fuerte con la ayuda del pequeño espíritu que habita en ella, entonces todo nuestro cuerpo material es absorbido y dominado por la luz. Existen dos mundos. Uno que es pura luz, del cual nacimos los hijos de los hombres; y un mundo oscuro donde habita la perversidad, la división y la muerte. Este último es el mundo donde vivimos.

— ¿Y cómo podríamos llegar a ese otro mundo de luz?

—Hay dos entradas que pueden conducir al hombre digno hasta la morada del Gran Espíritu. La primera entrada se encuentra aquí —dijo Amisha posando su mano izquierda sobre su corazón—. Es tan pequeña que ni aun podría pasar por ella la aguzada punta de una espina de pescado.

— ¿Y la otra?

—La otra entrada se halla en algún lugar oculto de la naturaleza oscura, fuera del alcance de la mirada de los malignos…; y el talismán es la única guía que nos conduce a ella; pero solamente podrán entrar los hombres y mujeres aceptados por el Gran Espíritu para que alcancen allí su morada eterna.

—Tus palabras son muy hermosas, amada mía; pero no del todo comprensibles para un humilde chamán como yo. Por ejemplo, me gustaría saber qué debo hacer para alcanzar ese mundo de paz y felicidad eterna.

—Primero deberás conocer ese mundo. Hacer que tus ojos se abran a la luz, y la luz de tu entendimiento se unirá a la luz que emana del Gran Espíritu como su fuente única y verdadera. De la luz vinimos a la tierra y a la luz podríamos volver si hacemos que nuestro espíritu se libere de la sustancia oscura.

— ¿Qué es la sustancia oscura?

—La naturaleza. Todo lo que forma parte de este mundo de deseos y sufrimiento. Por mucho que el hombre intente satisfacer el apetito de sus sentidos, encontrará siempre el vacío de la materia, porque el objeto de sus deseos es solamente una ilusión, algo irreal. El vacío y la nada no podrán llenar jamás nuestra verdadera existencia que emana del Gran Espíritu, el cual es la única realidad.

— ¡Un momento, Amisha! —dijo Ghawr tomando las manos de la mujer entre las suyas—, ¿Acabas de decir que estuvimos alguna vez en ese mundo de luz?

— ¡Así es! En el está nuestra morada.

—Pero no comprendo ¿por qué tuvimos que abandonar nuestra morada verdadera para descender a este mundo oscuro?

—No lo hicimos por nuestra voluntad, sino que fuimos enviados por el Gran Espíritu para habitar por un tiempo entre las tinieblas y cumplir una misión.

— ¿Una misión?

—La única verdadera de nuestras vidas sobre la tierra.

—Dime cual es para que yo la conozca y poder así luchar hasta conquistarla.

—Esa misión es para espíritus valientes como el tuyo, amado mío, y tú eres digno de ella.

—Pero dime al fin.

—Destruir las tinieblas, acabar con la ilusión del mundo e iluminar a los hombres con la luz verdadera que emana del Gran Espíritu, porque muchos hombres llaman tinieblas a la luz verdadera, ya que sus ojos no pueden ver en ella; y a las verdaderas tinieblas llaman luz porque viven entre ellas. Lo mismo que el pez vive en el agua, el agua es para el pez su único mundo. El hombre habitante de las tinieblas considera

la oscuridad su verdadero mundo, con la gran diferencia de que el pez es un ser del mundo de las tinieblas y el mismo forma parte de las tinieblas; mientras que nosotros no somos parte de las tinieblas, sino que fuimos enviados a las tinieblas a traer la luz.

— ¿Y cómo destruir las tinieblas y este mundo de tinieblas en que habitamos?

—Apartándonos del mundo. Subyugando los deseos y las pasiones que a través de los sentidos el mundo alza ante nosotros. Los deseos son la profunda caverna donde el espíritu se halla encerrado y encadenado. No veremos la libertad hasta que sean subyugados por la luz.

— ¿Quieres decir, que al mundo nos atan los sentidos?

—Cierto amor mío, y son también la causa de los males y sufrimientos. Los sentidos provocan en nosotros una imagen falsa de la realidad, una realidad que no existe a la que llamamos mundo, viviendo en ella como el pez en el agua, pensando que es la única o la mejor de las realidades posibles, ciegos a la verdadera luz que emana del Gran Espíritu.

— ¿Y qué sucedería con nosotros al conocer la verdadera luz?

—Una de dos cosas podría suceder, amado mío. O no desearías nunca más volver al mundo de las tinieblas, porque el deseo mismo de las cosas materiales quedaría suprimido, o desearás permanecer junto a las tinieblas para iluminar al resto de los hombres con tu propia luz. Pero este último deseo no es un deseo causado por los sentidos, sino por la voluntad del Gran Espíritu que mora en ti.

— ¡Quiero la luz! —dijo el Hijo del Oso poniéndose en pie.

—Pero habrá que luchar por ella —dijo Amisha—. Las fuerzas de las tinieblas quieren impedir que los hijos del Clan del Oso sean la luz que ilumine al mundo. Este mundo es un antro de tinieblas y una pequeña luz puede parecer extraña y perturbadora para los hombres no acostumbrados a ella. De manera que tratarán de extinguirla; pero si conseguimos que cada día que sale el sol un hombre o mujer sea iluminado por ella, entonces la luz prevalecerá sobre las tinieblas. Ahora deberíamos hacer silencio, que alguien se acerca.

La encorvada figura de la curandera apareció en el umbral de las sombras y se recostó contra la pared, dando la impresión de que se encontraba fatigada por un esfuerzo superior al admitido por su anciana condición.

— ¡Ven Nagari! ¡Siéntate a mi lado! —dijo Amisha.

—No puedo sentarme. Tengo que regresar a cuidar de los muchachos enfermos; pero vine a decirte que estoy preocupada por los comentarios que hace Rhaan entre las mujeres.

—No sé qué podría estar tramando ese viejo —dijo Amisha tratando de sonreír—; pero sin duda ha de ser cualquier cosa sin importancia.

La anciana vio como Ghawr se retiraba silenciosamente hacia la boca de la caverna y entonces fue a sentarse sobre el lecho de piedra y cubierto de pieles donde reposaba Amisha.

— ¿Ya te sientes mejor? —preguntó mientras tomaba las manos de la joven mujer entre las suyas.

—No era nada de importancia —dijo Amisha—. Tal vez el agotamiento por la larga travesía. Nosotras las mujeres no estamos muy acostumbradas a correr por los bosques.

Nagari asintió con la cabeza.

— ¿Ya le dijiste a Ghawr de tu embarazo?

—Creo que todavía no es oportuno; pero esta misma noche se lo diré, para complacerte.

—Es importante que todo el clan lo sepa —agregó la anciana.

— ¿Así lo crees?

—Por supuesto. Es bueno que lo sepan para tu propia seguridad; para la seguridad de Ghawr y la de todo el clan. Ya te lo dije una vez. Un hijo para el chamán es como un regalo del Gran Espíritu.

—Hay muchos que no creen en el Gran Espíritu.

—Es difícil convencerlos —dijo la anciana arrugando la frente—. Entre ellos el propio Rhaan. Ahora está tratando de poner a la gente en tu contra, diciendo que tu Gran Espíritu no es capaz de proporcionar una descendencia al Hijo del Oso. Es por eso que insisto en que el clan debe saberlo ya.

—Tan sabia como siempre, mi vieja madrecita. ¡Tienes razón! —dijo Amisha al tiempo que frotaba efusivamente las grasientas manos de la mujer.

Luego se puso en pie y salió afuera haciéndose acompañar por Nagari.

— ¿Dónde fue Ghawr? —preguntó al cazador apostado a la entrada de la caverna.

El hombre retrocedió unos pasos ante la cercanía de la mujer y señaló hacia lo alto del farallón.

—Vuelve a tus cosas Nagari. Ahora mismo iré a hablar con Ghawr. ¡Te lo prometo!

Mientras caminaba en dirección a la escalinata las mujeres que la veían pasar suspendían por un instante sus labores y alzaban la cabeza para observarla con una mezcla de alegría y temor; pero sin atreverse a fijar mucho la mirada en ella. Solamente una se puso en pie y le salió al encuentro sin ningún tipo de temor.

— ¡Amisha! —gritó mientras se acercaba a ella sonriendo.

—Mi valiente Yanital. Deseaba verte y saber de ti. ¿Cómo te sientes en tu nuevo hogar?

—Soy feliz, lejos de la presencia de los hermanos Tima y Akton. Aquí todos son diferentes.

—Me alegra mucho que te sientas bien. ¡Ven conmigo a lo alto! Tengo noticias para el Hijo del Oso y quiero que tú, al igual que todo el clan, compartan mi alegría.

Comenzaron a ascender los empinados escalones labrados con tanto esfuerzo sobre la roca y ya en la cima se dirigieron de prisa a la cabaña principal que se alzaba en medio de la explanada.

A diferencia del anterior poblado junto a la boca de la caverna, este otro estaba siendo construido usando materiales más fuertes y resistentes. Algunas viviendas eran de pura piedra caliza y otras de adobes de barro secados al sol; pero cualquiera que fuera su estilo eran ordenadas sobre la planicie siguiendo el trazado de cuatro calles que habían sido previamente marcadas en la superficie del terreno.

Hacia el oeste habían levantado un cerco de piedra protegido por un foso de seis pies de ancho por cuatro de profundidad que partiendo desde el borde del farallón llegaba hasta la roca del vigía, un montículo de piedra situado hacia el norte que permitía la observación del río hasta que este se perdía en el gran recodo corriente arriba.

La nueva vivienda del chamán se levantaba en una pequeña plaza en la intersección de las cuatro calles; pero la vivienda en sí había sido rodeada por un cerco de piedras que formaba un círculo perfecto a su alrededor.

—Esto es grande y hermoso —dijo Yanital— ¿Para qué tantas casas?

—Ya somos muchos. Si somos muchos necesitamos tener alojamiento para todos y espacio suficiente para los que van llegando.

— ¿Tú crees que llegarán otros a unirse al Clan del Oso?

—No sólo lo creo, Yanital. ¡Ven por aquí! Estoy segura que muchos más llegarán pidiendo refugio y protección.

Doblaron a la derecha entre un grupo de hombres que arrastraban una enorme viga y se detuvieron frente a la vivienda. Desde la parte exterior al cerco se podía ver una piel que colgaba del dintel en el boquete rectangular que hacía la función de abertura de acceso.

Amisha cruzó por la única entrada que había a través del cerco y penetró al mandala; mientras que Yanital esperaba en silencio y pacientemente a cierta distancia del círculo prohibido.

El interior de la vivienda era una gran habitación cuadrada en la cual el único mueble lo constituía un viejo tronco de sauce. En el extremo más alejado de la entrada había un par de pieles que servían como lecho común para Ghawr y Amisha, y recostados a la pared de la derecha estaban cuatro lanzas con punta de pedernal, un enorme arco y un bolso de cuero alargado con un manojo de flechas.

Al ver la habitación vacía Amisha se dio vuelta hacia la salida, y fue en ese momento que Ghawr apartó la piel y la sorprendió.

— ¡No pensé que subirías tan pronto! Las vi venir por el callejón y me di la vuelta. Los campos necesitan hoy más atención que nunca.

— ¿Ibas al campo?

—Si…; pero regresé al verlas porque tengo algo que mostrarte.

El Hijo del Oso tomó su morral de cuero y extrajo cuidadosamente un envoltorio de hojas.

— ¿Qué tienes ahí? —preguntó Amisha.

—Creo que es un tesoro —dijo Ghawr sonriendo y se volvió hacia ella—. Son unas espigas que encontré en el valle del pueblo yatri.

— ¡Déjame ver!

Tuvieron que salir afuera para presenciar a la luz del sol lo que Ghawr había llamado un tesoro y que Amisha confirmó con sorpresa.

—Esto es lo más valioso que has podido traer al campamento —dijo mientras Yanital, a cuatro pasos, la observaba más sorprendida aún.

Después de reír y llamar la atención de los trabajadores, Amisha lo tomó de las manos y acercó su rostro al de él.

—Yo también tengo un tesoro para ti.

— ¡Si…! Dime que tesoro.

—Pon tu mano sobre mi vientre y siéntelo aquí.

—Si es verdad lo que estoy imaginando… ¿Cómo pudo suceder y hasta hoy es que me doy cuenta?

—Los hombres pasan la vida tan entretenidos en sus propias cosas, que raramente se dan cuenta de los detalles.

—Acérquense todos —gritó el Hijo del Oso—. ¡Vean esto! ¡Amisha está embarazada! ¡Voy a tener un hijo! El poder del Gran Espíritu traerá renovación para el año nuevo.

El viejo Rhaan había aparecido entre las cabañas a tiempo para escuchar la exclamación de Ghawr; pero no llegó hasta él, sino que se escabulló entre la gente que se agolpaba frente al cerco, llevándose consigo una mueca de decepción.

CAPÍTULO 20: MUERTE Y RESURRECCIÓN

Más allá de la muralla y el foso que resguardaban el refugio de los cazadores en la dirección de las tierras bajas, se extendían los campos de cultivo que el clan había preparado durante varias estaciones de intenso esfuerzo y esperanza.

Amisha y Ghawr regresaban de allí acompañados por un grupo de hombres y mujeres que habían estado trabajando en la preparación del ritual de la siembra. Era la víspera del comienzo de la primavera y al siguiente día el espíritu de la fertilidad de la madre tierra celebraba con los upallis el inicio del año nuevo.   Mientras caminaban subiendo por la cuesta que conducía al poblado el espíritu se anunció en el cielo con una enorme nube.

El viento la había traído del oriente flotando a poca altura sobre los bosques de abedules y acacias y la situó directamente sobre sus cabezas. Trataban de apresurarse asustados por la aparición, cuando de repente Amisha fue atacada por un fuerte dolor en el bajo vientre y mientras se recuperaba tuvo que sentarse en una piedra y los hombres y mujeres hicieron círculo a su alrededor, preocupados por su bienestar; pero sin atreverse a tocarla. El único cuyo espíritu era suficientemente fuerte para acudir en su ayuda era el propio Ghawr; pero ella no permitió que ni siquiera él la cargara en brazos hasta el poblado.

—No temas —dijo ella—. Es tu hijo que me golpea, ansioso por salir a observar el mundo de las tinieblas que nos rodea. ¡Miren esa nube! Es el Gran Espíritu anunciando que no nos abandona en el largo viaje que ahora hemos emprendido hacia la región de luz.

Mientras esto decía, los upallis miraban asustados la penumbra a su alrededor y la distancia que debían recorrer hasta el campamento.

Un rayo escapó de la nube y golpeó el sendero trayendo más temor a sus corazones.

— ¡No teman! —dijo Amisha poniéndose en pie por sí sola, y en aquel instante rompió la nube y gruesa gotas golpearon sus rostros, y la tierra ansiosa recibió la lluvia como una caricia del cielo.

Cuando bajaron a la caverna el día se había convertido en noche y el Amudaria bramaba como un búfalo enfurecido; pero en la paz oculta del primer refugio que habían encontrado los upallis junto al Gran Río, los hombres, mujeres y niños se habían sentado en un gran

círculo alrededor de los ancianos, al tiempo que tres hogueras situadas formando triángulo en torno a la congregación iluminaban y calentaban el ambiente en el interior.

Todavía no podían separarse los upallis de la caverna. Ella los atraía como un poderoso imán hacia sus entrañas y ella era el único sitio de la creación donde podían sentir un poquito de la paz y el sosiego que el corazón humano ansia. Quizá, pensaban ellos, el Gran Espíritu había hecho brotar al hombre del interior de la tierra y una fuerza oculta y desconocida los reclamaba.

Aquella tarde había muerto un niño atacado por funesta fiebre. Un pequeño espíritu maligno se había refugiado en su cuerpo desde hacía varios días y por grande que habían sido los esfuerzos de Rhaan y la curandera su hálito había escapado a la región situada más allá del umbral de la percepción, a la zona oscura donde su alma debería morar hasta un nuevo nacimiento. Su pequeño cuerpo, que ya no pertenecía a su madre, sino a todo el clan, yacía envuelto en pieles y en hojas aromáticas en medio de los ancianos, mientras el silencio era interrumpido solamente por el leve crujir de los leños entre las llamas.

Así permanecieron por mucho rato y en sus corazones sintieron como una desaparición del tiempo y como un vagar en plena conciencia y en estado de vigilia hacia un lugar más allá del mundo falso de las imágenes de los sentidos. Fue la propia Amisha la que tuvo que sacarlos a todos de aquel estado de conciencia pura y de pura existencia. Y fue con su voz melodiosa como lo consiguió.

Ya los upallis sabían que ella se había consagrado como la gran maga de la tierra, el día que fue capaz de devolverles el precioso talismán de la locura. El que encerraba la fuerza y el poder del Gran Espíritu que se manifestaba a través de ella y cuyo poder quedaba prohibido e inaccesible al común de los humanos.

Un sonido gutural, prolongado y bajo, se escuchó entonces a través de la gran habitación. Era una especie de sílaba cuyo significado tenía el magnífico poder de sacarlos de la realidad suprasensible y regresarlos al mundo de los fantasmas y sombras de los objetos, y al mismo tiempo llamarlos a la invocación.

Lati apareció desde el rincón más oscuro del gran salón y se aproximó a la primera hoguera, alzó los brazos y su mirada quedó fija por un momento en el palpitar del fuego; entonces bajó las manos a su cinturón de piel y desató una de las tres pequeñas bolsas que allí colgaban. Dando golpes en el aire comenzó a esparcir el polvo que esta contenía sobre las llamas, y las llamas se elevaron al techo de la caverna en flamígeras contorciones. Hizo lo mismo acercándose a las otras dos fogatas y cuando estuvo terminada la fase del rito se fue a sentar, cruzando las piernas, al lado de Amisha.

Se volvió a escuchar la sílaba gutural repetida a coro por todos los

miembros del clan y luego se hizo otra vez el silencio. Alzaron lentamente sus brazos al techo de la caverna, respirando profundamente el aire aún saturado con los vapores.

Comenzaba el verdadero viaje espiritual a la región sin tiempo guiados todos por el ánimo de eliminar la amenaza de destrucción que pendía sobre el clan y el mundo, contra el odio desatado por Tima y su hermano Akton y por la paz y la reunificación de los pueblos en una sola familia humana.

En lo profundo de sus pensamientos sólo resonaba el eco de sus propias voces en un clamor respetuoso a una divinidad que era nueva para ellos y a la cual sometían sus deseos y voluntad guiados por la mujer del clan.

Y la gran plegaria duró hasta que pasó el efecto de la amanita.

Entonces el viejo Rhaan hizo sonar su tamboril y aparecieron las figuras danzantes desde la sombra y comenzaron a girar alrededor del triángulo de fuego que guardaba intacto el hechizo de la congregación. Sus rostros cubiertos por máscaras que simulaban en sus diseños las imágenes distorsionadas del tótem y de algunos antepasados míticos, cuyos huesos todavía se conservaban en la sala de los muertos.

Aunque fingían no reconocerlo, uno de los enmascarados danzantes era el propio Ghawr y la máscara y vestuario que cubría su rostro y parte de su cuerpo era aquella creada con la piel del oso de las cavernas, al que él mismo había derrotado el día que los upallis llegaron al sitio de las colinas de basalto, ahora centro y lugar sagrado de la tribu.

Con aquella danza y ceremonia estaban seguros de comenzar de nuevo y considerar el pasado como el mito que los preparaba para una nueva vida. Todas aquellas escenas de caza representadas en el techo y las paredes de la caverna eran la señal precisa de que la tribu de los upallis había existido desde la más profunda oscuridad del tiempo y las figuras eran sus propios antepasados, y los animales y otros objetos eran los mismos que habían formado parte de sus vidas diarias, ahora plasmadas en la roca y congeladas en el tiempo; pero presentes con ellos para la eternidad del largo viaje que les aguardaba.

Al finalizar la danza se replegaron hacia las sombras que envolvían las paredes y los ancianos comenzaron a envolver el cuerpo del niño en pieles, rellenando los vacíos que quedaban en estas con hierbas aromáticas hasta que lo dejaron convertido en un bulto compacto que luego se encargaron de introducir en la sala de los muertos, al pie del talismán.

Entonces comenzó el festín. El olor de la carne asada impregnó la cargada atmósfera y el aguamiel sacada de sus depósitos comenzó a correr entre las gargantas sedientas. Poco después, cuando hubieron

saciado el apetito y la sed, volvieron todos a formar el círculo alrededor de los ancianos, y el viejo Rhaan comenzó a repetir una de sus narraciones.

"Y dijo el más viejo de los ancianos, aquel que usaba una barba blanca con muchos pelos que le llegaba hasta el pecho, dijo así: 'en el principio todo lo que existía era la luz, y la luz estaba en todo el espacio del gran vacío; pero como vio el Gran Espíritu que sería bueno llenar aquel espacio con otros seres de luz, comenzó a sacar de sí mismo pequeños rayos y los convirtió en formas de uno, dos, tres y así hasta que vio que todo el espacio a su alrededor se había llenado con pequeños seres semejantes a él, y eran tantos, que el Gran Espíritu se podía pasear por sus dominios sin encontrar jamás el fin y aquellos seres vivían en pura luz, y la luz los alimentaba y con ella se divertían.

Entonces, una de aquellas criaturas, que no se sabe cuál de ellas, sintió el deseo de ser como el Gran Espíritu y tener la fuerza para crear con imaginación sus propias cosas, y desobedeciendo al Gran Espíritu que era su padre se puso a juntar los unos y los dos y los tres y con todos ellos hizo figuras. Hizo círculos, hizo cuadrados, hizo triángulos y rectángulos y llamó a cada uno por su nombre, y cuando fue descubierto por su padre, fue lanzado a un abismo insondable de las tinieblas y como ellos eran luz, se comenzó a iluminar el vacío de las tinieblas y como la luz que manaba de ellos mismos se expandía y comenzaba a llenar la extensión del vacío; los pequeños seres primogénitos de la verdadera luz comenzaron a crear los mundos oscuros de las formas rellenando toda figura de luz que salía de ellos mismos.

Los círculos rotaron y se convirtieron en esferas oscuras, los cuadrados en cubos, los triángulos en pirámides y conos y los pequeños seres de luz habitaron entre las formas oscuras que ellos habían creado y las formas crecieron en número y en tamaño; entonces aquella luz que había desobedecido a su padre quiso crear otros mundos de formas donde las formas tuvieran cada una su propia sombra y pudieran dividirse y sacar de sí formas semejantes, lo mismo que había hecho el padre único con ellos.

Y por un acto más de desobediencia al padre, fue creada la tierra a partir de una figura redonda y en ella las plantas y los animales y finalmente el hombre. El hombre creado era como los animales y solamente el soplo del creador alentaba su cuerpo oscuro para caminar o arrastrarse por la tierra en busca de alimento, y el hombre se dividía en sí mismo; porque aún no existía la mujer, hasta un día que el creador de las formas hizo del hombre una forma semejante con figura de mujer y sopló en ella de su espíritu de desobediencia.

Viendo el Gran Espíritu la obra de la creación, no estuvo de acuerdo y para volver a sus hijos a la sumisión envió a un espíritu puro como

mensajero al mundo de las tinieblas para que soplara en el hombre y en la mujer una partícula diminuta de su propio espíritu. Desde aquel momento ya no somos simples formas atrapadas en las tinieblas del mundo. Ahora somos espíritus de pura luz que fuimos enviados a combatir las tinieblas.’ □dijo el viejo Rhaan e hizo silencio para dejar por un momento que sus oyentes pensaran en el sentido más profundo de su narración”.

Esa noche los upallis durmieron en conciliación con una nueva potestad divina y rechazaron a las fuerzas oscuras de la naturaleza a las que habían rendido adoración siguiendo la antigua costumbre de sus antepasados. Ahora sabían que el Gran Espíritu traído por Amisha formaba parte de ellos y tenía su pequeña morada en algún lugar de la cabeza de cada uno. Ya no había que adorarlo en el exterior, como a los espíritus de la naturaleza, sino en el interior de sí mismos y en el cumplimiento de los ritos sociales que el mismo espíritu les ordenaba.

El rito y la costumbre se mantenían; pero su sentido social para la comunidad dejaba de ser puramente de utilidad mundana para convertirse en el camino o la senda del retorno a la divinidad. Ya no se trataba de adorar a la multitud de fuerzas de la naturaleza sino al espíritu único que moraba en el hombre. Lo que habían comprendido aquella tarde de lluvia, lo que Amisha les había enseñado, es que hay un único dios; el Gran Espíritu que mora en el hombre. Habían aceptado la gran transformación en su relación con lo sagrado porque ahora comprendían que todos los cambios emprendidos por el clan, desde las formas de producción hasta las costumbres y los pensamientos, habían sido revelaciones del Gran Espíritu a las que tenían que obedecer.

Por la mañana volvió cada uno a su posición en el círculo alrededor de los ancianos y fue traído el cadáver del niño y colocado sobre la piedra con superficie plana en medio de la gran estancia y en medio de la congregación, y Ghawr se puso en pie y extrayendo su cuchillo de pedernal, con un solo corte separó la cabeza del cuerpo y la colocó sobre un pedazo de cuero.

Amisha y Lati tomáronla luego y la llevaron de regreso a la habitación sagrada, donde la colocaron en uno de los pequeños nichos incrustados en la pared. Cuando ellas salieron de vuelta a la habitación, todo el clan comenzó a desfilar lentamente hacia el exterior. Había terminado el rito de la caverna y comenzaba el rito del Sol.

Ascendieron la escalinata y atravesaron el caserío y luego la explanada en dirección a los cultivos. Todo había sido preparado para la ocasión. Bajo la dirección precisa de Lati encendieron una hoguera junto al campo que había sido escogido para los enterramientos y mientras las mujeres echaban hierbas aromáticas sobre el fuego, los

ancianos depositaban el cuerpo decapitado en una fosa. Vinieron entonces otras mujeres a colocar en la fosa algunos objetos que en vida habían sido de utilidad para el cuidado del niño y posteriormente le cubrieron con piedras que habían recogido en el campo. Finalmente los agricultores voltearon la tierra con sus azadas hasta que la fosa estuvo cubierta.

Era el primer día de la primavera y para comenzar el rito de la fertilidad, trajeron entre varios hombres la estatuilla tallada en piedra y ceremonialmente la pusieron en manos de Ghawr. Se habían congregado ya en medio del campo y preparado un agujero en el suelo en el cual el Hijo del Oso depositó la imagen de la diosa. Luego se arrodilló, y con sus propias manos la cubrió de tierra.

Para ese instante hombres y mujeres del clan, principalmente los que aún eran jóvenes y se consideraban dentro de la etapa reproductiva, se habían aglomerado a su alrededor. Sin lugar a dudas, estaban ansiosos por presenciar la ceremonia y participar en ella. Las mujeres jóvenes ocupaban la parte interior del círculo y los hombres detrás de ellas. Entonces Ghawr se puso en pie y se quitó la piel de oso que cubría su rostro y su cuerpo hasta las rodillas, la entregó a uno de los cazadores que la tomó y desapareció con ella y entonces alzó sus brazos al sol. Así permaneció por un instante. Las mujeres trataban ansiosas por acercarse a él; pero los hombres detrás se lo impedían.

Ghawr se levantó la falda de piel que le cubría los muslos, se agarró el falo y comenzó a masturbarse mientras caminaba sobre la tierra recién removida y húmeda. Los participantes en la ceremonia comenzaron a repetir "vida… fértil…vida… fértil… vida…fértil"; y las mujeres persistían en su intento por acercarse al Hijo del Oso; pero los hombres continuaban detrás de ellas más obstinados aún, tomándolas de los hombros y reteniéndolas, hasta el momento en que Ghawr se detuvo y entre espasmos y contracciones…

Una joven logró escapar de los brazos masculinos que la sostenían y saltando como una cabra sobre la tierra mullida, se arrodilló frente a Ghawr en el instante en que éste tuvo el orgasmo y parte del líquido cayó sobre su rostro, huyendo el resto a fertilizar la tierra.

Con este acto la muchacha se retiró y todos los hombres comenzaron a caminar los campos mientras se masturbaban y dejaban caer la esperma sobre los surcos.

Cuando estuvieron agotados de aquello, formaron grupo y uno de ellos se acercó al Hijo del Oso con un pequeño cuenco que contenía las semillas recogidas en el pastizal durante su viaje al valle del pueblo yatri. Amisha se acercó también y mientras Ghawr sostenía su cuenco de la fertilidad, la mujer del talismán iba tomando las semillas y depositándolas en el suelo a medida que abría un agujero con sus propios dedos en la tierra húmeda. Luego de los primeros pasos,

vinieron otras mujeres y la ayudaron hasta que se agotaron las espigas.

El lugar donde sembraron las espigas de la gramínea salvaje lo marcaron con piedras y el resto del campo lo plantaron con rábanos, nabos, apios y zanahorias. El trabajo fue arduo y fatigoso y cuando concluyeron y se retiraban al refugio, ya el sol comenzaba a descender sobre el bosque húmedo.

CAPÍTULO 21: LA CAVERNA

El Clan del Oso había ocupado su refugio de la caverna en un momento que ahora guardaban sus miembros en la conciencia colectiva como de trascendencia mítica y de revelación por la divinidad; pero habían sido tantos los inconvenientes y las disputas en el seno de la tribu desde aquel día, que no habían tenido tiempo para explorar la caverna más allá de la sala principal donde se alojaban y de la habitación de los muertos.

Forzados por la necesidad de espacio habitacional y de almacenamiento, así como por la seguridad y protección que podría representar la ampliación del refugio bajo la tierra, Amisha recomendó a Ghawr la tarea de explorar más allá de lo conocido hasta aquel instante, ofreciéndose ella misma a formar parte del grupo designado para la nueva aventura de los upallis.

Una mañana de la primavera que nos ocupa entraron a la habitación de los muertos y después de rendir culto quemando hojas aromáticas y haciendo abluciones con agua, removieron entre todos la piedra que habían colocado como obstáculo a la entrada del pasadizo, y se internaron en lo profundo de la tierra.

Los primeros treinta pasos los anduvieron por un suelo a nivel; pero a partir de allí el pasillo se ensanchó y comenzó a descender paulatinamente hasta que perdieron la noción de la profundidad a la que se hallaban.

Pronto llegaron a una amplia habitación donde la claridad proyectada por las antorchas no alcanzaba a iluminar todas las paredes a un tiempo. Aquel detalle les indicaba que debía ser al menos tan grande como el gran salón que ocupaban los upallis, y se alegraron todos. El lugar profundo bajo la tierra podría constituir una especie de segunda línea de seguridad en caso de una emergencia y se vieran en la necesidad de retirarse u ocultarse de cualquier enemigo.

Allí invirtieron un buen rato observando y analizando las diversas posibilidades que les ofrecía, hasta que Ghawr decidió continuar la marcha. Entonces se dieron cuenta que debían decidir entre dos opciones. En aquella habitación la caverna se bifurcaba en dos túneles cuyas entradas se hallaban ubicadas en posiciones opuestas. Como habían perdido completamente la noción de la posición en que se encontraban, decidieron que fuera Amisha la que les dijera por cuál de

los dos deberían continuar.

La mujer del talismán pareció no inmutarse ante una decisión que si resultaba fallida los podría conducir a una situación difícil. Se levantó resueltamente de la roca donde se había sentado a reposar y se encaminó a uno de los túneles. Habían decidido que ya era inútil tratar de adivinar la posición en que se encontraban bajo la tierra y eso los llevó a caminar con resolución, más aun cuando el pasillo resultaba bastante confortable y el avance parecía ser en un plano completamente horizontal.

Ghawr marchaba al frente y poco después se detuvo. La luz de las antorchas no alcanzaba a iluminar ningún obstáculo al frente y la mirada se perdía entre profundas tinieblas.

—Aquí hay que andar con cuidado. Yo diría que lo mejor es detenernos a tomar un descanso.

Tomó entonces consigo a dos de los más fuertes y se adelantó unos pasos atado con una cuerda por la cintura.

Al frente continuaba la oscuridad y esto lo obligaba a ser más cuidadoso aun. Por su propia experiencia comprendía que existen lugares bajo la tierra que pueden conducir de repente a ciertos abismos donde no hay salvación posible para cualquiera que tenga la mala suerte de resbalar en ellos.

Con la antorcha junto al suelo trataba de medir cada paso suyo y no se adelantaba hasta después de haber observado con cuidado.

El suelo continuaba firme bajo sus pies y el Hijo del Oso se erguía nuevamente para regresar a anunciarlo a su gente cuando algo golpeó la llama de la antorcha, a continuación recibió otro impacto sobre su rostro y entonces en el pecho. Aturdido por la sorpresa y la continuidad de los golpes dejó escapar la antorcha que sostenía en alto y cayó hacia atrás sobre la roca húmeda. Los hombres que sostenían la cuerda habían actuado de inmediato y tirando de esta impidieron que el Hijo del Oso resbalara por la pendiente que había aparecido ante ellos. La antorcha había caído hacia lo profundo; pero continuaba encendida permitiendo así que los upallis pudieran apreciar la profundidad del abismo que tenían al frente.

—Podemos bajar sin necesidad de usar cuerda —dijo uno de los hombres que se había adelantado para reconocer el relieve.

Hacia la derecha las rocas formaban una especie de rampa que conducía hasta el piso de la habitación inferior, y los upallis se olvidaron del descanso y hasta de la comida. Tan entusiasmados estaban en los nuevos descubrimientos.

Esta habitación era diferente a las dos que ya conocían. Su suelo estaba cubierto de extrañas rocas cristalinas y del techo que se perdía en las tinieblas colgaban otras, mucho más largas que semejaban enormes espinas de pescado. Ante la luz de las antorchas brillaban con

un fulgor parecido a las estrellas del cielo en una noche despejada. Pero lo que más fascinaba al espíritu emprendedor y práctico de los upallis fue la abundancia de fuentes y baños de agua cristalina en los cuales se reflejaban sus propias imágenes, al tiempo que se podía apreciar con nitidez el fondo de tales fuentes.

Como habían hecho en la sala anterior, permanecieron allí durante un buen rato tratando de comprender qué tipo de beneficio podría darles aquel lugar.

—Es necesario continuar —dijo Amisha al cabo de saciar su sed en una de aquellas fuentes.

Poco después ascendieron sin mucha dificultad por el otro extremo de la oquedad y continuaron adelante.

El nuevo tramo de túnel los mantuvo en marcha durante tanto tiempo, que según la apreciación de sus sentidos y del instinto acostumbrado a la vida en el interior de las cavernas, debería ser casi de noche cuando sintieron que la marcha se les hacía más pesada y agotadora. El suelo estaba limpio y la humedad anterior sobre las rocas había desaparecido, de manera que lo único que podía causar aquella pesadez era la elevación del suelo. El túnel se acercaba sin duda a la superficie y los upallis comenzaban a alegrarse de aquella situación cuando de repente el hombre que marchaba al frente se detuvo.

— ¡Se ha cerrado!

— ¿Qué sucede aquí? —preguntó Amisha que marchaba de última en la fila.

—Parece que no podremos continuar por este lado —dijo Ghawr—. Hay árboles, rocas… y muchos huesos de animales. Tomaremos un descanso y veremos que se puede hacer.

El momento no era el más apropiado para meditar en una solución, sino para actuar de inmediato, ya que en dado caso de que no se pudiera encontrar una salida por aquella parte de la caverna, los upallis se verían obligados a retroceder y regresar al refugio a través de la habitación de los muertos. Cosa que Amisha verdaderamente no deseaba. Era una especie de instinto lo que la incitaba y la mantenía en su empeño de continuar por aquella ruta que tantas cosas maravillosas les había mostrado ya.

Tomaron un breve descanso y comieron algo y entonces Ghawr y los otros hombres se dedicaron a la búsqueda de una salida. A primera vista en la oscuridad que los envolvía parecía que la barrera que les cerraba el paso era impenetrable. Estaba formada por árboles destrozados, tierra y rocas, y cuando llegaron a la cima del montículo, hallaron una enorme cantidad de huesos de animales. Fue a través de estos que consiguieron ver del otro lado una claridad mortecina que penetraba a través del techo. Rápidamente todo el grupo comenzó a

ascender con la esperanza ahora mucho más firme que nunca.

Poco después se encontraban en medio de un agujero de unos veinte pies de circunferencia. Desde allí podían ver el cielo y las nubes sobre sus cabezas; pero la oquedad parecía estar situada bajo un doble techo, de manera que tendrían que escalar hasta una caverna situada en primer nivel, y de esta hasta la superficie.

Ghawr se quedó observando. Las paredes laterales del agujero parecían demasiado empinadas para poder escalar, sin embargo, el borde superior del techo que formaba el piso del primer nivel; hasta donde podía apreciar desde su posición, aparecía cubierto de afiladas puntas rocosas.

—Dame aquel hueso —dijo a uno de los cazadores.

Tomó la pieza, que consistía en una tibia de caballo salvaje y la amarró fuertemente por la mitad y la lanzó hacia el borde superior del agujero. ¡Ahora debería comprobar si su intento había sido efectivo o no! Para esto comenzó a recoger la cuerda lentamente, hasta que esta se detuvo al quedar trabada entre las rocas.

— ¡Parece que sí! —anuncio a los demás que ya comenzaban a impacientarse—. Voy a subir y desde allí afirmaré la cuerda para que suban ustedes.

Comenzó a escalar apoyando los pies contra la pared lateral y caminando sobre esta hasta alcanzar el borde. Con otro esfuerzo consiguió sujetarse a una de las rocas y entonces se sintió libre para soltar la cuerda y utilizar ambas manos para tirar de su cuerpo que aún se mantenía suspendido en el vacío.

Desde abajo lo observaban en silencio; pero con inusitada alegría mientras se aseguraba de que la cuerda estuviese firmemente trabada entre las rocas.

Otro hombre comenzó a subir y el hijo del Oso se disponía a ayudarlo; pero en aquel instante un gruñido en la oscuridad del otro lado del agujero lo hizo saltar atrás y desenvainar su cuchillo de cuarzo. Pudo distinguir un par de ojos que chispeaban como tizones... y a continuación otros dos, y otros, y otros, que lo observaban con devoradora ansiedad.

—Tengo compañía —gritó.

— ¿Qué sucede? —escuchó desde abajo la voz de Amisha.

—Estoy rodeado de hienas.

— ¿Cuántas?

—Todavía no lo puedo saber; pero son muchas.

Un animal se le vino encima y el Hijo del Oso apenas pudo esquivar el golpe; pero con la misma habilidad con la que logró esquivarlo, lo apuñaló en su cuarto trasero en el momento en que se impactaba éste contra la pared. La bestia herida perdió el equilibrio y cayó en el foso donde los upallis terminaron de aniquilarla.

El inicio del enfrentamiento había sido prometedor para el Hijo del Oso, tan acostumbrado al enfrentamiento con animales de gran porte y agilidad. Es este caso, no obstante, tenía las de perder, ya que no es lo mismo enfrentarse a un solo individuo que a una manada, y la hiena de las cavernas era ese tipo de cazador carroñero que acostumbraba a acosar a sus presas en formación de grupo, siendo del número de sus miembros de donde sacaba su agresividad y osadía. Esto lo sabía Ghawr, y de aquí que se esforzaba escrutando entre las sombras para determinar el número de sus enemigos y poder así decidir su táctica de defensa.

Amisha y los cazadores no se habían quedado paralizados. De inmediato habían echado a funcionar todos los recursos disponibles y un momento después una antorcha voló a través del foso y cayó junto a los pies del Hijo del Oso. Una lluvia de piedras atravesó en ángulo la distancia y comenzó a impactarse sobre el sitio donde se guarecían los animales.

Otra antorcha encendida cayó junto a Ghawr al tiempo que el cazador que ascendía por la cuerda hizo su aparición sobre el borde del foso. Mientras tanto, el Hijo del Oso se había apoderado de ambas antorchas y con ellas en alto iluminaba la profunda estancia de donde partían los gruñidos.

— ¡Es necesario que suban de prisa! —gritó.

Otro cazador comenzó el ascenso y poco después se sumaron otras antorchas como fuego vivo en manos de los upallis. Ya eran tres; pero cuando intentaron arremeter contra las fieras, estas habían desaparecido.

Contentos por la inesperada victoria colocaron otra cuerda y armaron en poco tiempo una escalera utilizando la abundante provisión de huesos que cubría el suelo y cada rincón de la planta inferior del pozo. Por esta escalera de huesos subió Amisha hasta reunirse con Ghawr y los demás cazadores.

Estaban sobre el primer nivel de la caverna a unos doce pies de la superficie. Aquí las paredes formaban una suerte de escalones que habían sido labrados por las aguas pluviales en su descenso hasta la planta inferior. Contrario a lo que habían pensado los upallis, aún era pleno día y el sol lucía en medio del firmamento y su luz se filtraba entre las frondas rojas y amarillas de un bosquecillo de hayas. El foso se encontraba situado en el cauce de un antiguo arroyo, oculto entre la tupida vegetación y rodeado por un amasijo de rocas calcáreas que lo hacían prácticamente invisible a las miradas no prevenidas, tanto de animales como de humanos.

El éxito de la exploración los dejó completamente satisfechos, y cuando se dieron cuenta de la ubicación del bosque, la alegría fue mayor aún. Habían cruzado bajo las aguas del Gran Río y se hallaban

a poca distancia de las colinas de basalto. Así que, sin pensarlo más, se pusieron en marcha de regreso al campamento.

CAPÍTULO 22: LAS TABLAS DE LA ESCRITURA

Días después de la aventura en la caverna, Amisha continuaba pensando en los extraños símbolos y figuras y a su mente acudieron otra vez raras imágenes de un mundo desconocido del que ella no recordaba absolutamente nada.

Todo lo que podía hacer no era más que unir las imágenes de cada uno de aquellos “momentos de ensoñación”, compararlas entre sí, volverlas a repensar tratando de encontrar a cada imagen su significado, y por último, intentar unirlas en un cuadro único con la esperanza de construir un pasado para sí misma, o reconstruir el que se había borrado de su memoria.

Pero sus esfuerzos parecían inútiles, ya que aquellas imágenes no representaban nada personal, o al menos algo que ella pudiera considerar personal, propio de una existencia humana. Eran simples imágenes sin conexión, y su pasado continuaba siendo desconocido para ella misma; pero en cambio, las imágenes de cada momento de ensoñación le revelaban un pasaje útil para la existencia y supervivencia del clan al que ahora pertenecía.

—Cuéntame una vez más como fue que me encontraron en las colinas de basalto.

Ghawr permaneció pensativo por un instante. Recordaba muy bien lo que sucedía en momentos como aquel. En cada ocasión que la mujer del talismán pedía un recuento de su propia vida, hallaba con seguridad que una nueva revelación había acudido a su memoria. Ghawr lo sabía y por eso se preguntaba a sí mismo cuál sería esta vez.

—Los upallis huíamos de nuestros enemigos buscando por el bosque amparo contra éstos y contra la tormenta que azotaba nuestros cuerpos cansados y maltrechos. Todo lo que vimos al salir a la pradera fueron las colinas de piedra. Pensando que era nuestra única oportunidad en aquellas circunstancias, animé a la gente para que continuara la marcha. Las colinas fueron un lugar magnífico. No solamente nos pudimos ocultar allí, sino que también nos cubrieron de la lluvia y de los rayos y del poderoso viento que nos azotaba. Pudimos encontrar un techo y armamos una fogata y nos calentamos con el suave lamer de sus llamas. Luego bajé con algunos hombres por un túnel entre las rocas y encontré la cámara donde te hallamos. Estabas tendida sobre el suelo, desnuda, dormida, y con el talismán al

cuello.

—Mis recuerdos comienzan a partir del momento en que abrí los ojos y te vi. El resto son imágenes a las que no les hallo sentido.

— ¡Pero que nos han sido de gran utilidad! —dijo Ghawr— ¿Por qué te preocupas tanto por eso que no comprendes?

—Es que acabo de tener otras visiones —dijo Amisha.

— ¿De qué se trata?

Se hallaban en la casa de la aldea, en lo alto del farallón. Era muy temprano todavía y podían ver el sol que apenas se anunciaba en sus primeros albores y la fresca niebla que se arrastraba lentamente como serpiente herida sobre la tierra y sobre la llanura más allá del río.

Ghawr se había sentado sobre las pieles y observaba ahora los hombros desnudos de la mujer, que eran como el color de la miel. Ella le dio la espalda y se descubrió hasta las caderas.

— ¡Adelante! No me dejes así. Dime cual fue la visión.

— ¿Recuerdas esos extraños símbolos y grabados en las paredes y el techo de la caverna?

—Por supuesto que si —dijo Ghawr—. No se parecen en nada a otros que hayamos visto antes.

—Pero fueron grabados allí por nuestros antepasados; lo que quiere decir que deberíamos conocer su significado.

—Otra vez no comprendo a dónde quieres llegar con eso de que deberíamos comprender su significado.

Amisha se volvió a colocar boca arriba y él le acarició con una mano la barbilla.

— ¡Su significado, claro está! —dijo la mujer del talismán—. Tienen que tener un significado.

—Entonces ¿Cuál fue la visión que tuviste? —dijo Ghawr un poco decepcionado por el giro incomprensible que tomaba la conversación.

—Ya te lo diré, y estoy de acuerdo contigo en que es muy difícil de entender; pero sé que hay un lugar, tal vez aquí en mi cabeza, donde he visto esos símbolos y figuras.

***

Tomó a Yanital de una mano y se fue con ella hasta la orilla del río.

— ¡Vamos a trabajar! —dijo mientras comenzaba a escarbar el suelo con la azada.

Había observado que de aquel sitio y sus alrededores los trabajadores de la construcción extraían una buena arcilla con la que se fabricaron los primeros adobes que luego se utilizaron en la edificación de las viviendas en el poblado. Para comenzar quería probar con aquella misma arcilla que era de color blanco y de textura muy fina al tacto. No sabía exactamente el significado de lo que pretendía realizar con ella; pero al igual que había sucedido otras

veces, estaba convencida que, de alguna forma imprevista y desconocida la visión le iría conduciendo a un resultado nuevo y útil a la comunidad.

—Acerca la canasta y recoge este poco —dijo un rato después.

— ¿Qué haremos con toda esta arcilla?

—No te preocupes Yanital, ni yo misma estoy segura; pero como ha sido una revelación del Gran Espíritu para los upallis, confío en que se trata de algo muy importante que debemos hacer.

Un trabajador de la madera vino hasta ellas y les mostró una pieza redonda y pulida confeccionada con el tronco de un árbol derribado.

— ¿Esto les servirá? —preguntó indeciso.

—Creo que es perfecta —dijo Amisha—. Ahora sólo necesito que me traigas los instrumentos de madera como te pedí.

El hombre se retiró y un rato después regresaba con unos moldes cuadrados. Una especie de marcos sin fondo que Amisha colocó en el suelo sobre la tabla redonda.

—Así me parece bien. Dame ahora la varita de cáñamo, y puedes retirarte por el momento.

Llenaron los moldes con la arcilla extraída después de humedecerla y la emparejaron en la superficie hasta que quedó pulida y reluciente. Luego se metieron al agua y estuvieron bañándose y conversando hasta que el sol estuvo alto en medio del firmamento.

— ¿Y ahora qué haremos? —preguntó Yanital.

—Parece que será un misterio hasta para mí misma, al menos hasta que lo termine —dijo Amisha sonriendo—. Aunque pienso que después de eso ya no será un misterio para nadie—. Agregó mientras comprobaba que la arcilla poseía en su superficie la consistencia adecuada; pero sin estar completamente seca. Entonces tomó la varita de cáñamo, cuya punta y borde habían sido cortados en forma de cuña y acomodándose junto al marco, cruzada de piernas, hundió la varita en la superficie húmeda de la arcilla, sobre el extremo izquierdo de la tableta.

Tuvo el cuidado de no ejercer demasiada presión, ya que solamente pretendía dejar en la arcilla una marca superficial. Al retirar el cáñamo observó con satisfacción lo que había conseguido. Entonces continuó, e imprimió otra marca hacia el lado derecho de la primera; pero dejando una pequeña separación. Así prosiguió sucesivamente hasta completar una línea con diez diferentes dibujos. Los cuatro primeros formados por una simple marca, los otros seis mediante variadas combinaciones y teniendo cuidado de que la parte aguda de cada marca fuera la única que se pusiera en contacto dentro de un signo combinado. Casi a mitad de la tableta dibujó otros diez, tomando en cuenta la regla que había decidido en los de la primera línea. Luego se quedó pensativa y pasó a la parte inferior de la tableta;

pero aquí realizó solamente dos de sus dibujos.

— ¡Ya está! —dijo entonces y se puso en pie—. Dejaremos que se seque al sol y después la pondremos en lugar seguro. Tú serás la encargada de cuidarla, de manera que no se destruya o se pierda.

— ¿Qué es? —dijo Yanital sorprendida.

—Observa aquí —dijo la mujer del talismán agachándose otra vez junto a la tableta—. Cada uno de estos dibujos es un sonido de nuestra lengua. No sé si tú te has dado cuenta que los upallis usamos veintidós sonidos diferentes cada vez que hablamos. Lo que quiero decir es, que nuestras palabras las hacemos al combinar un total de veintidós sonidos que producimos con nuestra garganta, lengua, dientes, nariz y labios. Ahora te repito. Cada uno de estos dibujos, es un sonido. Entonces, si ponemos un dibujo junto a otro, en el mismo orden en que los upallis lo hacemos al pronunciar cada palabra, podremos tener cada palabra dibujada en tabletas de arcilla como esta.

— ¿Dibujar palabras…?

—Veo que has comprendido. ¡Eso es lo que quiero! A partir de ahora, alguien se tiene que dedicar a dibujar palabras.

Yanital se echó a reír y Amisha no tuvo más remedio que unirse a su exhibición de alegría.

— ¡Puedes reír, está bien! Pero quiero que tomes este trabajo muy en serio. El Gran Espíritu te ha designado a ti para que me ayudes en esto. Ahora ya lo sabes y como te dije antes, el misterio se ha revelado para ti y para mí.

— ¿Y para qué puede servir dibujar palabras? —dijo Yanital arriesgándose a parecer demasiado indiscreta.

—A la verdad…, aún no estoy segura; pero me imagino que con ello podríamos mantener en la memoria de los upallis aquellas cosas que suceden cada día, como por ejemplo, los nombres de las plantas y los animales y de nuestros hermanos en el clan, así como los días que llueve cada año, cuando se van los hombres de cacería, el día que recojamos la cosecha o cuando muere alguien.

—También podríamos dibujar las leyendas de nuestros antepasados, como las cuentan los ancianos.

—Debemos tener cuidado —dijo Amisha dejando de sonreír en aquel instante—. Por el momento no debes contar a nadie acerca de este misterio.

— ¿Por qué?

—Ya sabes que a Rhaan no le gustan mucho las cosas nuevas.

A partir de aquel día la única labor de Yanital fue la de preparar las tabletas de arcilla en las cuales Amisha comenzó a escribir. La mujer del talismán se sentía feliz en poder contar las muchas cosas que habían sucedido desde el día que los upallis la encontraron en las colinas de basalto. Sus recuerdos comenzaban allí, y a partir de allí

comenzaba la historia escrita de los upallis; pero no conforme con grabar en las tabletas de arcilla sus propios y personales recuerdos, comenzó también a escribir lo que los propios upallis conocían acerca de sus antepasados, sus héroes míticos y los lugares de la tierra por donde habían vagado antes de que Amisha llegara al clan. Pronto se comenzaron a acumular las tabletas en la gran habitación que compartía con Ghawr y hubo necesidad de buscarles un lugar más amplio y propio para ellas. El lugar escogido fue un rincón en la habitación de los muertos.

El sistema de veintidós dibujos inventado por Amisha comenzó a recibir el nombre de letras y al conjunto de las veintidós letras le llamaron alfabeto. Cada letra representaba un único sonido, lo que se hacía fácil de aprender en unos pocos días, y por supuesto, la primera en recibir la enseñanza del alfabeto fue Yanital.

— ¡Escribe esto! —dijo Amisha mientras la mujer esperaba sentada con las piernas cruzadas y una tablilla de arcilla húmeda frente a ella—. “***cepriqun traun qan ton eguten***”.

Yanital observó el cáñamo entre sus manos dudando por un instante y luego lo acercó con cuidado a la superficie húmeda y presionó su primera marca.

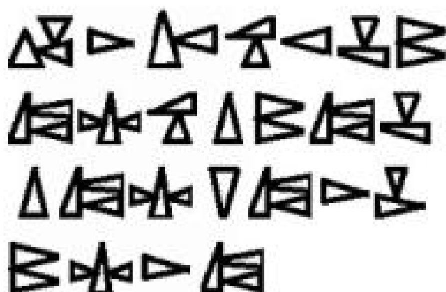
—Está muy bien —dijo Amisha—; pero continúa...

— ¡No sé si echaré a perder la tableta!

— ¡Eso no importa! Si te sale mal, solamente tienes que pasarle el cáñamo por encima y borrar lo que está mal hecho. Siempre se puede hacer mientras la arcilla esta blanda.

Después de pensarlo un instante Yanital continuó marcando los caracteres hasta que la frase estuvo completa, ocupando la mitad de la primera línea horizontal.

— ¡Esto es encantador! —dijo entonces mientras observaba detenidamente su resultado.



Amisha se puso en pie agarrándose la barriga con ambas manos.

—Continúa practicando los dibujos hasta que puedas hacerlos todos sin necesidad de observar una muestra. Yo tengo que hablar con Ghawr y regreso luego.

Yanital se quedó observándola mientras se alejaba por la orilla del río en dirección a la caverna. Era grande la admiración que sentía por ella desde el mismo día que la conoció junto a las márgenes del Yaredan, cuando la protegieron del lobo y la sacaron del agua a punto de morir ahogada. Pero ahora estos dibujos le parecían una de las cosas más grandiosas del mundo, dada a los hombres por el Gran Espíritu. Estaba decidida a esforzarse hasta aprender a hacerlo como deseaba la mujer del talismán.

CAPÍTULO 23: LA SEÑAL

La primavera había traído cierta sensación de paz; pero también un cúmulo de trabajo y tareas que debían emprender o finalizar a la mayor brevedad posible. Se trataba ante todo de las labores de construcción y defensa del refugio y la atención de los campos después de la siembra.

Como era de esperar, a mediados de la estación hubo una gran crecida y también el avistamiento de algunas manadas en dirección a la pradera central. Esto fue un acontecimiento, pues era costumbre de los upallis celebrar para esa época del año la ceremonia de la cacería y el comienzo del rito de la iniciación. Durante esto último, aquellos varones que habían llegado a la edad de la adolescencia y habían demostrado sus dotes como cazadores del clan debían prepararse para la nueva vida de adultos.

Esto traía consigo un aumento de la carga de responsabilidades que les tocaría asumir como miembros plenos de la comunidad.

Ancestralmente la ceremonia de la cacería la celebraban los upallis en el mismo lugar destinado al culto de los muertos y sus alrededores; pero como en los últimos tiempos se habían tenido que mover al norte y después al este, sus costumbres habían tenido que cambiar de manera forzosa con el cambio de las circunstancias y con la desintegración que sufría la tribu, cuyo proceso aún se mantenía latente.

Los hijos del Clan del Oso habían adoptado las colinas de basalto como su nuevo lugar de culto y ceremonias. Esto lo habían hecho por iniciativa propia y en oposición con los otros clanes, tal vez porque estos últimos, enfrascados en el gran movimiento organizativo que siguió a la ruptura con el Clan del Oso, habían descuidado por un lapso de cuatro estaciones consecutivas la celebración de sus ceremonias.

La primavera había llegado al máximo de su esplendor y un grupo de cazadores precedidos por Ghawr recorría el territorio cercano a las colinas de basalto tras el rastro de una manada de bisontes que había dejado sus huellas sobre la hierba húmeda y se alejaba hacia el norte. Los agebartaren se apresuraban, siempre con la expectativa de poder darles alcance antes de que se internaran en territorio de los otros clanes, y aunque la manada habría sido más que suficiente para

sustentar a toda la tribu, la ruptura de las costumbres impedía desde hacía algún tiempo la distribución equitativa de un bien común ofrecido por la naturaleza, como eran los recursos de caza. De aquí que ahora los productos se tomaban en actos que tenían más apariencia de rapiña que de ceremonia sagrada. El propio Ghawr era consciente de esta situación y por eso guiaba al grupo de jóvenes a través de los hierbazales y montículos de poca altura, tratando de no desviarse o equivocar el rumbo hacia los territorios vecinos.

Venían trotando hacia la cima de un montículo cuando de repente un objeto caído de las alturas golpeó a uno de los jóvenes cazadores en la cabeza. El chasquido del impacto y el subsiguiente derrumbe sobre la tierra hicieron que el grupo se detuviera de inmediato.

Aquella desgracia ante la mirada llena de asombro de los agebartaren, parecía algo inconcebible.

Dos o tres echáronse al suelo en auxilio del impactado mientras el resto del grupo se situaba en guardia ante el posible acecho de un enemigo invisible o desconocido.

— ¡Miren esto! —dijo uno de los hombres, levantando del suelo a pocos pasos el caparazón de una tortuga.

Inmediatamente todos volvieron sus miradas hacia lo alto del firmamento para encontrar allí la causa del trágico accidente en el vuelo apacible de un quebrantahuesos. El ave volaba en círculos elevados alrededor de los cazadores, tal vez con la esperanza de recuperar su apetecible botín. El exoesqueleto de tortuga se había desprendido de sus garras y parecía no dispuesto a darlo por perdido.

Mientras algunos sostenían al cazador por los hombros y la cabeza, manteniéndola en alto, Ghawr desenvolvía un rollo de tiras de cuero fino y trataba de contener la hemorragia por medio de enrollarle el cráneo y amarrar las tiras debajo de la mandíbula; pero apenas había pasado el tiempo necesario para esta labor, cuando se dieron cuenta que cualquier otro esfuerzo resultaba inútil. El joven entró en convulsiones y después de esto, se detuvo su existencia.

Ghawr observó hacia el cielo. El quebrantahuesos retomó su rumbo hacia el oeste y poco después no era más que un punto desapareciendo del alcance de sus miradas.

La muerte y su significado trágico no siempre formaban parte de un hecho común en la vida de los upallis. Había ocasiones en que su significado iba más allá de un hecho fortuito o del merecido castigo por una transgresión cometida contra el tótem o contra una prohibición impuesta por la costumbre. Cuando la muerte ocurría de manera extraña o poco común, había sobrada razón para pensar que se trataba de una señal venida de más allá de la región de comprensión humana. De la región de lo etéreo para impactar en lo sagrado.

Este súbito pensamiento había aparecido con claridad en la conciencia de los cazadores, de manera que al instante dejaron de lamentar la muerte de su compañero.

—Recojamos piedras y formemos un montículo aquí mismo —dijo Ghawr—, de manera que podamos colocar el cuerpo sobre las piedras.

Los cazadores se deponían ya a cumplir con sus indicaciones cuando uno de ellos que se había adelantado hasta la parte más elevada del montículo, se lanzó desde allí haciendo rodar su cuerpo sobre la hierba. Al llegar al final de la pendiente se puso en pie y corrió en dirección al grupo.

— ¿Qué sucede?

—Será mejor que el propio Hijo del Oso venga para que vea esto.

Ghawr corrió a lo alto precedido por el anunciante.

Allí abajo, del otro lado del montículo, estaba la manada formada por unos doce o quince animales que pacían tranquilamente aprovechando la frescura matinal del pasto.

El Hijo del Oso retornó al grupo y mientras daba instrucciones a tres de los cazadores para que plantaran el campamento en aquel lugar y para que levantaran el túmulo de piedras y velaran por el cadáver, se dirigió con el resto en dirección a los animales.

Tuvieron que acercarse a rastras a través de la hierba húmeda que apenas les llegaba hasta las rodillas y cuando estuvieron a una buena distancia de tiro, Ghawr decidió por la táctica concentrada, una técnica de cacería que imita la de los grandes felinos y algunos cánidos que la practican en manadas más numerosas, con la diferencia de que los carnívoros pueden desarrollar en la mayoría de los casos grandes velocidades o una carrera prolongada, mientras que los hombres dependen de la certeza del primer disparo. La técnica consiste en enfocarse todos en un mismo ejemplar de la manada, y cuando es dada la señal, disparar a un tiempo y correr detrás del ejemplar si es necesario en busca de la oportunidad para un segundo disparo.

El animal elegido fue uno que se había apartado de la manada y era fácil de distinguir entre el grupo. Era un macho joven y poderoso que podría requerir más de un impacto para ser derribado.

—Ustedes..., acérquense un poco más por la derecha —dijo el Hijo del Oso a dos de los novicios—; pero tengan cuidado de no levantarse hasta que vean mi señal—. Agregó mientras se disponía a arrastrarse él mismo en dirección al bisonte.

A pesar de todo el cuidado puesto durante el acercamiento, algunos de los animales habían comenzado a levantar las cabezas y olfateaban la límpida atmósfera de la pradera. Algo andaba mal, y el Hijo del Oso se dio cuenta de inmediato. Algo proveniente del lado opuesto a la manada y de donde soplaba el viento comenzaba a inquietar a los

animales, y como era una sola oportunidad la que poseían, Ghawr dio la señal. Los siete agebartaren se alzaron al unísono y silbaron las flechas y jabalinas. Uno de los dardos se incrustó en el cuello, otro en uno de los cuartos traseros y un tercero en la joroba; pero no había sido suficiente y el animal se lanzó a la carrera tratando de igualar al resto de la manada que la emprendió en dirección al norte.

En un instante los agebartaren se vieron corriendo en persecución del ejemplar herido; pero a pesar de la ligereza de sus piernas y su entrenada resistencia, pronto comenzáronse a quedar detrás.

— ¡Adelante! ¡No se detengan! —gritaba Ghawr mientras hacía todo lo posible por redoblar su esfuerzo.

Finalmente, la manada se alejó y el animal herido se detuvo. Sus fuerzas comenzaban a menguar de manera visible. Primero cayó hacia adelante doblando las gráciles piernas y afincando las rodillas, y cuando los agebartaren llegaron junto a el, se derrumbó de costado.

A poca distancia de allí se estremeció la hierba y unas siluetas peludas se alzaron en dirección a los triunfantes cazadores. Venían gritando y en son de ataque.

— ¿Quiénes son? —preguntó uno de los cazadores.

—upallis como nosotros; pero nada amigables —dijo Ghawr—. No retrocedan ni un paso. —agregó entonces mientras se disponía a resistir la embestida.

Los recién llegados no continuaron. Habían optado por detenerse a unos cuantos pasos y se quedaron observando a los agebartaren, tal vez convencidos por la igualdad del número de sus contrincantes.

—El bisonte nos pertenece —dijo uno que se adelantó hacia Ghawr.

—No veo por qué razón. Esta pradera alrededor de las piedras negras es territorio común de la tribu.

—Los hijos del Clan del Oso ya no pertenecen a la tribu de los upallis, además, los únicos que pueden disponer de esta pradera son los hermanos Tima y Akton.

— ¿Qué pueden disponer? ¿Los únicos?

—Así es, Hijo del Oso. Estas tierras pertenecen a los hermanos.

—No comprendo que quieres decir con eso de que pertenecen a Tima y Akton —preguntó Ghawr.

—Mi nombre es Ogheta —dijo el cazador por respuesta y se acercó un poco más, luego, señalando al cuello del bisonte agregó—: eso fue un buen tiro. La piel está bastante buena. Nos conformamos por el momento con la piel y un poco de carne para pasar el día, mientras cuidamos el territorio.

—Se llevarán solamente un poco de carne —dijo Ghawr—. Y hago esto por considerar que son todavía nuestros hermanos.

—No está bien que desafíes a los hermanos Tima y Akton —dijo el cazador tomando su lanza con ambas manos.

Los que estaban junto a él dieron un paso al frente y se prepararon para la pelea.

—Esto no está nada bien —dijo Ghawr tranquilamente al tiempo que desenvainaba su cuchillo de pedernal—. Se llevarán un poco de carne y nada más —repitió—. Los hermanos son unos cobardes nada de fiar y muchos upallis como ustedes los están siguiendo sin saber que todo el clan es conducido a la perdición. ¡Tú…! ¿Sabes algo de los hombres bestia?

—He oído decir algunas cosas —dijo el cazador retrocediendo dos pasos y bajando la lanza hasta apoyarla en el suelo.

—Yo los he visto de cerca y hasta he combatido contra ellos. Son unas bestias devoradoras de carne humana. No tienen hermanos y ni siquiera se guardan compasión entre ellos mismos. Sacrifican a los niños y a las mujeres viejas, mientras que a las niñas y a las jóvenes las toman para procrear con ellas. Es una raza maldita que se extingue, y para evitar su propia muerte buscan la manera de mezclarse con los humanos. Todo acto de ellos es un agravio y una afrenta para esta tierra donde habitamos la raza de los hombres. Además…

¿Sabías que Tima y Akton fueron el producto de una de nuestras hermanas secuestradas por los hombres bestia? ¿O eres demasiado joven para conocer el pasado?

—No lo sabía.

—También debes saber que esa idea de tomar las tierras y las cosas del pueblo y apoderarse de ellas, es el resultado de la sangre impura que corre por sus venas. ¿Por qué unos pocos han de controlar lo que por naturaleza pertenece a todos? El Gran Espíritu es el dador de vida, y Él es el único que puede dar y quitar, porque todo le pertenece.

El hombre retrocedió otros dos pasos; pero entonces Ghawr le extendió el cuchillo.

—Toma y corta tú mismo la carne que necesiten para el día de hoy, y regresen a su lugar en paz; pero cuando vean a los hermanos díganles que Ghawr, el hijo del Clan del Oso, no permitirá que se adueñen de las tierras comunales y de los animales del bosque.

***

Los cazadores del Clan del Reno se marcharon en paz como Ghawr había dicho. En el lugar donde murió el cazador levantaron los agebartaren un gran túmulo de piedra para que sirviera como señal, y sobre la parte elevada a manera de lecho tendieron el cadáver. Allí estuvieron hasta el anochecer. Habían acarreado una gran cantidad de hierba seca con la que cubrieron el túmulo y le prendieron fuego antes de retirarse en dirección a las colinas de basalto.

La noche fue hermosa bajo el claro de luna llena; pero los cinco

jóvenes que se preparaban para la iniciación fueron llevados a lo más profundo y oscuro de los túneles, y atados de pies y manos tuvieron que permanecer allí. Cuando ya se encontraban agotados por el sueño, hubo un repique de tambor en la oscuridad y una pequeña luz se hizo visible a lo lejos. En aquel túnel había sido encontrada la mujer del talismán y esto le concedía a todo el lugar un permanente estado de sacralidad capaz incluso de expandir su influjo mucho más allá de los límites de la pradera. Si esto era así para lo externo, lo era mucho más para todo objeto, animal o humano que se encontrase en su interior. Como proveniente de aquel punto luminoso escucharon la voz de Amisha.

—En el principio fueron las tinieblas —dijo la voz—, y de las tinieblas surgió la luz. Esa luz que ilumina a cada hombre en su interior y que al crecer se expande e ilumina a todo ser humano, a toda planta, a todo animal y hasta las piedras del bosque reciben su claridad. Porque la muerte es la vida, es necesario morir y volver a nacer para poder vivir. Cada hombre es la luz que irradia de su interior y que se expande hasta el cielo para unirse al Gran Espíritu de la creación. El que muere, vivirá, y el que se apega a la vida del animal, de la planta o de la roca, morirá, y su muerte no cesará jamás.

Cuando terminaron estas palabras la pequeña luz se extinguió y los novicios durmieron en paz hasta el amanecer.

CAPÍTULO 24: LUZ Y TINIEBLAS EN EL CLAN DEL RENO

A través de los árboles el grupo de cazadores podía distinguir el humo que se alzaba al cielo desde el lugar donde antes habían estado un par de chozas a la entrada del poblado. Cuando subieron por el barranco y pasaron cerca vieron con sorpresa que allí sólo habían quedado en pie algunas varas calcinadas por el fuego.

Ogheta continuó a lo largo del sendero y no dijo nada. Tampoco trató en sus pensamientos de imaginar que podía haber sucedido. En ese estado de mente en blanco se dirigió hacia la pequeña plaza que se había ido formando con la adición de nuevas viviendas alrededor de un espacio que antes había sido centro de reunión comunal para decidir los asuntos del clan; y ahora era ocupado por la mayor y más importante de las edificaciones del pueblo. Se trataba de la vivienda de los hermanos Tima y Akton.

Dos hombres estaban apostados a la entrada y Ogheta tuvo que hablar a uno de ellos para que lo dejaran pasar al interior.

— ¿Qué han conseguido? —preguntó Tima desde que lo vio aparecer.

—Tengo un gamo para ti, señor. Pero también, tengo algo más importante que decir.

—Dime de qué se trata.

—He visto a Ghawr de cerca y he hablado con él.

—Cuéntame como ha sido.

—Fue ayer en la mañana, no muy lejos de las colinas de basalto. Los del Clan del Oso se encontraban de cacería, o mejor dicho, habían conseguido ya una buena pieza y me acerqué a reclamarles la parte que a ti te corresponde; pero se negó a entregarla diciendo que no permitirá que alguien se apodere de las tierras y de las cosas que pertenecen a todo el pueblo.

— ¿Eso dijo?

—Así es.

Tima guardó silencio dando tiempo quizá a que aquella información que acababa de llegar a sus oídos encontrara un apoyo en su comprensión.

—Puedes irte a tu choza con tu mujer y tus hijos; pero te necesito para mañana al amanecer.

Ogheta salió a la calle y se unió a sus hombres. Estos habían dividido el segundo gamo en varias porciones y tomando cada cual la

que le correspondía se marchó en busca de su propia choza.

Lo que estaba sucediendo a su alrededor era algo casi incomprensible. Nunca antes visto ni relatado en las leyendas de los viejos tiempos. Lo que le había contado Ghawr acerca de los hermanos seguramente había sido un secreto guardado por los ancianos y chamanes de la tribu desde hacía una generación.

Ogheta caminó cabizbajo por el callejón en dirección al río y al pasar frente a la choza de la curandera del clan se detuvo. Lo pensó un momento y se decidió por entrar. La anciana prácticamente era una desvalida que había dependido siempre de la ayuda de los demás, especialmente cuando se trataba de su alimentación, y él estaba, como todos en el clan, comprometido con ella por el gran servicio que les prestaba sanando heridas, aliviando dolores, amputando miembros y volviendo de vez en cuando a su posición algún hueso dislocado.

—Entra Ogheta. Sentí tu presencia desde que venías saliendo de la vivienda de los hermanos. ¡Anda y entra!

— ¿Me reconoces anciana? Pensé que ya no podías distinguir los rostros de la gente.

—Todavía puedo… todavía puedo…, y más que todo puedo distinguir en los corazones, y yo sé que el tuyo está confundido, indeciso y temeroso. Las cosas del mundo no nos fortifican ni fortalecen, solamente sirven para ablandar la voluntad. El mundo es maligno y vuelve maligno a los hombres que a el se subordinan. ¿Cuándo romperás con tu prisión?

— ¿De qué prisión estás hablando?

—De la prisión del cuerpo en el que estás atrapado.

—No comprendo —dijo Ogheta—. Pero toma este pedazo de gamo.

—Ahora veo que aún hay alguien que se preocupa por los ancianos y desvalidos; pero llegará la hora, y ha llegado, en que seremos echados a un lado y pisoteados como la paja seca de los campos.

—Yo nunca haría eso contigo, ni con ninguno de mis hermanos.

—Porque tú eres un verdadero hermano, eso lo sé. Pero en el mundo que está por llegar ese pensamiento y los que sienten como tú serán desechados o convertidos en esclavos de las tinieblas. Este mundo se encamina a la perdición porque los hombres no hacen la voluntad del Gran Espíritu que dice que no le debes arrebatar al hermano lo que éste necesita para subsistir, ni debes acaparar las cosas del mundo que no son imprescindibles para tu propia existencia.

— ¿Cómo lo sabías, anciana?

— ¿Te refieres a lo qué te dijo Ghawr, ayer en la mañana, junto al bisonte tendido en la pradera?

—Si…, a eso me refiero.

—Es lo que hacen los hermanos Tima y Akton —dijo la anciana—. Despojar a los hombres de lo imprescindible para la subsistencia y

luego convertirlos en sus esclavos…, y él en su señor. Estos hombres no son hombres completos. Son la mera sombra de dos hombres.

—Quiero que me digas por qué son así.

—Ya no debe ser un secreto ¡Te lo diré! —dijo la anciana en un susurro—. Cuando tú todavía no habías nacido, la madre de los gemelos fue raptada por los hombres bestia, y éstos la poseyeron. A pesar de éso, tuvo la buena suerte de poder escapar y regresar al campamento del Clan del Oso; pero tuvo la desdicha de quedar embarazada. ¿Ahora te das cuenta de lo que sucede?

Ellos son los hijos de una mezcla de dos razas que no deberían mezclarse. El espíritu que mora en ellos sufre la opresión de la carne malévola en la que está encerrado. Ellos son en sus pensamientos muy semejantes a los hombres bestia. Están contaminados del amor a las cosas materiales y al placer de los sentidos. Comen carne humana, sacrifican niños. Arrebatan a los hombres la vida y la subsistencia. El deber para ellos está torcido.

— ¿Y sus mujeres?

—Dicen que cada día que pasa son menos y menos; porque cuando las mujeres de su propia raza quedan embarazadas, solamente dan a luz varones.

— ¿Los hombres bestia se extinguen?

—Así parece; pero lo peor de todo es que mientras esto sucede, se están mezclando, y contaminando a nuestra raza humana.

— ¿Qué podemos hacer para evitarlo?

—Hay que apartarse de ellos y combatirlos —dijo la anciana bajando su voz hasta convertirla en un susurro—. Pero eso no es algo que yo pueda realizar o decidir. Ya estoy muy vieja y cansada y sólo sirvo para dar consejos.

—Pero…, la mayoría de la gente en nuestro clan se ha unido a ellos ¿Por qué?

—Porque el camino de ellos es fácil y prometedor de muchos bienes y placeres, y en la medida que es así, se convierte en la perdición de ellos y de toda la raza humana. Apártate de ellos y busca el camino recto, ya que es peligroso creer antes de haberte agotado en la búsqueda de la verdad. El error que pasa de boca en boca termina arruinando a todos, por eso, mejor, apártate del ejemplo de los demás y busca que es lo mejor y no lo que la gente acostumbra a tener por bueno. La masa del pueblo es un pésimo intérprete de la verdad y la opinión que se deriva de ello conduce más a la fatalidad que al bien.

— ¿Qué me aparte de ellos…? ¿Y entonces qué puedo hacer?

—Busca a los elegidos.

—Dime quienes son ellos para que los pueda buscar.

—Ellos son los que buscan el camino del Gran Espíritu, que es el camino de la verdad y la vida. Entre ellos podrás encontrar un día la

felicidad. Ayer tuviste un encuentro con Ghawr. Ghawr y Amisha son los líderes del clan elegido por el Gran Espíritu para que sea el guía de los hombres en el camino.

— ¿Cómo no me di cuenta de todo esto antes que tú lo dijeras?

—Porque hay muchas tinieblas y obstáculos entre el fin que nos proponemos y los medios para alcanzarlos. Si no aprendemos a poner luz en este espacio intermedio, estaremos condenados a perseguir un fin erróneo, o elegiremos los medios equivocados; y en ambos casos podemos ser conducidos a la desgracia y con nosotros conducir a todos.

— ¡Yo quiero la felicidad!

—La felicidad es el fin más ambicioso y noble; pero a su vez, el supremo bien al que puede aspirar el hombre.

— ¿Cómo hallarla?

— ¿No pensarás que por un pedazo de gamo te voy a decir dónde encontrar la felicidad? —dijo la anciana sonriendo y agregó—: Mejor… busca a Ghawr y a los suyos y con ellos aprenderás el camino.

CAPÍTULO 25: LA INICIACIÓN EN EL GRAN ESPÍRITU

—Ya vimos lo peligroso que es sacar el talismán fuera de la caverna —dijo Amisha.

—Pero el talismán nos protegería mejor estando sobre tu cuello —replicó Ghawr.

—Las hormigas gigantes tienen el fabuloso instinto de detectarlo en cualquier lugar que no sea bajo la tierra. Lo pueden oler a cualquier distancia, incluso aunque lo llevemos al otro lado de las montañas.

—No comprendo por qué lo buscan —dijo Ghawr medio convencido con las últimas palabras de la mujer.

—Ni yo tampoco. Pero de ninguna forma estoy dispuesta a llevarlo sobre mi cuello.

Habían estado discutiendo la posibilidad de un ataque de las hormigas gigantes sobre el campamento del Clan del Oso y las medidas que se podrían tomar para la defensa. Ghawr pretendía proteger a Amisha por sobre todas las cosas y aquella era la razón por la que insistía en que la mujer debía llevar el talismán consigo.

—Esas hormigas son algo extraño. Los relatos de nuestros antepasados hablan de muchos seres que vivieron en otras épocas y que ya no los podemos ver por ninguna parte; pero estas hormigas son algo nuevo y son un verdadero peligro. Debemos conseguir armas diferentes para defendernos y combatirlas. Parece que se multiplican por cientos cada día y amenazan con expandirse por sobre toda la tierra. El último ataque sobre el Clan del Reno es una muestra de lo que digo, y lo más peligroso es que ya no les basta con comer las hojas y la hierba de las praderas, sino que ahora prefieren alimentarse de toda carne que encuentran en su camino.

— ¿No crees que el foso y el muro serían suficientes para detenerlas?

—No estoy seguro. Pienso en los peligros y no me convenzo aún de nuestra seguridad en el campamento.

— ¿Y si levantamos otro muro en la parte baja? Uno que cierre el paso desde el farallón hasta las rocas junto al Amudaria. Así, la entrada de la caverna quedaría más protegida en caso de un ataque por la parte baja.

— ¿Y cavamos también un foso?

—Si es posible, no sería mala idea. Así no tendrías que preocuparte tanto por mí, por nuestro hijo, y por el talismán.

— ¡Bueno, ya voy a levantarme! Siempre hay demasiado que hacer para estar tendido alimentando la pereza.

—Apenas empieza a nacer la aurora —dijo Amisha tomándolo de una mano—. Ven un ratito más…, por favor.

Ella lo haló e hizo que perdiera el equilibrio hasta caer sentado sobre las pieles; rieron un rato y entonces Amisha le preguntó:

— ¿Has pensado en el significado que nuestros antepasados dan a los dibujos que encontramos en la sala interior de la caverna?

Aquella idea de los dibujos y grabados había estado intrigando a Ghawr desde el día que los descubrieron y Amisha le llamó la atención sobre ellos.

Eran bastante diferentes a los encontrados en el salón principal y en otros sitios y cavernas visitadas por los upallis en sus largos recorridos por la tierra. Él conocía por tradición de sus antepasados el sentido ritual de cada figura y de cada escena; pero aquellas nuevas eran inexplicables. A no ser que el autor de semejante obra hubiese estado poseído por algún espíritu maligno, no se le hubiese ocurrido representar semejantes figuras. Por ejemplo, una piedra achatada suspendida en el cielo junto a la luna. Un hombre con cabeza grande y redonda y enormes agujeros en el rostro, y todavía otro mucho más extraño comparado con los upallis, y es que su enorme estatura podía duplicar a la suya. Definitivamente, aquellas cosas no tenían sentido y el Hijo del Oso comenzaba a relacionarlas con la aparición de las luces sobre las colinas en el valle del pueblo yatri, y con las hormigas gigantes ¿y por qué no? También con la aparición de Amisha y su talismán.

—Nuestros antepasados acostumbraban a representar las cosas que tenían significado mágico para la tribu; pero en estos nuevos dibujos no veo ninguna magia. Solo veo algo que no debería estar donde está.

Amisha recostó la cabeza y se mantuvo en silencio mientras contemplaba el sol naciente a través de la puerta de la habitación.

— ¿Sabes una cosa Ghawr? —dijo entonces—. Es la primera vez que veo la imagen de la luna pintada en una pared.

—Es algo hecho por obra de un espíritu maligno. Más allá de la luna es donde habitan ellos, y si vienen al mundo, será para traer ruina, desintegración y muerte. Solamente si nos mantenemos en el centro del mundo podremos conocer los designios del Gran Espíritu y de esta forma evitar todas las desdichas que un día caerán sobre la raza de los hombres.

—No deseo levantarme de aquí hasta que llegue ese día —dijo Amisha volteándose hacia él y tratando de abrazarlo.

—Debo ir a sacarlos de la caverna —dijo Ghawr—, y espero que no hayan muerto de miedo o de frío. De una vez, observaré los dibujos y trataré de encontrar una explicación.

***

Para Yanital había sido construido un pequeño cobertizo de paja en el claro situado frente a la entrada del gran círculo. Una vez al día, un hombre se encargaba de extraer la arcilla del yacimiento situado más allá de la muralla, la cargaba en una cesta impermeable, y luego la depositaba en una gran canoa de madera junto a la mujer.

El trabajo diario la había convertido en una experta en el arte de fabricar tabletas; pero también había adquirido destreza en el arte de la escritura, aunque eran muy pocas las ocasiones en las cuales tenía la oportunidad de practicarla. Como le había dicho Amisha desde el primer día, la labor de la escritura debía mantenerse en absoluto secreto y por eso el único lugar donde la mujer del talismán se sentaba a escribir era entre las paredes de su habitación, situada en el interior del círculo.

Como la mayoría de los miembros del clan sentían demasiado temor en aproximarse al cerco, era la propia Yanital la que tenía que levantarse y llevar las tabletas húmedas hasta las manos de Amisha que salía un par de pasos al exterior para recibirlas, y luego se volvía al interior de la habitación para continuar su trabajo.

Amisha había emprendido la gran tarea de redactar por escrito un compendio de la lengua hablada por los upallis, el cual incluía una serie de reglas que había notado al analizar con cuidado el habla común del pueblo, tanto en la pronunciación como en el significado y el orden en que se construían las frases. A los pocos días de haber comenzado esta labor se vio adsorbida por un cúmulo de ideas que le llegaban a la cabeza con extraordinaria fluidez, a tal punto que apenas tenía tiempo de dibujarlas. La demanda de tabletas se incrementó, y Yanital tuvo que redoblar su trabajo.

En un ángulo de la habitación sagrada había sido colocado el grueso tronco de un árbol en posición tendida. Previamente se le habían realizado determinados cortes a lo largo de dos líneas opuestas de su superficie a manera de abolir su carácter cilíndrico y hacerlo apropiado para servir tanto de mesa de trabajo como de asiento. Un tronco más pequeño fue colocado frente al primero y en el la madera había sido tallada para formar un respaldo. Esta pieza servía de asiento para la mujer del talismán.

Los veintidós dibujos que representaban la lengua upalli brotaban del cáñamo dirigido por sus hábiles manos como si de una obra de magia se tratase, y en realidad, para los miembros del clan; en eso consistía su labor. La gente evitaba acercarse al círculo del mandala dando incluso un rodea a través de las otras calles, porque todos estaban convencidos que lo que realizaba Amisha dentro de la habitación era una obra mágica de invocación, y lo mismo sucedía con

el producto de su labor. Cada vez que Amisha y Yanital tenían que descender la escalera cargando un grupo de tabletas para llevarlas a depositar a la habitación de los muertos, los upallis se apartaban de su camino y algunos incluso volteaban la mirada o se tapaban los ojos para no mirarlas pasar con el contenido mágico de las tabletas.

Pronto hubo que tomar una decisión con respecto al trabajo de la escritura. Amisha cada día se encontraba menos dispuesta a bajar la escalera en la pared del farallón y de todas maneras necesitaba trasladar las pesadas tabletas, ya dibujadas, hasta la habitación de los muertos. Esta situación se decidió resolver con una sencilla ceremonia.

En la tarde fueron suspendidos todos los trabajos y la mayoría del pueblo, exceptuando a los vigías, se reunió frente a la puerta del mandala.

—Tres de nuestras hermanas han sido elegidas por el Gran Espíritu con pleno poder para penetrar en la habitación de los muertos, para cargar las tabletas y para penetrar en la habitación del mandala —dijo Ghawr de pie frente a la multitud—. A partir de este momento Yanital, y también Lati y Egarya, serán miembros del mandala al servicio del Gran Espíritu del clan.

Amisha avanzó desde el interior del cerco y situándose junto a Ghawr dijo así:

—Que vengan las elegidas Yanital, Lati y Egarya. Sean bienvenidas a la morada del Gran Espíritu.

Hubo un movimiento entre la multitud y por diferentes puntos aparecieron las tres mujeres y avanzaron al frente. La primera que llegó a la entrada del cerco fue Yanital. Se detuvo allí y se inclinó para dejar que Amisha derramase agua de una vasija sobre su cabeza.

— ¡Entra Yanital a la morada del Gran Espíritu! —dijo Ghawr.

— ¡Entra Yanital a la morada del Gran Espíritu! —dijo Amisha.

La mujer se adelantó hasta la entrada de la habitación y allí se detuvo.

Llegó el momento para Lati. La adoradora del fuego se detuvo también frente a la entrada del cerco y luego de recibir el agua, le fue dada la llave de entrada.

— ¡Entra Lati a la morada del Gran Espíritu! —dijo Ghawr.

— ¡Entra Lati a la morada del Gran Espíritu! —dijo Amisha.

Avanzó la joven a través de los tres círculos y se paró junto a Yanital.

Egarya se detuvo e inclinó la cabeza para recibir el agua. Después de ello dijo Ghawr:

— ¡Entra Egarya a la morada del Gran Espíritu!

— ¡Entra Egarya a la morada del Gran Espíritu! —repitió Amisha.

Las tres mujeres aguardaban frente a la entrada de la habitación y la multitud contemplaba en silencio la culminación del rito. El preciso

instante donde las tres iniciadas en los misterios penetrarían al lugar sagrado donde las generaciones de upallis habían encontrado el centro del mundo.

Ghawr apartó luego la piel que cubría la entrada y penetró seguido por Amisha y las tres mujeres.

Un momento después reaparecieron los cinco e inclinaron sus cabezas frente a la multitud en una muestra de sumisión ante el Gran Espíritu y de servicio a la comunidad del clan.

La ceremonia había servido para reafirmar el misterio de los dibujos en las tabletas que desde aquel momento pasaba a ser un misterio sagrado, así como todos los objetos, personas y lugares relacionados con el.

Ahora tenía Amisha la gran tarea de entrenar a las tres mujeres en el arte sagrado de la escritura, así como en el conocimiento de la lengua de los upallis, que desde el comienzo del trabajo con las tabletas habían comenzado a denominar “Lengua Agebartan” que en la propia lengua significaba revelación del Gran Espíritu.

CAPÍTULO 26: EL ATAQUE

Ghawr se levantó de un salto y tomando sus armas atravesó el poblado y continuó por el descampado hasta el borde del farallón. Un vigía aguardaba junto al precipicio.

— ¡Allá! ¡En aquella dirección! —dijo este señalando hacia la pradera situada más allá del río.

El otro vigía, que había quedado unos cincuenta pasos a la rezaga, llegó hasta ellos y Ghawr le ordenó dar la señal de alerta a todo el campamento. El hombre partió de regreso hacia el poblado mientras el Hijo del Oso comenzaba a dar voces dirigidas a la parte baja y a los dos vigías situados en la boca de la caverna.

La niebla formaba en aquel instante espesas nubes que se movían lentamente y a poca altura. Era tan impenetrable a esa hora de la mañana que difícilmente se podía distinguir cualquier figura desplazándose por el arenal o entre los pastizales de baja altura que cubrían la enorme planicie.

Como era necesario descubrir al enemigo antes de que intentase aproximarse al campamento, el Hijo del Oso llamó a varios hombres y los dispuso como vigías a lo largo del farallón. Luego mandó a levantar la escalera y a obstruir el ascenso de la escalinata en cuanto todos los habitantes estuviesen situados en la parte alta.

Comenzaron a sentirse los momentos de angustia para los upallis debido a la dificultad para observar el panorama que tenían debajo. No obstante, el Hijo del Oso confiaba en la mirada aguda y en la destreza de los vigías y estaba seguro que algo amenazante se movía sigilosamente del otro lado del río, posiblemente buscando la manera de acercarse al vado, que era la única vía de acceso que podía conducir por aquella parte hasta el campamento del Clan del Oso.

Antes que la niebla se disipara por completo, todos los hombres se habían reunido a lo largo del farallón dispuestos para la defensa en caso de necesidad; pero cuando aquello sucedió y pudieron observar con claridad a lo ancho y largo de los pastizales iluminados por el sol de la mañana, comprendieron con alegría que los vigías habían sido víctimas de un engaño de los sentidos.

—Es mejor que haya sido así —dijo el viejo Rhaan situado a la derecha del Hijo del Oso—. No solamente a los viejos nos engaña la vista de vez en cuando. Será mejor que se retiren a trabajar.

Pero su voz no se había apagado todavía cuando una voz de alerta los hizo volver a la tensión de antes.

Ante aquella señal todos se habían vuelto a la dirección señalada

por uno de los cazadores. Justamente sobre el vado se habían levantado varias figuras humanas y se apresuraban atravesando la corriente.

— ¡Alerta! —gritó Ghawr, y su voz se expandió con resonancia conmovedora entre los hombres y mujeres guardianes del talismán.

— ¡Es una trampa! Vienen subiendo por la parte de los campos —dijo un hombre que llegaba corriendo desde el poblado.

Ante aquella nueva advertencia Ghawr tomó al grueso de los hombres y corrió hacia la muralla y el foso. Los vigías que estaban por aquella parte habían cerrado y atrancado el portón y habían alertado al resto de sus compañeros en el poblado de manera que cuando llegó Ghawr con los refuerzos se había establecido ya una línea de defensa. Pero al subir al muro y observar colina abajo en dirección a los campos de cultivo, el Hijo del Oso se dio cuenta de la magnitud del peligro. No se trataba solamente de los hombres que formaban parte de los clanes. A los upallis se habían unido decenas de hombres pertenecientes a diferentes tribus que los hermanos Tima y Akton habían conseguido unir bajo su mando y dirección. Sería casi imposible contener la embestida de aquellas huestes enardecidas que ahora se encaminaban colina arriba con la ambición de penetrar al campamento de los agebartaren, saquear sus propiedades y exterminar a sus habitantes.

A algunos de ellos les parecía que ni armados de todo el valor y el coraje del mundo serían capaces de detener la invasión que se aproximaba.

Por la mente del Hijo del Oso pasó de inmediato el recuerdo de Amisha y el talismán. Aquel era el único medio que podría salvarlos de la desgracia que se avecinaba; pero de todas formas había que defender la posición del poblado aunque en aquel esfuerzo tuviera que morir la mayoría de sus pobladores.

— ¡Corre tú! —dijo a uno de los hombres—, y di a Amisha que saque el talismán de la caverna, de lo contrario pereceremos todos en la embestida.

El hombre salió en dirección al poblado como uno a quien han brotado alas en los costados. Mientras tanto, los defensores se preparaban a recibir a los atacantes. Estos avanzaban por la explanada trayendo con ellos una especie de puentes portátiles. Eran como escaleras con mucho más peldaños de los necesarios y requerían cada una el esfuerzo conjunto de tres o cuatro de los atacantes para cargarlas colina arriba.

Por la forma en que los hermanos Tima y Akton habían preparado el ataque se podía deducir que habían estado espiando y observando el refugio y sus alrededores con bastante cuidado y dedicación. Ahora bien, en aquel instante ni Ghawr ni ningún otro de los habitantes

estaba en disposición de ánimo para pensar en aquellos detalles que podrían cambiar el destino de todo el clan. La única idea que inspiraba a los agebartaren ante la presencia de decenas de sus parientes, era la de evitar que cruzaran el foso, escalaran el muro, y se adentraran en el recinto del poblado. Para ello habían trabajado con tesón durante varias estaciones y estaban dispuestos a sacrificarlo todo para conseguirlo.

En la defensa del muro estaban no solamente los hombres actos para la caza y el combate. También estaban allí las mujeres, los muchachos y los ancianos que eran capaces de tensar un arco, lanzar una azagaya o una piedra. Estos últimos proyectiles abundaban a todo lo largo del muro y al borde del farallón, ya que habían sido seleccionados y apilonados allí con mucho tiempo de antelación.

Aguardaban por la orden de Ghawr que se había subido a una plazoleta junto al muro. Portaba en cada una de sus manos una enorme lanza y cuando los primeros enemigos llegaron junto al foso y lanzaron los puentes de orilla a orilla, el Hijo del Oso alzó su derecha y disparó su arma.

La potencia que le imprimió, más el peso del asta y el favor de la gravedad hicieron que dos de sus enemigos quedaran ensartados de parte a parte uno por el pecho y el otro por el estómago en una escena que duró apenas un pestañazo; pero que fue suficiente para debilitar el impulso de uno de los bandos e infundir aliento en el otro. Aquella había sido la señal. Una lluvia de proyectiles voló por encima del muro en dirección a los atacantes y la victoria parecía definirse en aquel mismo instante.

Varios de los atacantes cayeron derribados y otros tuvieron que retroceder heridos. Pero aquel momento de ventaja no fue más que un preludio para el asombro que se apoderó de Ghawr y su gente. El retroceso y la pequeña tregua fueron aprovechados por los atacantes para descolgar de sus espaldas unas piezas redondas forradas de pieles las cuales les cubrían cabeza, pecho y abdomen, protegiéndolos de los impactos. Mientras unos alzaban aquella especie de escudos, otros aprovechaban la ocasión para tender los puentes sobre el foso y posibilitar así el movimiento de avance en dirección al muro. Pronto unos veinte de aquellos bárbaros se hallaban escalando o lanzándose al interior del recinto.

***

Mientras el mensajero enviado por Ghawr corría en dirección al centro del poblado, otros hombres armados se dirigían en sentido opuesto para reforzar la defensa por la parte de la explanada. Al llegar frente a la puerta del mandala, el hombre se inclinó un instante apoyando las manos en las rodillas para tomar aliento, luego se irguió

y haciendo acopio de energías pegó un grito llamando por su nombre a la mujer del talismán. Esperó un instante y entonces, se movió la cortina de pieles que cubría la entrada y salió al exterior Yanital.

—Me envía el Hijo del Oso con un mensaje urgente para Amisha.

—Ella no podrá atenderte. Lo que tengas que decir dímelo a mí.

—Ghawr manda que saquen el talismán de la caverna. De lo contrario moriremos todos.

—Está bien. Se lo diré de inmediato —dijo Yanital y se apresuró al interior de la habitación.

Amisha había estado tendida sobre la cama y en aquel instante las otras dos mujeres, guiadas por la anciana curandera del clan, la ayudaban a ponerse en pie.

—Tráiganla por aquí —dijo Nagari dirigiéndose al exterior, mientras Yanital apartaba la cortina de pieles y hacia un intento por explicar el mensaje de Ghawr; pero sus tentativas se veían constantemente interrumpidas por los quejidos de Amisha y los bufidos de Egarya y Lati.

En el exterior y cerca de la pared trasera de la gran habitación sagrada habían levantado un trípode de madera consistente en dos troncos profundamente enterrados en el suelo, unidos en su parte alta por otro madero en posición horizontal. Un cuarto madero, también clavado en el suelo; pero con un ángulo de inclinación que le permitía servir de apoyo y sostén al horizontal por su parte media completaba el artificio.

Mientras la mujer del talismán era sostenida por la espalda y las caderas, la vieja Nagari le tomaba un brazo, lo alzaba hasta el madero y trataba de atarlo por la muñeca con unas tiras de cuero. Yanital había caído frente a ellas en una especie de trance. Con las manos caídas sobre los costados miraba a la parturienta y a las mujeres que la asistían limitándose solamente a balbucir palabras ininteligibles.

— ¿Qué te pasa, hija? ¿Es qué no has visto nunca a una mujer pariendo? —dijo la anciana con voz regañona—. ¡Toma las tiras y ata esta muñeca mientras yo la sostengo! —agregó.

— ¡Es que Ghawr…!

— ¡Ata la muñeca! —repitió la anciana.

Ataron una y luego la otra y Amisha quedó de pie. Sus dedos aferrados a la vara horizontal y sus pies descalzos apoyados sobre la tierra.

— ¡Corre Yanital…! y traete la piel de gamo que cuelga de la pared; y tu Egarya, traete una vasija grande con agua clara.

Las dos mujeres partieron a la desbandada hacia el interior de la habitación.

Mientras Lati daba masajes sobre la parte alta del vientre, la anciana se arrodilló frente a la parturienta y le desparramó las

piernas. Luego colocó su propia mano junto a la vulva e introdujo sus dedos en la cavidad uterina. Entonces sonrió satisfecha.

En ese intervalo llegó Yanital con la piel y Egarya con el agua, y la piel fue colocada en el suelo bajo las rodillas de la curandera y los pies de Amisha. Sus quejidos de parto se mezclaban con los gritos de los pobladores que pasaban a la carrera por los alrededores del mandala. Unos corrían en dirección al muro; otros hacia el borde del farallón donde un grupo de enemigos trataba de acceder a la boca de la caverna.

— ¿Qué me has querido decir, Yanital? —preguntó Amisha entre sollozos.

—Ghawr envió un mensajero desde la muralla para decir que saquemos el talismán de la caverna, de lo contrario vamos todos a perecer.

—Solamente Amisha podría hacer funcionar el talismán —dijo la anciana—. Pero ella estará tan débil después de esto, que no podrá hacer esfuerzo durante varios días. ¡A no ser que una de ustedes vaya! —agregó.

Amisha pegó un quejido y se retorció. Sus manos se aferraban con fuerza a la vara donde estaba atada y el sudor comenzó a correr por su frente.

—Vamos Lati. Presiona el vientre que aquí viene —dijo Nagari—. ¡Ahora! Presión…, presión. ¡Aquí viene!

—Yo me voy en busca del talismán —dijo Yanital. Volteó su rostro hacia la puerta del mandala y pegó la carrera.

Sus piernas, ágiles como las de una gacela, la llevaron saltando sobre rocas, maderos y montones de arcilla que servían como materiales de construcción. De vez en cuando esquivaba la presencia de un guerrero, de una madre con sus hijos o de un joven o anciano cargando lanzas y flechas en dirección a cualquiera de los dos frentes de la defensa. En poco tiempo su carrera la llevó hasta el borde del farallón, donde la gente se arremolinaba como osos enfurecidos y excitados ante la presencia de un enemigo que a todas luces resultaba superior.

Yanital comprendió de inmediato que lo único que los mantenía con vida era la naturaleza favorecida que servía de asentamiento al refugio de los cazadores.

Desde el borde del río hasta el lugar de la escalinata se levantaba un macizo rocoso que formaba por ambos lados, por el río y por la entrada de la caverna, una pared empinada de cincuenta pies de altura. Luego estaba el otro macizo, aquel donde se asentaba la parte alta del campamento y que alcanzaba la misma altura que el primero. Entre ambos se había formado desde tiempos inmemoriales una garganta larga y profunda, con una anchura casi regular de unos

cuarenta pies. En el fondo de esta se encontraba la boca de la caverna.

En aquella garganta, de por sí incrustada en la roca, había habitado el Clan del Oso en los primeros días de su llegada a las tierras del gran río. Allí habían levantado el primer poblado de chozas construidas de piel y madera y paja hasta el día en que decidieron trasladarse de forma permanente al interior del gran salón.

En lo alto y exactamente sobre la entrada de la caverna se habían colocada tres hombres y tres mujeres rodeados de montones de piedras que servían como proyectiles de gravedad. Frente a ellos; pero del otro lado, habían tomado posición cuatro de los mejores arqueros del clan acompañados por un grupo de diez jóvenes y mujeres. La tarea de este segundo grupo de defensores consistía en disparar piedras a todo aquel que con ánimo hostil intentase penetrar en la caverna o ascender por la escalinata. Esto último no había sucedido; pero ya habían muerto cuatro o cinco que habían tratado lo primero.

Llegó Yanital y después de informarse de la situación, se tendió sobre el borde del precipicio y tiró un vistazo hacia lo profundo. El enemigo que trataba de penetrar a la garganta rocosa se encontraba ubicado hacia el borde del río y fuera del alcance efectivo de los disparos de arco. Yanital aguzó su mirada y de repente reconoció a dos de los sitiadores. El primero era uno de los hermanos, el cual, por su carácter de gemelo era imposible determinar a tal distancia si se trataba de Akton o del propio Tima. El otro al que había podido reconocer sin mucho esfuerzo era Nautima.

A partir de aquel instante, para ella no cupo ninguna duda que la única misión de aquel pequeño grupo de los invasores era entrar a la caverna y apoderarse del talismán por segunda vez.

Yanital se puso en pie y se acercó al combatiente que dirigía la defensa por aquella parte.

—Voy a bajar a la caverna por orden de Amisha y del propio Ghawr. Iré en busca del talismán y necesito que me protejan tanto durante la entrada como a la salida. Bajaré por la escalinata.

— ¿Necesitas a alguien para que te acompañe?

— ¡Bajaré sola…! ¡Pero estén atentos desde aquí!

Yanital corrió hacia la escalinata y comenzó a descender. Ni ella ni los defensores sobre el farallón habían tomado en cuenta que los disparos de los sitiadores desde la orilla del río podían llegar con bastante efectividad hasta los primeros escalones y hasta la entrada de la caverna. Tuvo que experimentarlo por sí misma. Apenas había llegado a la base de la garganta rocosa y se disponía a atravesar los cuarenta pies que la separaban de la caverna cuando un disparo, hecho tal vez apresuradamente, se encajó en el suelo, casi entre sus piernas. No podía detenerse en aquel instante tan decisivo. Si se detenía la podrían acribillar a flechazos con mucha más facilidad y sin

que los defensores desde lo alto pudiesen evitarlo. Suspiró profundamente y se lanzó a la carrera. Su pensamiento estaba puesto en el talismán. Si conseguía sacarlo y colocarlo en el cuello de Amisha, ella podría utilizarlo para derrotar y expulsar a los enemigos del clan que le había dado la protección y el calor humano que tanto necesitaba cuando se encontraba aislada y repudiada por su propio clan.

Una roca apareció en su camino y Yanital, dotada con la energía que da el deber, se sentía segura de rebasarla de un salto, y así lo hizo. Su planta se afirmó con certeza en el polvo ocre que cubría el suelo en el instante en que una flecha de las muchas lanzadas a ella por el enemigo, atravesó su pierna. No hubo más avance. Su ligero cuerpo de gacela terminó aterrizando sobre el suelo y su rostro se hundió por un instante en la profunda capa de polvo. Estaba a mitad de camino entre la escalinata y la entrada de la caverna.

CAPÍTULO 27: ENTRADA TRIUNFAL

Se había entablado una furiosa batalla al pie de la muralla, donde los mazazos, cortes de hacha y perforaciones causaban estrago y muerte entre ambos grupos de contendientes, no obstante, la imposibilidad de rebasar el foso de una sola vez impedía a los invasores tomar ventaja definitiva sobre los defensores del muro. Otra vez tuvieron que retroceder dejando a muchos de sus compañeros tendidos en el interior o muertos y despedazados en lo profundo del foso.

Dos veces habían sido rechazados los invasores; pero al mirar Ghawr hacia la falda de la colina pudo observar con desilusión que los recursos que poseía el enemigo eran superiores a lo que había mostrado al inicio de la pelea. Huestes de salvajes embravecidos aguardaban a su vez su oportunidad para probar su suerte.

— ¿Qué quieren? —gritó Ghawr de pie sobre la plazoleta desde la cual había dirigido la defensa de su campamento. Sus brazos chorreaban la sangre derramada por su cuchillo y sus cabellos sucios y enmarañados cubrían parcialmente el rostro que dibujaba hacia sus enemigos una mueca de profundo hastío—. ¿Qué quieren? —repitió con voz apagada y profunda pero perfectamente audible para los situados al otro lado—. Yo, Ghawr…, nunca tuve la intensión de destruir las costumbres de la tribu, ni separar a los hombres y levantar el odio entre los hijos de los upallis; pero he aquí que vienen ellos, los hermanos Tima y Akton, salidos del vientre profanado de una de mis hermanas, a levantar la guerra entre gente de su mismo pueblo por obra de la envidia, la codicia y el deseo irreverente de las cosas materiales. El Gran Espíritu es testigo de que no deseo matar a mis parientes ni a ningún hombre o mujer que pise la faz de la sagrada tierra. Más bien deseo el bien para sus hijos y la concordia que surge de la voluntad pacifista y el entendimiento mutuo. Pero he aquí que vienen ellos, los hijos de profanación y causantes de discordia a manchar de sangre los sagrados muros que son como el altar donde se sacrifica el esfuerzo mutuo de nuestro pueblo. Levanten sus brazos, upallis que espiritualmente han sobrevivido a la masacre causada por el enemigo solapado en sus corazones y díganle no a la guerra, a la invasión y al saqueo que planean contra mi ciudad y díganle si a la paz y al buen consejo de esta batalla, en esta nuestra ciudad. Son

todos los pacíficos y de corazón blando invitados a vivir en ella y en toda su dicha venidera, con la única condición de que se cumplan sus estatutos y ordenanzas dimanados de la enhiesta voluntad divina.

— ¿Qué queremos? —respondió Tima situado en la primera fila de los atacantes, lanzando una carcajada al viento—. Queremos a las mujeres de tu campamento para gozarnos en ellas. Queremos a los niños para devorarlos y también todo el oro, marfil y ámbar que guardan tus muros y este maldito foso.

—Y también queremos tu cabeza y la de los renegados upallis —gritó alguien con potente voz en medio de los atacantes, y a la luz del sol de la mañana centelleó en alto una filosa espada.

Una saeta partió de algún sitio más allá del foso y se incrustó soberbia y con ansiedad de carne en el hombro henchido por el esfuerzo y que exhibía desnudo el Hijo del Oso. El golpe le hizo retroceder unos pasos y a punto estuvo de caer al polvo desde lo alto de la plazoleta, pero se contuvo y mirando a sus enemigos pudo comprobar que se reanudaba la batalla.

La flecha había penetrado y su punta había salido por el otro lado. Sin ninguna vacilación usó la palma de su mano izquierda y presionó sobre el culatín hasta que todo el astil atravesó su carne y su palma topó en el hombro. En aquel momento no podía darse el lujo de buscar ayuda ni podía perder tiempo en quejas y lamentos que no eran parte de su carácter. Dejó la flecha donde estaba y tomando una enorme lanza la disparó sobre la muchedumbre de los invasores. A pesar del esfuerzo de los defensores de la muralla, más de la mitad de los cuales eran muchachos, ancianos y mujeres; los primeros atacantes volvieron a cruzar el foso y se lanzaban contra la muralla.

Ghawr se detuvo por un instante luego de apuñalar a un pariente y lanzó una mirada colina abajo. Se quedó perplejo. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían y pensó que la pérdida de sangre le estaba causando algún delirio, porque veía como los campos eran atravesados por una bandada de monstruos. Eran enormes y decididos, y ascendían veloces por la colina sin tomar en cuenta y derribando con sus cuatro patas a los atacantes que se habían rezagado lejos de la muralla. Los monstruos tenían dos cabezas. Una era de bestia enorme y alargada, la segunda era humana con cabellera suelta y pechos henchidos como mujer encinta. Algo le hizo sospechar en aquellos seres un peligro mayor que sobrepasaba cualquier concepto que se pudiera tener sobre la muerte. En un instante aceptó la retirada como la opción final y se disponía a dar la orden cuando vio que aquellos monstruos se abalanzaban entre las filas de los invasores después de causar enorme estrago con una andanada de flechas. Algo más cerca, el Hijo del Oso pudo comprobar que los monstruos lucían como mujeres perfectamente formadas desde la cintura hasta el manantial

frondoso de sus cabelleras doradas.

Perplejo, se detuvo. Su perplejidad se había transmitido a todos los combatientes de la muralla que también se habían detenido para contemplar la retirada de sus enemigos que trataban ahora de abrirse camino colina abajo en perfecta desbandada.

—Son mujeres con cuatro patas —gritó uno cerca de Ghawr.

—Nada agradable para mi gusto —replicó otro de los agebartaren—. Las prefiero de corazón, con dos.

—No estamos aquí para discutir sobre cuestiones tan lamentables —dijo el Hijo del Oso tomando en sus manos el arco y tensándolo con una flecha—. ¡Pónganse en guardia! —dijo entonces—; porque a la verdad que no sabemos de qué se trata.

En lo que había pronunciado estas palabras, uno de los monstruos que veían los agebartaren sobre la colina, se apartó del grupo de sus congéneres y salió a toda velocidad hacia la muralla donde estaban Ghawr y su gente.

— ¿No dije yo? ¡Ahí viene el primero! —advirtió el Hijo del Oso—. Prepárense a recibirlo como se merece.

Fue a tensar el arco por segunda vez cuando vio que aquel que se aproximaba y que ya estaba a unos cincuenta pasos del foso, era de figura varonil; y entonces, los defensores de la muralla creyeron reconocer, casi al unísono, al hermano que habían estimado perdido para siempre.

— ¡Es Athar! —gritaron algunas voces—. ¡El gran arquero del Clan del Oso!

Después de esto, los espectadores de aquella escena quedaron confusos y silenciosos. Por una parte, los invadía la alegría de encontrarlo de nuevo frente a frente; pero por otra, los consumía la tristeza de verlo convertido en una bestia desconocida, mitad hombre y mitad animal. Fue entonces que el extraño Athar se detuvo y antes de que los agebartaren pudiesen recuperarse de su asombro, recuperó su figura original con la cual lo habían visto nacer y crecer en el Clan del Oso hasta aquel día brumoso en que lo vieron alejarse y desaparecer, cabizbajo y triste, por el camino del río.

El hijo del Oso recordó entonces las narraciones de Amisha donde ella le relataba los animales que usaba la gente de ciertos pueblos para trasladarse por la tierra. Ante aquel descubrimiento insospechado, Ghawr dejó caer el arco y se lanzó de la muralla hacia el borde del foso y luego saltó por uno de los puentes abandonados por los invasores. Athar corrió a él con los brazos abiertos.

— ¿Qué ha pasado aquí?

—No me preguntes eso —dijo Ghawr estrechándolo entre sus brazos—, mejor dime que es ese animal del que acabas de separarte. Siempre supe que volverías; pero nunca imaginé que sería en un

momento tan apremiante para el Clan del Oso. ¿Entonces, son mujeres? ¿Son mujeres todos esos que te acompañan?

—Efectivamente, son mujeres. Pero cuéntame cómo es que tantos enemigos se han reunido frente al campamento para combatir al clan.

—He tratado de evitar la masacre durante varias estaciones; pero esto que vez, es algo que parecía inevitable, incluso antes de que te marcharas del campamento. Hoy hemos estado luchando desde el amanecer para evitar que penetren y nos asesinen a todos.

— ¿Los hermanos Tima y Akton?

—Así es, hermano. No han dejado de crear el conflicto que finalmente nos ha separado de los upallis. ¡Vamos adentro Athar, que mucho hay que celebrar, y trae contigo a tu horda de mujeres!

El Hijo del Oso se daba la vuelta para cruzar el foso de regreso a la muralla, cuando Athar lo detuvo con estas palabras:

—Espera, creo que llevas algo junto a tu espalda que no debería estar allí.

—Ya me había dado cuenta de algo —dijo Ghawr—. Creo que es una flecha.

CAPÍTULO 28: LA RECONSTRUCCIÓN

En un solo día habían sucedido tantas cosas increíbles que los agebartaren lo consideraron un día de alegría y celebración más que de dolor y luto; pero fue ante todo el comienzo de una temporada de arduo trabajo en que todos deberían estar enfrascados en la labor de reconstrucción y reposición de las pérdidas causadas por los combates en defensa del campamento. El día del ataque fue inscripto en las tabletas de Amisha como un día memorable para todo el pueblo, ya que en el y en los hechos que sucedieron se guardaba una profunda enseñanza y una demostración del valor que encierra la convivencia colectiva de los hombres y mujeres unidos por la única causa digna de celebrar, que no era otra que el bien y la felicidad de todos.

Yanital pudo volver a caminar en unos pocos días y se dirigía a la habitación del mandala cuando Rhaan se cruzó con ella en el camino:

— ¿Qué dices de tu herida?

—Solo esperaré unos días para correr y subir del mandala a la caverna y de la caverna al mandala.

— ¿Son tantas las tabletas? —preguntó el anciano.

—Muchas.

— ¿Qué es lo que pintan en ellas con tanta insistencia?

Esta vez Yanital no dijo nada. Agachó la cabeza y se apresuró, apartándose del viejo chamán como si la última pregunta de este no hubiese llegado hasta sus oídos. Sin levantar la cabeza continúo hasta que se adentró por la puerta y atravesó el cuarto círculo del mandala.

Amisha estaba tendida sobre las pieles y en aquel instante le daba de amamantar al niño. Todavía estaba sola y Yanital se alegró. Siempre deseaba encontrarse a solas con la mujer del talismán. Le parecía que mirándola en silencio podía aprender de ella los misterios de la existencia del mundo sin necesidad de cruzar palabras. Por otra parte, cuando estaba ante su presencia sentía que su vida era más plena y satisfactoria. Aquella era una sensación y un descubrimiento que Yanital había realizado por sí sola; pero también se había dado cuenta que a la mayoría de los miembros del clan les sucedía lo mismo cuando se encontraban ante la presencia de Amisha. Claro, cuando se trataba del talismán las cosas eran diferentes. Nadie deseaba estar en las cercanías de aquel objeto y aunque su vínculo con Amisha parecía indisoluble, la gente del clan había aprendido a diferenciar Amisha

con el talismán y Amisha sin el talismán. Hasta el propio Ghawr parecía apreciar profundamente la diferencia.

— ¿Qué le has dicho a Rhaan? —preguntó al tiempo que separaba al niño del pezón.

—Simplemente me alejé de él cuando trató de averiguar el significado de los dibujos.

—Has hecho bien. Ya sabes que los dibujos en las tabletas seguirán siendo un secreto ¿Cómo está tu herida?

—Aún tengo que cojear un poco, porque algo me pincha en el interior; aunque dice Nagari que cuando cambie la luna todo volverá a la normalidad.

— ¡Ven, acércate aquí! —dijo Amisha—. Toma al niño entre tus manos para que yo pueda levantarme y caminar un rato. Ya me duelen los huesos de estar tirada sobre esas pieles.

Yanital se acercó temerosa.

—No sé si podré hacerlo.

—Pero ya tuviste un hijo ¿no es cierto?

—De eso hace tanto tiempo, que casi no me acuerdo de él cuando era un niño…, y murió sin alcanzar la mayoría.

— ¡No te preocupes! —dijo la mujer del talismán alcanzándole al niño— ¡Hazlo así...! Pon esta mano detrás de su cuello…, y esta otra bajo sus nalguitas. ¡Así es…! ¡Ves como sí puedes! Ahora yo me pongo en pie.

Amisha apartó las pieles y salió al exterior de la habitación. Yanital con el niño en brazos vino junto a ella.

— ¿Seguiremos trabajando con las tabletas y los dibujos?

—Hoy mismo volveremos al trabajo —dijo Amisha—. Han ocurrido tantas cosas en estos últimos días que me sentiría muy triste si no puedo hacer un relato de todas ellas con la mayor abundancia de detalles. Los detalles es lo más importante cuando cuentas algo a la gente. En los detalles descansa el espíritu de la verdad y por eso me preocupo tanto por ellos.

***

El principal campo de batalla, que había estado alrededor de la muralla y el foso, fue vuelto a la normalidad después de un trabajo tesonero de varios días. Con la experiencia adquirida en aquel primer encuentro con el enemigo a las puertas del refugio, se comenzaron a realizar modificaciones en las obras de defensa. Primero que todo en el foso, ya que por aquella parte se hallaba la zona más vulnerable y de mayor facilidad de acceso para el enemigo y por tanto, debía ser la que recibiera una esmerada atención. El regreso de Athar con sus amazonas vino a ser de gran importancia. Su peregrinación a través de países lejanos le había permitido conocer el arte, las técnicas y los

modos de vida de otros pueblos, los cuales podía compartir ahora con su propia gente y ponerlos al servicio de la comunidad.

Para el hombre en quien Ghawr había depositado siempre su confianza fue destinada una de las cabañas que estaba a punto de terminarse en su construcción. No hubo más que dedicarle un poco de empeño y dos días después de la batalla, la cabaña estaba lista para ser habitada por Athar, su mujer y el pequeño hijo. Pero como no era suficiente con una cabaña, hubo que buscar cobijo para aquel nuevo grupo de pobladores formado exclusivamente por mujeres.

No solamente Ghawr, sino que todo el Clan del Oso se maravillaba escuchando los relatos del arquero acerca de las cosas que le sucedieron desde el día que abandonó el refugio del clan.

“Me entristeció mucho abandonar el refugio; pero en el fondo sabía que había sido mi culpa por desobedecer las costumbres de nuestros antepasados y por tanto, debía aceptar el castigo impuesto, para bien o para mal. Así que, con las últimas palabras de Lati junto a esta hoguera, tomé mis cosas y me apresuré a partir antes de que cayera la noche, momento para el cual esperaba haber encontrado un refugio apropiado. El sol se hundía en el horizonte y comenzaba a inquietarme al escuchar los aullidos de una manada de lobos. La noche había empezado en calma. Las ramas de los árboles se mecían al compás de una ligera brisa y aquello despertó en mi cierta quietud; pero poco después comencé a sentir el aullido de los lobos a mis espaldas. Por suerte, parecían estar bastante lejos todavía, aunque comencé a sospechar que habían descubierto mi rastro y venían en mi persecución. Me lancé a correr a través del bosque.

Llegó un momento en que me sentí sofocado y extraviado. Había corrido sin prestar mucha atención a los detalles del terreno y con la única esperanza de que los lobos encontraran otra presa en su trayecto. Me detuve por un momento junto a un árbol y apoyé la cabeza en su tronco, entonces sentí un gruñido frente a mí. Un enorme lobo me mostraba sus afilados colmillos.

Tomé la lanza y me dispuse a la ofensiva para abrirme paso en aquella misma dirección donde se encontraba la fiera y antes de que apareciera el resto de la manada. El animal pareció sospechar mi intensión y sin que yo tuviera tiempo de alcanzarlo con una lanzada, desapareció en la espesura.

En aquel instante apareció la luna que había estado oculta entre algunas nubes grises. Con su aparición pude ver al resto de la manada que comenzaba a formar un círculo a mí alrededor. Corrí al frente dando lanzadas hacia el único sitio que pensé me podría ofrecer algún resguardo. Eran algunas rocas encubiertas por arbustos y malezas y que refulgían como la cal. Trepé por ellas desesperadamente y allí decidí establecer mi campamento por aquella noche, al tiempo que me

disponía a rechazar cualquier ataque de las fieras. Un árbol había caído derribado sobre las rocas y sus ramas secas me sirvieron como combustible para armar una potente hoguera. Cuando el fuego estuvo en todo su esplendor comencé a lanzar ramas y tizones encendidos contra mis acosadores hasta que los hice desistir de continuar en su inútil cacería. En aquel lugar, en la cima de una encumbrada peña, pasé mi primera noche de destierro.

***

Era costumbre entre los upallis que cualquier miembro de la tribu que viviera una experiencia en la cual su actuación fuera digna de imitar, o fuera portadora de una enseñanza, debía relatarla ante la presencia de todos los miembros reunidos alrededor del fuego. El relato de las aventuras que había vivido Athar era digno de ser incluido en el repertorio de aquellos que un día no muy lejano pasarían a contarse entre los mitos y leyendas de un pueblo.

Amisha y las tres mujeres que colaboraban con ella en el proceso de la escritura habían escuchado el relato, y al otro día se apresuraron dibujarlo en tabletas.

—Todas las palabras deben terminar en la letra N —dijo las mujer del talismán.

Estaban en la habitación del mandala. Amisha había vuelto a sentarse a su mesa y tenía frente a ella varias tabletas de arcilla fresca listas para ser utilizadas. Egarya cargaba al pequeño Oghary y lo paseaba lentamente por la habitación mientras atendía, lo mismo que las otra mujeres, las lecciones que su maestra les impartía.

—Entonces como haremos para sustituirlas —preguntó Lati.

—Muy sencillo. Cada vez que una palabra termine en consonante le agregan una vocal y una N. Si la palabra termina en vocal, sencillamente le agregan una N. Por ejemplo, para dibujar la palabra niño, lo hacen así:

Amisha tomó el cáñamo y trazó los siguientes dibujos sobre la arcilla:



—Observen que la palabra que utiliza el pueblo es **aloge**; pero a partir de hoy nosotras la dibujaremos y la pronunciaremos **alogen,** y así lo haremos con todas las palabras.

— ¿Y qué haremos para que el pueblo cambie su costumbre al hablar? —dijo Lati.

—Será muy fácil. Por el momento no tenemos que hacer nada; pero cuando enseñemos a todo el pueblo a leer y a dibujar palabras, lo

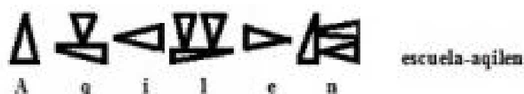
haremos de esta nueva forma y así todo el que aprenda desde pequeño y también los mayores, lo harán así como yo les estoy enseñando a ustedes. ¡Observen este otro ejemplo con la palabra casa!



—El Gran Espíritu quiere que abunde el orden y la comprensión entre los hombres —continuó Amisha—, y esto que estamos haciendo, la obra para la que fuimos elegidas por Él, es para eso; para traer orden, paz y entendimiento entre los hombres. Cualquiera que se niegue a ello, estará faltando a la voluntad del Gran Espíritu, y las cosas no le irán bien en la vida.

— ¡Es hermoso! —dijo Lati—. Se siente la harmonía del espíritu en cada palabra que dibujamos.

— ¡Así es…! y observen este otro detalle —dijo Amisha al tiempo que comenzaba a trazar una nueva palabra.

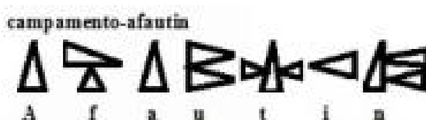


—Nosotros los upallis acostumbramos a poner énfasis en la vocal que está antes de la última; pero ahora que todas nuestras palabras van a terminar en N, vamos a colocar la fuerza de la palabra en la última vocal. La que está antes de la N. Ya no pronunciaremos **aqile**, sino que pronunciaremos **aqilén**; pero si encontramos que hay dos vocales juntas en una palabra…

Y entonces trazó más dibujos sobre la arcilla.



—En este caso pronunciaremos **arleún**, porque las dos vocales están al final. Veamos la palabra campamento.

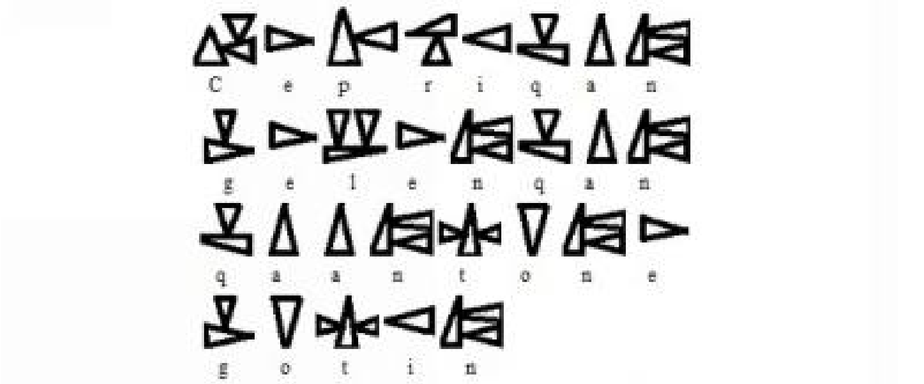


Debemos pronunciar **afautin**. Con la fuerza en la segunda vocal de las dos que aparecen juntas, sin importar en que parte de la palabra se encuentren estas vocales.

— ¿Cómo se pronuncia entonces 'yo quiero ir al bosque'? —dijo Egarya.

—Muy fácil. **Cepriqan gelen qan qaan ton egotin**. Vamos a

dibujarlo.



Amisha se puso en pie y tomó al niño en sus propios brazos.

Ahora, díganme. ¿Quién de ustedes quiere dibujar la narración de Athar en el bosque?

CAPÍTULO 29: LA HORMIGA

El regreso de Athar había marcado un cambio en la vida de los agebartaren. No solamente había crecido la población sino también la manera en que los hombres veían el mundo que los rodeaba y los cambios que podían efectuar en el. Ahora debían ocuparse de cuidar a los caballos, aquellos animales a los que habían confundido con monstruos de dos cabezas al fundir en su visión al animal y al jinete en una única imagen distorsionada de la realidad. Las amazonas habían traído armas de tipo diferente o que poseían una técnica de hechura desconocida para los upallis y en las cuales estos pudieron ver de repente una ventaja indiscutible, tanto económica como defensiva.

Mientras Amisha y las mujeres cuidaban al pequeño Oghary y se dedicaban al trabajo de las tabletas de arcilla, Ghawr y la mayoría de los hombres se afanaban por terminar los trabajos de mejoramiento de las defensas en la zona de la muralla y el foso. El ataque de los clanes les había demostrado que todavía no era suficiente para que el refugio se convirtiera en una zona invulnerable para cualquier enemigo.

Con esta última precaución en mente, estaban trabajando para darle mayor profundidad al foso y creando una empalizada de estacas a lo largo del terraplén que corría entre ambas defensas, de manera que si algún enemigo lograba atravesar el foso se viera imposibilitado para escalar el muro.

Había sido una mañana fresca de primavera y el sol comenzaba a descender sobre la tercera parte de la bóveda celeste. No solo Ghawr y los cazadores trabajaban un poco alejados del caserío. Mas allá del muro y descendiendo por la colina estaban los campos de cultivo donde un pequeño grupo de hombres y mujeres habían comenzado los preparativos para la cosecha del trigo. En la pradera del otro lado del Amudaria; pero no muy lejos de la rivera, dos hombres habían armado un pequeño cobijo de varas y paja para protegerse del sol mientras prestaban atención al rebaño de caballos que pastaba tranquilamente a su alrededor. Desde lo alto del farallón eran observados por los vigías cuya tarea consistía en mantener vigilancia permanente sobre la pradera, las orillas del río y la garganta rocosa que daba acceso a la boca de la caverna.

Uno de los hombres situados bajo el cobertizo de paja era Shantel. Estaba sentado sobre una piedra y bebía en pequeños sorbos de un

pozuelo de arcilla que sostenía con ambas manos. Ambos observaban en silencio hacia una pareja de caballos que luchaban en celos por una yegua blanca de hermosa crin oscura.

Unas palabras de su compañero lo habían entristecido en aquel momento al traer a su memoria el recuerdo de otro hermano que sin dudarlo un momento había dado la vida por él.

—Fui un cobarde. Fue por mi culpa que murió un gran cazador y un guerrero valioso —dijo Shantel.

—Yo no comprendo exactamente lo que sucedió ese día en el campamento del reno —dijo el otro mientras alzaba otro pozuelo con hidromiel y bebía lentamente sin dejar de observar a los animales.

—Teníamos que recuperar el talismán —dijo Shantel—; pero fuimos sorprendidos y capturados y llevados al campamento del enemigo. Nos ataron a unos postes y comenzaron los preparativos para sacrificarnos ante la multitud del pueblo reunido en un descampado. Yo fui el primer elegido para el sacrificio y rompí a quejarme y a lloriquear como un cobarde. Esto causó que Aghasor, viendo mi temor y mi desconsuelo, comenzase a ofender a nuestros captores y a pedir que fuese él el sacrificado; pero que antes se le permitiera luchar, y así fue. Me dejaron a mí y a él lo desataron y Tima aceptó combatir. Ya tú podrás imaginar. Hay pocos en la tierra que puedan combatir con Tima y salir victoriosos; pero en un momento sucedió lo inesperado. Tal vez con el favor del Gran Espíritu. Cayó un rayo sobre un árbol cercano y fue aquel el instante que aprovechó Aghasor para herir de una lanzada en el hombro a su rival más poderoso, y por cierto que lo hubiera derrotado ante la presencia de todos, y tal vez hasta hubiera evitado la continuación de otros males, si no hubiera sido porque en el momento en que se disponía a rematarlo con la lanza que blandía entre sus manos, el otro hermano, Akton, intervino en la pelea para evitar que lo que tenía que ser sucediera. Saltó a espaldas de nuestro hermano y lo hirió en la cabeza de un fuerte hachazo. Así terminó la vida de aquel que la dio por mí. Luego sucedieron otras cosas que nos permitieron liberarnos y recuperar el talismán.

— ¿El ataque de las hormigas gigantes?

—Así fue.

— ¿Qué tal si esas hormigas aparecen un día por el campamento?

—No tengas miedo, hermano —dijo Shantel—. Para eso tenemos el talismán. Con el, Amisha nos podría librar de todo mal. Ella y el talismán unidos poseen un gran poder.

— ¡Dime Shantel! ¿Será verdad lo que dicen; que las hormigas andan en busca del talismán para tomarlo con ellas, y así hacerse tan poderosas como los agebartaren?

—Tenemos muchos enemigos —dijo el aludido suspirando—. Yo diría que más de los necesarios. Los clanes con Tima y Akton al frente nos

han declarado la guerra. Los hombres bestias pueden estar al acecho en cualquier momento y lugar, tratando de llevarse a nuestras mujeres; y por otra parte las hormigas gigantes. No nos queda más remedio que estar preparados y defendernos, de lo contrario, estaríamos condenados a perecer.

En aquel momento, un repentino soplo de la brisa hizo estremecer la paja sobre el cobertizo y los caballos hicieron un revuelo y se pusieron a corretear inquietos. Shantel dejó el pozuelo sobre la tierra y se puso en pie.

— ¿Qué les sucede?— preguntó el otro.

—Hay unas hembras que están en celo y los machos pelean por ellas ¡debe ser eso!

Los dos hombres retrocedieron unos pasos hasta casi arrasar con las varas que sostenían el techo, y con un movimiento instintivo atraparon las lanzas que descansaban clavadas en el suelo al fondo del cobertizo. Una figura humana se había alzado desde las hierbas y los contemplaba como petrificada. Su cabeza estaba cubierta con una piel de leopardo que le cubría parte del rostro y la única arma que poseía consigo era un filoso cuchillo de pedernal. Los dos agebartaren se habían recuperado de la sorpresa del primer instante y sin miramiento ni temor se adelantaron al encuentro del desconocido.

— ¡Vengo por la paz! —se apresuró a decir el hombre saliendo de su estado de inmovilidad.

— ¿Quién eres tú? —preguntó Shantel deteniéndose a cinco pasos.

—He abandonado el campamento del Clan del Reno y a los hermanos Tima y Akton. Vengo con la intensión de pedir refugio en el Clan del Oso. Soy upalli de nacimiento y mi nombre es Ogheta.

El hombre levantó sus manos lentamente y se quitó de encima la piel, dejando al descubierto sus hombros y su cabeza.

—Creo que te reconozco —dijo Shantel—. ¿No eres tú aquél que pretendía arrebatarnos la piel del bisonte cerca de las colinas de basalto?

— ¡Así fue! Y también reconozco que fue algo equivocado. He atravesado los bosques y la pradera en media jornada para llegar hasta ustedes y ya no puedo volver atrás, porque Tima me degollaría. Así que pido que intercedan por mí y me dejen llegar hasta el campamento del Clan del Oso.

—Puedes hacerlo por tu propia iniciativa. Si vienes en paz no tienes por qué temer. Camina hacia allá y cuando encuentres el vado, cruzas al otro lado por las grandes piedras que están en la orilla. El camino junto al bosquecillo de fresnos te llevará directo hasta la garganta. ¡Los vigías nos pueden ver desde allá! ¡Desde lo alto del farallón!

Los caballos, que se habían tranquilizado hacia un rato, volvieron a ponerse inquietos; esta vez alzando las cabezas, relinchando y

lanzando coces.

— ¿Y ahora qué sucede? —dijo Shantel, encaminándose al exterior y observando el terreno en sus proximidades

— ¡Vamos a ver! —dijo su compañero tomando el arco, el estuche de flechas y la lanza con punta de pedernal.

Uno de los animales lanzó un relincho y se echó a correr en aquel instante, pasando vertiginoso junto al cobertizo. Tras el, todo el rebaño se lanzó en tropel en dirección al río. Aquella conducta era incomprensible y los tres hombres observaban preocupados el movimiento de los pastos al derredor, hasta que una mole oscura se levantó a unos cincuenta pasos entre la hierba.

—Creo que te acompañaremos hasta el campamento —agregó Shantel dirigiéndose al recién llegado—. ¡Corran, corran!

Una hormiga gigante levantó sus patas delanteras e hizo chasquear sus tenazas. Seguidamente emitió un chillido y se precipitó a correr en persecución de los cazadores. Era un solo animal; pero su conducta era más inquietante que si se tratase de una manada en tránsito y su velocidad no parecía nada despreciable, esto último a tal punto, que cuando los agebartaren metieron sus pies en el agua del vado, el animal estaba apenas a cuarenta pasos. Por suerte, la corriente lo hizo detener un momento; y ese fue el tiempo que aprovecharon para ganar ventaja.

Los caballos habían atravesado el río y tomando el sendero que cruza cerca de los sembradíos, treparon por la colina en dirección al foso y la muralla, donde la mayoría de los hombres continuaban en sus labores de defensa.

Shantel y los otros dos, por su parte, tomaron por el camino junto a la orilla izquierda y en dirección a la garganta rocosa.

Toda esta escena de escape había sido presenciada por los vigías que de inmediato emitieron su señal de alarma. Ya no se trataba de gritar a puro pulmón, ya que Athar y las amazonas habían traído consigo un instrumento útil y curioso además. Consistía en un cuerno de bisonte al que le habían dado un corte en la punta, de manera que a través de esta se podía soplar aire con los labios en su interior y producir una variedad de fuertes sonidos que se podían escuchar a larga distancia.

Cuando escucharon el cuerno, un grupo de cazadores, y entre ellos varias amazonas, corrieron a reforzar la defensa del farallón y la garganta rocosa. Los que corrían subieron por la escalinata poniéndose a salvo.

La hormiga se detuvo en el interior de la garganta y comenzó a observar a su alrededor. Su conducta parecía ahora mucho más extraña a los agebartaren. El par de antenas sobre su cabeza se movía despaciosamente como tratando de captar señales en el ambiente.

Luego de esto, se encaminó con lentitud en dirección a la boca de la caverna. En un principio los defensores del farallón se habían mantenido en observación; pero cuando la vieron avanzar hacia el sitio donde sabían que se alojaban las mujeres y niños que no habían tenido tiempo de evacuar hacia la parte alta del campamento; fue dada la orden de rechazar a la bestia. De inmediato, una andanada de piedras comenzó a caer desde lo alto, con tanto estrépito y furor, que la hormiga retrocedió y se alejó presurosa de la garganta. En un momento la vieron desaparecer a lo largo del río.

Cuando Ghawr llegó, ya todos se habían tranquilizado y poco a poco volvían a la normalidad.

CAPÍTULO 30: EXPEDICIÓN AL VALLE DE LOS YATRIS

—Una sola cosa debe preocuparnos ahora —dijo Ghawr mientras saltaba del caballo y entregaba las riendas a uno de sus ayudantes.

Había estado cabalgando por la pradera en compañía de Athar y varios de los cazadores y cuando llegaron frente al mandala Amisha y sus compañeras salieron a recibirlos.

— ¿De qué se trata? —preguntó el mejor arquero del pueblo que con el castigo de su destierro y su afortunado regreso había ganado otra vez la confianza y el gran aprecio de los agebartaren.

—Entra al mandala conmigo y te diré de qué se trata —dijo el Hijo del Oso.

La partida de hombres fue despedida y un rato más tarde, después que los caballos fueron puestos a pastar en las cercanías; Athar atravesó los tres círculos y penetró a la única habitación dispuesta para los diálogos privados que de vez en cuando el Hijo del Oso tenía que efectuar con sus hombres y colaboradores más cercanos.

— ¡Ya sabes…! —dijo Ghawr sentándose sobre un asiento labrado en el tronco de un abedul, al tiempo que invitaba a Athar para que hiciese lo mismo en otro mueble recostado a la pared opuesta—. Las hormigas gigantes han estado merodeando los territorios de la antigua tribu de los upallis —continuó pausadamente—, y han atacado incluso el campamento del Clan del Reno; pero no te he contado todavía los detalles de la expedición que hicimos al valle de los yatris en aquel tiempo en que tú estuviste ausente.

—Ahora tenemos gente suficiente para organizar una expedición mucho más grande por los territorios colindantes, y me gustaría que el propio Hijo del Oso llegara a conocer los países del noreste, hacia las montañas donde nace el gran Amudarya.

—Eso estaría muy bueno —dijo Ghawr y entonces hizo una pausa para rascarse una oreja—; pero lo cierto de todo esto, es que nuestra atención debería estar enfocada hacia el oeste, de donde veo venir la amenaza para nuestra gente. Del otro lado del valle yatri encontramos un sitio metido entre las colinas que parece ser el nido de las hormigas. He estado pensando que si volviésemos allá, con un buen plan y con suficientes hombres, podríamos destruirlas en su propia casa, antes de que se hagan más fuertes y continúen su avance hasta nuestras tierras. Estoy pensando en una expedición a caballo y en

balsa. Las balsas nos servirían para llevar al grueso de los hombres, las armas y las provisiones.

Egarya se introdujo en la habitación trayendo consigo una vasija de barro que depositó sobre el tronco que servía de meseta.

—Sospecho que el Hijo del Oso está pensando en algo más grandioso —dijo el arquero mientras agarraba instintivamente una vasija pequeña que la mujer le tendía.

—Estoy pensando en restablecer el antiguo poblado de los yatris, en el mismo sitio o en las cercanías. El valle es una tierra rica y preciosa y que nos pertenece porque los yatris, sus anteriores pobladores, forman ahora parte de nuestro pueblo. Pero no se trata tan solo de tomar el valle, sino de combatir a un enemigo que nos amenaza a todos.

— ¿Piensas devolver a los yatris a su antiguo campamento?

— ¡De ninguna manera! Lo que estoy pensando es poner un campamento en aquel lugar y establecernos allí en un sitio fortificado, que luego se podría ir ampliando. En el incidente que hubo ayer con la hormiga, se vio claro para todos que esos monstruos han descubierto nuestro campamento y lo que aquí tenemos de más valioso. ¡Me refiero al talismán! Por alguna razón que todavía no comprendemos, las hormigas, lo mismo que los devoradores de carne humana, andan en busca del talismán.

Ambos hombres quedaron pensativos por un momento y en esta pausa bebieron hidromiel en abundancia hasta derramarla sobre sus pechos.

—Me contaste algo acerca de Amisha. Algo que dices, tiene que ver con la tierra prometida.

— ¡Así es! —dijo Ghawr poniendo a un lado su vasija—. Las visiones de la mujer del talismán han ido revelando cada vez con mayor frecuencia los detalles del destino y de la misión otorgada por el Gran Espíritu a nuestra gente. Sin darnos cuenta siquiera hemos estado cuidando de Amisha y de su talismán y protegiéndola de los espíritus de las tinieblas, porque en ella está la llave que nos conduce a la salvación eterna.

— ¿Qué es el talismán? —dijo Athar.

Ghawr se puso en pie antes de contestar, dio una vuelta alrededor de la habitación y se asomó por una pequeña abertura con dirección al oeste. Entonces regresó a su asiento y dijo:

—El talismán encierra el misterio y el poder del Gran Espíritu sobre la tierra. Quien lo posea, tiene la clave de la vida eterna y la llave para la entrada al lugar sagrado; pero también el poder para destruir a los hombres y dominar la tierra. De ninguna manera podemos permitir que caiga en las manos equivocadas. Ya Amisha lo demostró por si misma cuando lo recuperó de nuestros enemigos en el Clan del Reno.

***

Las dos balsas fueron desatadas y pronto se alejaron corriente abajo seguidas por la mirada ansiosa y esperanzada de varias decenas de agebartaren reunidos junto a la orilla.

El grupo de hombres, al frente del cual cabalgaban Athar, Ghawr y varias amazonas había partido desde el amanecer por la orilla derecha del gran Amudarya, había bordeado el bosque y ahora se encaminaba a través de la pradera abierta en dirección al sur. Sin ningún tipo de contratiempo deberían arribar al sitio del poblado Yatri a punto del amanecer del siguiente día, mucho ante de que lo hiciesen las grandes embarcaciones de troncos repletas de provisiones, armas y materiales.

— ¿Cómo fue tu primer encuentro con las amazonas? —preguntó Ghawr.

La respuesta de Athar no se hizo esperar. Torció la rienda sobre la derecha y se colocó a la par del Hijo del Oso.

—Si no llega a ser por ellas, a esta hora no estuviera aquí, cabalgando junto a mi gente.

—Cuéntame como fue.

—En mi solitario vagar hacia las montañas del sur, tuve que esquivar una cantidad de obstáculos imposibles de enumerar teniendo como único instrumento de recordación las débiles imágenes de la mente humana. Haría falta algo misterioso, y eficaz, como las tabletas de Amisha.

— ¿Crees que de verdad sean algo tan misterioso? —preguntó Ghawr.

— ¡Sí que lo son! Al final de mi travesía oí hablar de unos pueblos que se valen de ellas para fijar sus recuerdos. La escritura es como pensar y hacer que los pensamientos se congelen como el agua de los remansos en el invierno de los upallis. Pero esos pueblos habitan al sur, del otro lado de las montañas, las cuales ni los propios Guhnos han tenido la fortaleza y la osadía para escalar.

— ¿Quiénes son los Guhnos?

—Un pueblo humano de los cuales caí prisionero en una escaramuza con la cual nada tenía yo que ver. Iba yo atravesando un pequeño valle rodeado de pinos y pinabetes, cuando de repente me encontré entre dos bandos enemigos que se atacaron sin misericordia. Logre sobrevivir gracias a que mi aspecto les resultó lo bastante atractivo a los vencedores como para dilatar mi vida por varios días. Aquel pueblo acostumbra a tomar ciertos prisioneros y obligarlos a trabajar para ellos. Esa fue la mísera situación en que me vi de repente, e inconforme con ella traté de escapar de mis opresores; pero con tan mala suerte que fui recapturado y esa vez sometido a castigo. Fue ahí cuando aparecieron ellas, todo un extraño clan de mujeres a galope sobre estas bestias y disparando sus terribles flechas. En poco tiempo

habían exterminado a la mayoría de mis captores, liberado a algunas mujeres que también eran prisioneras de los Guhnos y ya se retiraban cuando una de ellas fue atraída por mi situación. Yo estaba atado a un poste con la cabeza hacia abajo y sin duda hubiese perecido allí en muy poco tiempo. Ellas me tomaron y me llevaron con ellas y así fue como conocí a las amazonas.

— ¿Por qué se negaban a tener a hombres en su campamento?

—Es una antigua costumbre que viene de sus antepasados. Se unen a hombres de otros pueblos solo para tener su descendencia. Si nace niña la conservan en el seno de su propio clan; pero si es varón lo devuelven a los pocos días al pueblo de donde procede su padre o a falta de este, lo entregan a cualquier otro pueblo o incluso lo abandonan a su propia suerte.

—Incluso ahora, después de tu relato, no comprendo cómo fue que te conservaron a ti y al hijo que tienes —dijo Ghawr tirando de las riendas para detenerse. Luego cabalgó hacia el risco de una pequeña colina y se detuvo allí. A una seña suya, Athar salió al galope y se le unió en lo alto.

— ¿Qué es lo que sucede? —preguntó al llegar.

— ¿Por qué te conservaron a ti y al hijo que tuviste con Talestris? ¿Por qué tan de repente cambiaron aquella costumbre de sus ancestros?

Athar fijó su vista en las alturas, en los jirones de nubes que como bandas de espuma cabalgaban sobre los lomos del céfiro. Bajó luego la cabeza y fijó su vista en el tapiz de líquenes que cubría la roca.

—No podría dar una respuesta al hijo del Oso —dijo entonces—. Al menos una que de satisfacción a las dudas que nos inquietan.

— ¿No habías pensado antes en ese cambio tan repentino?

—Talestris me ama. Eso es lo único que me ha demostrado desde el día que la conocí.

—Pero yo te conozco a ti —dijo Ghawr—, y sé que el espíritu depositado en el interior de tu cuerpo es propenso a las pocas cosas dignas y sublimes que adornan el mundo de la creación. Fácilmente te arrastra la ternura y la idea de la perfección; pero recuerda esto, somos acechados constantemente por los espíritus de las tinieblas y contra ellos el hombre debe hacerse más precavido cuanto mayor es su rango como dirigente.

— ¿Piensa el hijo del Oso que hay algún plan macabro en las amazonas?

—Si no lo pensara no te hablaría de ello. Trata de buscar respuesta a las dos preguntas que te acabo de hacer y cuando las encuentres, dime lo que piensas tú.

***

Anduvieron cabalgando entre los bosques hasta el anochecer, por un sendero conocido desde mucho tiempo y entonces armaron el campamento a orillas de un arroyuelo. Antes de dormir estuvieron charlando en pequeños grupos y cada cual buscaba a sus compañeros más cercanos en los gustos y en los temas de conversación. Las amazonas se reunieron un poco aparte y armaron su propia hoguera mientras se dedicaban a revisar sus armas. Tensaban y destensaban sus pequeños arcos con una habilidad y precisión capaz de sorprender a los avisados upallis, que eran ya de por si hombres acostumbrados a las duras jornadas de cacería; pero apenas entrenados en el arte de la guerra. A diferencia de ellos, las amazonas eran guerreras por naturaleza, prontas al combate y al desempeño de largas y apresuradas jornadas encima de sus cabalgaduras.

Pronto cayó la noche y durmieron al calor y amparo de la hoguera hasta la llegada del amanecer.

En la mañana siguieron el mismo sendero junto a la pequeña corriente hasta salir a la parte sur de la pradera. A partir del momento en que abandonaron el bosque el terreno se fue elevando sin interrupción hasta que vieron aparecer ante sus miradas el espléndido valle del pueblo yatri.

Poco después llegaron junto al cañón del gran río, en el cual Ghawr y sus hombres habían acampado por una noche en su anterior expedición al valle.

Aquel era el lugar perfecto para esperar la llegada de las embarcaciones. Desde la altura del farallón podían apreciar la extensión del valle y buena parte de la corriente fluvial en ambas direcciones.

—Aquí hay buenos pastos para los animales —dijo Ghawr apeándose de la bestia.

Caminó con Athar hacia la parte más elevada del farallón que era al mismo tiempo el borde del precipicio. La última crecida del río bajo las lluvias había arrasado con los restos del poblado yatri y una espesa capa de lodo se había acumulado hacia el interior del valle por aquella parte, favoreciendo esto el crecimiento de las gramíneas que habían comenzado a cubrir el suelo, dándole al paisaje un ligero tono verde oscuro; símbolo indiscutible de fertilidad.

Ghawr se había quedado en profundo éxtasis contemplativo hasta que el chillido estridente de un quebrantahuesos lo sacó de su embeleso.

El pájaro se elevaba batiendo alas desde lo profundo del precipicio y pronto estuvo a la altura de los agebartaren que lo vieron pasar a unos pocos pies de distancia.

—Me gusta este lugar aquí en lo alto —dijo Athar mientras seguía con la mirada el majestuoso vuelo del ave.

—Aquí es donde tengo pensado que deberíamos levantar un nuevo campamento. Este farallón domina una buena parte del valle y aquí arriba tenemos excelentes pastos y una posición segura para la defensa. ¡Mira hacia allá! —continuó el Hijo del Oso volteándose hacia la pradera y señalando con una mano—. Poco más allá el terreno va en declive hasta perderse en el horizonte. Observa la alegría de los animales. En poco tiempo podríamos tener un gran rebaño como esos entre los pueblos del oriente de los que me has contado. Todo esto es necesario. Debemos acumular mucha fuerza para que podamos proteger el talismán y evitar ser vencidos por nuestros enemigos. Las mismas dificultades y peligros nos obligan a crecer y fortalecernos.

— ¿Entonces, fundaremos aquí el nuevo campamento?

—Aquí nos quedaremos —dijo Ghawr con resolución y volteándose otra vez hacia el río—. El valle nos dará los recursos que necesitamos. Hay mucha caza y pesca, y los bosques de aquí hasta la caverna son numerosos; además, allí debajo crecen en abundancia las hierbas que nos dan su grano para la alimentación de la gente y la paja para los animales durante el invierno.

Uno de los hombres situado más abajo junto al precipicio pegó un grito de alerta que de inmediato reanimó al resto de la partida.

—Ahí llegan las embarcaciones —dijo Athar.

—Bueno, es momento de reunir a varios de los hombres para que bajemos a recibirlos —dijo Ghawr poniéndose de un salto en camino al vado. Poco después se le unían Athar y tres de los arqueros, mientras el resto de los hombres y las amazonas se establecían sobre el farallón. Las lluvias habían sido escasas durante los últimos días de la estación estival y el vado ofrecía un paso seguro para los hombres y los caballos.

Cruzaron con el agua hasta las rodillas y esperaron hasta que los hombres de las embarcaciones, a fuerza de vara, consiguieron ubicarlas junto a la orilla.

El resto del día lo emplearon en descargar las provisiones y llevarlo todo hasta el farallón, subiendo por la cuesta hasta el lugar donde habían decidido establecer el nuevo campamento.

Estaban agotados por la larga jornada y por el intenso trabajo de manera que al caer la noche se reunieron en la parte alta y se disponían a comer y a descansar cuando el relincho de los caballos y un gran tropel en dirección de la pradera los puso en guardia.

Hubo una estampida semejante a la que produce el rayo al golpear un árbol y resquebrajar su tronco, aunque en este caso mucho más potente, haciendo estremecer la tierra y lanzando a rodar por el suelo a hombres y bestias como si se tratase de simple hojarasca. No se habían recuperado todavía de la sorpresa cuando presenciaron que el cielo se había teñido de rojo sobre la línea del horizonte y la pradera

resplandecía, al tiempo que las manadas de herbívoros que poco antes pastaban tranquilamente se habían lanzado en desenfrenada carrera buscando la manera de escapar del inesperado fenómeno. Los agebartaren y las amazonas dejaron todo lo que hacían y corrieron a buscar refugio en lo más profundo de las grietas que cubrían el borde del acantilado. Un instante después, una enorme masa de aire cálido pasó sobre sus cabezas dejando un profundo olor a materia orgánica en combustión.

Varios ciervos, enloquecidos en su carrera, no repararon en el precipicio que se abría frente a ellos y pasando por encima de las rocas que cubrían el borde se lanzaron al abismo. Un bisonte corrió la misma suerte cuando trató de detenerse en el mismo borde. El resto de los animales, más suspicaces o afortunados se habían desviado en dirección al vado evitando así una fatal caída. El río se había cubierto por aquella parte con una columna de inmigrantes que buscaban ansiosamente un lugar hacia el interior del valle más apacible para pernoctar.

Pero pronto volvió la calma sobre la pradera y el color rojizo del cielo se fue desvaneciendo en un rosa pálido hasta que desapareció el último vestigio de la perturbación. Algunos animales, al principio ahuyentados por el impacto y lo que parecía ser un incendio, optaron por permanecer rumiando al borde de los acantilados o en sus cercanías convirtiéndose en motivo de molestia para Ghawr y su gente cuando comenzaron a salir de sus improvisados refugios.

Entonces, los hombres que habían permanecido junto a las barcas comenzaron a gritar para que vinieran los de arriba y los ayudaran a recoger la abundante provisión de carne que yacía inmersa entre las aguas del río. Aquel extraño fenómeno les había traído la abundancia sin necesidad de continuar en una riesgosa y agotante expedición de caza.

Ghawr envió a varios hombres en ayuda de los que permanecían debajo y al poco tiempo habían sacado del agua a todos los animales muertos al despeñarse y comenzaban a destazarlos. El fuego se mantuvo crepitante hasta bien entrada la medianoche cuando se terminó la labor de ahumar toda aquella carne que luego fue cargada sobre las balsas, envuelta en mantas de piel y dejada en reposo hasta el amanecer.

La salida del sol los sorprendió dormidos y sin deseos de levantarse; pero el pensamiento de una importante tarea todavía por realizar los sacó de la modorra y el agotamiento acumulados durante la larga y trabajosa jornada del día anterior.

Mientras los centinelas de la última vigilia echaban leña y reanimaban las fogatas, el Hijo del Oso se puso en pie y se asomó al borde del precipicio. Los de abajo aún dormían junto a la orilla y

sobre las balsas, por lo que tomó el cuerno colgado a su cinturón de cuero y sopló con todas sus fuerzas. De inmediato uno de los centinelas alzó la cabeza e hizo con la mano una seña de aprobación. Ghawr volvió al lugar junto a su improvisado lecho de mantas. Ya Athar se había puesto en pie y venía a su encuentro.

—Eso de anoche fue algo sorprendente —dijo el joven arquero, con la emoción aflorando a su rostro.

—Sería bueno enviar ahora mismo a dos jinetes para que averigüen lo que sucedió. No me gusta nada ser sorprendido por cosas como estas.

—Si el hijo del Oso lo prefiere, yo mismo puedo ir a tirar un vistazo.

— ¡No… no! Mejor déjalo a los hombres y tú quédate conmigo que necesitamos hablar.

Ghawr se dirigió a la hoguera más retirada, la animó con algunas ramas y paja seca y se sentó sobre una roca. Athar lo imitó y se quedó observando al Hijo del Oso mientras este abría un pequeño bolso de cuero.

—He tomado toda la reserva existente en el refugio de Torageban. Es el polvo mágico de la adoradora del fuego. ¡Ya tú conoces de qué se trata!

—Por supuesto que sí. Tuve que ir con una bolsita semejante a esta hasta la montaña de fuego en las tierras de los guhnos. ¿Qué piensa hacer el Hijo del Oso con ella?

—Este polvo podría acabar con las hormigas gigantes. Tengo un plan que consiste en llegar hasta su nido, entrar a el; e incendiar el polvo en sus túneles y cavidades. Llevaremos la guerra hasta la propia guarida de nuestros enemigos. Pero existe una dificultad.

— ¿De qué se trata?

—Todavía no conocemos mucho acerca de la naturaleza de la guarida donde habitan estas hormigas. En la expedición anterior al valle descubrimos que está al otro lado de una colina, allá, hacia el sur; pero tendríamos que averiguar como entrar a ella. ¿Ya tienes alguna respuesta para las dos preguntas que te hice acerca de las amazonas?

—Gran Hijo del Oso, en mi expedición a las regiones del sureste conocí al pueblo de los guhnos. Son los hombres más feroces y sanguinarios que yo haya visto jamás y han conquistado, sometido y esclavizado a sus vecinos cercanos, a excepción de las amazonas; pero yo no creo que ellas hubieran podido resistir por más tiempo el azote de estos hombres, de aquí que vieron en mí, y en nuestro pueblo; la oportunidad para un nuevo comienzo.

— ¿Y eso también explica, según tú, que hayan abandonado sus costumbres para adaptarse a las nuestras?

Athar reflexionó por un instante, se puso en pie y se alejó unos

pasos. Luego se puso a observar a las mujeres que a poca distancia de allí preparaban sus cabalgaduras. Tenían la costumbre de mantenerse unidas y alejadas de los hombres, hablaban muy pocas cosas entre ellas mismas y cuando lo hacían era una especie de cuchicheo en su propia lengua que los agebartaren no comprendían. El propio Athar debía esforzarse para entenderlas y comunicarse con ellas, y eso a pesar del tiempo que llevaban juntos. No obstante, en el fondo de su corazón el arquero se sentía confiado.

Finalizadas sus reflexiones, se dio la vuelta y regresó al lado de Ghawr, y se sentó sobre la misma piedra.

— ¡Seguro que sí! Eso es lo que me inspira confianza en ellas —dijo entonces.

— ¿Y el amor de Talestris? —dijo el Hijo del Oso—. Recuerda Athar, que el amor que sentimos por una mujer y por todos nuestros semejantes es algo tan terrenal e impuro como el propio alimento que ingerimos, a no ser que este amor, como nuestro propio cuerpo, se haya purificado con el verdadero amor inspirado por el Gran Espíritu y por la sumisión de nuestra voluntad a la suya, que es nuestra única misión en la tierra.

— ¿Tanto desconfía el Hijo del Oso?

—Debo asegurarme de que el talismán no caiga en poder de las tinieblas y evitar la traición es una medida indispensable para ello. Pero ahora creo que has respondido a las dos preguntas de manera satisfactoria. Luego veremos la opinión del espíritu de la luz. Ahora puedes ir y ordenar a los hombres que averigüen lo sucedido ayer en la pradera. Después de eso partiremos contra las hormigas.

CAPÍTULO 31: CONTRA LAS HORMIGAS

Ghawr ordenó la partida de las balsas cargadas con la carne destazada la noche anterior y en ellas envió apenas a los hombres necesarios para su manejo a través de las apacibles aguas del Amudarya. Debían partir de prisa antes de que el regreso se complicase con algunas lluvias, que eran escasas; pero repentinas y torrenciales durante el estío.

Las amazonas y algunos agebartaren andaban a caballo y este pequeño grupo marchaba a la retaguardia siguiendo el paso de los de a pie. Cada guerrero llevaba consigo un carga que no era habitual durante las correrías normales, consistente en su mayor parte de varios manojos de flechas, preparadas y dispuestas con antelación y adaptadas para ser disparadas con el modelo de nuevo arco introducido por Athar y las amazonas. Este era un artefacto mucho más potente y preciso que el antiguo arco de los cazadores, lo que lo convertía en el principal medio de defensa de las posiciones durante cualquier ataque, aunque esta vez no se trataba de repeler un ataque, sino de ir a la ofensiva contra las bestias descomunales que desde hacía varias estaciones hostigaban y atemorizaban a los upallis y a los otros pueblos de la región.

Habían atravesado el vado y remontaban el río por la orilla izquierda cuando sucedió que los hombres enviados por Athar para inspeccionar la pradera les dieron alcance a todo galope.

— ¡Algo entraño ha sucedido allá! —dijo el jefe de la pequeña partida de exploración mientras la bestia se encabritaba levantando con sus cascos el oscuro polvo de la ribera.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó Ghawr.

—Sería mejor que el Hijo del Oso viera aquello con sus propios ojos…; porque estos que están aquí… —dijo señalando su rostro—, no tienen palabras para explicarlo.

— ¡Di algo! —demandó Athar tirando de sus riendas para ponerse a la par de su compañero—. ¡Para eso fuiste enviado!

—Un objeto, semejante a una roca aplastada descansa en el suelo de la pradera. En su interior pudimos ver a un hombre.

Entre Ghawr y el jefe de los arqueros se cruzó una mirada interrogativa.

— ¡Continuamos contra las hormigas! —dijo el Hijo del Oso luego de

un instante de vacilación.

Desde la expedición anterior, el valle de los yatris había cambiado notablemente su configuración. Su suelo poseía ahora un color oscuro y en el crecía una vegetación de gramíneas silvestres de las cuales Ghawr había recogido una muestra que había plantado luego en los terrenos del campamento con tan buenos y sorprendentes resultados. La pequeña cosecha durante los primeros días del estío había rendido cien veces la cantidad plantada y ahora los agebartaren podían apreciar con sus propios ojos que aquella planta original cubría casi todo el suelo del valle.

La pequeña columna de guerreros cazadores continuó por la orilla del Amudarya hasta que el suelo medio pantanoso de la parte oeste de la laguna les vino a cerrar el paso. Aquello no fue ninguna sorpresa para Ghawr, ya que el conocimiento de la zona le había permitido prever aquella situación. Ordenó entonces a su gente seguir por las cercanías de los pantanos que bordeaban la laguna hasta salir nuevamente a la pradera abierta.

Frente a ellos y al otro lado del valle se podía divisar la parte más elevada del montículo que le servía como punto de referencia para llegar al sitio de las señales luminosas. A partir de allí avanzaron en línea recta manteniéndose siempre alertas y tomando las precauciones para no caer por sorpresa bajo el ataque de un gastornis o de cualquier otra bestia. Aquellos plumíferos predadores habían demostrado ya su temeraria fuerza que serviría de experiencia eterna a los hombres y mujeres del Clan del Oso.

Mientras avanzaba erguido sobre su alazán corcel, Ghawr no había dejado de meditar en el extraño aviso del explorador, y con estos pensamientos continuaba hasta que llegaron a la falda de la colina. Aquella en cuya vertiente norte habían descubierto el despeñadero neblinoso refugio de los insectos.

— ¡Aquí nos detenemos! —dijo entonces dirigiéndose al jefe de los arqueros—. Prepara a los hombres para el ataque y para repeler a cualquiera. Yo subiré a la colina con Layen y los otros que me acompañaron en la expedición anterior.

—El Hijo del Oso puede ir con confianza —dijo Athar—, y espero que todo salga como lo tenemos planeado.

Como la vez anterior, la colina en sí misma parecía un lugar tranquilo y ya que se trataba de un sitio escabroso y árido era difícil sospechar que fuese el albergue de unos seres tan mortíferos y dañinos. Avanzaron con cautela, parapetándose junto a las rocas para evitar ser observados desde la parte alta por las hormigas guerreras que podrían poner en alerta al resto del hormiguero.

Una cosa que aún no comprendían a cabalidad Ghawr y su gente es que se trataba de hormigas cuyo comportamiento común y corriente

no era como el de sus semejantes enanas. Las hormigas gigantes eran máquinas trituradoras que no se detenían ante casi ningún obstáculo; pero que ante todo y a diferencia de las enanas estaban dotadas de una misión, de una conducta dirigida a un objetivo claro y preciso, que era apoderarse del talismán de Amisha costase lo que costase.

Dando un rodeo a la colina Ghawr y sus tres acompañantes consiguieron llegar hasta lo alto sin descubrir aún la presencia de algún insecto. Todo estaba silencioso y tranquilo como si aquellos seres que parecían ser el azote de la tierra hubiesen desaparecido para siempre.

Ya convencido de que nada se interponía en su camino, el Hijo del Oso se disponía a continuar con la segunda parte de su plan que consistía en encontrar la entrada del hormiguero, la cual debía estar a su entender, al otro lado de la colina, descendiendo por el barranco cubierto de niebla. Se disponían a proseguir su avance en dirección a este en el instante en que un conjunto de chasquidos los hizo detener y echarse al suelo.

En la sombreada base de las rocas en las cuales se habían refugiado durante el ataque del gastornis, uno de los insectos tragaba un trozo de animal destrozándolo con sus tenazas. Se encontraba tan entretenido en su labor que no fue difícil para los agabartaren acercarse un poco más y observarlo detenidamente. Luego Ghawr envió a Layen para que descendiera y diera aviso al jefe de los arqueros.

Con Layen regresaron después otros cuatro cargando con las pequeñas bolsas de azufre mientras que la bestia se encontraba todavía tendida contra la roca.

— ¿Qué esperamos? —preguntó el buscador de huevos.

—Hay que observarla —dijo Ghawr—. En algún momento se retirará hacia su madriguera. Eso es lo que espero; entonces iremos tras ella.

Contrario a lo que esperaban, la hormiga no se movió en dirección al barranco neblinoso, sino que lo hizo alrededor de la roca y luego penetró en el agujero situado en su base. Los agebartaren ya se habían dado cuenta de la existencia de este orificio; pero no le habían dado importancia debido a la situación desesperante en que se encontraban en aquella ocasión. Esta vez esperaron un largo rato confiando en que la bestia podría resurgir de un momento a otro; pero fue en vano.

—Parece que esa es una entrada del hormiguero —dijo Layen.

—Preparen las antorchas que vamos a penetrar —ordenó Ghawr.

Mandó a uno de los hombres a que descendiese y llevara al jefe de los arqueros el mensaje acerca del cambio de planes. Poco después y con mucha cautela, se acercaron al orificio.

Este se convirtió enseguida en un amplio pasadizo de paredes rocosas y en declive que los condujo a las profundidades de la tierra.

Tuvieron suerte de no verse acorralados en aquellas circunstancias, porque el resultado habría sido desastroso para ellos; pero en cambio, llegó un momento en que el camino se cerró ante su paso y estaban a punto de retirarse cuando a alguien se le ocurrió mirar hacia lo alto y descubrieron la continuación del túnel sobre sus cabezas. Ascendieron entonces por la estrecha abertura haciendo pasar con ellos el rollo de cuerdas, las antorchas, las bolsas con el polvo mágico y sus propias armas.

Se vieron de repente en un lugar cerrado. Consistía en una pequeña habitación de paredes irregulares que se iban estrechando hasta terminar en otro pasadizo en declive. Continuaron descendiendo. Aquella situación comenzaba a preocuparlos cuando el pasadizo se convirtió en un gran depósito. No podrían decir cuán grande era aquella estancia que se perdía de vista entre montones de cosas. Parecían frutas, raíces, hojas y tallos. Restos animales y humanos envueltos es asquerosas membranas de color rosáceo que a la escasa luz que los iluminaba daban la sensación de permanecer con vida. Los agebartaren atravesaban aquellos salones buscando otra salida hacia las alturas cuando una hormiga les salió al encuentro cerrándoles el paso. El animal, mejor adaptado a la oscuridad trató de acorralarlos contra una pared; pero los hombres retrocedieron y dispararon sus flechas y la bestia herida comenzó a chillar de manera tan estridente que pronto sus lamentos atrajeron la atención de otras hormigas, y todas las estancias en torno a los agebartaren se llenaron con un bullir ensordecedor.

— ¡Hay que salir de aquí! —gritó Ghawr encabezando la marcha a través de un corredor de techo cóncavo que los condujo a la zona principal del hormiguero.

Aquel salón donde se habían metido de repente era de forma circular y estaba constituido por una columna central que salía del piso y se incrustaba en el techo. En las paredes se alineaban de forma regular y simétrica pequeños nichos de unos dos pies cuadrados y cubiertos por una membrana semitransparente donde se criaban las larvas que se convertirían en obreras y soldados.

A estos nichos se llegaba a través de una escalera en espiral que recorría todo el perímetro de la habitación junto a las paredes y desaparecía en lo alto pasando a la siguiente planta. No había a la vista ninguna otra vía de escape y las hormigas rondaban de forma amenazante en torno al pequeño grupo de cazadores.

Ghawr tomó otra vez la iniciativa y de un salto cayó sobre los primeros escalones y continuó el ascenso. Muy pronto el resto del grupo iba pisándole los talones y recorriendo el trayecto que los separaba de la planta superior. Esta se había reducido de manera sensible con respecto a la primera; pero aun así tenía capacidad

suficiente para alojar a un centenar de aquellos feroces insectos.

Dos hormigas continuaban descendiendo hacia los agebartaren mientras que otras se agolpaban al pie de la escalera para impedirles retroceder. Silbaron las flechas y el insecto que descendía en segundo lugar fue alcanzado en algún punto muy sensible entre la unión de la cabeza y el tórax. Perdió el equilibrio y se vino abajo golpeando a su compañera y arrastrándola consigo.

Ghawr saltó por encima de las barandas hacia el exterior colgándose de unas piezas que a manera de argollas colgaban de las paredes. Otros tres consiguieron hacer lo mismo en tanto que Layen con el resto de sus compañeros se introdujo en uno de los túneles laterales que abundaban de tramo en tramo y a lo largo del recorrido de la espiral.

— ¡No vayan a entrar ahí! —advirtió Ghawr mientras hacía un esfuerzo para volver a los escalones.

Layen comprendió la advertencia y un instante después continuaban la marcha para alcanzar el próximo nivel.

Ya se habían dado cuenta que a medida que ascendían el hormiguero se iba estrechando, y que cada vez se encontraban más próximos a la columna central y al agujero que la circundaba.

Con mucho menos esfuerzo consiguieron llegar a la siguiente planta y luego a la cúpula. La escalera los condujo directamente a un boquete a través del cual se podía ver el cielo.

— ¡Deténganse aquí! —ordenó el Hijo del Oso mientras se asomaba y observaba hacia el exterior.

Pudo comprobar que habían llegado a una altura demasiado peligrosa y si las hormigas aparecían por el boquete se verían en una dificultad demasiado seria.

— ¿Y aquí cómo haremos? —preguntó Layen.

—Ellas también entran y salen por este lugar, y si ellas lo hacen, también podríamos nosotros.

—Las antorchas. ¡Prendan las antorchas! —gritó entonces—. Traigan aquí las bolsas con el polvo mágico.

Las voces del Hijo del Oso fueron de repente respondidas por otras voces desde afuera y desde la parte baja del hormiguero. A través de la niebla pudieron ver los pálidos reflejos de otras antorchas y las figuras de algunos hombres que ascendían por el exterior de la pared haciendo un gran esfuerzo con la intención de llegar hasta ellos.

—Son Athar y los otros —dijo Layen.

Un rato después ambos grupos se reunían en lo alto de la construcción.

— ¡Dime Athar! ¿Hay hormigas merodeando por la parte baja? —preguntó Ghawr.

—No vimos ninguna durante el ascenso…, a pesar de que

demoramos bastante en llegar aquí, con toda esta carga.

Prendieron fuego a la leña que habían conseguido levantar y depositar sobre el piso de la planta alta y luego el propio Ghawr dejó caer el contenido de cada una de las pequeñas bolsas de cuero sobre las llamas.

El polvo amarillo comenzó a arder con una vívida llama de color azul y pronto los upallis se alejaron de la abertura y comenzaron su propio descenso hacia la base del hormiguero. Debían atravesar una explanada de terreno despoblado y árido para llegar hasta la colina donde el resto de la gente los esperaba.

El descenso por la pared exterior se efectuó sin grandes inconvenientes y con toda la rapidez que les permitía la destreza y habilidad, casi innata, de los cazadores de pradera. Luego corrieron sin tregua en dirección a la pequeña lumbrera que se distinguía en la distancia a través de la niebla; pero un chillido, que ya los agebartaren podían reconocer sin dificultad, los hizo detener y titubear por un instante.

— ¡Es por la derecha…! Continúen hacia adelante —gritó Ghawr siguiendo a Athar y a los que con él se habían arriesgado a descender entre la niebla. Ahora estaban convencidos de que al menos dos hormigas se desplazaban por el bajío en su persecución.

—Allá están las cuerdas —gritó Athar poco después.

Habían llegado al sitio donde la pendiente de la colina se levantaba suavemente hasta la explanada superior donde Ghawr había esquivado la primera vez en aquel lugar, la obstinada persecución del gastornis.

Un hombre aguardaba con una antorcha en alto para guiarlos hasta el sitio preciso donde reposaban las cuerdas. Athar subió unos cuantos pasos, levantó una cuerda, y agarrándose a ella con ambas manos indicó a los otros que lo imitasen, en el mismo instante en que un chillido, mucho más estridente y cercano rasgó el silencio y a continuación la silueta de una hormiga se dibujó de manera difusa a pocos pasos entre la niebla.

Agobiados por el terror que provocaba el encuentro cercano con aquellas bestias, los hombres habían obedecido a la voz del primero de los arqueros y las cuerdas comenzaron a tirar de su pesada carga con una rapidez tan inusitada que tuvieron que hacer un esfuerzo para desplazarse hacia lo alto por sus propios pies. Uno solo que resbalase y cayere al suelo podría ser la perdición de cualquiera de los compañeros que le precedían. Pero en un instante quedaron atrás las hormigas; aunque no por mucho tiempo.

Desde el borde superior Ghawr observaba con su gente hacia la columna de humo que se elevaba al cielo desde la abertura superior del hormiguero.

—Esto está bastante bueno —dijo el Hijo del Oso—; pero creo que por el momento será mejor alejarnos de este lugar.

CAPÍTULO 32: EL HOMBRE QUE CAYÓ DEL CIELO

Comenzaba a caer la noche cuando llegaron al campamento provisional frente al antiguo poblado yatri y tanto los agebartaren como las amazonas estaban extenuados y deseosos de comida y un buen descanso. Así, el Hijo del Oso no tuvo más opción que disponer todo lo necesario para la vigilia nocturna y dejar que el resto de su gente se tendiera a descansar lo mejor posible entre las rocas del acantilado, como mismo lo habían hecho la noche anterior. Mientras tanto, Athar y él se disponían a la primera guardia.

Estaban convencidos de que el ataque contra el hormiguero no había sido lo suficientemente devastador para las hormigas como se habían propuesto al principio. El hormiguero y la forma de vida de los insectos gigantes dentro de el había sido algo inconcebible para ellos hasta el momento en que lo pudieron apreciar desde su interior mismo, y ahora no les quedaba más remedio que aceptar aquella nueva realidad.

El polvo mágico y el fuego tal vez podrían aplacar la furia de sus enemigos por algún tiempo; pero de ninguna manera exterminarlos para siempre. Se necesitaría de algo más poderoso o de lo contrario se verían expuestos a una guerra interminable. Se trataba de una cuestión de supervivencia entre dos especies incompatibles en el mismo hábitat. Se trataba de las hormigas o de los hombres.

La noche pasó bastante tranquila sobre el borde del acantilado y sus alrededores mientras cada uno a su manera le daba vuelta a sus pensamientos tratando de encontrar una explicación. Al amanecer Ghawr y varios hombres montaron a caballo y partieron hacia el sitio donde la noche antes se había producido el estallido de luz sobre la pradera y donde los exploradores habían encontrado luego un extraño objeto.

Pronto pudieron redescubrir el sitio; pero se dieron cuenta que no estaban solos. Varias figuras a las que reconocieron como hombres bestias, se movían alrededor del punto indicado por los exploradores y a medida que se acercaban, los agebartaren vieron como aquellos golpeaban el suelo y se retiraban como si trataran de rematar alguna bestia herida la cual aún no se daba por vencida y se defendía con tenacidad.

— ¡A ellos! —gritó Ghawr azotando su cabalgadura y partiendo como un bólido al encuentro de sus enemigos; pero estos, percatándose de la fuerza superior que se les venía encima, abandonaron su afanosa tarea y llevados por el miedo o la precaución echaron a correr en grupo a

través de la pradera abierta en dirección al norte. Los agebartaren los dejaron alejarse hasta que casi desaparecían en la distancia, y entonces ellos mismos se pusieron en marcha acercándose lentamente al sitio del incidente y al objeto que se hallaba en parte incrustado en el suelo.

No había rastro de ningún incendio, sino apenas una larga y profunda zanga que venía desde el norte y terminaba en el preciso lugar donde se encontraban.

—No sabemos de qué se trata, así que tengan mucho cuidado —advirtió Ghawr mientras los hombres, sorprendidos y en parte atraídos por la curiosidad no dejaban de examinar aquella pieza de figura sorprendente, dando vueltas a su alrededor como buscando una abertura que los llevara a descubrir su contenido.

— ¡Aquí, aquí…! —gritó uno de los exploradores finalmente.

Había hallado una zona donde el objeto tomaba una apariencia distinta y a través de la cual se podía distinguir la figura de un cuerpo humano en posición sentada con la cabeza ladeada sobre un costado.

— ¡Es un hombre! —dijo Ghawr, también sorprendido por el hallazgo y mientras trataba de afirmar sus piernas sobre la superficie cóncava.

—Parece herido —dijo el explorador y de repente se lanzó al suelo de un salto.

Ghawr permanecía de pie y observando hacia el interior, al rostro del hombre que había movido la cabeza y también lo observaba con ojos extraviados y cara lánguida.

— ¡Esta vivo! —gritó el Hijo del Oso, y saltó también, apartándose unos cuantos pasos del artefacto. Los hombres que lo acompañaban se habían retirado a prudencial distancia y tensaban sus arcos, alzaban sus azagayas y aprestaban sus músculos para la acción ante la espera de cualquier sorpresa proveniente de aquel objeto que de repente y lentamente había comenzado a moverse por uno de sus costados. Se produjo una ranura en la superficie lisa y bruñida y los agebartaren retrocedieron ante el impulso de lo desconocido; pero la curiosidad se hizo más fuerte cuando vieron aparecer un hombro y luego un brazo, que cayó flácidamente hacia el exterior sobre la tierra removida.

Sobre aquel hombro, la carne rasgada había vertido suficiente sangre para manchar todo el brazo y la manga del ropaje que alguna vez lo cubriera.

Hubo un largo silencio que ninguno de los espectadores se hubiera atrevido a romper sin el consentimiento expreso de su jefe.

— ¡Ayuda! Necesito ayuda para salir de aquí —se escuchó una voz desde el interior del objeto.

Nadie se atrevió a moverse, más sorprendidos aún porque les estuviesen hablando en la propia lengua que ellos entendían.

—Estoy herido y necesito ayuda… —se escuchó otra vez la voz; pero

esta vez mucho más débil□. ¿O es que no entienden?

Ghawr avanzó unos pasos y se inclinó para observar a través de la ranura y pudo ver el rostro de un hombre que en verdad necesitaba de alguien para escapar de su encierro.

Anteponiendo su coraje y compasión al recelo que les inspiraba toda aquella serie de extraños acontecimientos, Ghawr extendió su brazo y ordenó a su gente que acudiera en ayuda del desconocido.

Hubo que comenzar por remover la tierra que impedía sacarlo a través de la abertura. Pero cuando al fin lo consiguieron, pudieron apreciar que su situación era mucho más grave de lo que parecía. Estaba sumamente débil por la pérdida de sangre y no era solamente la herida en el hombro. Su costado había sido atravesado de parte a parte y cualquiera que hubiese sido el proyectil, había dejado un agujero como del grueso de una punta de flecha.

Cuando consiguieron ponerlo fuera había perdido el conocimiento.

Entonces lo colocaron sobre el lomo de un caballo y se retiraron silenciosamente hacia el campamente al pie de los acantilados.

Durante el resto del día trataron por diversos medios de hacer que el herido despertara de su letargo; pero esto no sucedió hasta cerca del anochecer cuando la primera cura comenzó a ejercer su beneficioso resultado. Le habían bajado la fiebre a base de brebajes con corteza y hojas de abedul y luego le habían cubierto las heridas con emplastos de corteza de abeto.

Apenas abrió los ojos durante un rato para mirar a su alrededor y dejar que lo alimentaran con un caldo de carne de bisonte mezclado con tubérculos y bayas silvestres. Después de esto quedó dormido casi hasta el amanecer, y cuando despertó fue atendido por las amazonas que mostraron en aquella ocasión muchas de sus dotes como cuidadoras y curanderas, despertando mucho más admiración entre los agebartaren.

El Hijo del Oso dio la orden para que se arreglara todo lo necesario para el regreso. El encuentro con la pequeña partida de los hombres bestias y la amenaza de las hormigas al campamento de Torageban lo tenían impaciente. Solamente esperarían hasta el amanecer del siguiente día a que regresaran las balsas y si esto no sucedía para ese momento, estaba decidido a levantar el campamento y partir con su gente por el camino de los bosques y la gran pradera.

Ahora se temía más que nunca la proximidad de un enfrentamiento con sus enemigos.

En ciertos aspectos las hormigas parecían seres mucho más inteligentes y organizados que muchos de los pueblos de la raza humana. Por alguna razón desconocida andaban en busca del talismán y no cesarían en su objetivo hasta apoderarse de el o perecer en el empeño. Por otro lado, los hombres bestias estaban a punto de

extinguirse en unas pocas generaciones a falta de hembras de su propia especie, y como ya habían probado que la única manera que tendrían de sobrevivir era copulando y mezclándose con las hembras de los humanos, se habían lanzado a una campaña de cacería y secuestro de mujeres y niñas que luego convertían en sus esclavas y parejas, mientras procuraban al mismo tiempo el exterminio de los machos de la especie humana. De esta forma se transmitían a las nuevas generaciones, como resultado de la mezcla, muchos de los caracteres que ellos mismos poseían, como eran el canibalismo, la falta de interés por la vida y bienestar de sus semejantes y el egoísmo de los individuos, capaz este de superar ante la más leve amenaza el sentido de cohesión de la especie.

Para Ghawr y los agebartaren, los hombres bestias eran seres que superaban hasta el absurdo todo el sentido que los humanos daban a la existencia. El ejemplo más claro de ello eran los propios hermanos Tima y Akton, incapaces de detenerse ante el empuje de sus ambiciones mundanas.

Estaba claro que si los hombres bestias continuaban sometiendo a los humanos, aquél sería el fin de cualquier acto noble sobre la tierra. Una horrible pesadilla que comenzaba a asolar a los agebartaren.

Paso aquel día sin mayores sucesos que los de velar por la recuperación del desconocido y la de organizar a los exploradores que incesantemente recorrían los alrededores del campamento en busca de la presencia del enemigo. En ambas tareas los resultados fueron positivos. Al caer la noche el hombre herido se despertó con los labios resecos y tratando de proferir algunas frases ante la presencia de Ghawr y algunas amazonas. Por otra parte los hombres que salían de exploración no habían encontrado ni vestigio de las hormigas o de los hombres bestias.

Al caer la noche el cielo se cubrió de estrellas y la media luna se alzó sobre el horizonte anunciando una jornada perfecta para el descanso.

***

Quería regresar a toda prisa al campamento de Torageban y su impaciencia por el retorno de las embarcaciones lo mantuvo junto al farallón desde que el sol asomó sobre la pradera. Un rato después se le unieron Athar y el buscador de huevos.

—Prepara a la gente para la salida —dijo Ghawr mientras se alzaba sobre la roca más empinada para observar hacia el gran recodo del río por cuya prolongada curva esperaba ver aparecer a los balseros.

En vano estuvieron esperando hasta bien entrada la mañana. Tuvieron finalmente que colocar al herido sobre una camilla construida con varas y cubierta con varias pieles. Un caballo tiraría de

ella a través de los innumerables obstáculos del terreno hasta llegar al refugio.

Ya se disponían a partir cuando un par de gritos en la distancia los hizo alzar la frente para observar a lo ancho de la pradera. Dos de los hombres que exploraban los alrededores cabalgaban a toda prisa hacia el farallón mientras mucho más allá, entre las hierbas, comenzaban a distinguirse pequeñas siluetas que se movían a toda prisa en la misma dirección. Los dos jinetes no tardaron mucho tiempo en llegar junto a Ghawr y al resto de los guerreros. El primero en llegar detuvo la bestia y sin más, se deslizó sobre el lomo del animal y cayó a tierra. El otro, erguido sobre su cabalgadura anuncio a los presentes:

—Son los hombres bestias. Se acercan a toda prisa y son innumerables como las estrellas.

—No podremos continuar a través de la pradera —dijo Athar—. A través de ella, más tarde o más temprano, seriamos una presa fácil para esas bestias.

—Iremos a través del valle ¡Al vado! —gritó Ghawr—. Lleven al herido al vado. Pasemos al otro lado.

Tomar por el rumbo opuesto no les llevó mucho tiempo; pero para ello tuvieron que sacar al herido de la improvisada camilla y colocarlo al lomo de uno de los caballos con el riesgo inminente de que su débil estado de salud empeorara. Pero esta vez se trataba de escapar a toda prisa.

Los hombres de a pie montaron a la zanca de los animales y descendieron al vado.

Poco después se alejaban por la ribera izquierda viendo a sus enemigos que los observaban, rabiosos e impotentes, desde lo alto del farallón.

CAPÍTULO 33: RETORNO A TORAGEBAN

Habían dejado atrás la amenaza de los hombres bestia; pero aquel afortunado escape no era satisfactorio para los agebartaren. Mucha era la distancia que los separaba aún del refugio de Torageban y para llegar a el debían hacer un amplísimo recorrido junto a las márgenes de la laguna, las cuales estaban en muchos sitios cubiertas por terreno pantanoso, habitado por fieras y alimañas.

En este itinerario tuvieron que emplear el resto del día; y no fue hasta la caída de la noche que pudieron ver con satisfacción las riberas del Amudaria y sin mayor tardanza mandó Ghawr a los hombres a tender el campamento sobre un banco de arena.

Una cornisa de roca los protegía en aquel emplazamiento hasta de sus propias sombras, entretanto la luna brillaba en el firmamento con todo su esplendor.

Había mandado a recoger suficiente leña para una gran hoguera; pero no quiso prenderla como medida de precaución ante la sospecha de que los enemigos estuvieran al acecho por las cercanías del río. Fue una noche que comenzó tortuosa y llena de temores y presagios.

El propio Ghawr con dos hombres comenzó la primera vigilia. Por un momento se alejó del grupo que dormía y estaba agachado junto a la orilla contemplando hacia el otro lado, cuando un grito desgarrador lo hizo ponerse en pie y correr hacia la cornisa.

— ¿Qué sucede?— preguntó a los hombres que velaban.

—Fue alguien que gritó entre sueños —respondió uno de estos.

A partir de aquel momento brincaban a cada rato estremecidos por los gritos de sus compañeros que dormían bajo los efectos de horribles pesadillas. Al principio pensaron que eran solamente los hombres; pero las amazonas también sufrían lo mismo. El extraño fenómeno colectivo se prolongó hasta el final de la primera vigilia.

Cuando ya se hubieron dormido, dejando a otros en la guardia y en la custodia del sueño colectivo, varias sombras se deslizaron entre los árboles de la orilla opuesta.

La luna se había levantado majestuosa sobre el borde de la cornisa y los durmientes yacían ahora inmersos en las tinieblas; pero la brisa fría que había comenzado a soplar los hacía sentir incomodos. El mismo Ghawr despertó entonces y mandó a los vigías a prender la hoguera.

Poco después, las llamas iluminaban toda la vertiente arenosa, muchos pasos a la redonda, hasta las inquietas aguas de la rivera. Los agebartaren sabían que poco más arriba se encontraba el vado y

debían mantener los ojos bien abiertos sobre aquella dirección y hacia ambos extremos del barranco y sobre la cornisa.

No obstante, pese a la atención y el empeño que ponían en aquella tarea, que era en realidad una misión de vida o muerte, no pudieron divisar al grupo de sombras que avanzaban sobre el arenal en dirección a ellos, unas veces agazapadas y otras moviéndose como reptiles.

Las sombras se apartaron luego y ascendieron la orilla, desapareciendo en lo alto sobre las primeras rocas de la cornisa. Quienquiera que fuesen aquellos seres que se aproximaban furtivamente al campamento de los agebartaren, lo habían conseguido sin ser descubiertos, amparados por el crujir del fuego sobre la leña y el murmullo de la corriente sobre las rocas.

En un momento en que los tres vigías se habían reunido junto a la orilla una de aquellas sombras se alzó en lo alto y emitió un corto aullido, y de inmediato levantó una antorcha cuya luz iluminó su rostro.

— ¡Son los balseros! —exclamó uno de los vigías.

Ghawr y varios otros que habían despertado, se reunieron junto a los primeros.

La luz de la antorcha desapareció tras la escarpa y las sombras dieron un rodeo sobre la pendiente para reaparecer poco después sobre el arenal. Eran cinco de los balseros al frente de los cuales venía Shantel, aquél que había acompañado a Amisha durante la expedición al Clan del Reno en busca del talismán.

— ¿Qué ha sucedido que andan vagando a esta hora? —preguntó Ghawr.

—El Hijo del Oso debe saber que al campamento de Torageban ha llegado un nuevo grupo de refugiados. Venían del sur, perseguidos a pocos días de distancia por los hombres bestias y tuvimos que utilizar las balsas para hacerlos llegar hasta el campamento, de ahí nuestra demora. Salimos del campamento al atardecer y hemos estado navegando toda la noche.

— ¿Cómo supieron que éramos nosotros? —dijo Athar que en aquel momento se había unido al grupo.

—No lo supimos hasta que conseguimos arrimarnos. Al inicio, cuando vimos la hoguera a lo lejos nos preocupamos mucho. Fue por eso que dejamos las balsas en el vado y nos arrastramos hasta llegar aquí.

—Deben estar agotados —dijo Ghawr—. Será mejor que se echen un rato, porque al amanecer debemos partir de regreso al campamento.

CAPÍTULO 34: EL RAPTO DE OGHARY

Al amanecer el herido fue puesto cómodamente sobre una de las balsas y estas partieron llevando consigo a la mayoría de los guerreros de a pie. Luego Ghawr, con el resto de los agebartaren y las amazonas abandonaron la escarpa, cruzaron el vado, y siguieron al paso de las embarcaciones; tratando de mantener, siempre que fuera posible, el contacto visual con los navegantes.

Al llegar al campamento, justo al instante en que se ponía el sol tras el bosque, el corazón de los expedicionarios fue conmovido por una grata sorpresa. Torageban se agitaba como nunca antes con el continuo ir y venir de su población, ahora incrementada con casi dos docenas de nuevos refugiados.

—Si continuamos así, pronto no será suficiente el espacio de habitación actual —dijo el Hijo del Oso mientras corría hacia la escalinata en compañía de Athar.

En lo alto del farallón había divisado la presencia de Amisha y de su pequeño hijo, junto a un grupo de mujeres que alzaban a ellos las manos con regocijo.

Aquella noche, recostados sobre las mantas en la habitación del mandala, Ghawr y Amisha habían estado sopesando las posibilidades de un ataque de los hombres bestias o de las hormigas gigantes sobre el campamento. En medio de la conversación Ghawr había quedado rendido y la mujer del talismán se volteó hacia el otro lado para observar a su hijo.

El pequeño Oghary ya dormía plácidamente junto a ellos y la luna casi llena se filtraba con sus rayos de plata a través de los bordes de la piel que colgaba sobre el marco de la entrada.

En el exterior, el espacio abierto entre las cabañas de adobe y piedra lucía silencioso y en completa quietud; pero mucho más allá, sobre el borde del farallón, se divisaban a contraluz las siluetas de dos centinelas sentados sobre las piedras alrededor de una hoguera.

En la parte baja, en medio de la garganta rocosa donde la luz de la luna no bañaba el panorama con sus rayos, se movía otro centinela. Su recorrido iba desde la boca de la caverna hasta la pequeña muralla recientemente construida, se detenía junto a la hoguera y continuaba hasta la boca de la caverna donde se detenía un rato a intercambiar algunas palabras con el otro vigía situado allí. Luego repetía su

recorrido a través de la garganta hasta llegar a la hoguera y luego otra vez hasta la muralla.

Su incesante ir y venir lo mantenía alerta y de vez en cuando, al detenerse junto a la hoguera removía los leños y la alimentaba, o bebía un trago de hidromiel de una bolsa de piel que dejaba luego recostada contra las piedras.

En la muralla superior que cerraba el perímetro del campamento por la parte oeste, otros cuatro centinelas velaban desde las cuatro torres y su radio de observación abarcaba hasta los linderos del bosque.

Cada hombre durante su periodo de guardia había sido dotado con un cuerno de señales, de manera que en caso de necesidad podían poner inmediatamente en alerta a sus compañeros y al resto del campamento. Torageban había quedado rodeada por un escudo defensivo que la convertía en una plaza prácticamente invulnerable ante sus enemigos reconocidos, de ahí que la fama de su seguridad y confort comenzaba a propagarse entre los pueblos vecinos, y de ahí también que cada vez con mayor frecuencia aquellos que se sentían amenazados abandonaban sus propios hogares para buscar refugio entre los muros del Clan del Oso.

Ningún enemigo podía acercarse por tierra con la intención de penetrar a Torageban sin antes ser observado y combatido por sus habitantes. Al norte se lo impediría el gran río y la garganta rocosa; al oeste, la muralla y el foso con sus defensas; al sur y al este, el profundo precipicio inaccesible incluso para las bestias.

No obstante, algo inconcebible para los hombres, un objeto oscuro y silencioso sobrepasó la barrera natural sin ser observado por los vigías y a manera de águila en descenso se aproximó y luego descendió verticalmente sobre la planicie hasta posarse en ella. Lo hizo en la parte norte, aún lejos del poblado.

Poseía un par de alas que terminaron plegándose sobre su espalda, dando entonces mayor apariencia humana a su aspecto. Su cuerpo estaba cubierto por una especie de traje de color negro muy ceñido que dejaba al descubierto únicamente su rostro y su cabellera rubia. Luego de observar su entorno se puso en marcha en dirección al poblado.

***

Un grito de terror hizo que Ghawr saltara sobre su lecho. Amisha brincaba por la habitación con las manos a la cabeza en una especie de frenesí e instintivamente el Hijo del Oso se puso en pie y la agarró por los hombros para detenerla. Lo primero que observaron sus ojos fue que algo faltaba en la habitación del mandala. Su pequeño Oghary no estaba allí.

Salieron ambos al exterior y corrieron en direcciones opuestas en torno a las construcciones y luego hacia el portón exterior del cerco. Los gritos de Amisha y las voces de Ghawr habían llamado la atención de los primeros en despertar aquella mañana y al momento mujeres y hombres armados se congregaban junto a la entrada.

—Mi hijo ha desaparecido. ¡Den la voz de alarma! Hay que buscarlo por todo el campamento y sus alrededores.

La multitud se dispersó. Unos corrieron hacia la muralla oeste, otros hacia la escalinata y luego hacia la garganta rocosa y el interior de la caverna. El cuerno resonó repetidamente dando la señal de alerta hasta que toda la población se sumó a una búsqueda desesperada.

Lati corría entre las cabañas y sucedió que al pasar frente a la del viejo Rhaan se extrañó de no haberlo visto hasta aquel momento sumándose a la búsqueda, y entonces; dejando a un lado todo escrúpulo y respeto por el alto rango del anciano, apartó la piel que cubría el marco de la habitación y penetró sin miramientos; pero al instante quedó paralizada sobre sus pies y con la mirada fija en un ángulo posterior de la habitación.

El viejo chamán estaba tendido en el suelo y su cuello aparecía surcado por un profundo rasguño. El piso de tierra estaba húmedo todavía por la sangre derramada.

Fue un instante nada más. Saliendo de su estupor, la adoradora del fuego recobró el aliento y regresó al exterior para de inmediato gritar:

—Es Rhaan ¡Esta muerto! Lo han asesinado en su propia cabaña.

No había pasado mucho tiempo cuando se enteraba Ghawr de la desgracia y corría hacia la cabaña del viejo. Apartando a la multitud penetró de un salto.

Lati se puso a un lado para darle paso y el Hijo del Oso volteó el cadáver que se encontraba de costado. El viejo empuñaba aún en su mano derecha un afilado cuchillo de pedernal y en el puño izquierdo algo demasiado increíble para los upallis. Ghawr se quedó observando el cadáver en posición boca arriba y luego, dirigiéndose a los curiosos que miraban desde el exterior les ordenó que continuasen en la búsqueda del niño.

Athar atravesó el umbral y se arrodilló también junto al cuerpo.

— ¿Quién pudo haber hecho esto?

—Te aseguro que no fue alguien de los de aquí —respondió Ghawr mientras tomaba el puño cerrado del anciano y haciendo un esfuerzo con ambas manos logró apartar los dedos gruesos y callosos para extraer de entre ellos un largo manojo de pelo amarillo.

Con aquel hallazgo en su posesión salieron a reunirse con Amisha.

En el interior de la caverna la anciana curandera casi no se separaba del hombre herido. Le daba de beber en el instante en que alguien entró por la boca de la caverna dando un grito de alarma para todos.

Pronto se enteró de la desgracia; pero a diferencia de los demás que corrieron a prestar su ayuda en el exterior, ella debía permanecer junto al herido. Lo primero que se le ocurrió en aquel instante estuvo relacionado con el talismán y se asomó cuatro pasos hacia el gran salón para observar que la antorcha encendida junto a la entrada de la habitación de los muertos estaba en su sitio y también los dos centinelas junto a ella. Todo parecía en orden por aquella parte y a pesar de su preocupación por el niño desaparecido se mantuvo sentada en su sitio hasta que vio que se aproximaban Ghawr y la mujer del talismán.

— ¿Cómo está el herido? —preguntó Amisha.

—Está respondiendo muy bien a mis remedios —dijo Nagari—. El Gran Espíritu ya no se apartará de él.

—Han asesinado a Rhaan y mi pequeño Oghary ha desaparecido del campamento. Ambas cosas están relacionadas y tienen mucho que ver con esto —dijo la mujer del talismán mostrándole a la anciana el manojo de pelo amarillo encontrado entre los dedos del chamán.

Como si aquella información hubiese sido dirigida a él, el herido abrió los ojos y repasó con mirada débil los rostros de los tres upallis. Luego engurruñó los párpados tratando de distinguir en la penumbra de la habitación aquella cosa que Amisha sostenía en alto.

—Acerca eso, mujer; para que yo pueda verlo —dijo con perfecto acento agebartiano.

Amisha obedeció lentamente como si un código silencioso, además de las palabras articuladas, la mantuvieran en comunicación con el extraño.

— ¿Conoces de qué se trata…? —dijo entonces—. Quiero saber lo que ha sucedido con mi hijo.

—Una vez, los axuyaren tomaron a una niña que había sido concebida por la unión de un jefe de mi pueblo con una princesa de la Tierra —dijo el herido—. Tuvimos que invertir mucho sacrificio para rescatarla de los rapaces seres de cabellos rubios. Luego, y durante mucho tiempo, la preparamos para que regresara junto a los humanos y escogimos a los upallis y al Clan del Oso como su nuevo hogar. Esa niña de la que hablo… ¡eres Amisha! Dotada con el poder del talismán. También una vez, muchísimo antes de que tu nacieras y poco antes de que los humanos se expandieran por esta tierra que conocemos hoy, hubo un lugar situado muy lejos hacia el suroeste donde una puerta se abrió para expulsar a los primeros hombres, que fueron como ustedes y mi pueblo, y a un espíritu malvado y a sus huestes con ellos. Tras la expulsión, aquella puerta se cerró; pero un objeto de gran poder quedó oculto en las profundidades de una caverna en aquel lugar y nosotros lo encontramos y lo conservamos hasta el día que lo entregamos a ti. Es el talismán. Es la llave que

conduce hacia aquella puerta que un día muy cercano se abrirá para dar paso a un mundo de gloria eterna, al que llamamos Reino Del Gran Espíritu; pero a ese mundo solamente deberán entrar los escogidos de toda la Tierra. Los verdaderos hijos del Gran Espíritu.

El hombre hizo silencio y cerró los ojos.

— ¿Quién eres tú? —preguntó Amisha.

—Yo soy aquél que deberá partir hacia un reino al que ustedes todavía no pueden ir; pero un día volveré para llevarlos conmigo.

CAPÍTULO 35: ENFRENTAMIENTO EN LAS COLINAS DE BASALTO

El ataque que los agebartaren habían llevado a cabo contra las hormigas en su propia madriguera había servido para mantener a los insectos alejados durante dos estaciones de los territorios del Clan del Oso y esto les concedió algún tiempo para que Ghawr y los demás dirigentes del pueblo pudieran reorganizarse y fortalecer las defensas, reunir provisiones y crecer en número. Se empleó ante todo mucho esfuerzo en la construcción de viviendas para los nuevos inmigrantes que huían cada día con mayor frecuencia del azote de los hombres bestia.

Todo parecía indicar, según los relatos de aquellos que abandonaban sus propias tierras para buscar refugio entre los agebartaren, que los hombres bestias venían siempre del oeste, desde algún lugar lejano donde habían tenido su morada primigenia y donde habían vivido durante centenares de generaciones. Su extraño comportamiento inducia a creer que el único objetivo que los impulsaba a conquistar y a desolar las tierras del sol naciente, era la búsqueda y captura de mujeres de la especie humana para usarlas como concubinas, tener nueva descendencia con ellas, y evitar así la extinción de su propia especie.

Esta idea acerca de los hombres bestia se había convertido ya en una leyenda entre los pueblos del este, de aquí que no hubiese alguien que no los temiera y al mismo tiempo los despreciara con todas las fuerzas de su corazón, y ante todo las mujeres, que por las razones explicadas terminaban convirtiéndose en las víctimas más sufridas de aquel estado de cosas que amenazaba con transformarse en la causa primera de la extinción humana sobre la tierra.

Pasó toda la estación fría sin mayores contratiempos en el poblado de Torageban; pero fue al mismo tiempo una estación de luto y sufrimiento para Ghawr y Amisha y para todo el pueblo con ellos, por motivo de la desaparición del pequeño Oghary. Este mismo sufrimiento fue la causa que los mantuvo unidos y esperanzados a un tiempo.

El hombre que cayó del cielo, quien finalmente se hizo llamar Atelante, se recuperó de sus heridas para los días finales del invierno y les contó muchas cosas extrañas y desconcertantes para los

agebartaren. También les enseñó como defenderse mejor de sus enemigos en caso de un ataque contra el campamento; pero lo mejor de todo fue cuando una mañana anunció que debería partir a su propia tierra y que haría todo lo posible por encontrar y recuperar al pequeño Oghary.

“Cuiden mucho el talismán □les aconsejó doblemente antes de partir□, y eviten por cualquier medio sacarlo fuera de la caverna. Recuerden que ni los hombres bestias, ni las hormigas y mucho menos los Axuyaren, lo podrán tomar de su sitio; pero pueden en cambio, utilizar a un humano para que haga dicho trabajo. Cuídense entonces de los posibles traidores entre su propia raza”.

Dicho esto partió rumbo al valle de los yatris.

Aquel mismo día Ghawr comenzó a preocuparse por esos posibles humanos que podrían tener acceso al talismán dentro de la caverna y con este motivo reforzó la vigilancia del sitio, escogiendo solamente a los iniciados para realizar esta tarea.

Con el comienzo de una nueva primavera se reanimaron las labores en el campamento. Querían comenzar el puente por mucho tiempo anhelado que los condujera de una orilla a otra; pero tuvieron que posponerlo para dedicarse a la extracción de marfil del gran yacimiento de huesos de la caverna y también el ámbar que había comenzado a extraerse para intercambiarlo como mineral precioso por otros productos entre los pueblos vecinos.

Los primeros embarques se habían hecho desde comienzos del verano anterior y las balsas de los agebartaren habían surcado corriente arriba para regresar después de muchos días a Torageban cargadas de productos variados. Con este intercambio, los pueblos del este y del noreste comenzaban a tener noticias de la existencia de un gran campamento que resistía exitosamente las amenazas y los ataques de los hombres bestias y de las hormigas gigantes.

Ya entrada la primavera y después que se hubo calmado la corriente del Gran Río tras el deshielo, el jefe de los balseros se presentó a Ghawr para solicitar el permiso de viajar en dirección al valle de los Yatris y de allí descender hasta donde la corriente se lo permitiese. Aquella proposición no alarmó al Hijo del Oso, ya que provenía de un hombre valeroso que de cazador se había convertido en un entusiasta de la navegación.

El objetivo primero de la expedición sería la simple exploración de las tierras bajas junto a las riberas del Amudaria. Para la decisión final hubo que contar con el apoyo del concejo de los ancianos; pero en un solo día de reunión y con el consentimiento de Ghawr y también de Amisha, quedó aceptada la proposición.

Dos días después partió el pequeño grupo de ocho hombres sobre dos balsas. Iban en busca de lo desconocido, mientras el resto del

campamento les deseaba suerte y éxito en esta nueva empresa.

Pasaron varios días y al comienzo de la luna llena, en el año cinco de Ghawr, sonó el cuerno sobre el puesto de vigía al borde del farallón. Era el momento en que la mayoría del pueblo se había retirado a sus habitaciones después de un día de intensa labor en los campos de cultivo, en los talleres de los artesanos y en los yacimientos de marfil y ámbar en el interior de la caverna. Ghawr estaba en el mandala acompañado de Amisha y habían terminado de comer cuando escuchó la alerta.

—Gente extranjera se aproxima hacia el campamente —dijo el Hijo el Oso, al tiempo que tomaba sus armas y salía en una carrera en dirección al farallón.

Amisha se quedó preocupada y corrió tras él hasta la entrada del mandala en la cual permaneció contemplando la explanada y el tropel de los pobladores.

En el momento en que Ghawr se acercaba al precipicio, un grupo de hombres ya se había situado sobre el borde para observar a dos desconocidos que se aproximaban a la orilla derecha del Gran Río.

Como todavía el nivel de las aguas continuaba bastante alto a causa del reciente deshielo, aquellos dos que caminaban por la pradera no constituían un peligro inmediato ni tampoco motivo de gran alarma para los agebartaren, los cuales permanecieron observándolos tranquilamente desde su encumbrada posición. A medida que se acercaban se podían descubrir sus rasgos, los cuales fueron identificados como miembros del Clan del Reno.

Al llegar ambos individuos junto a la orilla, uno de ellos tomó su arco, escogió una flecha de su carcaj y tensando la cuerda mientras apuntaba en la dirección del campamento, hizo el disparo.

Durante aquella hora de la tarde, la brisa soplaba en su contra y el dardo apenas consiguió alcanzar hasta la orilla opuesta; pero pronto algunos de los que lo vieron y que a esta suerte se encontraban junto a la muralla baja que protegía la garganta, corrieron en su busca, porque aquel disparo era bien sabido que equivalía a un mensaje y no a un acto de hostilidad.

Enrollado y atado junto a la punta de la flecha encontraron un fino rollo de piel curtida que hicieron llegar de inmediato al Hijo del Oso.

En la piel estaba dibujada la figura de un triángulo que reposaba sobre dos círculos y dos flechas cruzadas en forma de cruz junto a la cabeza de un oso. Ghawr mostró los símbolos a aquellos que le rodeaban y luego entregó la piel y la flecha a su compañero Athar.

—Esto significa que los hermanos Tima y Akton quieren que nos reunamos para pactar la paz y la buena vecindad. ¿Qué opinan ustedes?

—Ya sabemos que no son dignos de fiar, y esto puede ser una trampa

—dijo Athar sin vacilar un instante en su respuesta.

La mayoría de los hombres que los rodeaban apoyaron esta afirmación.

—Estoy de acuerdo con ustedes —dijo Ghawr—; pero también existe la posibilidad de que los hijos del reno quieran la paz. La amenaza de las hormigas y de los hombres bestias es motivo suficiente para ello. Recuerden que en estos días tan azarosos nuestro campamento de Torageban parece ser el único sitio seguro sobre estas tierras; y además, no querríamos que nuestros hermanos allá, los que aún permanecen fieles a las antiguas tradiciones, se queden desamparados, pudiendo nosotros ofrecerles nuestro refugio como escudo ante los enemigos de la raza humana.

—Los que aún permanecen fieles en el Clan del Reno; están sometidos a la voluntad de los hermanos —dijo Athar—; por eso, no dudo que se trate de un engaño para ganar tiempo y emprender un nuevo ataque contra Torageban.

—Teniendo en cuenta ambas posibilidades —dijo Amisha—, podríamos realizar un plan que nos saque de toda duda sin arriesgar nuestra seguridad.

***

El grupo de ocho hombres resbaló por la ligera pendiente cubierta de acacias y abedules. Abajo se reunieron en un pequeño claro matizado por los abundantes rayos del sol que se filtraban entre las ramas y los retoños tiernos. Luego atravesaron la espesura en dirección al norte.

Ghawr sabía que en aquella dirección y después de caminar un rato entre la tupida vegetación se encontrarían con la pradera y más adelante con aquel sitio que serviría de reunión a los dos únicos jefes que habían permanecido con voz y dominio propio tras la dislocación del orden tribal de los upallis.

Las colinas de basalto se podían divisar desde el lindero mismo del bosque; pero dado que aquella misteriosa pradera era por demás un terreno perfectamente plano, la distancia para llegar a ellas resultaba engañosa, incluso a la luz plena del día.

Caminaban en silencio sobre un colchón de residuos vegetales que no había terminado de desintegrarse; pero incluso así, era incapaz de impedir que los tallos de las gramíneas se elevasen al cielo en busca de la nueva luz de la primavera.

Cuando estaban a dos tiros de la primera colina, un hombre asomó la cabeza desde una roca y al comprobar la identidad del grupo salió en una carrera al encuentro de Ghawr.

—Todavía no hemos visto a los hermanos acercándose por la pradera —dijo al llegar junto él.

—Vayamos al interior del refugio —ordenó Ghawr.

Estaba consciente que él y los hombres que lo acompañaban en aquella expedición no serían suficientes para repeler un ataque de los hermanos Tima y Akton, que como ya habían demostrado, poseían el apoyo de decenas de guerreros reclutados entre los pueblos vecinos a los que poco a poco habían dominado por la fuerza o convencido del botín que obtendrían con el asalto y conquista de Torageban.

Penetrar al sitio donde había visto a Amisha por primera vez era para el Hijo del Oso una de las emociones más grandes que podía experimentar, no solamente por los recuerdos agradables que evocaban de aquel suceso; sino también por lo que aquello había significado y por la esperanza de un futuro cada día mejor para su pueblo.

No había hecho más que penetrar al profundo salón incrustado en la pared rocosa de la colina principal y estaba contemplando el sitio preciso donde habían recogido a la mujer del talismán, cuando escuchó la voz de uno de sus hombres a través del túnel.

—Ya se acercan los del Clan del Reno.

Ghawr despertó de su leve ensueño y salió al exterior. Los hombres se habían posicionado sobre las rocas más empinadas y observaban la pradera en dirección al norte. Sobre la hierba de poca altura había emergido un grupo de guerreros que avanzaba a paso redoblado en dirección a ellos. Un poco más atrás, en el lindero del bosque, se podía distinguir el movimiento de algunas figuras que posiblemente representaban al grueso de los combatientes que aguardaban ocultos entre los árboles. Se dejaban ver; pero esta vez era imposible definir su número.

Ghawr y su grupo contaban a su favor que habían llegado los primeros y habían tomado posición sobre la colina. Si los hermanos Tima y Akton tenían planeada alguna estratagema para sorprenderlos y aniquilarlos tendrían primero que enfrentarse en un duelo cuerpo a cuerpo con los agebartaren en el sitio sagrado de las colinas, y aquella no era una idea que los upallis aceptaran con agrado, ya que en sus mentes aún se conservaban los últimos vestigios de la tradición.

Al frente del grupo caminaba Tima. Todos sus hombres venían fuertemente armados con lanzas y arcos y eran en número exactamente los mismos que los agebartaren, porque esto es lo que se había acordado para el encuentro, aunque la fuerza y el valor de Tima se duplicaba con la presencia de otro guerrero de estatura y porte muy superior a la media de los upallis. Se trataba sin duda de aquel hombre sanguinario y de aspecto fiero que se había unido a los del Clan del Reno y del cual Amisha ya le había contado.

Ghawr lo pudo reconocer cuando se detuvieron al pie de la colina. Portaba a su espalda una funda con un largo cuchillo y su larga

cabellera se recogía en lo alto de la cabeza en un grueso moño que hacía aparentar aún mayor su estatura.

Tima se paró en firme y volteó su rostro a lo alto.

— ¡Hijo del Oso! Es bueno que bajen tú y tus hombres para que entremos juntos a conversar. Hagámonos la idea que se trata de una reunión tribal, como en los buenos y viejos tiempos.

En un momento, Ghawr y sus hombres habían descendido al pie de la roca y se habían situado frente a sus enemigos. Ahora quedaba libre el acceso al salón en el interior de la roca, solamente que debían decidir cuál de los grupos entraba primero.

—Adelante Ghawr, mis hombres esperan por tus hombres.

—Yo tengo una idea que podría satisfacernos a todos —dijo el Hijo del Oso—. Que entre uno de mis hombres y luego uno de los tuyos, y así hasta que estén todos adentro. Tú y yo entraremos los últimos.

— ¡Qué así se haga, adelante…! Veo que sigues tan desconfiado como en los tiempos en que recorríamos juntos las lejanas tierras de nuestros antepasados.

— ¡Es verdad…! Pero…; no sé a qué antepasados te refieres —dijo Ghawr mientras retrocedía dos pasos ante la cercanía del gigante extranjero que se aproximó el primero a la entrada del túnel.

Ya en el interior del salón, sentado cada grupo en semicírculo alrededor de una pequeña hoguera, los jefes se miraron a los ojos fijamente.

— ¿Para qué has convocado al Hijo del Oso y a su pueblo? —dijo Ghawr—. Ya han pasado muchas lunas y estaciones desde que los upallis se dividieron y ya no somos aquel único pueblo como en los tiempos de nuestros padres.

—De eso es necesario que hablemos hoy —dijo entonces Tima y luego de apartar con una mano un mechón de cabellos hirsutos que le caían sobre la frente, continuó—: la tierra es mucho más amplia de lo que creían nuestros padres antes que llegáramos a este país del Gran Río. Hoy lo sabemos, y yo como líder de cuatro clanes y de mucha gente que se me une cada día, podría alejarme de este territorio y conquistar grandes extensiones para mi gente y mis ganados; pero prefiero compartir el poder con el Hijo del Oso.

A partir de este lugar, uniendo nuestras fuerzas, podríamos conquistar el mundo y someter a los pueblos de la tierra a nuestro dominio. Grandes cosas podríamos lograr unidos para gloria y honor de nuestros dioses.

—Ya sé que te has apoderado de los bosques, de los terrenos, de los animales y hasta de la gente —dijo Ghawr gravemente haciendo un esfuerzo para controlar su ira—. No veo la manera en que el Hijo del Oso, defensor de los upallis, podría unirse en semejante campaña, con la que pretendes apoderarte de todo y someter a los hombres a tu

única voluntad. No hay hombre, ni poder unido sobre la tierra, ni dioses extranjeros al que los agebartaren hayan de someter sus vidas. Dios verdadero hay uno solo, y ese es nuestro dios. Todo lo que tomes contra la justicia de nuestro dios, te será quitado; y hasta la propia vida te será arrebatada, porque no perdurará ningún poder que no sea sometido a su única voluntad.

Muy bien te conozco, hijo de mi hermana Luna y muy bien te conocen los upallis. Llevas en tu sangre la ferocidad de los hombres bestias, los cuales, por sus vidas llenas de suciedad están siendo exterminados y quitados de la tierra por el mismo único dios que les dio la vida. Tanto tu sangre como tus pensamientos son contaminación para la vida de la tierra y de las criaturas que la pueblan.

—Las palabras de Ghawr son duras; pero a pesar de ello, Tima, ni su hermano, ni la gente que me sigue, las toma como un insulto. Sabemos que estás equivocado, que tus hechos y tus palabras son el fruto de pensamientos confusos y de un corazón demasiado compasivo y tierno para un tiempo de rudezas. Solo el más fuerte se impone y ha de ser así para que los pueblos crezcan y perduren sobre esta tierra, de lo contrario serían devorados por la pereza y la flojera. La naturaleza humana no se somete más que al poder y a la fuerza.

—No es así —dijo Ghawr calmando completamente sus emociones.

—Dudo mucho que los agebartaren y con ellos todos los humanos y su descendencia puedan someterse tiernamente a la voluntad de tu dios.

— ¡Cuidado como hablas, Tima! Mi dios, que es el mismo para todos los habitantes de Torageban, nos educa y nos muestra el verdadero camino, que es el camino de la verdad.

—No hay más verdad que el poder y la riqueza. Primero has de someterte a ellas, para luego someter a los pueblos y a toda la tierra; pisarlos, machacarlos con una maza y luego beber la sangre de ellos y el sudor de su sacrificio en el altar de la gloria. Gloria que es solo para los hombres de valor y de corazón grande.

—Ese altar no es el mío —dijo Ghawr—, ni tampoco esa verdad que mencionas, ni tampoco ansío la gloria que admira tu corazón de bestia. Los pueblos no han de vivir sometidos a la voluntad humanamente corrupta de unos pocos hombres, sino a la verdad oculta en la revelación de dios. Tampoco ansío las cosas de este mundo, que son corruptas y llenas de abominación, de las que se deriva la malignidad y la suciedad en el corazón humano. Ansió solamente la paz en este mundo y la gloria del Gran Espíritu en el venidero.

— ¿Cómo podrían los pueblos sobrevivir si no son sometidos por el poder y la riqueza de unos pocos?

—Tu pregunta es sabia; pero dudo mucho que lo sea cualquier

respuesta que tú mismo me puedas dar. Hay solamente una respuesta verdadera, con esa verdad suprema que solo emana del Gran Espíritu.

Tima lanzó una carcajada que fue imitada luego por sus hombres y exclamó:

—Puedes decirme, Gran Hijo del Oso, cual es esa respuesta, para que podamos todos conocerla.

—Vida verdadera y próspera hay en los que se someten al poder del Gran Espíritu que mora en nuestras almas. Vida miserable, limitada y triste, en aquellos que se someten a los poderes de este mundo y sus vanidades. Inculcad al hombre desde que nace el conocimiento de la verdad y así lo librarás de los poderes externos, del amor a la riqueza y el poder.

— ¿Cómo puede un pueblo alcanzar la prosperidad en este mundo de ambiciones y conflictos si no somete su alma a la voluntad de los fuertes?

—El mundo actuando sobre nuestros sentidos, crea las necesidades. Las necesidades, actuando sobre el alma, la esclavizan. Toca al pequeño espíritu que mora en el alma, la tarea de romper el yugo de la esclavitud del mundo. El hombre esclavo del mundo no puede controlar las necesidades del alma.

Sus necesidades van más allá de lo necesario para la subsistencia, de aquí la ambición por acaparar objetos que suplan un infinito número de necesidades futuras; la envidia hacia aquellos que en su propia opinión han conseguido más del mundo; y la venganza como instrumento para librarse de sus competidores. ¿Así son en tu opinión, los grandes hombres que merecen la gloria? En verdad, no son otra cosa que carroña que será echada al fuego. Pero aquél que sin otro ánimo que la complacencia de las necesidades mínimas de su cuerpo dedica su vida por entero a la iluminación de sus semejantes, ese es un gran hombre, digno de la gloria aquí en la tierra como en el mundo venidero. Ese hombre es santo, héroe y sabio a un tiempo. Santo por su devoción y ejemplo, sabio por conocer la verdad suprema y enseñarla y héroe por sus acciones, consecuentes con la verdad que le ha sido revelada.

— ¿Cómo dices todo eso, Hijo del Oso? ¿Quién te ha revelado esta, a la que tú llamas verdad?

—El Gran Espíritu mora en cada uno de nosotros, hijos o descendientes de la raza humana; pero hay que tener valor para reconocer y admitir esta primera verdad. Según esto, hay dos clases de hombres. Los que están de acuerdo con ella, y los que la niegan y la rechazan. Los primeros alcanzan pronto la iluminación y se convierten en faros para otros hombres; los segundos han de morir y nacer sucesivamente en las aguas turbias de este mundo, hasta que la experiencia a través del sufrimiento durante muchas vidas los lleva al

conocimiento y aceptación de esta verdad. Cuando este momento llega son dignos también de alcanzar la iluminación y la verdadera gloria.

— ¿Quieres decir, que no hay gloria verdadera en la cosas que realizamos en este mundo?

—Todo lo contrario, si la gloria viene de dios y es para dios, es gloria santa y digna de los hombres, porque está inspirada en dios y es para los hombres que la observan como manantial de sabiduría y como árbol de vida perdurable; pero para los hombres que la rechazan, motivo de odio, guerras y desasosiego y al final, causa de condenación. Estos hombres que se condenan a sí mismos a las agonías del mundo, son como un pantano lleno de cadáveres pútridos sobre su conciencia, como volcán de estiércol que contamina y humilla a la humanidad ante los ojos del Gran Espíritu. Líbrate tú mismo de ser uno de tales hombres. De lo contrario, te regalo a ti y a tus seguidores toda la gloria, la vanidad y las ilusiones de este mundo.

El guerrero Tima, que al principio parecía no tomar en cuenta las palabras despectivas pronunciadas por el Hijo del Oso, había comenzado a hincharse de soberbia. Esta vez no estaba dispuesto a sufrir una derrota, tal como lo estuvo en la época en que fueron, su hermano y él, expulsados del Clan del Oso; o cuando sus huestes fueron rechazadas ante los muros de Torageban.

—He venido hasta aquí para proponer alianza con el Hijo del Oso; pero he sido rechazado. Los hermanos Tima y Akton y todos los hijos de los clanes que se han hecho nuestros aliados, no tendrán otra alternativa que lanzarse solos a la conquista de las tierras altas, donde abundan el trigo y los metales.

Dichas estas palabras, el hosco y soberbio guerrero de la descendencia de los hombres bestias, se puso en pie y salió por el túnel sin voltear siquiera la cabeza y sus hombres se apresuraron a seguirlo.

***

El resultado del encuentro había quedado marcado por el sabor amargo de la incertidumbre y había servido solo para trazar definitivamente los límites irreconciliables entre ambos líderes.

Al salir Tima y sus hombres, Ghawr envió de inmediato a dos de los suyos a que observaran en el exterior los movimientos del enemigo. Un momento después, aquéllos entraron precipitadamente con la noticia:

—La pradera ha sido invadida por las huestes del enemigo —gritó uno.

—Ha sido una trampa como temíamos —dijo el Hijo del Oso mientras se precipitaba al exterior.

No tuvo más que salir al aire libre para darse cuenta de las fuerzas

tan numerosas con las que contaban los hermanos. En su ansiedad por apoderarse de las tierras y dominar a los pueblos que las habitaban se habían valido de toda suerte de promesas y mentiras, de presiones y amenazas contra los débiles que al final habían tenido que doblegarse ante la voluntad del más fuerte o resignarse a perecer. Ahora los Agebartaren debían luchar por la existencia de su ciudad y por sus propias vidas.

Los dos hombres que Ghawr había dejado escondidos en lo alto de la colina habían prendido la fogata de señales y su humo oscuro, como una nube de tormenta, se elevaba ahora sobre las rocas y era arrastrado por el viento en dirección sureste.

Los agebartaren se apresuraron a tomar posición en lo alto. Formaban en realidad un pequeño grupo que no podría resistir ni un instante la arremetida de unos doscientos guerreros que se apresuraban desde el lindero norte del bosque en dirección a las colinas.

Desde lo alto, el Hijo del Oso podía contemplar el terreno de la pradera que se extendía en todas direcciones a su alrededor y buscaba hacia el norte con ansiedad esperando ver aparecer a los jinetes de Athar.

—Ya están a unos cuatro tiros de arco —dijo uno de los hombres.

—No podremos resistir —gritó otro y su temor casi se contamina al resto de los guerreros que eran en su mayoría no iniciados, si no es porque Ghawr se le interpone al hablante y tomándolo del cuello volteó su rostro hacia el sur.

— ¡Observa allá! ¿Ves aquella nube que se acerca quebrando los tallos frescos de las gramíneas?

Son nuestros jinetes —el Hijo del Oso soltó el cuello del guerrero y colocó en su mano una azagaya—. Ahora todos ¡bajemos todos a combatir! ¡Por Torageban!

El lado norte de la colina donde se encontraba el refugio formaba una suerte de niveles en la roca y cada uno de sus tres niveles era una especie de plataforma, la más baja de las cuales se encontraba a unos siete codos del suelo. A este sitio descendió Ghawr con sus compañeros y tensaron sus arcos, levantaron sus azagayas y masas.

Algunos guerreros del enemigo, seguramente sabiendo que en aquel pequeño grupo de oponentes se encontraba el principal cabecilla que les impedía adueñarse de Torageban y saquearla a su antojo, se habían lanzado con frenesí multiplicado por la codicia y las más bajas pasiones del animal pensante y pronto se encontraban con mucha ventaja delante de los demás. Al llegar a medio tiro silbaron las primeras flechas y dos de ellos quedaron tendidos; pero los demás, envalentonados por la gritería que había comenzado entre la masa fundamental de los combatientes que se aproximaba, se lanzaron al

frente protegiéndose de las flechas con sus pequeños escudos redondos de madera forrada con pieles, mientras blandían muchos de ellos sus formidables hachas y dagas de bronce.

Era cierto que la altura a la que se encontraban los agebartaren les daba al inicio una relativa ventaja sobre los atacantes; pero aquella se vería reducida a la nada en cuanto la masa de los guerreros se precipitase sobre la colina escalando y disparando sus propias armas.

Y llegaron primero que los jinetes de Athar. Invadieron la parte baja y se lanzaron como fieras escalando y arrojando lanzas y venablos contra Ghawr y sus hombres que apenas conseguían esquivarlas retrocediendo contra la pared de rocas que les cerraba completamente la retirada.

Ya estaban casi a merced de sus enemigos cuando la colina se sacudió con un estremecimiento semejante al del oso gris herido. La sacudida lanzó fuera de balance a los que se encontraban ya sobre la explanada y a los que escalaban por la roca. En un instante, los cuerpos derribados se amontonaron al pie de la colina en un ridículo amasijo de miembros desesperados y antes de que los demás atacantes pudieran recuperarse de su asombro silbó una lluvia de flechas por un costado de la colina y veinte jinetes sobre bestias veloces y encabritadas hicieron su aparición sobre los rostros mismos del enemigo derribado.

Fueron pisados y machacados por los sólidos cascos de las bestias y se arrastraban por el suelo tratando de alejarse del combate y de la colina.

— ¡Ghawr! —gritó Athar enardecido sobre una de aquellas bestias y situó al animal junto a la roca.

El Hijo del Oso apareció al borde de la plataforma y saltó como un leopardo cuando embiste a una gacela, cayendo sentado sobre el cuarto trasero del animal.

Algunas de las amazonas realizaron igual maniobra y antes de que las huestes de los enemigos pudiesen tomar la iniciativa, los jinetes desaparecían en un ángulo de la colina, dejando tras sí una ola de confusión y dolor; alejándose a todo galope en dirección al sur, buscando el lindero del bosque de abedules.

CAPÍTULO 36: EL ASEDIO DE TORAGEBAN

Los jinetes penetraron a través del bosque y no se detuvieron hasta llegar junto al bosquecillo de hayas. Siguiendo por el antiguo cauce de una quebrada muy pronto se encontraron ante el poso que marcaba la entrada derruida de la caverna. Allí desmontaron y entonces Athar explicó a Ghawr los detalles de la mala nueva.

Mientras Ghawr y su grupo acudían al encuentro con los hermanos en las colinas de basalto, una horda de los hombres bestia había aparecido por el sur aproximándose peligrosamente al campamento de Torageban. Por aquella dirección el Gran Río no constituía un obstáculo para ellos, como sí lo era para los clanes a las órdenes de los hermanos. Un desertor y fugitivo del Clan del Reno había llegado a Torageban aquella misma mañana descubriendo los planes del enemigo.

—Debí haberlo imaginado antes de que esto sucediera —dijo Ghawr.

— ¿Qué cosa? —preguntó Athar mientras observaba a varios de los hombres a los que había ordenado preparar antorchas.

—Debí haber imaginado que Tima y Akton siempre conservaban en sus mentes las palabras del lenguaje de los hombres bestia. Esto les ha permitido entrar en negociaciones con ellos y ahora la fuerza y el número de nuestros enemigos se multiplican.

—El Hijo del Oso no debe preocuparse por eso —dijo Athar—. La alianza con los hombres bestia no podrá ser duradera. Los hombres bestia sólo buscan la satisfacción de sus instintos salvajes. Los agebartan derrotaran a los hombres bestias y a los clanes conducidos por los hermanos gemelos.

Cinco hombres se presentaron portando antorchas y los caballos habían quedado amarrados y ocultos entre las rocas y la tupida maleza.

Entonces, llevando como única carga sus propias armas y la pesadumbre de llegar tarde al campamento, el destacamento de hombres y mujeres guerreras descendió a las profundidades de la caverna.

Desde el día en que esta sección había sido descubierta y explorada y se habían hallado en ella los yacimientos de ámbar y de marfil, los agebartaren habían entrado en un conocimiento profundo de cada uno de sus corredores, salones y pasadizos. Por supuesto, no eran todos los que tenían acceso a las profundidades, cuya entrada principal se hallaba en la sala de los muertos y eran solamente los iniciados los que penetraban en ella, siempre en compañía de Ghawr, de Amisha o de alguno de los ancianos del concejo. Esta vez sería la excepción, ya que las amazonas aún eran consideradas extranjeras dentro del

pueblo, al igual que los otros grupos de inmigrantes que con frecuencia arribaban al campamento y pedían permiso para permanecer en el.

La anciana curandera Nagari pegó un grito de alegría cuando sintió la voz de Ghawr, Athar y los demás al momento en que penetraban al gran salón desde la habitación sagrada de los muertos. Ghawr pasó junto a ella, la miró a los ojos y continuó sin detenerse hasta la boca de la caverna donde un grupo de hombres se esforzaba en amontonar algunas rocas para crear una especie de parapeto defensivo junto a la entrada.

— ¿Ya comenzó el ataque? —preguntó Ghawr al azar mientras se dirigía seguido por los otros hacia la escalinata; y uno de los hombres le respondió:

—Todavía no, Gran Hijo del Oso; pero han rodeado Torageban por toda la parte oeste y son cientos de ellos.

—Athar, permanece aquí y organiza la defensa de la muralla baja y la boca de la caverna. Recuerden todos, parece ser que el principal objetivo de nuestros enemigos es el talismán. Pero; para tomarlo, primero tendrán que conquistar Torageban.

En la planicie superior, el poblado bullía como un hormiguero y descubrió entre la multitud de los guerreros a la mujer del talismán que agitada venía hacia él. Casi de un salto se echó en sus brazos y se besaron.

—Estaba ansiosa por verte aparecer. Todo ha sido una trampa como habíamos imaginado; pero nunca pensé que sería de esta forma. Allá debajo, sobre los campos, hay cientos de ellos dispuestos a destruir Torageban y llevarse su mayor tesoro. Ha sido una alianza entre los antiguos clanes de los upallis y los hombres bestias, elaborada por los hermanos.

— ¡Vamos a la muralla! —dijo Ghawr—. Quiero ver a nuestros enemigos en la muchedumbre de su salvaje naturaleza.

—Al parecer crecen y se reproducen como las espigas —dijo Amisha mientras echaban a andar en dirección al oeste.

Caminaron en silencio y ya junto a la muralla agrego:

— ¡Miren allá! Han prendido hogueras como si estuviesen dispuestos a pasar la noche al pie de nuestra colina.

Efectivamente. La extensión de los campos había sido invadida mientras sobre el lindero del bosque resonaba el hacha de los leñadores y el crujir de los primeros árboles derribados llegaba a oídos de los agebartaren.

— ¿Qué es lo que preparan? —preguntó Ghawr inclinándose contra el muro.

—Tratarán de atravesar el foso y escalar esta muralla utilizando los troncos. Sus hachas de bronce, lanzas y espadas, son superiores a

nuestras armas de piedra o cobre, y será difícil hacerles frente en un combate cuerpo a cuerpo.

—No dejaremos esta vez que nuestros enemigos rebasen estos muros ni en un codo de su anchara —dijo Ghawr mientras observaba a lo largo de la muralla.

A través de esta los guerreros velaban al enemigo reclinados contra los muros mientras las mujeres y niños mayores cargaban piedras que serían usadas como proyectiles, o acomodaban las lanzas y flechas en grandes piras a lo largo de la muralla y al alcance de los combatientes.

El lado exterior del foso había quedado erizado de púas, como lanzas, profundamente enterradas en el suelo y que apuntaban hacia la parte baja de la colina.

Desde las torres que se elevaban a lo largo de la muralla los guerreros observaban, como a vuelo de águila, el panorama que se desplegaba sobre la pradera al otro lado del Amudaria, y a su izquierda, sobre los campos de cultivo, ahora ocupados por el enemigo, y más allá sobre los bosques.

Poco a poco, después de su arribo al pie de la colina, la peluda horda de los hombres bestias dejó de moverse con aquel ímpetu que despliega el ocupante sobre el terreno conquistado. Ahora sus figuras se movían apaciblemente alrededor de las numerosas hogueras que lucían desde lo alto de la muralla como flamígeras estrellas derribadas sobre la tierra ennegrecida. Era la hora vespertina y los agebartaren aún no se decidían a dejar sus puestos de vigía y retirarse a lo profundo de su recinto y junto a sus propios fuegos.

Pero la noche terminó por engullir la tierra y al fin muchos se retiraron a sus chozas mientras los vigías armaban sus pequeños fuegos junto a la muralla y bebían el hidromiel de sus odres. Y la noche fue sosegada; pero en permanente expectativa para los defensores.

Durante la mañana todo continuó tranquilo en el campamento del enemigo y pasó el día sin mayor alarma para los vigías, y volvió a cubrirse la tierra con las tinieblas de una noche fría. Hubo luego dificultad para ambos bandos en mantener las hogueras, porque una llovizna fina; pero incesante, comenzó a empapar los leños y los cuerpos entumecidos de los sitiadores y vigías. Al amanecer del segundo día el sitio de Torageban parecía continuar lo mismo.

— ¿Qué esperan? —preguntó Athar.

Estaba el jefe de los arqueros recostado al muro junto a la puerta y al camino, única vía sin obstáculos que conducía al campamento del enemigo. El codo apoyado sobre la piedra y descansando sobre la mano la poderosa mandíbula, símbolo de su antigua estirpe de cazadores. Meditaba mientras algunos de sus compañeros tendidos de espalda al muro reposaban en silencio.

Nadie de los presentes se atrevió a emitir una palabra de respuesta a su inquietante pregunta. A cada instante la situación de los agebartaren se hacía más y más desconcertante para sus costumbres y la impaciencia había comenzado a desbordar sus ánimos combativos.

—Yo pienso que lo mejor sería lanzarnos al ataque —habló otra vez el arquero; pero sin esperar en esta ocasión respuesta.

—Y yo espero que la impaciencia, antagonista corrupta de la cordura, no haga perecer a los agebartaren —se escuchó una voz.

Athar se dio la vuelta contra el muro y el Hijo del Oso puso sus manos sobre los hombros del cazador.

—No comprendo que es lo que pretenden conseguir con esta espera.

—Pretenden que nuestra paciencia se agote y salgamos a combatirlos fuera de la ciudad. Estos muros son nuestro lado fuerte y como bestias que son, carentes de todo espíritu, están demasiado apegados al soplo de la vida oscura y temen perecer en las faldas de esta colina. Si nos mantenemos en calma, tal vez muy pronto se retiren.

— ¿Y las provisiones? ¿Qué sucederá cuando comiencen a escasear?

Ghawr quedó pensativo por un instante. Las interrogantes del cazador eran en realidad motivo para grande preocupación; pero requerían de una respuesta eficaz y que evitara a un tiempo el desaliento en los defensores del talismán.

—Nuestra lucha aquí no es contra los seres carnales y sus potestades, sino contra legiones de seres malignos de las tinieblas espirituales —cuando Ghawr llegó los combatientes se habían levantado y acudían a su alrededor. Continuó—: Esos que acampan frente a nuestros muros son animales con aliento de vida; pero sin el poder que da el espíritu para conocer la verdadera luz. Aman la vida de la tierra porque a la tierra pertenecen, y temen a la miserable muerte porque es la única vida que poseen. En cambio, los agebartaren tenemos la verdadera vida que mantener y la muerte de la tierra para nosotros no es más que la reconquista y expansión del gran reino espiritual que ya mora en nuestras almas desde la creación. Ellos se lanzarán a la lucha con el secreto temor y espanto que anida en el alma de la fiera, los agebartaren sabremos esperar pacientes y con euforia para evitar la lucha; pero si la lucha llega, lo mismo sabremos emprenderla sin desfallecer hasta la gran victoria. Una vez dudé, frente a este mismo muro, en la justicia de matar a mis parientes; pero el Gran Espíritu me habló y me dio ánimo y razones para esta lucha. Quien cumple con el deber y la justicia, forzoso es que desatienda el resultado de su acción, sabiendo que la acción encaminada al cumplimiento del deber es la única fuerza digna que lo inspira. No miren el resultado, cualquiera que este sea, y cumplan con el deber.

***

Los días y noches habían comenzado a hacerse extremadamente largos para los habitantes de Torageban; mientras el enemigo, siempre a la vista, parecía inmutable y feliz en su nuevo campamento. Allí dormían, bebían, y charlaban en su gutural lenguaje que los agebartaren se esforzaban cada vez con mayor ahínco por comprender su significado, con la esperanza de tener noticias de sus intenciones.

Entre aquellas bestias ninguno parecía ser el líder y observándolos con detenimiento los hombres y mujeres de Torageban creyeron descubrir en ellos unas formas muy sencillas de comportamiento en que la disciplina de cada individuo jugaba un papel fundamental. Esto se vería muy pronto confirmado hasta cierto punto.

En los primeros días de sitio, los agebartaren veían llegar hasta el campamento de los hombres bestia las provisiones con las que se alimentaban. Una escuadrilla de ellos cargábanlas en morrales a sus espaldas avanzando en una larga fila por el sendero del bosque. Parecían destinados exclusivamente a esta labor. Luego se encargaban ellos mismos de repartir los alimentos entre los hombres que mantenían el sitio.

Otras veces y con mayor frecuencia, cargaban sobres sus hombros leños también provenientes del bosque para mantener las numerosas hogueras durante los momentos más fríos de la estación. La naturaleza y origen de sus provisiones alimenticias eran dudosas para los agebartaren, en buena parte debido a la distancia que hacía imposible distinguir con claridad en que consistían; pero una mañana todo cambio.

Se encontraban Ghawr y Amisha, Athar y algunos de los ancianos del pueblo recostados al muro contemplando la conducta del enemigo, cuando entre estos se produjo un bullicio y cierto movimiento entre sus peludas agrupaciones.

Muy pronto se vio aparecer junto al lindero una especie de construcción desconocida hasta aquel momento para los sitiados. Como por instinto, los ancianos y el mismo Ghawr volvieron sus miradas a la mujer del talismán en busca de una explicación.

— ¿De qué se trata? —preguntó el Hijo del Oso.

Amisha dudó por un instante y entonces fue Athar quien respondió.

—Es un carro. Vi algunos parecidos cuando fui prisionero de los guhnos. Se usan para trasladar provisiones por los caminos de la tierra. ¡Miren allá! Poseen cuatro círculos de madera que giran a un mismo tiempo para que la carga se mueva. Éstos son tirados por los hombres bestia; pero yo he visto otros que son tirados por caballos.

—Es muy interesante lo que dice el arquero Athar —interrumpió el Hijo del Oso inclinándose sobre el muro—; pero a mí me parecen más interesantes las jaulas que llevan encima de los carros, y lo que las jaulas contienen. ¿Pueden ustedes distinguir de qué se trata?

— ¡Es cierto! —dijo Amisha—. Si no me equivoco…, se trata de algunas personas.

—Yo diría que muchas de ellas —replicó el jefe de los arqueros mientras colocaba una mano sobre la frente para protegerse la vista de los rayos del sol que comenzaban a caer oblicuamente sobre la tierra.

Un momento después los cuatro carros se detenían en medio del campamento, en un punto que había quedado despejado, y varios de los hombres bestia se apresuraron a sacar, a fuerza de tirones, a una docena de personas del interior de las jaulas. Las tenían atadas de pies y manos, por lo que aquellos infelices cayeron revolcados por el suelo y luego fueron arrastrados sobre las mantas de pieles que los sitiadores habían dispuesto para su propio reposo.

Alguien dio un grito desaforado de terror y antes de que los agebartaren pudieran darse cuenta de qué sitio procedía aquel inarticulado lamento, un hacha de bronce se levantó sobre los peludos hombros de un guerrero y cayó sobre el cuello de uno de los prisioneros.

La mayoría de estos eran hombres jóvenes y muchachos, con la única excepción de dos ancianas que fueron las últimas víctimas en ser ejecutadas para servir de alimento a la multitud.

Se inició un festín en el cual los prisioneros iban siendo metódicamente descuartizados, incluso antes de exhalar el último aliento de vida. Luego se repartían las piezas y se reunían en pequeños grupos junto a las fogatas donde comenzaban a cocinar sobre las brasas las partes todavía ensangrentadas y palpitantes.

Sobre los muros, los habitantes de Torageban presenciaban horrorizados la escena.

—Se comen a los prisioneros —dijo Amisha.

—Son peores que las hienas y los lobos —reafirmó uno de los ancianos.

Todavía continuaban observando el festín de sus enemigos cuando se acercó un vigía que venía corriendo a lo largo de la muralla. Al llegar frente al grupo se detuvo y con el aliento aún entrecortado profirió estas palabras:

—El Hijo del Oso y el jefe de los arqueros pueden venir para que ellos mismos observen lo que está sucediendo al otro lado del Gran Río.

— ¿De qué se trata? —dijo Ghawr—. Cuéntalo tú antes que lo descubramos con nuestros propios ojos, y así le harás un favor a tu habilidad como narrador.

—Habría deseado que el Gran Espíritu no me hubiese encomendado a mí, ni a ninguno de mis compañeros, ser el portador de tales nuevas que nos afectan y dañan a nosotros mismos.

—Los senderos de la mente y la palabra del Gran Espíritu son tan

profundos y misteriosos que es imposible para los hombres sospechar su alcance y sus consecuencias; así que, no te lamentes de tu suerte y soporta cada uno de tus trabajos como el mejor obsequio que te da la vida. Ahora habla de una vez, buen mensajero, para que nos ilustres con la verdad.

—Los guerreros de los clanes de los upallis…, con todas aquellas huestes que se les han unido, avanzan sobre la pradera en dirección al Gran Río.

—Eso es lo que esperábamos en cualquier momento —dijo el Hijo del Oso—. Y es muy posible que eso también sea lo que están esperando los hombres bestia. El apoyo de los hermanos para el asalto a los muros de Torageban.

—El enemigo será entonces cuatro veces superior que el número de sus defensores —dijo uno de los ancianos—. ¿Cómo podremos combatirlos?

— ¡Estos muros resistirán! Como también los hombres y mujeres en este pueblo. El Gran Río es un obstáculo aún bastante difícil de superar para los clanes comandados por los hermanos, y nuestros arqueros podrán hacer su vadeo todavía mucho más difícil y peligroso. No creo que lo intenten. ¡El riesgo es para ellos demasiado grande! —dijo Ghawr.

Aquel día los habitantes de Torageban pasáronlo en vela y en constante preparación para el enfrentamiento que sin duda se avecinaba con aquella nueva fuerza de sus enemigos.

A la mañana siguiente presenciaron el espectáculo anunciado en la tarde anterior. Una horda de al menos doscientos hombres aparecieron sobre la pradera y su aspecto se hacía todavía más amenazante a medida que se aproximaban al Amudaria.

Los arcos de tipo amazónico que ahora usaban los agebartaren podían batir un blanco de manera certera con tal de que estuviese este a no más de siete pasos de la orilla derecha del Gran Río.

—No será hasta después de otra luna que puedan cruzar el río a través del vado —dijo Athar.

—A no ser que se dispongan a esperar en la pradera como lo están haciendo los hombres bestia —dijo Ghawr—. Es muy posible que este sea su plan.

Después de observar por un largo rato el movimiento de la horda al otro lado del río, Ghawr, seguido por el jefe de los arqueros, se trasladó a la muralla oeste para presenciar otra vez el movimiento y la actividad de los hombres bestia. Aquel frente era el que más les preocupaba de inmediato, ya que estaba constantemente expuesto a un ataque y efectivamente, algo andaba mal entre las filas de los peludos sitiadores.

El espacio en que se había celebrado el festín la tarde anterior,

ahora aparecía otra vez despejado; pero esta vez para dar inmediatamente acceso a dos corpulentos guerreros armados de relucientes hachas de bronce.

La multitud había formado un círculo y en medio de aquel espacio chocaron ambos combatientes con desmedida fiereza y ambos rodaron por el suelo aturdidos por el impacto. Cuando volvieron a incorporarse se enredaron en un combate cuerpo a cuerpo y a puro puñetazo, hasta que uno de ellos consiguió atrapar la garganta de su contrincante.

Lo tenía casi ahogado, cuando este lo golpeó en el estómago con la rodilla y luego en la cabeza con ambas manos, haciendo que su oponente lo soltara del cuello y se viese obligado a retroceder dos pasos. Fue el instante preciso que aprovechó el primero para recoger del suelo su broncínea hacha de doble filo y antes de que el otro pudiese hacer lo mismo, clavó la hoja en el lomo de su oponente, y bastó aquel único golpe para derribarlo. Parecía tratarse de un combate provocado por la rivalidad personal de sus líderes.

Un momento después de finalizar la pelea el cuerpo del vencido fue sacado del círculo formado por los guerreros y arrastrado a un lado junto a una hoguera donde fue rebanado en grandes trozos y repartido entre unos cuantos, en tanto que la multitud contemplaba el banquete con ojos chispeantes por la ansiedad.

Mientras esto sucedía por un lado, aquél que había obtenido el galardón de la victoria se mantenía impávido en medio de la multitud. Esto último, hasta el momento en que una carreta hizo su aparición por el lindero del bosque.

Todos abrieron paso. Como la vez anterior, la carreta transportaba una jaula de varas y en su interior los agebartaren pudieron distinguir desde su muralla, nuevamente aterrorizados, la esbelta figura de una mujer. Se trataba de una joven upalli. Otra más de las víctimas inocentes seguramente entregada como recompensa por los hermanos Tima y Akton para sellar la alianza con los hombres bestia.

La mujer fue sacada de la jaula con las manos atadas a la espalda y llevada frente al vencedor. En esta condición, fue depositada sobre una piel tendida en el suelo y a continuación, la corpulenta figura del hombre bestia vencedor se echó sobre ella.

La escena que prosiguió fue velada a la mirada de los agebartaren porque el círculo de los guerreros se volvió más estrecho alrededor de la pareja, y los gritos de la mujer apenas se dejaban escuchar a través del susurro de aquella multitud ansiosa y enardecida.

—Esto es una gran locura, el sendero por donde han sido conducidos nuestros hermanos —dijo el Hijo del Oso con un nudo en la garganta—. Aún no puedo comprender del todo, como es posible que el pueblo de los upallis haya sido engañado y convencido para semejante pacto,

donde su propia carne es sacrificada y corrompida para reproducir la maldad del mundo.

—Sin duda, todo eso a causa del innoble y denigrante deseo de la riqueza y el poder… —dijo Amisha con lágrimas en los ojos—, ante los cuales caen una y otra vez postrados y sometidos los hombres de corazón abstruso. Es la gran basura que habita el mundo y que deberá ser barrida para que alcancen los hombres de una vez su verdadera y definitiva libertad.

— ¿Cómo hacerlo?

—En este momento ya no basta con nuestro buen ejemplo. La tierra ha sido contaminada por la maldad y sería necesario combatir este mal hasta borrarlo de la existencia. De lo contrario, los hombres débiles e ignorantes seguirán insistiendo en el, incluso en contra de su bienestar, de su felicidad y de sus propias vidas, impulsados por la oscuridad.

Después de la escena de salvaje actividad sexual, los hombres bestias se dispersaron y la mujer fue levantada, metida otra vez en la carreta y escoltada por varios de ellos hasta desaparecer en el bosque.

Entre tanto, los guerreros más corpulentos, tomando como cautivos a los más débiles de entre ellos mismos, los ataron de manos, los tendieron en el suelo y los comenzaron a penetrar por el ano en una desenfrenada orgía no observada siquiera entre las especies de los animales salvajes. Y mientras que unos hacían esto, los que no tenían acceso al contacto carnal con sus semejantes, presa de la excitación se masturbaban desenfrenadamente.

Al terminar la orgía sexual continuó el banquete, en el cual los violadores, haciendo uso de enormes dagas comenzaron a degollar a sus víctimas en medio de la conmoción y la gritería.

Por toda la muralla corrió entre los agebartaren un escalofrío de terror, e indignación entre los más corajudos de los guerreros. Esto provocó que una amazona se decidiese a lanzar indebidamente una flecha hacia las filas del enemigo, quienes se detuvieron por un instante para voltear sus rostros enfurecidos hacia lo alto de la colina. Luego, tras algunos gestos y amenazas reanudaron su festín.

La flecha inútilmente disparada había quedado clavada en el suelo a doce pasos de los salvajes.

Después de aquella escena pasó otra luna, tiempo durante el cual los agebartaren llegaron a comprobar la merma de las reservas alimenticias guardadas en la ciudad.

Pronto pudieron observar que en la horda de los hombres bestia aumentaban las querellas y los sacrificios entre sus propias filas, símbolo inequívoco de que el fantasma del hambre también a ellos los acosaba.

Al parecer se vencía el plazo de caridad dado por la naturaleza a la

ciudad y a sus moradores.

Las aguas del Gran Río aparecieron una mañana dentro de su curso normal y deslizándose apaciblemente entre las rocas que dibujaban sus márgenes veraniegas. Se sorprendieron los habitantes de Torageban y los clanes acampados en la pradera lanzaron un grito de regocijo cuando el primero de los enemigos descubrió la noticia entre sus compañeros. El camino hacia la ciudad estaba en buena parte expedito.

Un grupo, seguramente formado por los más intrépidos y ambiciosos se lanzó el primero a través del vado y cuando Tima y Akton vieron aquéllo, una ola de furor invadió sus salvajes almas; pero pronto se calmaron ante la índole de los acontecimientos que siguieron, y se regocijaron por la suerte de los desobedientes.

Éstos no habían pisado siquiera la ribera opuesta, cuando las certeras y afiladas flechas de los arcos amazónicos hicieron blanco en sus húmedas siluetas, y la mayoría de los que componían el grupo pereció en medio de la corriente.

Desde aquel momento les quedaba claro que para conquistar Torageban, y también el mundo como se proponían, se requería mucho más que las hierbas estupefacientes con que conseguir valor, y más que la imagen alucinante de las riquezas guardadas entre sus muros.

—Les he dicho que mi orden es aguardar hasta que los Demons se lancen sobre la colina y penetren por la muralla oeste —gritó el gigante Tima enfrente de sus guerreros.

Se había alzado sobre la roca solitaria que se levantaba a doscientos pasos del Amudaria y desde la cual podía dominar con su mirada a la multitud—. Estamos aquí; pero nuestro objetivo no es penetrar por el lado de la garganta rocosa donde se encuentra la boca de la caverna. ¡Escuchen muy bien! Cuando los demons penetren por la muralla, nosotros entraremos tras ellos. Para ese momento toda resistencia de los defensores de la ciudad habrá sido vencida y sólo nos quedará atacar a los propios demons por la espalda y luego apoderarnos de la ciudad. He mandado a varios exploradores por aquel lado para que nos informen del momento en que se produzca el ataque de los demons y sea vencida la resistencia, entonces cruzaremos el vado dando un rodea a la colina y ascenderemos tras ellos. Cualquier otra cosa que se haga es desobediencia y será castigada.

Hasta el pie de la roca donde se hallaba Tima trajeron a empujones a los tres sobrevivientes de la intentona de ataque y fueron decapitados, y sus cuerpos arrastrados por el polvo en medio del silencio de los espectadores.

— ¡A prepararse para la conquista! —gritó su hermano Akton después de escalar la roca y situarse a su lado.

***

Por el oeste se había formado un repentino bullicio. Todo se había convertido en movimiento en el campamento de los hombres bestia y a partir del lindero apareció a la vista de los defensores algo mucho más amenazador que las carretas donde transportaban a los prisioneros que luego convertían en su alimento.

Con ruedas de madera iguales a las usadas en las carretas, reforzadas con cintas y planchas de bronce, habían armado unos vehículos cuyo andamiaje principal consistía en una seria de troncos de abedul unidos en plataforma y montados sobre ocho de aquellas ruedas y sus cuatro ejes.

A primera vista y a la distancia de varios tiros de arco, a los vigías desde sus torres y al propio Ghawr, aquello les parecía una operación de ataque sin significado visible; pero a medida que la jauría de los atacantes dejaba el lindero y se aproximaba a la colina empujando dos de aquellos vehículos, los agebartaren comprendieron que la defensa de su ciudad se haría mucho más encarnizada.

En la parte frontal de las plataformas de troncos habían erigido un parapeto de madera reforzado con pieles y láminas de bronce que les serviría de escudo contra las armas arrojadizas de los defensores. Además de esto, cada guerrero cargaba consigo a la espalda un escudo redondo de idénticos materiales para el ataque final contra la muralla.

— ¿De qué se trata? —preguntó el jefe de los arqueros.

—Me imagino que si consiguen traer uno de esos carros hasta aquí, la primera rueda, que es la mayor, al caer en el foso, hará que la plataforma se levante hacia la muralla y así serviría de puente para que los guerreros salten a través de ella hasta nosotros —dijo Ghawr.

—Muy inteligente para proceder de tales bestias. ¿Qué piensa el Hijo del Oso?

—Que no podrán llegar hasta aquí, a pesar de su estratagema. Nuestros arcos tienen mayor alcance y los arqueros impedirán que crucen el límite de las estacadas. Si es necesario reforzaremos el lado oeste con los arqueros de la garganta. Creo que por allá se bastarán las mujeres lanzando piedras desde lo alto.

Los puentes movedizos comenzaron a avanzar lentamente colina arriba y a diez pasos de la primera línea de estacas Ghawr dio la orden a los arqueros. Las flechas lanzadas a la altura y nivel de la muralla resultaron poco efectivas. Volaban en parábola sobre el escudo de las plataformas; pero caían demasiado atrás para herir a los guerreros que empujaban el andamiaje de troncos. Los tiros más bajos se incrustaban en el parapeto y los vehículos continuaban avanzando sin mayor obstáculo, hasta que llegaron a las estacas.

Entonces un grupo de los hombres bestia salió del parapeto

principal y portando sus pequeños escudos y sus hachas y espadas de bronce se arriesgaron a cortar y a destruir la estacada. Aquí no les fue muy bien y muchos de ellos cayeron derribados teniendo que ser sustituidos por otros; pero finalmente consiguieron abrir un boquete entre las estacas a través del cual empezó a avanzar el primero de los vehículos.

Viendo esto y conociendo ya la fiereza de sus enemigos, un ligero temblor recorrió las filas de los agebartaren.

— ¡Athar! —dijo Ghawr parado sobre la muralla—. Trae a la mitad de los arqueros de la garganta y refuerza las torres.

El mismo Ghawr tomó su arco por primera vez y lo distendió, y el disparo se perdió por encima del andamiaje incrustándose sobre el suelo.

Siete amazonas llegaron poco después y escalaron las dos torres próximas al terraplén por donde el enemigo ascendía. Situadas a mayor altura, sus disparos volaban casi en línea recta hasta el parapeto y comenzaron a herir mortalmente a los enemigo. Cabezas, cuellos y pechos de los hombres bestia fueron traspasados, y el primer vehículo, privado de la fuerza motriz que lo mantenía en ascenso, inició su retroceso aplastando y llevándose consigo a los que aún persistían con gran esfuerzo.

El vehículo se detuvo contra unas rocas y allí quedó varado mientras los guerreros se retiraban colina abajo.

Esta primera embestida había resultado fallida, librando por el momento a los habitantes y a su ciudad; pero los conductores del segundo vehículo se detuvieron, calzaron las ruedas y se echaron a reposar en espera de una nueva orden.

En aquel momento Tima había recibido una información no del todo acertada de parte de sus exploradores y había mandado a sus propios hombres a cruzar el vado y emprender el ataque contra la colina. Al mismo tiempo, tras las filas de los clanes reunidos por los hermanos, los vigías de las torres de Torageban vieron aparecer las oscuras figuras de otra horda de los hombres bestia. Éstos avanzaban a través de la pradera en pesado trote al encuentro de Tima y su campamento.

Aquello no fue algo con lo que contaban los hermanos, y cuando se dieron cuenta, ya los tenían encima. Confundidos por el repentino ataque, los primeros que habían llegado al vado y comenzaban a cruzarlo, optaron por retroceder y unirse en la pradera con el resto de sus compañeros; pero éstos ya comenzaban a ser aniquilados por los hombres bestias.

Atrapados entre la orilla derecha y el avance de las peludas y colosales figuras, retomaron la decisión de atravesar el vado; pero ésta vez, en lugar de encaminarse alrededor de la colina donde se hallaba

la otra horda de los hombres bestia, los perseguidos abandonaron sus armas y se dirigieron hacia la garganta rocosa, más aterrorizados y sorprendidos por el traicionero ataque de aquéllos a los que creían sus aliados, que deseosos de conquistar la ciudad.

La mayoría de los que habían optado por esta decisión eran hombres de los antiguos clanes de los upallis.

Amisha estaba recogida contra el muro en compañía de otras mujeres y al observar el imprevisto curso de los acontecimientos se puso en pie y alzando la voz para que la escucharan a lo largo de la garganta rocosa, dio la orden a sus defensores de permitir el paso de aquéllos que se acercaban desarmados a través del vado en dirección a la muralla baja.

Tras ellos, pronto comenzó a avanzar un nutrido grupo de los hombres bestia; pero bastaron unos cuantos disparos de arco para que se retiraran a través del vado en dirección a la pradera, donde se había iniciado un festín con la carne y despojos de los vencidos.

Tima y Akton, en defensa de sus propias vidas, habían emprendido feroz batalla destartalando cráneos y quijadas; pero agobiados por el peso de un enemigo superior en número, pereció su esfuerzo; pero no sus vidas. Fueron atrapados, maniatados y conducidos hasta la zona oeste del conflicto.

Más deseosos de la carne con que saciar sus lóbregos apetitos, que de honores y tesoros, la raza de los hombres bestia se detuvo para el festín. Y los habitantes de Torageban tuvieron un momento de reposo y tiempo suficiente para repasar el resultado de aquella primera embestida que amenazaba con extenderse en una guerra sin tregua ni compasión, impulsada por el canibalismo de sus oponentes.

El resultado más desastroso del primer encuentro para los agebartaren fue que Torageban se quedaba sin provisiones y sus enemigos, los hombres bestia, hacían acopio de ellas para muchos días.

Pronto el hedor de la carne humana salada y resecada al sol invadía la atmósfera de la pradera y llegaba hasta el olfato de los sitiados.

Ni los buitres ni las hienas carroñeras tuvieron acceso a una mínima parte del festín. Los cuerpos fueron destazados, abiertos y colgados en tendederas o tendidos sobre piedras, mientras sus dueños velaban constantemente espantando todo animal que pretendiese robarles una porción de su macabro alimento.

Al tercer día del primer encuentro, los agebartaren comenzaban a padecer de hambre.

Lo poco que conseguía reunir en el bosque un pequeño grupo de hombres que llegaba a través de la caverna hasta el exterior, al sitio donde habían dejado atados a los caballos al comienzo del asedio, no

bastaba para alimentar a toda la población, y misteriosamente la caza en los alrededores del campamento había desaparecido. En cambio, hallaron huellas inequívocas del paso de las hormigas.

—Puede ser que los hombres bestias y las hormigas hayan ahuyentado a los animales de caza. Si no conseguimos abastecernos este puede ser el fin —dijo el jefe de los arqueros.

CAPÍTULO 37: LAS NUEVAS REGLAS DE GOBIERNO

Débiles y angustiados vieron aparecer los albores del cuarto día y entre la bruma, a través del río, las siluetas de unas embarcaciones y sus remeros que lentamente se aproximaban.

Sin hacer ruido uno de los vigías despertó a Ghawr y éste con un grupo de hombres atravesó la muralla baja y llegó hasta los navegantes.

En silencio y protegidos por la espesa bruma matinal consiguieron atar las embarcaciones y comenzaron a descargar todo cuanto había de valioso en ellas. Trigo, carne seca y muchos cuernos de miel de abeja vinieron prontos a aplacar las ansias de la población. Fue un momentáneo alivio; pero de naturaleza clave para demostrar a los agebartaren que su dios, el Gran Espíritu de la creación verdadera no los abandonaba.

—La confianza y la fe es lo único que nos mantendrá con vida —dijo Amisha—. Recuerden que no solamente es el alimento nuestro sostén. Les digo: podrán venir momentos difíciles de penuria, tormentas de nieve, inundaciones, guerras y pestilencias desatadas por el enemigo que mora entre las tinieblas; pero nuestra verdad es más poderosa que las potestades terrenas y que las jaurías de los espíritus malignos que desencadenan.

Tristemente, pronto se dieron cuenta que los hombres bestia no pretendían abandonar el asedio y era normal. Frente a las murallas de Torageban habían conseguido alimento para muchos días y lo más seguro era que estuviesen pensando apoderarse de la ciudad y de sus habitantes. Esto último quedó confirmado con creces cuando poco después el jefe de los balseros se presentó ante el concejo de los ancianos.

— ¿Qué es lo que tienes que explicar con tanta urgencia? —preguntó Ghawr.

—Nuestro viaje fue largo y lleno de peligros y dificultades; pero esas cosas no interesan por el momento —comenzó Shantel, quedó en silencio por un momento y echando un vistazo a los ancianos, continuó—. Más allá del valle de los yatris la tierra ha sido desolada por los hombres bestia. Sus hordas son tan numerosas que superan a los incontables peces que pululan en nuestro río, y lo digo sin temor a equivocarme.

Los ancianos, y hasta el propio Ghawr, cambiaron la curiosidad que se reflejaba en sus rostros por una amalgama de compasión y reproche. Era normal que ocurriese así, tratándose de un hombre en cuyo recuerdo y en el de su pueblo, aún no se había borrado un pequeño; pero decisivo acto de cobardía.

—No fue el mismo temor que tuve cuando la muerte de Aghasor en el Clan del Reno —se apresuró a decir rascándose la cabeza—. Esta vez siento temor por la suerte de nuestro pueblo y por el destino de nuestra ciudad. ¡No por mi vida!

— ¿Por qué tanto te preocupas? —dijo Athar—. Torageban podrá resistir el ataque de miles de sus enemigos. Ya lo hemos demostrado.

—Dejémoslo continuar —intervino Ghawr.

— ¡Pues bien…! Más allá; mucho más allá del valle de los yatris está ocurriendo una desgracia superior a todas y que es la causa de que los hombres bestias se muevan hacia el este con tanta prisa.

— ¿De qué estás hablando? —preguntó pasivamente uno de los ancianos mientras sus compañeros trataban de seguir el hilo de las declaraciones.

—El Gran Río se convierte allá en una gran extensión de agua. Tan grande que es imposible abarcar con la vista y todos huyen ante su presencia, porque se dice que las aguas continuarán devorando la tierra.

— ¿Tú llegaste a ver la gran extensión de las aguas? —preguntó otra vez el anciano.

El jefe de los balseros se quedó en silencio.

— ¿Viste la gran extensión de las aguas con tus propios ojos? —preguntó Amisha que había permanecido sentada en el rincón más alejado de la habitación.

—Yo no la vi con mis propios ojos. ¡Eso es verdad! Pero hay algo que los atemoriza a todos, incluso a los hombres bestia. Hemos traído con nosotros a una muchacha herida cuyo pueblo fue tragado por las aguas después de haber sido diezmado por los hombres bestia.

— ¡Entonces…, es el mar! —dijo la mujer del talismán.

— ¿El mar…? —preguntó Ghawr—. Nunca me has contado de qué se trata.

—Nunca te había contado porque hasta este momento no sabía nada acerca de el; pero con las palabras de Shantel se ha revelado todo. El mar es la gran extensión de las aguas que rodea las tierras habitadas por los hombres. El Gran Río corre presuroso entre colinas y valles hasta que sus aguas se unen con las aguas de la gran extensión, y al mezclarse se hacen salobres como éstas.

La gran extensión está creciendo y creciendo y devorando a su paso las tierras bajas. El país de los hombres bestia se haya muy lejos al oeste; pero este país y las tierras que lo rodean están desapareciendo y

todos los pueblos huyen de aquellas tierras en busca de refugio. La tierra habitada por los hombres de nuestra raza es también inmensa aunque probablemente el refugio más seguro y más cercano para ellos es Torageban.

— ¿Y por eso es que tantos pueblos se acercan a nosotros? —preguntó Ghawr.

—Hay algo más —continuó la mujer del talismán—. Los hombres bestia y las hormigas han venido a nosotros en busca del talismán; lo quieren para sí porque saben que es la única vía de escape de la gran tragedia que se avecina y Torageban es el único sitio en toda la tierra donde las criaturas vivas podrán encontrar salvación.

—No podríamos albergar en Torageban a todas la criaturas —dijo Athar.

—Habrá lugar suficiente para albergar aquí a los que vengan con buenas intenciones en busca de refugio; pero las hormigas y los hombres bestia no deberán entrar, porque ellos quieren el talismán para sus propios fines malévolos.

— ¿Qué está sucediendo en el mundo? —preguntó otro de los ancianos.

—Todo esto es debido a las tinieblas que se han extendido por la faz de la tierra. El mundo de nuestros antepasados era próspero y feliz porque el hombre se mantenía en obediencia a la voluntad de dios. Hoy el hombre ha desobedecido y se ha corrompido a sí mismo, desatando el poder de las tinieblas. ¡Ven a los del Clan del Reno y a los otros clanes! ¡Como han desatado sobre si la ruina…!

Así ocurre con todos los pueblos de la tierra. La gran extensión de las aguas ha venido a tragar a todos aquellos formados por carne corruptible. Aquellos en cuyo cuerpo no mora el Gran Espíritu de luz imperecedera. El único capaz de transformar la carne corruptible hecha con el lodo de la tierra, en carne y cuerpo donde habite por siempre el Gran Espíritu de poder.

La gran desobediencia de los hermanos Tima y Akton ha sido desatada por el poder de la carne y de las cosas materiales de este mundo. Las imágenes de los sentidos llevan al hombre a la perdición; pero caen en la perdición por la ignorancia y por el engaño que acarrean sobre sí mismos y sobre los demás, para comprender al final, después de mucho sufrimiento, que todo ha sido un engaño, una ilusión, y que sus mayores ambiciones, las ansias de poder y de riqueza, son como los granos de polvo que arrastra el viento y que muy pocos saben de dónde vienen y a donde van, lo mismo que tales ansias.

Así es la ignorancia de ellos y su falta de sabiduría, que no saben de dónde vienen ni a donde van; porque si lo supieran, su única meta en la vida sería la búsqueda del conocimiento que abre por sí solo las

puertas a la morada de nuestro eterno y perpetuo creador. Morada de vida eterna.

— ¿Dónde se halla esa morada? —preguntó uno de los ancianos.

Amisha dejó de hablar, volteó la mirada a su alrededor y por un momento pareció confusa y desorientada.

— ¡Aquí! ¡Es aquí donde se halla nuestra morada! Es Torageban; pero este refugio un día desaparecerá y cuando vuelva a ver la luz del día no será más que ruinas; pero en cambio, nuestra morada es eterna. Ni el mar, ni el viento, ni el paso de las edades, ni la injusticia e iniquidad de los hombres la harán desaparecer. Nuestra morada está aquí ¡hoy y para siempre!

—Creo que es el momento para proponer aquí la regla del gobierno futuro de los agebartaren —dijo Ghawr.

— ¿De qué se trata? —preguntó el mismo anciano.

—Amisha y yo hemos estado pensando que la manera más certera de combatir el mal, ahora y para el mundo venidero, extirpándolo de raíz e impidiendo su retorno, es haciendo una separación entre los dos lados corruptibles de nuestra existencia mundana.

— ¿Cuáles son esos lados?

— ¡Escucha Athar! ¡Escuchen todos! —continuó el Hijo del Oso—. La sabiduría de nuestros antepasados nos enseña que hay dos cosas por las que el hombre se une para vivir en clanes, en tribus y en hordas. Estas cosas no las pone cada hombre por sí mismo, sino que se hacen así por el modo en que los hombres se unen para convivir en grupos. Estas cosas de las que hablo son el poder y la riqueza que ya mencionó Amisha.

Ambas cosas son como las sombras del mal que se extienden sobre la tierra para oscurecer y llenar de tinieblas el espíritu de los incautos y acarrear sobre los hombres toda suerte de perjuicios y sufrimientos.

El poder es el que otorga a ciertos hombres la manera de decidir sobre la vida y comportamiento de sus semejantes. Está establecido por la divinidad que el poder se gana con el prestigio, con el valor, con la sabiduría y la justicia, y con todas aquellas buenas cualidades que cada hombre posee. Todos los hombres que en verdad lo son poseen el germen del poder sobre otros hombres y esto es para bien, porque sin poder no habría gobierno y la falta de gobierno engendra el caos. Ahora bien, hay hombres que sin poseer las cualidades para el poder, lo ejercitan; y esto es para mal.

— ¿Y entonces…, que dices de la riqueza? —interrumpió Athar.

—La riqueza es el producto de otras cualidades tan buenas como las que capacitan a un hombre para el poder. Estas cualidades humanas son persistencia, buen estado de ánimo, observación, iniciativa, precaución, decisión y muchas otras que impulsan al hombre y lo inclinan al trabajo y a la buena organización. Como vemos, ambas

cosas son el producto de buenas cualidades del espíritu humano.

El problema está en que muchas veces hay hombres que ejercen el poder y poseen la riqueza sin tener en ellos mismos las cualidades del espíritu. Como los hermanos Tima y Akton. En el caso de los hermanos, ellos han conseguido el poder y la riqueza mediante cualidades contrarias a la naturaleza del espíritu humano. Mediante el engaño, el empleo de la fuerza bruta de su músculos, el acuerdo con otros hombres de almas perversas como las de ellos y ante todo la ignorancia y debilidad de sus víctimas. Los upallis de los clanes cayeron ante ellos porque fueron débiles e ignorantes de espíritu.

— ¿Quiere decir el Hijo del Oso que hay hombres que no son actos para el poder y la riqueza? —preguntó uno de los ancianos.

—Eso he dicho. Ambas cosas son necesarias para el buen gobierno y felicidad, y tanto en su origen como en su fin van unidas a las buenas cualidades del hombre. El poder orienta la conducta de todos y la riqueza contribuye al fin último de la asociación, que es la felicidad; pero hay hombres que no deben participar de ellas por falta de las cualidades necesarias.

La fuente última del poder es el prestigio y la fuente última de la riqueza es el trabajo. ¿Cómo puede entonces ejercer poder aquél que no tenga verdadero prestigio? Un prestigio que provenga del mismo espíritu y no de cosas añadidas de este mundo. ¿O cómo debería poseer riqueza aquél que es un holgazán, ignorante y falto de creatividad?

—Los hermanos Tima y Akton arrebataron a los upallis todo lo que estos poseían para el disfrute común del clan y luego los sometieron a su voluntad —dijo Amisha—. Esto lo hicieron sin poseer las cualidades dignas para ello. Adquirieron el poder y la riqueza de manera contraria a la naturaleza humana, y de ahí la suerte de males que acarrean sobre ellos mismos y sobre sus seguidores.

El poder para orientar la conducta de sus semejantes lo deben ejercitar únicamente aquellos hombres que posean las más altas cualidades otorgadas por el Gran Espíritu, y con respecto a la riqueza digo lo mismo. Esta debe estar en manos de aquellos que la han obtenido con su propio esfuerzo y nunca a costa del esfuerzo de los demás. Los que son en realidad muy pocos. Tima y Akton los poseyeron ambos y condujeron a los upallis por el camino equivocado.

— ¿Qué proponen? —dijeron casi al unísono varios de los ancianos.

—Yo propongo que de ahora en adelante cada hombre y mujer trabaje por iniciativa propia en lo que mejor le guste y que el producto de su trabajo sea mitad para ellos mismos y mitad para toda la sociedad. Como hay cosas que están más allá del interés inmediato de cada individuo, es necesario que la sociedad asuma como un bien común aquella mitad de su trabajo que de ser poseída por el individuo

espiritualmente inepto excedería la satisfacción de sus necesidades, creando un conflicto entre su incapacidad y su sensualidad desmedida, causa esta de guerras y males.

Estas cosas de uso común serán administradas por toda la sociedad a través de este concejo de los ancianos y a través de la asamblea de todo el pueblo, y lo que ellos dispongan será la voluntad de todos. Pero hay algo más. Propongo también que aquellos más hábiles y esforzados, que logren salir adelante con su trabajo personal y el de su familia, no puedan tener acceso ni participación en este concejo de ancianos ni en la asamblea de todo el pueblo. Serán excluidos del poder.

Ahora digo lo mismo para este concejo de los ancianos y para la asamblea del pueblo. Ninguno de sus miembros deberá poseer para uso individual o de su familia más de lo que sea necesario para la satisfacción de sus necesidades individuales y familiares. El poder y la riqueza no podrán recaer ambos sobre un mismo individuo. Quedarán separados.

—Entonces ¿A qué llamaremos riqueza? —dijo Athar.

—A todo lo que un individuo posea y esté más allá de lo necesario para la satisfacción de sus necesidades individuales y de su familia —dijo Ghawr—. Si un hombre o mujer llega a alcanzar esta situación, quedará excluido de todo poder para orientar la voluntad de los otros hombres y de la comunidad, a menos que se puedan ver en él las cualidades del Gran Espíritu. De lo contrario, no podrá ser miembro de este concejo ni de la asamblea de todo el pueblo.

Por otra parte, aquella mitad del producto del trabajo individual que la sociedad tome para sí, será utilizado solamente para hacer crecer los bienes y el bienestar común de la sociedad. Los miembros del concejo, el rey, y todos aquellos que tengan un lugar en el poder, tomarán de aquellos bienes comunes exclusivamente para sus necesidades elementales, como trabajadores de la sociedad. Esto evitará que algunos se hagan dueños del poder utilizando la riqueza que poseen como medio de ganarse la voluntad de los otros hombres, aunque solamente sea por el interés material.

Ghawr se puso en pie y en compañía de Amisha se situó en medio de la habitación.

—Ahora quiero que este concejo de los más venerados y sabios de la comunidad, decidan si nuestra propuesta es digna de tomarse en cuenta.

***

Todo el pueblo en armas se había reunido en la gran explanada en las afueras de la ciudad y al pie de la roca negra. Frente al pueblo, el concejo de los ancianos debía reafirmar su acuerdo ante la proposición

de Ghawr y Amisha y luego se daría paso a la voluntad de la mayoría.

El Hijo del Oso estaba convencido que aquel sería el mejor momento, cuando los temperamentos estaban excitados al máximo a causa de las dificultades y la amenaza inminente de un nuevo ataque.

El día anterior, desde temprano, se había esparcido por la ciudad la noticia nefasta acerca del avance de grandes hordas de los hombres bestias que como una plaga amenazaban con pisotear toda la tierra y devorar a la mayoría de sus criaturas. También estaban bien enterados los agebartaren de la propuesta de la mujer del talismán y Ghawr ante el concejo de los ancianos. Los comentarios y conversaciones durante aquellas horas eran el reflejo de la voluntad de la mayoría que espontáneamente se manifestaba acerca de los detalles más importantes.

Ya todos conocen la forma en que les propongo que seamos gobernados. Aquí y ahora, en el momento más difícil para nuestro pueblo, les pido que manifiesten su voluntad y digan si desean que yo, Ghawr, el Hijo del Oso, continúe al frente de ustedes para ejecutar las decisiones más importantes de la comunidad, y para guiar sus vidas, tanto en la guerra como en la paz.

Dichas estas palabras, un grito de aprobación rasgó atmósfera y llegó hasta el campamento de los hombres bestia que se levantaron sorprendidos y voltearon sus hoscas miradas hacia lo alto de la ciudad.

Mientras tanto, el Hijo del Oso continuó su arenga:

De ahora en adelante, éste que está aquí, sobre esta negra roca que sembraron sobre esta colina los desconocidos antepasados de la raza humana, les digo que seré para los agebartaren únicamente la voz y la mano ejecutante de las decisiones que por mayoría tome el concejo de los ancianos y el pueblo reunido solemnemente.

No me desviaré ni un paso de esa voluntad y si así fuere, preferiré la muerte antes que la traición y la deshonra. Estaré aquí para esforzarme junto a ustedes, para que esta comunidad sea próspera y feliz, para que todos tengamos igualdad en el reparto de la riqueza, y el producto de nuestro trabajo llegue a todos por igual, con justicia y sin distinción. Al niño, a la viuda, al anciano, al impedido, al extranjero que se refugie entre nosotros.

Estas palabras fueron seguidas por un grito mucho más profundo y estremecedor.

Los rostros alegres y conmovidos se fueron separando del sitio de la reunión y pronto cada uno volvió a su puesto de vigilancia junto a las murallas o a su labor cotidiana.

De sobra conocía aquel pueblo que para que se cumplieran las decisiones adoptadas debía primero luchar por la supervivencia y salir victoriosos en los combates que se avecinaban.

CAPÍTULO 38: UNA APARICIÓN INESPERADA

Mientras estas cosas ocurrían en el interior del poblado, las hordas que cercaban el campamento se habían fortalecido con el constante arribo de nuevos miembros, y como había informado Shantel, se notaba en ellos la inquietud y el desasosiego generado tal vez por la inminencia de las aguas. Pero…, si eran conocedores del peligro tan inminente ¿Por qué no continuaban su camino sobre las tierras altas situadas hacia el sureste? En vez de esto, sus trabajos de preparación para un nuevo asalto a los muros de la ciudad habían ganado en fuerza.

Dos nuevos carros semejantes a los anteriores habían sido edificados en algún claro en el interior del bosque y más tarde tirados por varias decenas de hombres hasta el lindero. Aquellas nuevas maniobras eran sin duda un esfuerzo desesperado por conquistar lo que a todas luces, incluso para ellos mismos, parecía inconquistable.

Los muros de Torageban se alzaban nuevamente como una barrera infranqueable a través de la tierra y los agebartaren, conocedores de esto, se esforzaban por mantener el ánimo y la confianza en sus propias defensas.

A la mañana siguiente, el obstáculo infranqueable que hasta aquel momento había sido el Gran Río durante la época de deshielo, había desaparecido completamente y los hombres bestia conseguían con esto un cruce relativamente fácil entre ambas orillas, que ahora se habían convertido en un terreno común para sus fechorías y muestras.

Ambas hordas habían terminado mezclándose y fundiéndose en una sola, que por la magnitud de sus elementos y nivel de preparación para el asalto, unido todo esto a su nerviosismo difícil de contener, pronosticaban una batalla dura y encarnizada por la supervivencia.

Cuando el sol se levantó sobre la colina e iluminó su ladera oeste, su luz definió y dio nuevos matices a la escena que se desarrollaba junto al lindero. Los hombres bestia, formados en filas y columnas esperaban la orden para el asalto, mientras los carros se adelantaban cada uno empujado por más de una decena de individuos escogidos entre los más fuertes y decididos.

Aquello parecía ser una simple repetición del primer asalto, cuando algo vino de repente a ensombrecer los ánimos de los defensores de la ciudad.

Salidas de no se sabe dónde, numerosas manchas oscuras cubrieron por un instante el dorado disco del sol y fueron luego a posarse sobre los picos y quebrachos que rodeaban la ciudad por su lado este.

Las mujeres y niños indefensos o incapacitados para la defensa corrieron instintivamente hacia sus viviendas, mientras que los combatientes olvidaban por un momento al enemigo que se aproximaba colina arriba para prestar atención a un nuevo peligro que amenazaba desde las alturas.

— ¡Axuyaren! —gritó Athar, y esta sugerente exclamación fue seguida como un eco por el murmullo ansioso de la multitud de los combatientes.

Ghawr corrió junto a la mujer del talismán que ya se aproximaba a él. Desde que ella descubrió la presencia de aquellos extraños seres; el mismo pensamiento que el de su hombre la dominó. Ahora no cabía ninguna duda. Los axuyaren habían sido los responsables de la desaparición de su querido hijo, y ahora se precipitaban en masa sobre Torageban y sus habitantes con el único propósito que los animaba ¡La conquista del talismán!

Ella y Ghawr se estrecharon en un fuerte abrazo, mientras lágrimas pesadas como el ámbar fundido al sol regaron sus rostros ensombrecidos. ¡Por primera vez desde la desaparición del niño la angustia se hacía tan deprimente en sus corazones! En aquel momento recordaron las palabras de despedida de Atalante y sus consejos y orientaciones se hicieron claros y cristalinos; pero también profundos, reveladores y lacerantes como las aguas del Amudaria en el deshielo de primavera.

—Ellos también quieren el talismán —dijo Ghawr.

El grito de los combatientes impidió escuchar la respuesta desfallecida de la mujer.

Los hombres bestia comenzaban el ascenso de la colina, al tiempo que uno de aquellos seres de cabellera rubia remontaba el vuelo desde su posición sobre un risco. Fue seguido por un batir de alas y un momento después se cubrió el cielo sobre los agebartaren.

— ¡Corre y protégete tú en el mandala! —dijo Ghawr tomando a la mujer por los hombros y besándola en la frente.

— ¡Me quedo contigo! —gritó Amisha—. ¡Nadie me apartará de tu lado ni con la muerte!

Los brazos en defensa de la ciudad se habían dividido ahora en dos frentes. Una mitad de los arqueros buscaba la manera de hacer blanco entre los hombres bestia; mientras la otra mitad, más esperanzada que decidida, trataba de apuntar a las sombras que planeaban sobre sus cabezas; sin embargo, la altura era demasiado grande y la posición demasiado incómoda para sus disparos. Una docena de arcos se dispararon y las flechas, lanzadas a la vertical morían antes de

alcanzar a sus objetivos y caían como una revancha enloquecida sobre sus lanzadores.

Un hombre cayó atravesado por su propio dardo y entonces Ghawr dio la orden de detener los disparos en aquella dirección. Habría que hacer algo diferente; pero era difícil tomar una decisión en aquel instante, cuando se debía luchar en dos frentes cuyas posiciones distaban noventa grados de ángulo entre sí.

Si le prestaban atención a las sombras aladas, obligatoriamente tendrían que desatender a los hombres bestia, y estos ya habían emprendido el ascenso y comenzaban el acercamiento a los muros, protegidos por sus carros de guerra y sus escudos.

Pero, de repente; las sombras en lo alto se movieron y comenzaron a descender en picada sobre la ladera oeste de la colina alejándose de la ciudad.

El batir de alas se hizo incierto por un momento y a continuación una lluvia de flechas lanzada desde las alturas se abatió sobre la masa confusa de los asaltantes. Fue entonces que éstos prestaron verdadera atención al cielo.

Se volvieron a los seres voladores y comenzaron a disparar a su vez. El intercambio de disparos no duró mucho tiempo y fue forzosamente desfavorable para los hombres bestias. Sus filas se vieron diezmadas con prontitud y amplios claros formados por el amontonamiento de sus cuerpos comenzó a cubrir la ladera. Pero en vez de abandonar sus carros de guerra, los que a empujarlos se dedicaban la emprendieron con mayores bríos animados por el agitamiento que se producía sobre el lindero del bosque.

Una nueva horda sustituyó a la primera, y entonces, para sorpresa y temor de los agebartaren, el bosque comenzó a arrojar azagayas. Al principio no se podía distinguir la naturaleza de aquellos disparos; pero su resultado pronto se hizo evidente. Varios axuyaren se precipitaron sobre la falda de la colina y parte de los dardos comenzó a aterrizar peligrosamente en el interior del recinto de la ciudad hiriendo a sus moradores.

Los seres voladores abandonaron la lucha, dieron un giro hacia la ciudad, y después de remontar el vuelo desaparecieron en dirección del este.

— ¡No comprendo nada de lo que sucede! —gritó Athar.

—Pero ellos han combatido a nuestro favor ¡aunque ahora nos abandonan! —respondió el Hijo del Oso.

— ¡Al parecer no por mucho tiempo! —dijo Amisha.

Efectivamente. Los axuyaren reaparecieron sobre el bosque de abedules y de repente los árboles comenzaron estallar a todo lo largo del lindero y las llamas se extendieron luego sobre los campos de cultivo y comenzaron a avanzar presurosamente hacia la falda de la

colina.

Las primeras líneas de combatientes habían alcanzado el foso y se lanzaban sobre dos de los puentes que habían sido tendidos. Su empuje se vio de repente contrarrestado por la impetuosa lluvia de dardos y rocas lanzada desde la muralla y cuando se dieron cuenta, las llamas fulguraban sobre sus espaldas.

El mismo foso se vio cubierto y los agebartaren tuvieron que retroceder ante la ola de calor y humo que se precipitaba desde las alturas. Tosiendo y con los ojos lagrimosos se tuvieron que retirar hasta la primera línea de viviendas.

— ¡No comprendo! —repitió Athar, y mientras muchos no salían de su asombro al igual que el jefe de los arqueros, Ghawr y Amisha preparaban a los hombres para el contraataque.

Cuando el humo se hubo dispersado lo suficiente, corrieron todos de regreso hasta la muralla, lanzas y cuchillos listos para la defensa. Pero… ¡nada se movía sobre la colina…! a no ser las volutas de humo que el viento de la mañana dispersaba con precisión en dirección del bosque.

***

Llenos de churre, sudor y sangre, muchos habían descendido hasta la orilla del Amudaria y refrescaban sus cuerpos con el agua helada de la corriente, mientras otros atendían a los heridos o conversaban acerca del desenlace tan inesperado de los acontecimientos.

El concejo de los ancianos se había reunido apresuradamente junto al mandala.

—No deberíamos confiar en ellos —dijo Athar—. Presiento que su apoyo a los agebartaren no ha sido más que para eliminar de una vez a su competidor más poderoso. Ellos también quieren el talismán y volverán por el en cualquier instante.

— ¡Ahí están! —se escucharon varias voces casi al unísono y todos dejaron lo que hacían para correr a empuñar las armas. Pero esta vez, los seres dieron un giro a gran altura y luego comenzaron a descender sobre la planicie.

Aún no habían terminado de posar sus plantas cuando un grupo como de cincuenta guerreros, al frente del cual marchaban Ghawr y Athar les salió al encuentro; pero, cosa curiosa. Aquéllos habían quedado paralizados, como estatuas de piedra sobre el césped reverdecido y chamuscado de los campos.

Un silencio profundo reinaba entre aquellos seres, a tal punto; que hasta sus oponentes se mantuvieron a la expectativa observándolos a prudencial distancia.

Entonces, una figura conocida se abrió paso entre los seres alados y un rugido se convirtió en un nudo en la garganta del Hijo del Oso.

Amisha atravesó las filas de los guerreros y sin ninguna precaución corrió en dirección a los axuyaren. Aquella figura como aparecida de entre las sombras era el pequeño Oghary. Amisha al llegar a él lo abrazó y lo puso en alto.

— ¡Retírate Amisha! —gritó Ghawr—, tensando su potente arco.

Aquellos seres, a todas luces, parecían desarmados; pero no obstante, Amisha retrocedió unos pasos sin que nada se lo impidiese, llevando a su hijo consigo entre los brazos.

Los seres continuaban como estatuas y cuando la mujer estuvo entre los suyos, uno de ellos habló pausadamente y con voz cristalina en lengua de los agebartaren:

—Ahora tu hijo será tan sabio como tú y como su padre Ghawr.

— ¿Quiénes son ustedes? —replicó el Hijo del Oso.

—Fuimos los dueños del talismán, que ahora pertenece a los agebartaren.

— ¿Por qué se llevaron a mi hijo?

—Para protegerlo y para instruirlo.

Antes de que Ghawr pudiese llegar a formular otra de las preguntas que sin duda lo acuciaban muchísimo, los seres se levantaron del suelo como por magia y un instante después desaparecían sobre las alturas del este.

La alegría reinó durante aquella tarde. Alegría por la victoria contra los hombres bestia, que ya calcinadas sus hordas dejaban de ser un peligro al menos temporalmente; y alegría por la aparición del pequeño Oghary. Pero no era tiempo de fiesta. Las murallas y el foso habían quedado devastadas en algunos puntos y era necesario reponerlas cuanto antes a su condición anterior en previsión de otro ataque.

No hubo abundancia en el comer ni en el beber, porque las provisiones escaseaban y primero debían luchar por procurárselas de nuevo. Luego, mucho más tranquilos ante la amenaza de cualquier enemigo, se organizaron siete partidas de caza y exploración que sin pérdida de tiempo se pusieron en marcha en diferentes direcciones.

Debían traer alimento para el resto de la población que permanecería en los trabajos del campamento. Al mismo tiempo se dedicarían a observar cuidadosamente las tierras colindantes en busca de la presencia del enemigo. Aquello no sería tarea fácil. Ya que el avance de los hombres bestia había dejado la tierra devastada a su paso.

La primera partida regresó al siguiente día, de tal manera afortunada que había conseguido dos enormes jabalíes y un gamo de cola pintada, los cuales tuvieron que acarrear con gran esfuerzo hasta la muralla inferior.

Al segundo día aparecieron sucesivamente las siguientes cinco

partidas cada una con un sustancial aporte para la alimentación común; pero pasaron cinco días y el último grupo, formado por cinco amazonas, no daba señales de su existencia.

— ¡Iré por ellas! —dijo Talestris— Tomaré uno de los caballos y seguiré sus huellas.

—Iré contigo —dijo el jefe de los arqueros—. Ahora mismo me acercaré a Ghawr y hablaré con él.

Athar atravesó el poblado y encontró a Ghawr ante la puerta del mandala.

—Talestris ha decidido salir en busca de sus hermanas… —dijo al llegar junto a éste—; y yo pido permiso para acompañarla. Con dos caballos podríamos seguir sus huellas a lo largo del Gran Río. Tal vez están metidas en algún problema.

—Llévate contigo a otros cuatro guerreros —dijo Ghawr—; pero traten de apresurar la marcha y regresar al campamento antes del equinoccio. Bajo ninguna circunstancia dejarás que pase ésta fecha sin haber regresado. Es lo más que te pido.

— ¿El equinoccio? Muy bien ¡El equinoccio! ¡Prometido! —dijo Athar y sin mayor despedida salió corriendo hacia su cabaña a la puerta de la cual esperaba Talestris.

Poco después abandonaban Torageban saliendo por la muralla baja y alejándose a lo largo del río en dirección oeste.

CAPÍTULO 39: AL RESCATE

Buenos jinetes, muy pronto dejaron atrás los territorios de la antigua tribu y corrieron a lo largo del río, cruzando a la orilla izquierda o a la derecha sucesivamente según lo permitiera el curso de la corriente o les obligara la naturaleza del terreno.

Por todas partes se presenciaba la devastación causada por los hombres bestia a su paso por el país. Restos de animales y de fogatas en los claros boscosos o a la orilla del río, árboles derribados, y pisadas por doquier que recordaban a cada instante su andar desolador y su presencia latente detrás de cada piedra o recodo de los senderos.

La pareja cabalgaba en silencio al frente de la pequeña partida, tratando de descubrir con su agudo olfato la cercanía del enemigo. Así anduvieron durante todo el día hasta que acercándose la hora nocturna se detuvieron a la sombra de un risco que consideraron lugar adecuado para acampar.

Ya habían rebasado la altura del valle de los yatris y Athar, lo mismo que Talestris, comenzaba a extrañarse de que las huellas de las amazonas se alejaran mucho más allá de lo acordado por Ghawr y el concejo de los ancianos.

Sin duda se trataba de un acto de pura desobediencia, ya que las huellas que dejaban a su paso estaban bien marcadas sobre el terreno e indicaban que las seis mujeres andaban sobre sus cabalgaduras y no se habían salido del trayecto marcado para ellas a todo lo largo del río.

— ¿Qué pudo haberlas obligado a alejarse más de lo convenido? —preguntó Talestris.

—Lo más probable la carencia de caza —replicó Athar.

—No creo que haya sido eso. Ellas fueron criadas en la disciplina. Por eso estoy casi segura que algo más poderoso debe haberlas obligado a desobedecer.

—No temas. Hasta aquí parece que nada malo les ha sucedido y mañana, apenas salga el sol, nos ponemos en camino.

Al siguiente día les tocó recorrer un terreno árido y cubierto de arbustos espinosos donde reaparecieron pronto las huellas de las seis mujeres marcadas sobre la arena. El paisaje en la orilla derecha tomó poco después un carácter pedregoso que obligó al grupo a enfilar sus cabalgaduras en dirección noroeste, de manera de poder sortear aquel obstáculo del que muy bien habían sido informados por el jefe de los balseros.

En realidad, las amazonas habían seguido la ruta de la expedición anterior a lo largo del río.

—Explícame, Athar ¿tú crees en eso que ha dicho Shantel acerca de la extensión de las aguas? —dijo Talestris deteniendo su cabalgadura sobre la arena.

— ¡No solamente Shantel! —respondió Athar mientras observaba a la mujer cuando ésta descendía para agacharse junto a un círculo de huellas—. Lo ha reconocido Amisha como verdadero y el propio Ghawr lo acepta. Las cosas dichas por Amisha son dignas de toda confianza porque ella habla las palabras del Gran Espíritu. Las aguas son lo que ella dice, y son en verdad un gran peligro para los pueblos.

— ¡Entonces, se trata de eso! —dijo volviendo a cabalgar de un salto—. Antianira ha querido comprobar por sí misma la cercanía del "mar", como le llama Amisha.

— ¿Y por eso ha desobedecido, haciéndose seguir por las demás mujeres?

— ¡Estoy segura! Solamente por algo de vida o muerte serían ellas capaces de faltar a su deber; y ahora dime Athar ¿por qué hemos de volver antes del equinoccio?

—Fue una petición de Ghawr, o más bien un ruego. No comprendo que significa eso; pero es lo mismo que si una orden fuera ¡debemos obedecer…! ¿Y ahora qué?

Talestris se había erguido sobre su silla y trataba de divisar sobre la rivera que se perdía como una cinta dorada hasta encontrarse con el horizonte.

—Entre las huellas de mis hermanas he encontrado las huellas de otro jinete que cabalga a la montura y se trata de una niña de pies descalzos. ¡Debemos seguir adelante en este momento! ¡Mira hacia allá! Presiento que algo sucede.

A galope tendido se lanzaron pendiente abajo y poco a poco vieron dibujarse en la distancia una columna de humo que por la poca existencia de árboles y rocas sobre aquel terreno, pronto pudieron reconocer como el sitio de un campamento junto al Amudaria. El suelo allí era más elevado que sobre la orilla opuesta y estaba rematado por una roca en cuya sima consiguieron distinguir el origen y motivo de la humareda.

—Son mis hermanas y algún peligro las amenaza ¿Entramos de una vez, o damos un rodea hasta ocultarnos al pie de la roca? —dijo la mujer.

—Damos un rodeo —respondió el jefe de los arqueros.

Enfilaron hacia el norte a través del arenal y poco después sus siluetas y la de los caballos quedaron ocultas tras el promontorio.

En lo alto, las seis mujeres luchaban contra algo o contra alguien desconocido que les cerraba el paso haciendo difícil o imposible su

descenso en dirección al río, mientras sus gritos de combate se dejaban escuchar por los recién llegados.

La pared de roca por aquella parte era empinada; pero no tan difícil de escalar como habían creído cuando se encontraban a mayor distancia. Dejaron sus cabalgaduras y con sus armas a la espalda ascendieron por la pared haciendo apoyo en los numerosos entrantes y salientes.

Fue grande la sorpresa de las defensoras del promontorio cuando descubrieron emergiendo a sus espaldas la presencia de Talestris y los agebartaren.

Tres hormigas luchaban por conquistar la posición que era defendida por las mujeres a fuerza de lanza. Otras tres hormigas yacían al pie de la pendiente, demostrando con ello que la defensa de la roca había dado resultado hasta aquel momento.

—Dime, Antianira ¿Qué sucedió con ustedes que se alejaron tanto de Torageban?

—Encontramos a esta niña en nuestro recorrido —gritó la mujer señalando a un saliente sobre la roca en el que ardía una hoguera y bajo el cual se podían distinguir los pies y las manitas de una pequeña de cabellos amarillos e hirsutos. Yacía acurrucada, sentada contra la roca, como tratando de ocultar su figura.

— ¿Y… que sucedió con eso? ¿Por qué no la tomaron y se regresaron de inmediato?

—La niña estaba muerta de miedo y nos indicaba sin cesar hacia el río. Corrimos junto a la orilla y encontramos el cadáver de un hombre en el interior de una embarcación. Al parecer, la niña y él habían llegado remando hasta aquel lugar. Fue el motivo por el que decidí avanzar un día más hacia el oeste con la esperanza de descubrir las aguas.

— ¿Y qué encontraste?

—Hay un pequeño valle detrás de aquellas colinas —dijo Antianira mientras enjugaba el sudor que se derramaba por su frente—. Las aguas han invadido aquello y muy pronto amenazan con desbordar y cubrir toda la tierra. Quería correr de regreso a Torageban; pero, nos lo han impedido las hormigas desde hace dos días. Primero una, y después siete de estos bichos nos han obligado a permanecer aquí.

—Aquí…, traigo algo para ellas —dijo Talestris tirando al suelo tres bolsas de cuero de tamaño mediano amarradas juntas en forma de racimo por sus embocaduras.

Mientras las amazonas con el apoyo de los guerreros agebartaren continuaban haciendo frente a las hormigas que trataban de remontar la pendiente, Athar y Talestris colocaron una mecha untada de aceite en cada una de las bolsas y se acercaron al fuego.

—Esto se irá rápido —indicó Athar—. Debemos hacerlo a toda prisa.

Tomen sus caballos y prepárense para el momento en que las lancemos contra las hormigas. Cuando yo de la orden, el humo habrá cubierto vuestro camino por la pendiente y las hormigas sufrirán con ello. Ahí deberán aprovechar y forzar el paso, mientras sostienen la respiración. Recuerden que el humo del azufre también para nosotros es un veneno.

— ¿Y ustedes? ¿Qué será de ustedes? —gritó Antianira.

—No te preocupes —dijo Talestris—. Nuestros caballos están por este lado. Antes que las hormigas salgan de su problema, habremos desaparecido a galope en dirección a Torageban.

Todo parecía un plan perfecto ideado por la mente fructífera de un hombre y una mujer que eran líderes entre los mejores de su raza; pero no habían contado con el giro que el destino le depara a todos, incluso a los sagaces y bravíos.

Fue un estruendo, un retumbar, una avalancha que sacudió la tierra y la conmovió para temor de los corazones débiles.

Aquello hizo paralizar a los combatientes por un instante y al unísono, el mismo clamor estalló.

— ¡Las aguas! ¡El mar!

Pero el mar debía ser precedida por las criaturas de la tierra que aún desprevenidas de la catástrofe que se acercaba pastaban o merodeaban junto a la llanura de arena o entre los bosques del lado izquierdo del Amudaria.

La estampida no era más que el galope desenfrenado de herbívoros y fieras que poseídos por el instinto de una sola bestia buscaban refugio en la velocidad de sus patas.

— ¡No hay tiempo que perder! —gritó Athar—. Hay que escapar de aquí.

Y lanzó la primera bolsa que impactó entre las patas de una hormiga y luego estalló en una nube de vapores.

Talestris lanzó la suya, que se esparció encendida entre las rocas y la tercera arrogada por Athar a mayor altura golpeó entre las antenas del más alejado de los insectos, causándole la asfixia en un tris. Entonces, Athar dio la orden y las seis amazonas soltaron rienda a sus cabalgaduras inquietas.

Los caballos, embravecidos por dos días de asedio y hostigamiento sobre la roca árida descendieron con demasiado gusto por la escarpa y no hallaron reparo en embestir a sus enemigos que también se alejaban de la nube de vapores pestilentes.

En menos de lo esperado habían alcanzado la ribera, torcían rienda sobre la derecha y dando un rodea a la roca se detenían tras ella, junto a los caballos de Talestris y de los agebartaren.

Athar y la mujer habían permanecido un instante más sobre la roca esperando que concluyera el escape de las mujeres y también

hipnotizados por el espectáculo que se ofrecía ante sus miradas.

Las aguas del río, impulsadas por una fuerza más poderosa comenzaban a retroceder elevándose primero en colosales columnas de espuma y lluvia. Las enormes olas se abrían en abismo entre las mismas aguas y golpeaban las rocas del acantilado, en tanto que por la derecha la llanura que precedía a los bosques era devorada en el torbellino desatado por la furia del líquido elemento. Entonces, Talestris y los agebartaren saltaron sobre sus cabalgaduras y el grupo entero emprendió alígera partida.

Primero anduvieron a todo galope siguiendo la ribera derecha; pero cuando hubieron pasado las alturas del acantilado, un remolino de aguas embravecidas se desbordó por la llanura obligando repentinamente a los jinetes a torcer su rumbo en dirección al norte.

Perseguidos por el torrente hincaron sobre los ijares en busca de las tierras de bosques altos hasta que vieron desaparecer las aguas al pie de una colina.

Aquel espectáculo de desbordamiento había sido demasiado inquietante para permitirles el descanso ni siquiera por un instante, y así; se mantuvieron al trote mientras atravesaban el bosque por uno de los senderos conocidos por los agebartaren.

Se habían alejado del río lo suficiente como para sentirse seguros. Ya no se escuchaba el estruendo que los había acompañado durante la mayor parte del recorrido a través del bosque.

Cuando salieron a la pradera, decidieron detenerse para dar un breve descanso a los animales mientras los jinetes aprovechaban para beber algo y comentar acerca de los sucesos; pero sin separarse de las bestias.

Sin duda aquella experiencia había sido demasiado aterradora para descuidarse un momento y Athar no tuvo que repetirlo dos veces cuando dio la orden de montar y continuar la marcha. Tenían a la vista las colinas de basalto al norte; pero su destino y su prisa corría en dirección al campamento de Torageban, más aún cuando el cielo parecía prepararse de repente para la tormenta.

— ¡A galope! —gritó Talestris, y el grupo de jinetes corrió paralelo al lindero de los bosques de abedules; pero… ¿Cuál no sería su sorpresa al remontar el claro que los conduciría directo al vado y luego a la ciudad?

La ribera original a la altura de Torageban había sido prácticamente tragada por las aguas y en su lugar aparecía un lago que cubría toda la llanura norte.

No más haber aparecido a lo lejos sobre la pradera fueron avistados por los vigías desde lo alto del farallón y fue dada la señal a todos.

Su primer instinto les indicó lanzarse con los caballos a través de las aguas; pero luego comprendieron que hubiera sido una muerte segura

al llegar a la parte más profunda y torrencial formada por el cauce original del Gran Río. Quedaba una única posibilidad. La caverna.

Aquella vía los podría conducir hasta la garganta rocosa y de allí por la escalinata hasta la altura de la ciudad; pero también les tomaría mas tiempo retroceder a través de los abedules hasta la entrada secreta oculta en aquel lugar.

Dándose cuenta de lo apremiante de la situación, Athar y Talestris optaron decididamente por esto último. Hincaron los ijares de las pobres bestias y partieron a todo galope.

La parte más profunda de la garganta rocosa estaba situada a muchas brazas por encima del nivel habitual del Amudaria y casi al final de ella se abría la boca de la caverna. De este hecho tan simple se podía concluir que: no teniendo la caverna ninguna otra entrada conocida y que pudiera estar en aquel momento bajo las aguas, no habría ningún peligro en utilizarla como vía de acceso.

Al llegar a la entrada oculta, fue más el tiempo que invirtieron en preparar unas antorchas, que el necesario para atravesar la primera porción de galería y llegar hasta la sala del pozo. En este punto la situación les pareció halagüeña, cuando de repente un tronar en dirección al norte les indico que se habían equivocado.

La crecida de las aguas había alcanzado la entrada oculta entre los abedules, y el mismo bosque había terminado por desaparecer; mientras un torrente descendía hacia las profundidades y se precipitaba furiosamente en dirección a los túneles y oquedades que habían servido a los hombres de habitación y refugio por cientos de generaciones.

Los agebartaren redoblaron la marcha sin preocuparse mucho por las afiladas estalagmitas y los salientes rocosos de las paredes, y con la ayuda de la oscilante luz de las antorchas arribaron por fin a la sala de las pinturas.

A partir de allí el camino se hizo estrecho y ascendente y las aguas retumbaban detrás de ellos bañando a los hombres y mujeres con una lluvia de espuma salobre. Todos se dieron cuenta que era el mar. Aquel vasto y desconocido mundo del que recientemente escucharan de labios de los balseros y de la propia Amisha. Era el mar que lo invadía todo.

En la sala de las pinturas el torrente se apaciguó mientras inundaba la gran oquedad y se extendía por los túneles inferiores, y ese fue el momento que aprovecharon para lanzarse en precipitada huida a través del pasadizo que finalmente los conduciría a la habitación de los muertos.

Para asombro y suerte, la piedra que obstruía el paso había sido removida y los hombres de la guardia ya no estaban allí. Solamente se escuchaba el chapoteo de las aguas que comenzaban a penetrar a la

gran sala de las reuniones.

— ¡De prisa! ¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Athar, corriendo él mismo hacia la boca de la caverna.

La inundación se había generalizado hacia la garganta y el torrente golpeaba las rocas del farallón y las piedras de la escalinata.

El arquero esperó a la entrada de la caverna con el agua hasta las rodillas hasta que el último de sus seguidores hubo rebasado el umbral. Luego se echaron en medio de la corriente embravecida. Unos arriesgándose a nadar y otros avanzando con el agua hasta el pecho tratando de encontrar apoyo en las rocas cuyas puntas sobresalían a través de la espuma hasta llegar a los primeros escalones. De allí, el camino hacia arriba en cuya cima aguardaba parte del pueblo que los recibía con alegría.

Mientras Athar y Talestris corrían con su grupo hacia Torageban, los habitantes de la ciudad habían tenido que trabajar de manera ardua para rescatar los objetos útiles o sagrados guardados en las habitaciones de la caverna. Primero que todo el talismán, que ahora yacía sobre la mesa de troncos en medio de la habitación privada en el interior del mandala.

Pero no solo eso. Las aguas continuaban creciendo paso a paso y Ghawr había tenido que poner a los hombres actos para la pelea en posición de combate a lo largo de la muralla alta.

Un fenómeno inusitado se había desarrollado desde el comienzo de la inundación y había que tomar medidas para mantenerlo bajo control. Este consistía en lo que los recién llegados al campamento veían ahora con asombro.

Prácticamente toda la llanura de Torageban estaba repleta de animales que habían escapado desde lejanos parajes y habían conseguido escalar la colina a través de los despojos de guerra y los cadáveres de los hombres bestia esparcidos sobre su falda oeste. Un verdadero rebaño cuyos integrantes eran de apariencia y cualidad disímiles.

Por un buen tiempo la población le prestó poca atención al crecimiento de las aguas y se centró en aquel espectáculo digno de admiración, acompañado por supuesto de algunos pequeños inconvenientes.

Lo primero que había atraído la atención de los vigías en la mañana de aquel día memorable fue la aparición sobre el lindero del bosque de una pareja de ciervos.

Los animales habían dado un rodeo a la colina e intentaban cruzar el río. Luego se detuvieron y tras olfatear la brisa, volvieron atrás y se lanzaron a escalar la cuesta. Los dejaron subir e incluso, Ghawr mandó a que se abriera la puerta de la muralla y se retiraran los hombres a prudencial distancia para permitir el paso de los rumiantes.

Luego de este incidente digno de admiración, las aguas del río se comenzaron a encrespar de manera curiosa ante la vista de un grupo de mujeres que la cargaban en baldes de cuero hasta el interior de la caverna.

Poco después, una ola enorme viniendo en contracorriente batió impetuosamente contra las orillas y su flujo golpeó hasta la muralla baja. Aquello fue visto como el síntoma de algo más peligroso, y de inmediato empezaron a tomar medidas de seguridad para la población.

La gente de la cueva fue desalojada y trasladada al farallón con todos los utensilios de valor. Fue lo primero.

Poco después se corrió la noticia de que un oso gris de la pradera quería forzar el paso hacia la colina y hubo que reunir fuerzas para rechazarlo hasta que no quedó más remedio que herirlo para que desistiera y se retirara al bosque.

No había más que finalizado este incidente cuando un rebaño de toros salvajes se lanzó en estampida colina arriba. A éstos hubo que dejarlos pasar sin oponer resistencia y se fueron a asentar sobre la parte más alejada de la ciudad donde abundaban los pastos.

En éste batallar se pasaron la mayor parte del día. Dejando pasar a unos y rechazando a otros hasta que la pradera y los bosques cercanos se convirtieron en un inmenso lago y Torageban en un gran corral de animales salvajes conviviendo a la par con los humanos.

Poco después que aparecieran Athar y Talestris con su grupo, las últimas copas de los pinos, acacias y abedules se habían esfumado y lo único que se podía observar en cualquier dirección que abarcara la vista, era el enardecido oleaje de las aguas arrastrando los flotantes despojos de lo que fue antes una fértil naturaleza.

Torageban dejó de ser una añorada colina junto al Gran Río para convertirse en una isla en medio de aquel mar aún embravecido.

CAPÍTULO 40: EL TALISMÁN

Varios años atrás, cuando los pocos miembros sobrevivientes del Clan del Oso se acercaban por primera vez a la garganta rocosa, pudieron divisar las puntas sobresalientes de las grandes piedras rectangulares que se alzaban en medio de la planicie, sobre la parte alta de la colina.

Al principio aquello no les intrigó en absoluto, ya que para ellos se trataba de simples rocas sembradas en un terreno inhóspito, y la de ellos fue en los primeros días la terrible condición del hombre cuyo único interés es la satisfacción de las apremiantes necesidades de la subsistencia.

Para los upallis del Clan del Oso estas necesidades eran ante todo, conseguir un refugio seguro donde plantar un fuego que los protegiera del frío y de las fieras, rodeado por una zona de abundante caza. Ningún objeto, ni pensamiento, podía desviarlos de su objetivo. Pero las piedras permanecían allí, heladas y silenciosas en espera de que un día alguien las tomara en cuenta. Y llegó ese día…; y fue Amisha la que primero hizo un acto de reconocimiento de su existencia sugiriendo al Hijo del Oso que comenzaran a trasladar parte del campamento a las alturas de la garganta. Habían estado ella y Ghawr por primera vez junto a las rocas y aquello había sido suficiente para su decisión.

En la primera primavera en el refugio se habían dado cuenta un día que justo al amanecer los rayos del sol naciente penetraban por una estrecha abertura circular en una de las rocas del lado este del conglomerado. Otras tres rocas dispuestas en línea con la primera tenían idénticas perforaciones situadas en alineación perfecta.

En el momento en que la mitad del sol naciente se ponía sobre el horizonte, su luz penetraba por estos cuatro agujeros y daba directamente contra una quinta roca situada hacia el oeste. En ésta última descubrieron una perforación con la forma y tamaño exacto del talismán.

Con el tiempo, aquella idea se iba haciendo más y más clara en la conciencia de la mujer hasta llegar a convencerse de que el talismán debía estar cerca de la piedra. ¿Qué mejor lugar que el mandala, a solo cincuenta pasos de la piedra oeste? Pero los peligros le habían aconsejado no traerlo aquí, y traerlo solo pudo ser posible hasta el trágico momento de la inundación.

Ahora, rodeados de agua por todas partes, los agebartaren y aquéllos que se les habían unido a última hora parecían ser los únicos

seres humanos sobrevivientes sobre aquellas tierras y ya no existía el peligro de los enemigos externos. El talismán podía estar en su verdadero sitio.

A la mañana siguiente las aguas parecían haber tomado su altura definitiva y los pobladores, preocupados y temerosos, observaban y median sus niveles por todas partes alrededor de la colina.

De la escalinata solamente habían quedado fuera los últimos cuatro escalones, lo que convertía el farallón en un sitio desde el cual casi se podía tocar el agua con las manos. Por la parte oeste de la colina el nivel se había detenido junto al foso, de manera que la muralla continuaba siendo el límite exterior por aquella parte.

A pesar de que en los primeros días del diluvio había comida suficiente para todos, muy pronto habían comenzado a preocuparse por el futuro, principalmente los que habían llegado como refugiados en los últimos días.

Se corrían comentarios acerca de un espacio tan limitado para una población tan numerosa, sobre los escasos alimentos y recursos naturales para una subsistencia prolongada, e incluso había quienes hablaban del aburrimiento en aquel claustro en que se había convertido Torageban. Y en verdad el poblado, habiéndose transformado en una pequeña isla presentaba la mayor dificultad de todas, que era la imposibilidad de salir de allí.

En la quinta mañana del diluvio varios hombres extranjeros pidieron permiso para subir a los cerros del este y para explorar la posibilidad de alguna otra tierra cercana en el horizonte. Después de medio día de búsqueda regresaron al campamento con la esperanzadora noticia de la existencia de una considerable porción de tierra en dirección del este. Entonces comenzaron a idear la posibilidad de viajar en aquella dirección construyendo una pequeña balsa; pero ni siquiera aquella idea parecía realizable, ya que la antigua colina donde se asentaba la ciudad estaba desprovista de árboles y la única madera que existía en ella, era aquella que formaba parte de algunas construcciones o la que se encontraba de reserva para encender las fogatas.

Los habitantes fundadores de la ciudad permanecían mucho más calmados. Unidos en torno a Ghawr, Amisha y al concejo de los ancianos, comenzaban los preparativos para la ceremonia sagrada del inicio de la primavera.

Esta vez sería algo sencilla. Ningún sacrificio era reclamado por el Gran Espíritu como si este fuese conocedor de la situación precaria en la que se encontraban sus hijos; y por supuesto, la única condición para la ceremonia era mantenerse en vigilia junto al templo de las grandes piedras.

Dos de aquellos uros encerrados en los pastizales fueron sacrificados

para alimento humano durante los primeros días. Se hicieron libaciones de hidromiel y también se derramó la sagrada bebida sobre el altar de piedra en espera del equinoccio.

Aquella tarde vieron volar las aves, que como otros años debían migrar, aunque esta vez su rumbo había cambiado tanto debido al diluvio, que su dirección de vuelo solamente podía indicar una cosa: la ubicación sobre la vasta llanura líquida de las escasas tierras disponibles como lugares de habitación humana.

Cuando los primeros albores de la aurora tiñeron el firmamento, ya todos los habitantes de la ciudad se habían congregado en el recinto del altar. Entonces Amisha salió de su habitación del mandala con el talismán al cuello y su hijo tomado de la mano. Se encaminó fuera del cerco y allí se le unió Ghawr, quien tomó al pequeño Oghari de la mano izquierda y así se dirigieron los tres al recinto circular de piedra seguidos por la procesión del concejo de los ancianos.

La multitud de la población se había agrupado a ambos lados de las cuatro piedras centrales y el largo corredor empedrado quedó libre y disponible para facilitar el paso de los principales. La procesión avanzó lentamente bajo la mirada expectante de los agebartaren, y se situaron los principales junto al altar. A su derecha el concejo de los ancianos, y a la izquierda el matrimonio sagrado con el hijo en medio.

Entonces Amisha sacó el talismán de su cuello y lo colocó en la piedra, en la posición correcta, y lo empujó suavemente. Allí lo dejó y se puso a un lado junto a su familia.

Fue el instante en que el sol apareció sobre el horizonte, en medio del semicírculo formado por las dos elevadas cumbres que coronaban el lado este de la ciudad, y por aquella abertura natural entre las montañas, llegaron sus primeros rayos, penetraron por la abertura de la primera piedra y al instante se iluminó el círculo del templo con su resplandor rosáceo.

La luz penetró exactamente por las otras tres ranuras e incidió sobre el receptáculo del talismán. De allí salió algo mucho más potente que el mismo sol y Torageban, toda la isla sobre la extensión de las aguas, pareció explotar en una esfera de luces multicolores.

FIN

PERSONAJES PRINCIPALES

-**Ghawr**------*Jefe del Clan del Oso.*

-**Amisha**-----*Extrangera entre los upallis. Dama del talismán. Esposa de Ghawr. Ella es la que aparece entre los upallis y hace que la vida del pueblo cambie al introducir entre ellos una nueva visión del mundo y del papel del hombre en relación con la historia y con las fuerzas desconocidas de la creación.*

-**Rhaan**-------*Viejo chamán del Clan del Oso. Su visión dogmática de lo sobrenatural se opone al principio y luego cede ante la nueva perspectiva propuesta por la dama del talismán.*

-**Athar**--------*Mejor arquero de la tribu. Amigo de Ghawr. Inquieto y curioso ante los misterios del poder espiritual comete una falta que es castigada con su expulsión del clan. Su vagar por el mundo lo hace crecer en fuerza y sabiduría.*

-**Tima**--------*Al principio miembro del Clan del Oso; pero al violar los estatutos primitivos es expulsado junto con su hermano gemelo Akton. Representan juntos las fuerzas ciegas que gobiernan los instintos bajos y degenerados del ser humano en su caída desde lo espiritual al oscuro mundo de la materia.*

-**Akton**-------*Hermano gemelo y subordinado a los oscuros designios de su hermano Tima. Representa al hombre sin capacidad de pensamiento independiente que no se puede separar y debe seguir en todo momento lo que manda y dice la sociedad y los naturales instintos que reposan en el fondo de su existencia material.*

-**Nagari**-------*Anciana. Curandera del Clan del Oso. En ella un ejemplo de la persona dedicada por entero y de manera digna al servicio de sus semejantes. Como nacida para cumplir un único deber.*

-**Lati**----------*Adoradora del fuego. La que con su atención al ritual encamina a los hombres por el sendero puro de la conducta.*

-Ogheta-----*Cazador del Clan del Reno que le reclama a Ghawr una porción de carne y la piel del bisonte. Representa al hombre que busca por sí mismo y encuentra entre los sabios el camino correcto de la justicia y la verdad y que está siempre presto a rectificar y seguir la buena senda.*

-Nautima-----*De la tribu del valle y prisionero de los upallis. Escapa con el talismán y se une a los enemigos del Clan del Oso. Es el ser humano en el que encarna el principio andrógino del hombre original. Incapaz de comprenderse a sí mismo y de hacerse comprender por la sociedad, escoge el camino ancho de la conducta humana.*

-Yanital-------*Mujer del Clan del Reno que ayuda a Amisha durante la recuperación del talismán. Víctima humilde de la maldad del mundo, se revela con valor ante la desigualdad y la opresión.*

-Agahsor-----*Cazador que acompaña a Amisha hasta el Clan del Reno para recuperar el talismán. Muere con valentía en manos de los hermanos Tima y Akton. Es el héroe espiritual que se desembaraza voluntariamente de su existencia material en aras de la vida superior de la humanidad.*

Oghary--------*Hijo de Ghawr y Amisha. Es separado del refugio y de su clan para recibir el conocimiento superior otorgado por entidades superiores a la sociedad humana.*

-Shantel------*Cazador que acompaña a Amisha y a Agahsor para recuperar el talismán en el Clan del Reno. Logra escapar y regresa al Clan del Oso donde luego se convierte en el jefe de los balseros. Atenazado por sentimientos de culpabilidad por la muerte de su compañero Agahsor, está dispuesto a cualquier cosa con tal de liberarse de su pobre autoestima*.

-Layen--------*Cazador joven. Buscador de huevos. De costumbres sencillas pero noble y valeroso ante el deber.*

-Egarya-------*Hermana de Ghawr. Miembro del Clan del Reno. El Clan del Reno fue sometido a los designios de la voluntad malvada de los hermanos Tima y Akton. Escapa y se une al Clan del Oso.*

-Talestris-----*Mujer amazonas que llega con Athar y se une a los agebartaren al frente de un grupo formado por otras mujeres de su clan.*

-Antianira----*Amazona. Segunda al mando después de Talestris.*

-Atelante-----*Hombre que cayó del cielo. Entidad extraña y maligna que trata de engañar a los hombres. Personificación revestida de una*

apariencia falsa que trata de robar el talismán y con ello, la posibilidad humana de alcanzar la vida verdadera.